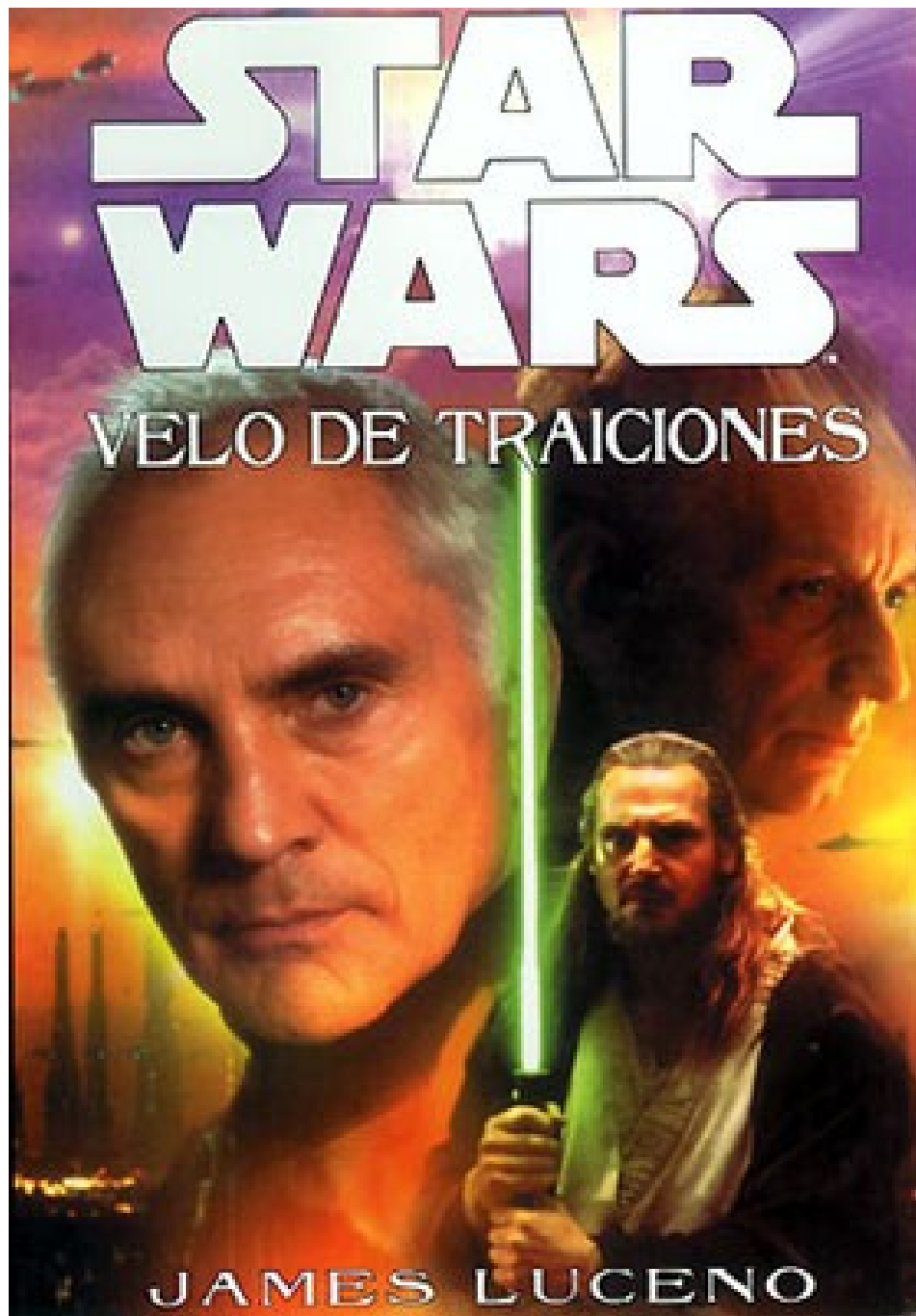


VELO DE TRAICIONES

33 años antes de Una Nueva Esperanza



DORVALLA

Capítulo 1

El carguero *Ganancias*, propiedad de la Federación de Comercio, se regodeaba en la incesante luz de incontables estrellas, holgando en los confines del velo de nubes de alabastro que envolvía al planeta Dorvalla.

Igual a la miríada de naves de su tipo, el carguero asemejaba un platillo cuyo centro hubiera sido cercenado para dejar dos enormes hangares a nodo de brazos, sobresaliendo de una centrosfera donde se albergaban los reactores de hiperimpulso de la gran nave. Los brazos se curvaban hacia adelante, quedándose cortos, como en un fallido intento de cerrar el círculo. Pero la distancia que separaba los extremos de los brazos era intencionada, ya que cada uno de ellos culminaba en bostezantes puertas de hangar erizadas de colosales ganchos de anclaje.

La nave de la Federación de Comercio era como una bestia glotona que más que cargar cargamentos se los tragaba, y ya hacía casi tres días estándar que el *Ganancias* se alimentaba en Dorvalla.

El principal recurso del planeta fronterizo era el mineral de lommite, un componente básico para la producción del acero transparente que se empleaba en los miradores y las carlingas de los cazas estelares. Pesados transportes cargaban el mineral hasta la órbita del planeta, transfiriéndose su contenido a una flota de barcazas, gabarras y vainas de carga autopropulsadas, muchas de ellas grandes como lanzaderas, y todas ellas enarbolando la llama esférica, símbolo de la Federación de Comercio.

Esas naves sin piloto se desplazaban a centenares desde los transportes dorvallanos hasta el carguero de forma anillada, que los arrastraba con potentes rayos tractores hasta las aberturas de sus curvados brazos. Una vez allí, los ganchos de anclaje los hacían pasar al interior atravesando los campos magnéticos de contención que sellaban las fauces rectangulares de los hangares.

Cazas con el morro afilado y cuatro reactores protegían al rebaño de posibles ataques de piratas y otros corsarios, ya que, pese a carecer de escudos protectores disponían de cañones láser de fuego rápido. Los androides que pilotaban las naves respondían a un ordenador central situado en la centrosfera del carguero.

En la curva de popa de la centrosfera se alzaba una torre de control. En su cima se hallaba el puente de mando, por el que se movía nerviosa una figura envuelta en una toga, ante una fila de miradores inclinados hacia adentro. Las secciones del paisaje que podía divisarse desde allí abarcaban a los dos brazos hangar y a la aparentemente incesante corriente de vainas, cuyas superficies dorsales reflejaban la luz del sol. Más allá de los brazos y de las vainas marrones por el óxido giraba el planeta Dorvalla blanco y translúcido.

-Informe -siseó la figura de la toga.

El navegante neimoidiano del *Ganancias* respondió desde un asiento con forma de trono situado bajo el lustroso suelo de la pasarela del puente.

-Está subiendo a bordo la última de las vainas de carga, comandante Dofine -respondió éste con el cadencioso idioma neimoidiano que favorecía las primeras sílabas y las palabras largas.

-Muy bien. Haga volver a los cazas.

El navegante hizo girar su silla para mirar a la pasarela. -¿Tan pronto, comandante?

Dofine interrumpió su incesante deambular para mirar con duda a su compañero de viaje. Los meses pasados en el espacio habían acentuado tanto la natural desconfianza de Dofine que había dejado de estar seguro de cuáles eran las intenciones del navegante. ¿Quería cuestionar su orden

esperando poder ganar así prestigio a su costa, o acaso había buenas razones para retrasar el regreso de los cazas? Era una distinción que le preocupaba, porque se arriesgaba a perder prestigio si aireaba sus sospechas y después éstas resultaban ser infundadas. Decidió arriesgarse y suponer que era una pregunta motivada por la preocupación y en la que no mediaban retos ocultos.

-Quiero esos cazas de vuelta. Cuanto antes dejemos Dorvalla, mejor.

-Como desee, comandante -asintió el navegante.

Dofine, capitán de la escasa tripulación de seres vivos que componía el *Ganancias*, tenía dos ojos frontales ovalados y rojizos, un morro prominente y un corte con labios de pez a modo de boca. Venas y arterias latían visiblemente bajo la moteada y arrugada piel verde pálido. Era pequeño -el canijo de su colmena, decían algunos a sus espaldas-, y su delgada forma procuraba envolverse en tocas azules y usar túnicas de hombros acolchados más apropiadas para un clérigo que para el comandante de una nave. Su tocado, un cono alto de tela negra, indicaba riqueza y un cargo elevado.

El navegante iba vestido de forma similar, con toga y tocado, pero el manto que rozaba el suelo era negro y de un diseño más sencillo. Su comunicación con los aparatos que rodeaban el asiento con forma de concha del navegante se realizaba mediante unos visores lectores de datos que le rodeaban los ojos y un comunicador con forma de disco que le tapaba la boca.

El técnico en comunicaciones del *Ganancias* era un sullustano con papada y ojos claros. El oficial conectado al ordenador central era un gran de tres ojos y rostro caprino. El ayudante de tesorero, con pico y complexión verde, era un ishi tib.

Dofine odiaba la presencia de alienígenas en su puente, pero se veía obligado a soportarla en concesión a los acuerdos firmados por la Federación de Comercio con empresas transportistas menores, como Transportes Viraxo, y con poderosos constructores de naves, como TaggeCo y Hoersch-Kessel.

Las demás tareas del puente estaban al cargo de androides humaniformes.

Dofine había reanudado su deambular cuando el sullustano se dirigió a él.

-Comandante. Minorías Dorvalla informa que el pago recibido es insuficiente en cien mil créditos de la República.

-Díganle que compruebe sus números -repuso Dofine, moviendo su mano de largos dedos en señal de despedida.

El sullustano transmitió las palabras de Dofine y esperó una respuesta.

-Responde que usted dijo lo mismo la última vez que estuvimos aquí.

Dofine lanzó un suspiro con gesto teatral e hizo un gesto en dirección a una gran pantalla circular situada al final del puente.

-Muéstremela.

La imagen ampliada de una humana pelirroja y llena de pecas ya se concretaba en la pantalla para cuando Dofine llegó hasta ella.

-No soy consciente de que falten créditos -dijo sin preámbulos.

-No me mienta, Dofine -repuso la mujer, sus ojos azules brillaron furiosos-. Primero fueron veinte mil, después cincuenta mil y ahora cien mil. ¿Cuánto perderemos la próxima vez que la Federación de Comercio nos otorgue la gracia de visitar Dorvalla?

Dofine miró con complicidad al ishi tib, el cual le devolvió una débil sonrisa.

-Vuestro mundo está muy alejado de las rutas espaciales normales -dijo con calma a la pantalla-. Tan lejos de la Ruta Comercial de Rimma como de la Línea del Comercio corelliana. Por tanto,

desplazarse hasta aquí implica gastos adicionales. Por supuesto, si está descontenta, es libre de hacer negocios con algún otro.

La mujer profirió una risa amarga.

-¿Con algún otro? La Federación de Comercio controla a todos los demás.

-Entonces, ¿qué son cien mil créditos más o menos? -repuso el neimoidiano abriendo los brazos.

-Extorsión es lo que es.

-Le sugiero que mande una queja a la Comisión de Comercio de Coruscant -repuso Dofine con una expresión amargada que parecía connatural a sus caídos rasgos.

La mujer estaba enfadada, tenía las ventanas de la nariz y las mejillas enrojecidas.

-Esto no se acaba aquí, Dofine.

La boca de Dofine imitó una sonrisa.

-Ah, una vez más vuelve a estar equivocada.

Cortó la transmisión con brusquedad, volviéndose para mirar a su compañero neimoidiano.

-Infórmeme en cuanto concluya el proceso de carga.

El desplazamiento de las vainas de carga era supervisado por androides desde controles de tráfico situados en las profundidades de los brazos hangar, muy por encima del nivel del puente. Las vainas eran naves jorobadas cuyos morros bulbosos les daban cierta apariencia de vida, y cuando entraban por los orificios magnéticos de los hangares lo hacían movidas por energías repulsoras que las desplazaban según el contenido y el destino especificado en códigos marcados en el casco. Cada brazo hangar estaba dividido en tres zonas, cada una de ellas separadas por enormes puertas deslizantes de veinte pisos de alto. Normalmente, la primera que se llenaba era la zona tres, la más cercana a la centrosfera. Pero las vainas cuyas mercancías no iban a Coruscant o a otros mundos del Núcleo eran desviadas a los muelles de atraque situados en las zonas una y dos, independientemente de cuándo subieran a bordo.

Repartidos por los tres hangares había autómatas de seguridad con rifles de combate BlasTech modificados, algunos con puntas de dispersión. Y aunque los androides de trabajo solían ser del modelo PK, con cuello tino y cuerpo hueco en aspa, del modelo GNK, con cuerpo cuadrado, o hasta modelos elevadores de carga binarios de pies planos, los androides de seguridad parecían inspirarse en la estructura ósea de las diferentes formas de vida bípedas de la galaxia.

El androide de seguridad carecía de la cabeza redondeada y la musculatura de aleación de su primo cercano, el androide de protocolo, teniendo a su vez una cabeza estrecha y semicilíndrica, cuya forma ahusada culminaba por delante en un procesador vocal, curvándose hacia abajo por el otro extremo, sobre un cuello rígido e inclinado hacia atrás. Pero su rasgo más distintivo era la mochila propulsora y la antena retráctil que brotaba de ella.

La mayoría de los androides que componían la fuerza de seguridad del *Ganancias* eran simples apéndices del ordenador central del carguero, y sólo unos pocos estaban dotados de cierta medida de inteligencia. La frente y el peto de esos enjutos comandantes estaban emblasonados con marcas amarillas similares a los galones militares, aunque más para poder ser identificados por el personal de carne y hueso al que debían responder que de cara a los demás androides.

OLR-4 era uno de esos comandantes.

Estaba estacionado en la zona dos del hangar del brazo de estribor de la nave, a medio camino de los mamparos que definían el inmenso espacio, sujetando con ambas manos el rifle láser que llevaba cruzado sobre el pecho. Era consciente de la actividad que le rodeaba, del río de vainas de carga que se dirigían hacia la zona tres, del ruido de las demás vainas parándose en la cubierta, de los incesantes chirridos y chasquidos de las máquinas en movimiento, pero era consciente de todo

ello de una forma muy vaga, pues el ordenador central le había encomendado la tarea de que estuviese atento a todo aquello que se saliera de lo corriente, a cualquier cosa que estuviera al margen de los parámetros de funcionamiento definidos por el propio ordenador.

El sonoro golpe que hizo una vaina de carga al aparcar estaba dentro de esos parámetros, teniendo en cuenta el tamaño del vehículo. Como lo estaban los sonidos que brotaban del interior de la vaina, producidos por el desplazamiento de la carga de su interior. No podía decirse lo mismo del siseo de las válvulas al liberar presión o de los chasquidos y estridencias metálicas que precedieron a la lenta abertura de su escotilla delantera inusualmente grande.

La alargada cabeza de OLR-4 pivotó y sus oblicuos sensores ópticos se clavaron en la vaina. La imagen captada se transmitió aumentada y definida al ordenador central, que la comparó al instante con un catálogo de imágenes similares.

Encontró varias discrepancias.

Varios androides de seguridad adicionales se desplazaban ya para tomar posiciones alrededor de la vaina sospechosa, mientras los fotorreceptores de OLR-4 escrutaban la escotilla que se abría. El androide comandante plantó sus pies semejantes a botas en posición de combate y aprestó el rifle láser.

La escotilla abierta debía haber mostrado el interior de la vaina, pero en vez de eso reveló lo que parecía ser otra escotilla, cerrada. OLR-4 consiguió identificar la composición de la escotilla interna, pero el pequeño procesador del androide no tenía capacidad para sacar conclusiones de lo que veía. Eso era tarea del ordenador central, que resolvió rápidamente el rompecabezas, aunque no con la suficiente celeridad.

Antes de que OLR-4 pudiera moverse, la escotilla interior se proyectó telescópicamente hacia afuera desde el interior de la vaina, con tal fuerza que arrojó al otro lado del hangar a dos androides de seguridad y a tres obreros. OLR-4 y tres androides más abrieron fuego contra el ariete y la vaina, pero los disparos láser se desviaron al alcanzar su objetivo, rebotando por todo el lugar.

Una pareja de androides saltó hacia la ancha vaina, esperando atacar al ariete por detrás. pero sus esfuerzos fueron en vano. Varios disparos láser se les adelantaron, partiendo en cuatro a uno de ellos y prácticamente desintegrando al otro. Sólo entonces se dio cuenta OLR-4, dentro de su limitada capacidad, de que había enemigos detrás del ariete. Y a juzgar por la precisión de sus disparos, los intrusos eran de carne y hueso.

El comandante androide corrió hacia un costado, mientras las vainas de carga seguían deslizándose en las alturas y cien androides obreros continuaban con sus tareas, ajenos al tiroteo que tenía lugar entre ellos. Disparó de forma continuada mientras localizaba una posición desde la que poder hacer mejor blanco a los intrusos. Los disparos le buscaron mientras se movía, pasando siseantes junto a su cabeza, sus hombros y entre sus piernas.

Dos androides de seguridad perdieron la cabeza delante de él con sendos disparos certeros. Había un tercer androide intacto, pero cayó al suelo, irremediablemente bloqueado por las serpenteantes e indómitas cargas eléctricas de los disparos.

Sus monitores internos le indicaron que se le recalentaba la pistola láser y estaba a punto de gastarse. El ordenador central mantuvo las órdenes emitidas, pese a ser muy consciente de la situación de los androides, así que OLR-4 siguió disparando mientras intentaba maniobrar para situarse detrás del ariete.

A su derecha, otro androide fue alcanzado por un disparo procedente de lo alto de la vaina; su torso voló trazando torpes círculos hacia el fondo del hangar, donde chocó con una vaina de carga que aterrizaba en ese momento. Un androide al que le faltaba una pierna seguía disparando mientras saltaba, hasta que le arrancaron la pierna sana y cayó al suelo, resbalando por la cubierta del hangar, con chispas saltando de su barbilla vocalizadora.

OLR-4 se movió a izquierda y derecha, esquivando los disparos, y ya casi había llegado a la vaina cuando un disparo le alcanzó en el hombro izquierdo, haciéndole girar en un círculo completo. Se tambaleó, pero consiguió mantenerse erguido, hasta que un segundo rayo le golpeó en el otro hombro. Volvió a airar y cayó de espaldas, quedando sus piernas enganchadas bajo la vaina. Alzó la mirada y consiguió un primer atisbo de la fuerza armada que se había infiltrado en el carguero: alrededor de una docena de bípedos de carne y hueso, embutidos en trajes miméticos y negras armaduras corporales, con el rostro oculto tras máscaras respiradoras cuyos recicladores de oxígeno asemejaban colmillos.

Los fotorreceptores de OLR-4 se centraron en un humano cuyo largo cabello negro caía en espesos rizos sobre sus anchos hombros. Los servomotores de la mano derecha del androide se cerraron sobre la barra disparadora de la pistola láser, pero la única reacción que obtuvo de la fatigada y recalentada arma fue un triste zumbido antes de apagarse y desconectarse.

-Uh... oh -repuso el androide.

Al verlo, el humano de largos cabellos se giró hacia él y disparó.

Los sensores de calor de OLR-4 entraron en rojo y sus sistemas sobrecargados lanzaron un chillido. Los circuitos se fundieron, mientras transmitían una última imagen al ordenador central, antes de desaparecer de la existencia.

El tranquilizador zumbido de las máquinas del puente del *Ganancias* se vio interrumpido por el chirriante tono del escáner. Daultay Dofine cruzó la pasarela del puente para interrogar al androide situado ante el escáner.

-Los monitores de largo alcance informan que un grupo de naves pequeñas se dirigen a toda velocidad hacia nuestra posición -respondió el androide con voz monótona y metálica.

-¿Cómo? ¿Qué has dicho?

-Los verificadores identifican a las naves como cazas CloakShape, y hay una fragata de clase Tempestad con ellos -añadió el sullustano.

-¿Un ataque? -preguntó Dofine boquiabierto.

-Comandante -entonó el androide-, las naves continúan su avance. Dofine hizo un gesto brusco hacia la enorme pantalla. -¡Quiero verlas!

Ya se encaminaba hacia ella cuando se oyó otro pitido preocupante, esta vez proveniente de donde estaba el oficial de sistemas, situado también bajo la pasarela.

-El ordenador central informa de disturbios en la zona dos del hangar de estribor.

-¿Qué clase de disturbios? -le preguntó Dofine al gran. -Los androides disparan contra una de las vainas de carga.

-¡Esas máquinas sin cerebro! Como estropeen parte del cargamento... -Los cazas en la pantalla, comandante -informó el sullustano. -Quizá sólo sea un error -continuó diciendo el gran.

Los rojizos y parpadeantes ojos de Dofine miraron a un alienígena y a otro con preocupación creciente.

-Los cazas cambian de vector. Se dividen en dos grupos -repuso el sullustano, mirando a su superior-. Vuelan con la bandera del Frente de la Nebulosa.

-¡El Frente de la Nebulosa! -exclamó Dofine corriendo hasta la pantalla, alzando luego el grueso y largo dedo índice para señalar el acorazado negro-. Esa nave...

-Es el *Murciélago Halcón* -dijo el sullustano apresuradamente-. La nave del capitán Cohl.

-¡Imposible! Se me informó de que Cohl estaba ayer en Malastare. El sullustano miró la pantalla, sus papadas le temblaban ligeramente. -Pues es su nave. Y cuando se ve al *Murciélagos Halcón* es señal de que Cohl no anda muy lejos.

-Los cazas se sitúan en formación de ataque -actualizó el androide. -¡Conectad los sistemas defensivos! -le pidió Dofine al navegante. -El ordenador central informa de un tiroteo continuado en el hangar de estribor. Ocho androides de seguridad destruidos.

-¿Destruídos?

-Los sistemas defensivos tienen a los cazas en el punto de mira. Hemos levantado los escudos deflectores...

-¡Los cazas disparan!

Una luz intensa explotó tras los miradores rectangulares, haciendo temblar el puente con fuerza suficiente como para derribar a un androide. -¡Los cañones de turboláser responden!

Dofine llegó a los miradores a tiempo de ver cómo los rayos de luz roja brotaban de las baterías instaladas en el ecuador del carguero. -¿Dónde están los refuerzos más cercanos?

--A un sistema estelar de distancia -dijo el navegante-. Es el *Adquisidor*. Está mucho mejor armado que el *Ganancias*.

-¡Envíe una llamada de auxilio!

-¿Le parece buena idea, comandante?

Dofine comprendía las implicaciones de ese acto. Ser rescatado era algo que siempre rebajaba. Pero estaba seguro de que, si conseguía proteger el cargamento ale la nave, podría sortear esa humillación.

Limítese a hacer lo que le digo -le dijo al navegante.

-Los cazas se reagrupan para un segundo ataque -informó el sullustano. -¿Dónde están nuestros cazas? ¿Por qué no salen a su encuentro? -Usted los hizo volver, comandante -le recordó el navegante. Dofine gesticuló enérgicamente.

-¡Pues que vuelvan a salir, que vuelvan a salir!

-El ordenador central solicita permiso para aislar la zona dos del hangar de estribor.

-¡Que la selle! -escupió el neimoidiano-. ¡Que la selle ya!

Capítulo 2

El grupo de enmascarados que se había infiltrado en el *Ganancias* era tan variopinto como los cazas que les servían de apoyo. Los había tanto humanos como no humanos, machos como hembras, robustos como esbeltos. Salieron de detrás del ariete que les había proporcionado un elemento de sorpresa, protegidos por trajes de camuflaje y armaduras negro mate, vistiendo botas de suela adherente y anteojos de combate, disparando rifles de asalto modernos y llevando disruptores de campo colgados del hombro.

El puñado de androides de seguridad que todavía permanecía en pie se desplomó contra el suelo, con los miembros extendidos o entrelazados sin remedio.

El humano que había estado a punto de caer a manos de OLR-4 caminó sin miedo hasta el centro del hangar, comprobó las lecturas de su comunicador de muñeca, y se quitó el respirador y los anteojos del rostro.

El tiroteo había dejado un vago regusto en el aire, un olor a ozono y aleación chamuscada.

-Hay atmósfera -le elijo al resto de su banda-. Pero los niveles de oxígeno equivalen a los que encontraríamos a una altitud de cuatrocientos metros. Quitaos las máscaras, pero tenedlas a mano, sobre todo los adictos al t'bac.

El grupo asintió con algunas risas apagadas.

El rostro de complexión oscura del humano seguía siendo una máscara bajo los aparatos: tenía una poblada barba de áspero cabello negro y pequeños tatuajes con forma de diamante le salpicaban la frente de sien a sien. Sus ojos violeta examinaron los daños sin pasión alguna.

No había ningún androide de seguridad a la vista, pero sí restos suyos por toda la cubierta. Androides obreros de diversos tipos seguían conduciendo a sus espacios de amarre a las pocas vainas que quedaban.

Un miembro humano del grupo apartó de una patada el brazo cortado de un androide de seguridad.

-Estas cosas acabarán siendo peligrosas cuando aprendan a pensar como es debido.

-A disparar como es debido -le corrigió el hombre barbudo.

-Eso díselo a Rasper, capitán Cohl -dijo otro, un rodiano de nombre Boiny-. Fue un androide el que mandó a Rasper al otro barrio.

Boiny era un macho de ojos redondos y piel verde, con trompa afilada y una cresta de flexibles espinas amarillas.

-Sería un androide con suerte, y ése un disparo con más suerte aún -comentó una mujer rodiana.

-Eso no significa que tratemos esto como si fuera un ejercicio -advirtió Cohl mirando a todo el mundo-. El ordenador central no tardará en enviar unidades de refuerzo, y aún estamos a un kilómetro de distancia de la centrosfera.

Los infiltrados recorrieron con la mirada el curvado hangar hasta posarla en el mamparo que se veía en la distancia. Sobre ellos había todo un entramado de enormes vigas, grúas, caballetes de mantenimiento y elevadores, entre un laberinto de entrecruzados conductos atmosféricos.

Una hembra humana, la única que había, lanzó un suave silbido.

-Por las estrellas, uno podría esconder aquí toda una fuerza invasora.

La mujer era de complexión tan oscura como Cohl, tenía corta melena castaña y un elegante rostro anguloso. Ni siquiera el traje mimético podía camuflar la belleza de sus proporcionadas formas.

-Eso implicaría gastar parte de los beneficios, Rella -dijo un macho humano-. Y los neimoidianos sólo hacen eso para comprarse togas nuevas. Cohl miró a dos miembros de su banda.

-Vosotros quedaos aquí, con la vaina. Llamaremos en cuanto nos apoderemos del puente de mando. El equipo uno, al pasillo exterior. Los demás conmigo.

El *Ganancias* se estremeció ligeramente. En la distancia podían oírse apagadas explosiones.

-Deben ser nuestras naves -repuso Cohl llevándose una mano al oído. Las sirenas empezaron a aullar por todo el hangar. Los androides obreros se paralizaron, mientras sentían bajo ellos un rumor grave. Rella miró al mamparo del fondo.

-Están sellando el hangar.

Cohl le hizo una señal al primer equipo.

-En marcha. Nos reuniremos en los turboascensores de estribor. Graduar los trajes en pulsación para confundir a los androides, y restringir el uso de las granadas concusivas. Y no olvidéis controlar vuestros niveles de oxígeno.

Dio unos pasos antes de detenerse.

-Una cosa más: si recibís un disparo de un androide, la cura con bacta saldrá de vuestra paga.

Daultay Dofine estaba muy tenso en la pasarela del puente, mientras contemplaba con creciente horror al Frente de la Nebulosa atacando sin piedad a su nave.

Los cazas atacaban incesantemente al *Ganancias*, dismantelando poco a poco los gruesos brazos del carguero y la triple tobera trasera como si fueran hambrientas aves de presa. Gran parte de las desprotegidas naves androides fueron aniquiladas apenas dejaron el protector campo de fuerza de la nave madre.

Envalentonadas por el éxito obtenido sin esfuerzo, las naves enemigas violaron la protección que proporcionaban los brazos hangar a la centrosfera, atacando la torre de control a corta distancia. El fuego de los cañones iónicos de la fragata cada vez afectaba más al escudo deflector del *Ganancias*. Violentos fogonazos luminosos salpicaron los miradores del puente.

Dofine no podía hacer nada más desde el puente de mando, aparte de maldecir entre dientes a los terroristas.

A fin de obtener la exclusividad para comerciar con los sistemas estelares fronterizos, la Federación de Comercio se había comprometido ante el Senado Galáctico de Coruscant a actuar sólo como potencia mercantil, sin convertirse en una potencia naval mediante la acumulación de naves de guerra. Pero, cuanto más se alejaban del Núcleo, más veces eran víctimas del ataque de piratas, bucaneros y grupos terroristas como el Frente de la Nebulosa, cuyos miembros tenían agravios pendientes no sólo con la Federación de Comercio sino con la distante Coruscant.

Por tanto, el Senado había dado permiso para que cargueros se equiparan con armas defensivas que los protegiesen en aquellos sistemas carentes de una fuerza policial y que solían hallarse ente las principales rutas comerciales y las hiper-rutas. Pero sólo se había conseguido que los bucaneros perfeccionasen su armamento y que, a su vez, la Federación de Comercio reforzara periódicamente sus defensas.

Desde entonces eran frecuentes las escaramuzas en las llamadas zonas de libre comercio de los Bordes Medio y Exterior. Pero Coruscant seguía estando muy lejos, incluso vendo a la velocidad de la luz, y no siempre resultaba fácil determinar quién tenía la culpa o quién había disparado primero. Para cuando el asunto llegaba a los tribunales, éste siempre acababa siendo la palabra de uno contra la del otro, sin que nunca llegase a alcanzarse resolución alguna.

Las cosas podrían haber discurrido de otro modo para la Federación de Comercio de no ser por los neimoidianos, seres tan miserables como avariciosos. En cuanto hubo que fortificar las naves

gigantes, recurrieron a los proveedores más baratos del mercado, al tiempo que insistían en que su mayor preocupación era proteger el cargamento.

Y habían sido los neimoidianos quienes decidieron, contra toda lógica, que se situase las baterías láser en el muro exterior de los brazos hangares. Si bien su localización a lo largo del ecuador del semicírculo resultaba idónea para repeler ataques laterales, era completamente inútil para contrarrestar cualquier ataque proveniente de arriba o de abajo, y era precisamente en esa región donde se encontraba la mayor parte de los sistemas del carguero: los rayos tractores y los generadores de los escudos deflectores, los reactores de hiperimpulso y el ordenador central.

Por tanto, la Federación de Comercio se había visto obligada a invertir en generadores de escudos cada vez mayores y mejores, en un blindaje cada vez más grueso y, finalmente, en escuadrones de cazas. Pero la concesión de cazas estaba sometida al control del Senado, y los cargueros como el *Ganancias* siempre acababan encontrándose indefensos contra cualquier nave pilotada por atacantes veteranos.

Daultay Dofine era consciente de esas deficiencias mientras veía cómo su nave y su cargamento de preciosa lommita se le escapaban entre los dedos.

-Los escudos aguantan al cincuenta por ciento -informó el gran desde el otro lado del puente-, pero corremos peligro. Unos cuantos impactos más y estaremos fuera de combate.

-¿Dónde está el *Adquisidor*? -gimió Dofine- ¡Ya debería haber llegado!

El puente tembló ante una andanada de la fragata, la nave personal del capitán Cohl. Como ya había descubierto Dofine a lo largo de varios encuentros anteriores, un gran tamaño no garantizaba ninguna protección, y mucho menos una victoria, por lo que los tres kilómetros de diámetro del carguero sólo lo habían convertido en un blanco imposible de fallar.

-Escudos al cuarenta por ciento.

-Los láser de los cuadrantes uno a seis no responden -añadió el sullustano-. Los cazas concentran el fuego en los generadores del escudo deflector y los reactores de impulso.

Dofine apretó furioso los carnosos labios.

-Ordene al ordenador central que active todos los androides y defensas de la nave, y que se prepare para repeler a los intrusos -bramó-. El capitán Cohl sólo pondrá el pie en este puente por encima de mi cadáver.

El grupo de Cohl apenas había conseguido cruzar la puerta del mamparo del hangar de estribor cuando todos los aparatos de la zona tres conspiraron para impedirles acercarse un solo metro más al conducto compensador de aceleración que unía la centrosfera con los brazos que partían de él.

Las grúas de las alturas les lanzaban ganchos, las torres se caían a su paso, los cargadores binarios los regateaban como pesadillas mecánicas y los niveles de oxígeno bajaron de golpe. Hasta los androides obreros se unieron a la refriega enarbolando cortadores de fusión y calibradores energéticos como si fueran proyectores de llamas y cuchillas vibratorias.

-El ordenador central ha vuelto toda la nave contra nosotros -gritó Cohl.

Rella esquivaba los disparos de una banda de androides PK armados con llaves hidráulicas.

-¿Qué esperabas Cohl?.. ¿Una bienvenida real?

El capitán de los piratas guió a Boiny, Rella y el resto de su grupo hacia el último mamparo que los separaba de los turboascensores de la centrosfera. Las sirenas aullaron y gimieron en el enrarecido aire. Rayos láser se entrecruzaron y rebotaron por todo el lugar en un despliegue pirotécnico digno del destile del Día de la República de Coruscant.

Cohl disparaba mientras corría, perdiendo la cuenta de los androides que iba derribando y de los cartuchos que había gastado su arma. Dos de sus hombres habían caído bajo fuego androide, pero ni

él ni nadie podían hacer gran cosa por ayudarlos. Con suerte, conseguirían llegar por su cuenta al lugar del encuentro, aunque tuvieran que arrastrarse para llegar hasta allí.

El grupo cruzó corriendo el último mamparo, perseguido por tres cargadores binarios, y se abrió paso hasta el grupo de turboascensores más próximo.

La escotilla que daba acceso a los tubos de transferencia estaba cerrada.

-¡Boiny! -gritó Cohl.

El rodiano enfundó la pistola láser y corrió hacia adelante, examinando la escotilla de arriba abajo mientras se dirigía al panel de control de la pared. Se preparó para saltar los códigos frotándose las palmas de las manos y haciendo crujir sus largos dedos con ventosas de succión en las yemas. Antes de que pudiera poner una marro sobre el teclado. Cohl le golpeó en la coronilla.

-¿Qué es esto? ¿La noche de los aficionados? -preguntó con el ceño fruncido-. Vuélala.

Dofine caminaba de un lado a otro de la pasarela cuando la escotilla del puente explotó hacia adentro, liberando una pequeña tormenta de paralizante calor que lo derrumbó al suelo.

La banda de seis hombres de Cohl entró envuelta en una nube de humo, sus trajes miméticos los fundían hasta con las pulidas paredes del puente. Desarmaron al gran rápida y eficazmente y dispararon rayos anuladores contra los petos de plastron de los androides.

Cohl hizo un gesto y envió a uno de sus hombres a la consola de comunicaciones.

-Llama al *Halcón Murciélagos*. Diles que hemos tomado el puente. Que los cazas se pongan en formación defensiva, y se dispongan a cubrir nuestra salida.

Envío a otro de sus hombres a ocupar el puesto del gran.

-Dile al ordenador central que se esté quieto y que abra todos los mamparos de los hangares. El humano asintió y saltó fuera de la plataforma.

Cohl tecleó un código en su comunicador de muñeca y se lo acercó a la boca.

-Equipo base, tenemos el puente. Desplazad la vaina a la zona tres y aparcadla lo más cerca posible (te la pared interna de la puerta del hangar. Iremos enseguida.

Apagó el comunicador y sus ojos recorrieron el rostro de los cinco cautivos antes de detenerse en Dofine. A continuación sacó la pistola láser.

El neimoidiano separó los brazos en gesto de rendición y retrocedió dos pasos cuando el pirata se acercó a él.

-¿No irá a disparar contra alguien desarmado, capitán Cohl?

Cohl clavó el cañón de su arma en las costillas de su prisionero. -Disparar a un neimoidiano desarmado me permitiría dormir mejor por las noches -repuso mirando a Dofine por un largo instante.

A continuación enfundó el arma y se volvió hacia el miembro rodiano de su grupo.

-Boiny, al trabajo. Y date prisa.

Cohl volvió a dirigirse a Dofine.

-¿Dónde está el resto de su tripulación, comandante?

-Volviendo de Dorvalla a bordo de una lanzadera -respondió, tragando saliva y apenas encontrando voz para responder.

-Bien, eso simplifica las cosas.

Cohl clavó repetidas veces el dedo índice en el pecho de neimoidiano, empujándolo así por toda la pasarela hasta llegar a la altura del asiento del navegante. Un último golpe sacó a Dofine de la pasarela haciendo que cayera sentado en él.

Cohl saltó abajo para reunirse con él.

-Tenemos que hablar de su carga, comandante.

-¿Mi carga? -tartamudeó Dofine-. Es lommite, para Sluis Van. -Al infierno con el mineral. Yo me refiero al aurodium.

Dofine intentó impedir que sus ojos rojos se salieran de sus órbitas. Sus membranas nictilantes tuvieron un espasmo, y parpadeó media docena de veces. -¿Aurodium?

Cohl se inclinó sobre él.

-Transportas dos mil millones en lingotes de aurodium. Dofine se tensó ante la mirada de Cohl.

-Se... se equivoca, capitán. El *Ganancias* sólo transporta mineral.

-Lo diré una vez más. Lleváis lingotes de aurodium, sobornos de los mundos del Borde Exterior para asegurarse la colaboración continuada de la Federación de Comercio.

Dofine sonrió muy a su pesar.

-Así que lo que busca es dinero. Tenía entendido que el famoso capitán Cohl era un idealista. Ahora veo que es un simple ladrón.

Cohl casi sonrió.

-No todos podemos ser ladrones con licencia como tú y el resto de tu banda.

-La Federación de Comercio no negocia con la violencia y la muerte, capitán.

Cohl cogió con ambas manos las ricas vestiduras de Dofine y tiró hasta casi sacarlo de la silla.

-No, todavía no -dijo, devolviéndolo a la silla-. Pero dejemos eso para otro día. Lo que importa ahora es el aurodium.

-¿Y si me niego a someterme?

El pirata señaló a su camarada rodiano sin apartar los ojos de su prisionero.

-Aquí Boiny está conectando un detonador térmico al controlador de flujo de combustible del *Ganancias*. Tengo entendido que eso provocará una explosión lo bastante grande como para destruir tu nave en... ¿Boiny?

-Sesenta minutos, capitán -gritó éste, alzando una esfera metálica del tamaño de un pestomelon.

Cohl sacó un objeto de un estrecho bolsillo de su traje mimético y lo pegó contra el anverso de la mano izquierda de Dofine. Éste vio que era un temporizador que ya contaba hacia atrás desde sesenta minutos. Alzó los ojos para encontrar la mirada inmutable del jefe de los piratas.

-Esos lingotes.

-Sí, tiene razón. Si me promete perdonar la nave.

Cohl lanzó una breve carcajada.

-El *Ganancias* es historia, pero tienes mi palabra de que te perdonaré la vida si haces lo que te pido.

-Al menos así viviré para verle ejecutado -repuso Dofine, volviendo a asentir.

-Nunca se sabe, comandante -comentó el bucanero encogiéndose de hombros, antes de incorporarse y sonreír a Rella-. ¿Qué te había dicho? Ha sido tan fácil como...

-Capitán -le interrumpió el hombre ante la consola de comunicaciones-. Nave saliendo del hiperespacio. Los verificadores lo identifican como el carguero *Adquisidor* de la Federación.

-¿Qué ibas diciendo, Cohl -dijo Rella, simulando el sonido de una explosión.

La mirada que Cohl dirigió a Dofine era de auténtica sorpresa.

-Puede que al final no seas tan obtuso como pareces.

Subió a la pasarela de un salto y se volvió a la fila de miradores. Rella se unió a él.

-Cambio de planes -anunció el hombre-. El *Adquisidor* enviará a sus cazas en cuanto se acerque un poco más. Ordena al *Halcón Murciélag* que entable combate con el carguero.

Dofine se permitió una sonrisa de satisfacción.

-Puede que al final deba olvidarse de su tesoro, capitán Cohl. Éste le miró inexpresivo.

-No pienso irme sin él, comandante, y tampoco tú -cogió la muñeca derecha del neimoidiano para mirar la cuenta atrás del temporizador-, Cincuenta y cinco minutos.

-Cohl -insinuó Rella.

-No nos pagarán si llegamos sin el aurodium, cariño -respondió él, mirándola de reojo.

Ella se mordió el labio inferior con sus dientes perfectos.

-Sí, pero tenemos que estar vivos para poder gastarlo.

-La muerte no está en las cartas, al menos no en esta mano -respondió él, negando con la cabeza.

Cerca del puente, un caza del Frente de la Nebulosa era acertado por rayos de energía letal, desintegrándose en una nube de desechos y gas al rojo blanco.

-El *Adquisidor* nos dispara -informó uno de los mercenarios.

Una inquietud repentina se pintó en los rasgos de Rella.

Cohl ignoró la mirada que ella le dedicaba. Arrancó a Dofine de la silla de mando y lo puso en pie sobre la pasarela, empujándolo hacia la destrozada escotilla del puente.

-Dése prisa, comandante. Se nos acaba de reducir el margen de salida.

Capítulo 3

Una última vaina se movía en la caótica penumbra del hangar de estribor, usando sus repulsores para dirigirse a un muelle de amarre de la zona tres sin llamar mucho la atención. Su forma recordaba la de un nabo, y era más ancha que la mayoría de las vainas que solían desviarse a la zona tres, pero no tan grande como la utilizada por el Frente de la Nebulosa para infiltrarse en el carguero, y ni se acercaba al tamaño de alguna de las barcas de mineral. Y sobre todo, al igual que la nave de los terroristas, no daba ninguna señal de llevar un cargamento vivo.

En asientos situados espalda contra espalda iban dos humanos machos cuya vestimenta era diametralmente opuesta a la de Daultay Dofine. Sus túnicas y pantalones de suaves colores eran holgados y sin adornos, sus botas de caña de piel de nerf, y no usaban ni tiara ni joyas.

Su modesto atavío sólo hacía más misteriosa aún su evidente estratagema.

La falsa vaina de carga carecía de miradores o claraboyas de algún tipo, pero unas videocámaras ocultas en el casco transmitían diferentes visiones del hangar a las pantallas del interior del vehículo.

El joven del asiento delantero observaba el desorden provocado por Cohl y sus hombres a su paso.

-El capitán Cohl deja un rastro fácil de seguir. Maestro -comentó con voz nasal.

-Así es, pádawan. Pero el rastro que te hace atravesar el bosque no es siempre el que uno desea seguir al irse. Busca con tus sentidos. Obi-Wan.

El hombre de más edad también era el más grande de los dos e iba apretado en el asiento de popa. Su cara ancha lucía una barba poblada, y llevaba recogida la espesa melena gris para evitar que cayera sobre la frente noble e inclinada. Tenía los ojos de un azul profundo, y el puente de la nariz plano, como si se la hubiera roto sin que los tratamientos de bacta hubieran conseguido repararla.

Se llamaba Qui-Gon Jinn.

Su compañero a los mandos de la vaina. Obi-Wan Kenobi, tenía un rostro juvenil e imberbe, una barbilla hendida y una frente recta y amplia. Llevaba el cabello corto, exceptuando una corta coleta que salía de su nuca y una única trenza que le caía por detrás de la oreja hasta tocarle el hombro derecho, distintiva de su rango de padawan. Éste era un término consustancial a la orden a la que pertenecían los dos, y significaba aprendiz o protegido.

Esa orden era conocida como Caballeros Jedi.

-Maestro, ¿ves alguna señal de su vehículo? -preguntó el joven Kenobi por encima del hombro.

El Jedi se volvió en su asiento para indicar una vaina abierta en la parte inferior de la pantalla de Obi-Wan.

-Ahí está. Deben planear un despegue desde la puerta del hangar del borde interno. Sitúanos cerca, con nuestra escotilla mirando al lado contrario de su vaina. Pero procura no llamar la atención. Cohl habrá apostado centinelas.

-¿Quieres pilotar tú, Maestro? -sugirió molesto el joven.

-Sólo si estás cansado, pádawan -contestó, sonriendo para sus adentros.

-Estoy cualquier cosa menos cansado, Maestro -repuso, apretando los labios, y mirando la pantalla por un momento-. He encontrado un buen sitio.

La vaina se aposentó sobre su tren de aterrizaje, compuesto por un cuarteto de discos, como si estuviera guiada por los androides de tráfico del hangar. Los dos Jedi guardaron silencio mientras examinaban las videoimágenes. Al cabo de largos momentos, una pareja de humanos salió de la vaina de Cohl, con máscaras de oxígeno cubriéndoles el rostro y rifles disruptores en las manos.

-Tenías razón, Maestro. Cohl se vuelve predecible.

-Esperemos que sea así, Obi-Wan.

Uno de los centinelas rodeó la vaina, volviendo luego a la escotilla abierta, donde le esperaba el otro.

-Es nuestra oportunidad -dijo Qui-Gon-. Ya sabes...

-Sé lo que hacer. Maestro. Pero sigo sin comprender tu razonamiento. Podernos sorprender a Cohl aquí y ahora.

-Es más importante descubrir el emplazamiento de la base del Frente de la Nebulosa. Ya habrá tiempo para poner fin a las andanzas del capitán Cohl.

Qui-Gon insertó en su boca un pequeño aparato respirador y apretó el interruptor que abría la escotilla frontal. Una cacofonía de chirriantes sirenas salió a su encuentro. Los dos Jedi salieron al rojo brillo de las luces de emergencia que inundaba la bodega de carga.

Ningún objeto era más simbólico para los Caballeros Jedi que el bruñido cilindro de aleación que llevaban en los cinturones de piel que ceñía sus túnicas. La abundancia de compartimentos de esos cinturones hacía pensar que ese cilindro de treinta y cinco centímetros era una herramienta de algún tipo, de hecho así la consideraban los Jedi, pero en realidad eran armas de luz, tanto real como figurativamente hablando, y los Jedi llevaban miles de generaciones utilizándolas al servicio de la República Galáctica en su calidad de administradores de paz y de justicia.

Pero la verdadera fuente del poder de un Jedi no era el sable láser de cristales, pues ése nacía del omnipresente campo de energía que impregna todo lo que vive y que mantiene unida a la galaxia, un campo de fuerza que ellos llamaban la Fuerza.

La orden había dedicado decenas de miles de años a su estudio y meditación, y el fruto de esa devoción había sido una serie de poderes que superaban los de los mortales corrientes: el de poder mover objetos con la voluntad, el de nublar los pensamientos de mentes débiles y el de poder contemplar el futuro. Pero por encima de todo ello estaba la habilidad de vivir en simbiosis con toda la vida, y de ese modo aliarse a la misma Fuerza.

Qui-Gon se movió con silencio y rapidez sobrenaturales hacia la vaina de Cohl, llevando el sable láser en la diestra, ocultándose tras otras vainas siempre que podía. Sabía que, con todo el ruido que había en el hangar, no le sería nada fácil distraer a los dos guardias. Pero tenía que ganar algo de tiempo para Obi-Wan, aunque sólo fueran unos segundos.

Sobre el curvado morro de una de las vainas se encontraba lo que quedaba del torso y la cabeza alargada de un androide de combate. Sin perder de vista a los centinelas. Qui-Gon presionó el botón activador situado encima de las guías de la empuñadura del sable láser.

Una varilla de brillante energía verde siseó al brotar del mango de la espada, vibrando al entrar en contacto con el enrarecido aire. Separó la cabeza del androide de su delgado cuello con un único golpe de su sable láser. Al mismo tiempo, extendió la mano izquierda. Con la palma hacia afuera, y usó la Fuerza para enviar la cabeza cortada hasta el otro lado del hangar, donde chocó contra la cubierta de forma estridente a escasos cinco metros de donde se encontraban los terroristas.

La pareja se giró hacia el sonido, alzando las armas.

En ese instante, Obi-Wan desapareció en un borrón de movimiento, en dirección a la vaina de Cohl.

En los niveles centrales de la centrosfera del carguero, Cohl, Rella, Boiny y el resto de la banda miraban boquiabiertos y con ojos desorbitados los lingotes de aurodium, que se habían sacado de la cántara de seguridad del *Ganancias* para ser amorosamente apilados sobre un hovertrineo. Los lingotes brillaban con una hipnótica luz interior en constante variación que invocaba a todos los colores del arco iris.

Ni siquiera Dofine y sus cuatro oficiales del puente podían apartar los ojos de ello.

-Dame una bofetada y llámame idiota- dijo Boiny-. Ya no me queda nada por ver.

Cohl, salió de su trance y se volvió hacia Dofine, cuyas delgadas muñecas estaban sujetas por brillantes electrogrilletes.

-Tiene nuestra gratitud, comandante. La mayoría de los neimoidianos no se habrían mostrado tan colaboradores.

-Va demasiado lejos, capitán -repuso furioso el prisionero.

-Eso dígaselo a los miembros de la Directiva de la Federación de Comercio -contentó el humano encogiéndose de hombros para terminar la conversación.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Rella para que se llevara el trineo, cogiendo a continuación a Boiny por los hombros para guiarlo hasta un panel de control.

-Conecta con el ordenador central y dile que repase los impulsores de combustible. En cuanto localice el detonador térmico ordenará que se abandone la nave.

Boiny, asintió, comprendiendo.

-Asegúrate de convencerlo para que también expulse fuera a todas las barcasas y vainas de carga --- añadió Cohl.

Los ojos de Dofine se iluminaron al oír eso.

-Así que la lommite también es importante.

El humano se volvió hacia él.

-Me confunde con alguien al que le preocupa lo que pasa entre la Federación de Comercio y el Frente de la Nebulosa.

-¿Por qué salva entonces la carga? -interrogó confuso el neimoidiano. -¿Salvarla? -Cohl se llevó las manos a las caderas y rió con ganas-. Me estoy limitando a proporcionar al *Adquisidor* un entorno rico en blancos.

Obi-Wan volvió a la nave Jedi con la misma extraordinaria ligereza con la que se había acercado a la vaina de los terroristas.

-Todo está dispuesto. Maestro- dijo elevando el tono lo bastante corto para ser oído por encima de las aullantes sirenas.

Qui-Gon le indicó que entrara por la escotilla, pero apenas había alzado un pie cuando todas las vainas del hangar empezaron a levitar y a girar en dirección hacia otros hangares.

-¿Qué está pasando?

Qui-Gon ¡tiró a su alrededor con cierta perplejidad.

-Están expulsando la carga.

-No es una acción propia de terroristas. Maestro.

-El ordenador central nunca consentiría algo así, a no ser que el carguero corriera grave peligro -repuso el Caballero Jedi frunciendo el ceño.

-Quizá sea así, Maestro.

-En cualquier caso, siempre estaremos mejor dentro de nuestro vehículo, pádawan, Cohl llegará en cualquier momento, a no ser que haya fracasado en su misión.

La banda de Cohl, corría en dirección al punto de encuentro por la ancha avenida que era el hangar de estribor, manteniendo apenas el ritmo del hovertrineo cargado de lingotes. La tripulación del

puente del *Ganancias* se esforzaba por mantenerse a su altura, pese a estar equipada con máscaras respiradoras y verse aguijoneadas en la espalda por los cañones de las pistolas láser de los terroristas. Las vainas de carga y las gabarras flotaban por todas partes, en dirección a las puertas internas y externas de los hangares.

Hasta Cohl estaba sin aliento para cuando llegaron a la zona tres y a la vaina que les esperaba allí. Sólo había conseguido volver un miembro del primer grupo, un bothan de vello rubio, pero Cohl, se negó a preocuparse por el destino de los demás. Todos los hombres elegidos para la operación habían estado al tanto de los riesgos.

-Subid el aurodium -le gritó a Boiny por el comunicador del respirador-. Rella, haz recuento y que suba todo el mundo a bordo.

Daultay Dofine miró preocupado al temporizador que aun tenía en el dorso de la mano.

-¿Qué va a ser de nosotros? -gritó.

Un miembro humano de la banda de Cohl hizo un gesto amplio en dirección a una vaina cercana que aún no había despegado.

-Sugiero que la descarguéis y que os amontonéis dentro. -Moriremos en su interior -parpadeó Dofine sumido en el pánico. -Ésa es la idea -repuso el humano con una carcajada de desdén. -Su palabra... -dijo el neimoidiano mirando a Cohl.

Éste inclinó la cabeza a un lado para leer el temporizador, antes de clavar la mirada en Dofine.

-Si se dan prisa, llegarán a tiempo a las vainas de salvamento.

Capítulo 4

Obi-Wan no activó los motores repulsores hasta que no vio la vaina de los terroristas alzándose de la cubierta del hangar. A las enormes aberturas situadas al final de los brazos hangares había que añadir ahora las creadas por los portales de contención magnética que se estaban abriendo en la curva interna de cada zona. Decenas de vainas y barcasas de carga empezaron a dirigirse hacia esas aberturas más pequeñas, formándose rápidamente un cuello de botella en ellas pese a los esfuerzos supervisores del ordenador central.

Obi-Wan comprendió que si se demoraban demasiado en llegar al portal más cercano, tanto Qui-Gon como él se verían obligados a buscar otro medio de abandonar la nave. Pero el joven Jedi era sobre todo metódico y, antes de decidir un rumbo, dedicó un largo momento a estudiar el ritmo del tráfico, anticipando cuáles podían ser los lugares más probables de generar un atasco.

El rumbo que trazó los llevó directamente a los elevados techos del hangar, entre poleas y grúas, antes de descender hacia el portal de contención de la zona tres. El joven rozó tres vainas en su descenso y evitó limpiamente la colisión con una barcaza que empezaba a atascar la salida.

Cohl había dejado el hangar unos minutos antes, pero el rastreador que Obi-Wan le había colocado en la nave permitiría a los Jedi distinguir su vaina entre las miles que componían la manada que salía en estampida del carguero.

-Ya los tenemos. Maestro -dijo a un Qui-Gon que estudiaba las pantallas-. Se dirigen a la centrosfera. No sé si pretenden sobrevolarla o descender bajo ella, pero aumentan la velocidad.

-No te separes de ellos. Pero mantente a una distancia segura. Aún no queremos descubrir nuestra presencia.

La parte interior del carguero en forma de anillo era un espectáculo digno de admiración; ante ellos tenían la centrosfera blanco hueso, con sus inmensos brazos perdiéndose de vista a ambos lados, y toda una multitud de naves de todas formas y tamaños saliendo de sus hangares. Pero el movimiento errático de esas vainas y bagarras no dejaban mucho tiempo a Obi-Wan para contemplar el paisaje. Dividía su atención entre el titilante círculo que era la vaina de Cohl en los monitores de control y las pantallas de la consola que le mostraban imágenes del exterior.

Con la mayoría de las vainas dirigiéndose hacia la parte Inferior de la centrosfera, hasta el menor encontronazo provocaba reacciones en cadena entre ellas. Ya había muchas vainas girando descontroladas, unas cuantas de ellas en rumbo de colisión con los brazos hangares.

Todo ello le recordaba algunos ejercicios que había realizado en su infancia en el Templo Jedi de Coruscant, donde el objetivo de cualquier estudiante era mantener una atención constante a una única tarea, mientras cinco de sus Maestros hacían todo lo que podían por distraerlo.

-Cuidado con la popa, pádawan -le advirtió Qui-Gon.

Una vaina había surgido de debajo de ellos, chocando con la popa al ascender. Al correr peligro de verse volcados, Obi-Wan conectó los cohetes de altitud del morro consiguiendo estabilizar la nave justo a tiempo. Pero el roce los había desviado de su rumbo, dirigiéndoles de pronto hacia la gruesa estructura que unía la inmensa centrosfera con los brazos.

Obi-Wan miró los monitores superiores, pero no vio ningún círculo luminoso.

-Los he perdido. Maestro.

-Concéntrate en el lugar al que quieres ir -le dijo Qui-Gon con voz calma-. Olvídate del monitor y deja que la Fuerza te guíe.

Cerró los ojos por un instante y, tras seguir sus instintos, modificó el rumbo. Miró las pantallas para comprobar que volvían a tener delante la vaina de Cohl. A estribor.

-Ya los veo, Maestro. Se dirigen a la parte superior de la centrosfera.

-El capitán Cohl no es de los que suelen esconderse entre el rebaño.

El joven Kenobi volvió a conectar los cohetes de altitud para ajustar el rumbo y no tardó en ver el tranquilizante brillo intermitente del círculo.

La centrosfera llenó las pantallas conectadas a las videocámaras del morro de la vaina, mostrando piso tras piso de lo que Obi-Wan sabía que una vez fueron salas de conferencias y camarotes para la tripulación, hasta que la Federación de Comercio decidió usar mano de obra androide. Estaban casi en la cinta de la centrosfera cuando un único caza apareció en una de las pantallas, disparando con sus cañones gemelos contra un objetivo que estaba fuera de su vista.

-Un CloakShape del Frente de la Nebulosa-dijo Qui-Gon con cierta sorpresa.

Los CloakShape eran cazas de corto alcance y forma achatada, con alas curvadas hacia adentro, diseñadas para combatir dentro de una atmósfera. Pero el grupo terrorista había modificado éste en particular añadiéndole un motor de hiperimpulso y alerones de maniobra en la parte de atrás.

-Pero, ¿contra qué disparan? -preguntó Obi-Wan-. Los pilotos de Cohl deben haber destruido ya los cazas del *Ganancias*.

-Sospecho que pronto lo sabremos, pádamos. Hasta entonces, concéntrate en nuestra actual situación.

El joven aprendiz se encrespó un tanto por la suave reprimenda, pero ésta era merecida. Tenía tendencia a pensar en el futuro, en vez de a concentrarse en el presente y escuchar a lo que los Jedi llamaban la Fuerza viva.

La vaina de Cohl, iba ganando velocidad y ya estaba muy por encima de la cima de la centrosfera y los abultados escáneres que erizaban la parte superior de la torre de control del carguero, evadiendo con arriesgadas maniobras a la nube de vainas en la que se había escondido hasta entonces. Temiendo quedar muy distanciado, Obi-Wan recurrió a los motores de impulso para aumentar su velocidad.

Para cuando estuvo sobre la curva superior de la centrosfera, ya había reducido considerablemente la distancia que los separaba y se disponía a seguir a Cohl a espacio abierto cuando apareció bruscamente otro caza en sus pantallas, un Headhunter Z-95 modificado que explotó un instante después.

-La batalla continúa -dijo su Maestro.

Al salir del abrazo de los hangares, los dos Jedi pudieron ver el origen de los disparos. Había un segundo carguero flotando como un anillo sobre la cara oculta de Dorvalla, envuelto en las llores de fuego con que lo sembraban las naves del Frente de la Nebulosa.

-Refuerzas de la Federación de Comercio -dijo Obi-Wan.

-Ese carguero podría complicar la situación -murmuró Qui-Gon. -Pero esta vez tenemos a Cohl.

-Cohl es muy hábil. Podría haber anticipado esto. Nunca hace ningún movimiento sin un plan de contingencia.

-Pero, Maestro, sin sus naves de apoyo...

-No esperes nada. Límitate a mantener el rumbo.

La banda de ocho hombres de Cohl, llevaba a cabo sus tareas preasignadas dentro de los igualmente estrechos compartimentos de la vaina de los terroristas.

-Escotillas interna y externa selladas, capitán -informó Boiny desde su puesto en la curvada consola de control-. Todos los sistemas en funcionamiento.

-Preparado para pasar de los repulsores a la propulsión por fusión -dijo Cohl, ajustándose el arnés de su asiento, -preparados para la conversión -informó Rella.

-Comunicaciones conectadas -dijo otro-. Paso a frecuencia prioritaria. -Espacio despejado, capitán. Estamos superando la marca de mil metros de la centrosfera.

-Vayamos con calma -repuso Cohl, consciente de que había cierta tensión en el aire filtrado-. Mantendremos este rumbo discreto hasta llegar a los diez mil metros. Entonces saldremos a toda velocidad.

Rella le miró aprobadora.

-Planea con cuidado, ejecuta sin errores...

-Y evita ser descubierto, antes, durante y después -completó Boiny. -Poned rumbo uno-uno-siete, hacia el lado de babor del carguero -les dijo Cohl-. Acelerad a punto cinco. Reactores de fusión a la espera.

Reclinó la silla y conectó las pantallas de estribor. El *Halcón Murciélagó* y las naves de apoyo se las habían arreglado para mantener a raya al *Adquisidor*, pero los cazas de la Federación estaban por todas partes, asediados por los pilotos del Frente de la Nebulosa y desorientados por el torrente de vainas de carga que brotaban de los hangares del *Ganancias*. Sólo tenían que llegar hasta el *Halcón Murciélagó* y poner unos cuantos parsecs de distancia entre ellos y el *Adquisidor*. Rella se inclinó hacia él para hablarle en un susurro. -Si sobrevivimos a ésta, te perdono por haber aceptado esta operación. El humano abrió la boca para responder cuando Boiny dijo:

-Pasa algo extraño, capitán. Podría ser un error, pero tenemos una vaina de carga pegarla a nosotros a las seis.

-Enseñamela -dijo Cohl, clavando sus ojos violetas en la pantalla. -Justo la del centro. La que tiene el morro en punta. Cohl guardó silencio por un momento. -Cambia el rumbo a uno-uno-nueve. Rella así lo hizo.

Boiny profirió una risa nerviosa.

-La vaina cambia su rumbo a uno-uno-nueve.

-¿Algún tipo de arrastre gravitacional? -preguntó uno de los otros, un humano llamado Janan.

-¿Un arrastre gravitacional? -repitió Rella con evidente burla-. ¿Y qué se supone que es un arrastre gravitacional por las lunas de Bodgen?

-Lo que impide a Janan pensar con cordura -murmuró Boiny.

-Callaos todos un momento -repuso Cohl, mesándose pensativo la barba, ¿Podemos escanear esa vaina?

-Podemos intentarlo.

Cohl se forzó a respirar profundamente y cruzó los brazos sobre el pecho. -Vamos a jugar sobre seguro. Devuélvenos a la corriente de vainas.

-Nos están escaneando, Maestro -dijo Obi-Wan-. Y también cambian de rumbo.

-Piensan esconderse en esa nube de vainas -dijo Qui-Gon, para sí mismo-. Ya va siendo hora de proporcionarles otro motivo de preocupación, pádawan En cuanto nos aleemos algo más del carguero, activa el detonador térmico.

Cohl se agarró a los reposabrazos de su, estrecho asiento Cuando la vaina terrorista chocó con otra vaina perteneciente al torrente de ellas que salían al espacio situado entre los dos cargueros de la Federación e Comercio.

-No podremos encajar muchos golpes más así -avisó Boiny, con las ventosas de los dedos fijas en la consola de control.

-Cohl -dijo Rella con dureza-. Si no salimos ya mismo, acabaremos en medio del fuego de los cazas.

El capitán mantenía la mirada fija en la pantalla que tenía sobre su cabeza. -¿Qué hace la vaina?

-Imitar todas nuestras maniobras.

-¿Qué es lo que tiene esa cosa'? -maldijo entre dientes uno de los humanos.

-¿O quiénes? -apuntó otro.

-Algo no va bien -repuso Cohl, negando con la cabeza-. Esto me huele a rata womp.

Nunca he conocido a nadie que pudiera pilotar una vaina de ese modo -comentó Boiny mirándolo.

El capitán dio un golpe a los reposabrazos como gesto final.

-Dejemos de perder tiempo. Conecta los motores principales. -Así se habla -comentó Rella, llevando a cabo la orden.

Sin previo aviso. Boiny se revolvió bruscamente en su asiento, gesticulando enloquecidamente hacia uno de los sensores de la consola y farfullando atropelladamente.

-¡Boiny! -le gritó Cohl, como intentando romper el trance en que parecía inmerso el rodiano-. ¡Sueltalo de una vez!

Este se giró y sus ojos negros irradiaban incredulidad.

-¡Capitán, tenemos un detonador térmico en el núcleo impulsor de la vaina!

Cohl le miró con la misma incredulidad.

-¿Cuánto falta para la detonación?

-¡Cinco minutos y contando!

Capítulo 5

El puente del *Adquisidor*, con sus superficies estériles, sus lisas consolas de control y sus pantallas circulares de plasma luminosas como acuarios, habría sido idéntico al de su nave hermana de no tener una tripulación completa de oficiales, siendo los ocho neimoidianos.

El comandante Nap Lagard miró a través de los miradores delanteros al lejano *Ganancias*. A esa distancia, las vainas de morro bulboso y las gabarras que se derramaban desde las bodegas de sus hangares apenas eran simples motas que reflejaban la luz del sol, pero las pantallas aumentaban esa imagen revelando cientos de vainas destripadas tanto por colisiones con sus compañeras como por disparos de los cazas, y cuya carga de lommite vagaba perdida en el espacio. Era una visión descorazonadora, pero Lagard estaba decidido a recuperar la mayor cantidad posible del cargamento, siempre y cuando pudieran alejar de allí a los terroristas.

El Frente De la Nebulosa había dejado sus huellas en todo el destrozado carguero, en el duracero astillado, en los agujeros del casco y en el retorcido fuselaje. Sus campos deflectores superpuestos y recientemente reforzados habían salvado al *Adquisidor* de recibir un castigo semejante por parte de los terroristas, y además era un carguero que transportaba el doble de naves pilotadas por androides de lo que era habitual.

Los cazas enemigos salieron al encuentro del carguero apenas salió del hiperespacio. Las naves neimoidianas consiguieron bloquear el ataque con la ayuda de los cañones del carguero, obligando a los terroristas a retroceder hasta el *Ganancias*, donde el conflicto seguía en plena ebullición. Incontables androides habían desaparecido ya en explosiones globulares, pero el Frente de la Nebulosa también había tenido sus bajas: dos CloakShape y un Headhunter Z-95.

Sólo el *Halcón Murciélag*o, la fragata ligera propiedad del mercenario conocido como capitán Cohl, seguía amenazando al *Adquisidor*, poniendo a prueba la solidez de sus nuevos escudos.

Pero el *Halcón Murciélag*o se batía ya en retirada, en dirección al casquete polar de Dorvalla, y desde el puente del carguero sólo eran visibles los vórtices azules de las toberas de la fragata.

-Parece que los hemos rechazado -comentó en lengua neimoidiana uno de los subalternos de Lagard.

Lagard gruñó sin comprometerse.

-El capitán Cohl ha debido dar orden de abandonar la nave -continuó diciendo el subalterno-. El Frente de la Nebulosa debe preferir que la lommite se pierda en el espacio a permitir que llegue a nuestros clientes de Sluis Van.

-Deben creer que han propinado un buen golpe a la Federación de Comercio -repuso Lagard con otro gruñido-. Pero se lo pensarán dos veces cuando obliguemos a Dorvalla a compensarnos por esto.

-Los tribunales estarán de nuestro lado -asintió el subalterno.

-Sí -repuso el comandante, apartando la vista de los miradores-. Aunque no podemos permitir que estos actos terroristas sigan teniendo lugar.

-Señor -interrumpió el oficial de comunicaciones-. Estarnos recibiendo una transmisión codificada del comandante Dofine.

-¿Del *Ganancias*?

-De una vaina de salvamento, comandante.

-Pase el mensaje a los altavoces y prepare el rayo tractor para recuperar la vaina de salvamento.

Los altavoces del puente chasquearon al cobrar vida.

-*Adquisidor*, aquí el comandante Daultay Dofine. Lagard se movió hacia el centro de la pasarela.

-Dofine, aquí el comandante Lagard. Le subiremos a bordo en cuanto nos sea posible.

-Escúchenle bien. Lagard -repuso Dofine-. Contacte con el virrey Gunray. Es de suma urgencia que hable con él inmediatamente. -¿Con el virrey Gunray? ¿Qué es tan urgente? -Eso es sólo para los oídos del virrey.

Al darse cuenta de que había perdido estatus, Lagard contraatacó.

-¿Qué pasa con el capitán Cohl? ¿Se ha apoderado de su nave?

El breve silencio de Dofine hizo saber a Lagard que su pulla había dado en el blanco.

-El capitán Cohl huyó de la nave en una vaina falsa.

-¿Puede identificarla? -repuso Lagard volviéndose hacia los miradores. -¿Identificarla'? Era una vaina como cualquier otra.

-¿Y el *Ganancias*?

-¡El *Ganancias* va a saltar en pedazos!

En la vaina de los terroristas, Boiny estudiaba con desazón la consola de instrumentos.

-Treinta segundos para la detonación.

-¡Cohl! -gritó Ralla cuando éste no le contestó-. ¡Haz algo! El capitán la miró, apretando los labios.

-De acuerdo, soltaremos el casco.

Los terroristas respiraron aliviados, mientras Boiny tecleaba toda una serie de instrucciones en el tablero de la consola.

-Cargas activadas -informó el rodiano-. Separación en diez segundos. Cohl aspiró aire.

-En momentos como éste, a uno le gustaría poder ver la cara de su adversario.

Qui-Gon y Obi-Wan contemplaban la vaina de Cohl en sus respectivas pantallas. De pronto, una serie de pequeñas explosiones se sucedieron a lo largo del ecuador del vehículo jorobado, partiéndolo en dos y descubriendo la lanzadera achatada que se ocultaba en su interior.

Los motores de fusión de la lanzadera se encendieron, alejando al vehículo de los pedazos ate la carcasa desechada. A continuación estalló la mitad inferior.

-Eso ha debido ser nuestro detonador térmico -dijo Qui-Gon-. ¿Y el rastreador?

-Sujeto al casco de la nave y funcionando, Maestro -informó Obi-Wan, mirando al círculo luminoso del monitor-. Has vuelto a adelantarte al capitán Cohl.

-No sin ayuda, pádawan. Ya sabes lo que debes hacer.

Obi-Wan sonrió al alargar el brazo hacia los controles.

-Ojalá pudiera verle la cara a Cohl.

Cohl se quedó boquiabierto al ver cómo la vaina que les perseguía se separaba por el centro. Dentro había una lanceta corelliana sin alas, pintada en un distintivo carmesí desde el afilado morro a la elegante aleta de la cola.

-¡Lleva los colores de Coruscant! -dijo Boiny asombrado-. Pertenece al Departamento Judicial.

-Imita todas nuestras maniobras -informó Rella, mientras conducía la nave por entre un enjambre de vainas de carga y flotantes montones de lommite.

-Nos ganan terreno -actualizó Boiny.

Rella se negaba a aceptarlo.

-¿Desde cuándo pilotan así los judiciales?

-¿Quién más podría estar pilotándolo? -preguntó otro de los humanos Desde luego no son neimoidianos.

Cohl miró fijamente a Rella.

-¿Son Jedi? -dijeron al unísono.

Cohl lo meditó un momento antes de desechar la idea.

-¿Qué iban a hacer aquí los Jedi? No estamos en el espacio de la República. Además, nadie, y quiero decir nadie, estaba al tanto de esta operación.

Boiny y los demás se apresuraron a manifestarse de acuerdo.

-El capitán tiene razón. Nadie estaba al tanto de esta operación.

Pero la inseguridad en la voz del rodiano era flagrante, y Cohl fue consciente de que todo el mundo le miraba.

-¿Nadie, Cohl? -preguntó Bella con suspicacia. Él frunció el ceño.

-Nadie al margen del Frente de la Nebulosa. -Igual se lo comunicó la Fuerza -murmuró Boiny. Rella estudió los monitores.

-Todavía podemos llegar al *Halcón Murciélago*.

Cohl se inclinó hacia los miradores.

-¿Dónde está?

-En el punto de encuentro sobre el casquete polar de Dorvalla -respondió la humana. A estas palabras les siguió un largo instante durante el que Cohl guardó silencio-. Puedo seguir volando en círculo mientras tú decides lo que debemos hacer.

-Boiny, realiza un escáner De la superficie del casco -pidió el capitán.

-¿Un escáner de la superficie? -preguntó dubitativo el rodiano.

-Hazlo ya -repuso Cohl cortante.

Boiny se inclinó sobre la consola, enderezándose luego bruscamente. -¡Nos han puesto un localizador!

Los ojos del capitán se estrecharon.

-Así que esperan poder seguirnos.

-Corrección -dijo Rella-. Nos están siguiendo ya. Cohl ignoró el comentario y volvió a mirar a Boiny.

-¿Cuánto falta para que el *Ganancias* explote?

-Siete minutos.

-¿Puedes calcular la forma en que explotará el carguero?

-Hasta cierto punto -repuso el rodiano con tono desconcertado, cruzando una mirada de preocupación con Rella.

-Hazlo. Y después proporcióname un cálculo aproximativo del radio de la explosión y de la amplitud de la nube de restos.

Boiny tragó saliva con esfuerzo.

-Hasta mi mejor cálculo tendrá un error de un par de cientos de kilómetros arriba o abajo, capitán.

Cohl reflexionó en silencio, antes de mirar a Rella.

-Hacia adelante, a toda velocidad.

Ella le devolvió la mirada.

-Es evidente. Has Perdido la cabeza

-Ya me has oído. Volvemos al carguero.

Daultay Dofine se arrastró indecorosamente dentro del portal magcon del brazo de babor del *Adquisidor* al salir de la vaina de salvamento con forma de barril que acababa de recuperar el poderoso rayo tractor del carguero.

Tras él salieron el navegante y el resto de la tripulación.

El comandante Lagard estaba allí para recibirlo.

-Es un honor rescatar a una persona tan célebre.

Dofine se ajustó la toga y enderezó su mitra de mando.

-Sí, seguro que lo es -replicó-. ¿Ha hecho ya lo que le pedí y contactó con el virrey Gunray?

Lagard señaló la mecosilla que seguramente le había transportado hasta allí desde el puente.

-El virrey está impaciente por oír su informe. Igual que yo, comandante.

Dofine apartó a Lagard para llegar a la silla, que enseguida empezó a desplazarse en dirección a la centrosfera, sin duda a instancias de Lagard.

El curioso aparato de coste prohibitivo había sido fabricado por Manufacturas Affodies de Neimoidia Pura, y tenía dos patas traseras en forma de hoz que culminaban en garras y un par de patas guía articuladas de garra doble. La filigrana tallada con láser que cubría su metálica superficie estaba inspirada en el adorno de la concha del escarabajo soberano de Neimoidia. La silla de respaldo alto estaba equilibrada giroscópicamente y era más un símbolo de estatus que un sistema práctico de transporte, pero Dofine había supuesto que no le habían traído la silla para que se sentara en ella.

Allí donde debía sentarse alguien había una placa holográfica circular desde la que se proyectaba la holopresencia en miniatura del virrey Nute Gunray en persona, líder del Círculo Interno neimoidiano y uno de los siete miembros de la Directiva de la Federación de Comercio. Impedimentos de origen interestelar alteraban la recepción con diagonales rayas de estática.

-Virrey -dijo Dofine, inclinándose en gesto de obediencia antes de echar a correr para alcanzar la silla que se desplazaba lentamente.

Gunray tenía una mandíbula inferior sobresaliente, que dejaba en solitario a su grueso labio inferior. Una profunda fisura dividía su abultada frente en dos lóbulos laterales. Su piel tenía un saludable tono gris azulado gracias a frecuentes masajes y comidas de los hongos más exquisitos. Una toga roja y anaranjada de exquisita manufactura caía desde sus estrechos hombros, así como una sobrepelliz de circular cuello marrón que le llegaba a las rodillas. Del cuello colgaba un peto de alargadas lágrimas de electrum, y en su regia cabeza descansaba una tiara negra, con cresta triple y dos colas.

-¿Qué es tan urgente, comandante Dofine?

-Virrey, tengo el triste deber de informarle que los miembros del Frente de la Nebulosa se han apoderado del *Ganancias*. La carga de mineral de lommite flota en el espacio y, mientras hablarlos, una carga explosiva se acerca al final de la cuenta atrás que marcará la destrucción de la nave.

Dándose cuenta de que había olvidado quitarse el temporizador del dorso de la mano. Dofine encogió la mano dentro de la ancha manga de su toga.

-Así que el capitán Cohl ha vuelto a atacar -repuso Gunray.

-Sí, virrey. Pero tengo noticias de naturaleza aún más preocupante -añadió el comandante sin nave, mirando a su alrededor con la esperanza de que Lagard estuviera lo bastante lejos como para no oírle, pero, por supuesto, no era así-. El escondrijo de los lingotes de aurodium -dijo al fin-. Cohl conocía su existencia. No tuve más remedio que entregárselo.

Dofine esperaba una reprimenda o algo peor, así que bajó la cabeza avergonzado, mientras seguía a la mecanosilla. Pero la reacción del virrey le sorprendió.

-Estaba en juego su vida y la de toda su tripulación. -Así es, excelencia.

-Pues, mantenga erguida la cabeza, comandante Dofine. Lo que ha pasado hoy puede acabar siendo una bendición para la Federación de Comercio, y muy beneficioso para todos los neimoidianos.

-¿Una bendición, virrey?

Gunray asintió.

Le ordeno que asuma el mando del *Adquisidor*. Haga volver a los cazas y abandone el combate.

-Se dirige de vuelta al carguero -dijo Obi-Wan desde los controles del caza del Departamento Judicial-. ¿No será que engañaron al ordenador del carguero para que expulsase su carga, aunque en realidad no corría peligro?

-Lo dudo -repuso Qui-Gon, acercando la cara al acero transparente de la cabina-. Todas las naves de apoyo de Cohl, incluida su fragata, se alejan del *Ganancias*.

-Es cierto, Maestro. Hasta el *Adquiridor* se aleja.

-Entonces acertarlos al pensar que el carguero está destinado a destruirse. Y, aun así, el capitán Cohl se dirige a toda velocidad hacia él.

-Igual que nosotros -creyó oportuno resaltar Obi-Wan.

-¿Qué puede pretender Cohl? No es hombre propenso a realizar actos desesperados, y mucho menos suicidas.

-Su clave no disminuye la velocidad ni varía de rumbo. Se dirige en línea recta hacia el hangar de estribor.

-Justo al punto de partida.

El ceño de Obi-Wan empezó a fruncirse preocupado.

Nos estamos acercando demasiado. Si de verdad va a destruirse el carguero...

-Me doy cuenta, pádawan. Puede que el capitán Cohl sólo nos esté probando.

El aprendiz de Jedi esperó un largo momento antes de permitir que la preocupación se trasluciera en su voz.

-¿Maestro?

Qui-Gon observó cómo la nave se inclinaba para encaminarse al centro del círculo que era el *Ganancias*. Buscó con sus sentidos y no le gustó lo que encontró.

-Aborta la persecución -dijo bruscamente-. ¡Deprisa!

Obi-Wan dio plena potencia a los motores de la lanceta y tiró bruscamente del volante. Al ir a toda velocidad, la nave ascendió trazando un bucle que la alejó del carguero.

De pronto, el *Ganancias* explotó. En la cabina de la lanceta dio la impresión de que alguien la había cubierto con una luminosa sábana. La pequeña nave recibió un empujón en la cola que la lanzó hacia delante, empujada por el borde de la onda expansiva. Grandes trozos de duracero fundido pasaron por su lado como cometas. La lanceta vibró hasta casi romperse, todos sus sistemas se

cortocircuitaron en medio de una lluvia de chispas, los monitores sólo mostraron estática antes de oscurecerse.

Obi-Wan miró por encima de su hombro para ver cómo el *Ganancias* se hacía pedazos por partes, con los enormes brazos hangar haciendo un pequeño y' breve primer contacto, antes de girar en direcciones contrarias como dos lunas crecientes descontroladas. La centrosfera y la torre del puente de mando giraron alejándose del destruido compensador de aceleración Y lo que quedaba del trío de apagadas toberas.

A cierta distancia de allí, el *Adquisidor* se alejaba buscando la seguridad de la cara oculta de Dorvalla. La fragata de Cohl y dos de los cazas de apoyo se alejaban del planeta para dar el salto al hiperespacio.

-O bien Dorvalla gana un satélite o bien cae víctima de un meteoro devastador -dijo Obi-Wan en cuanto pudo hablar.

-Más bien me temo lo segundo. Llama a Coruscant. Informa al Consejo de Reconciliación de que Dorvalla necesita ayuda inmediata.

-Lo intentaré. Maestro.

Obi-Wan empezó a accionar interruptores en la consola, esperando que alguno de los sistemas de comunicación hubiera sobrevivido a la tormenta electrónica que acompañó a la explosión.

-¿Alguna señal de la nave de Cohl?

-Ninguna señal del rastreador -repuso el páawan tras mirar á la pantalla.

Qui-Gon no dijo nada.

-Maestro, sé que Cohl odiaba a la Federación de Comercio, pero ¿en tan poco valoraba su propia vida?

Qui-Gon hizo una larga pausa antes de responder.

-¿Cuales son la sexta y la séptima reglas del compromiso, páawan? Obi-Wan hizo por acordarse.

-La sexta es ver la luz y la oscuridad en todas las cosas. -Ésa es la quinta.

Obi-Wan volvió a pensar.

-Ser cauto, hasta en cuestiones triviales.

-Ésa es la octava.

-Aprender á ver con precisión.

-Sí, ésa es la sexta. ¿Y la séptima?

-Lo siento. Maestro. No consigo recordarla.

-Abre los ojos á lo que no es evidente.

El muchacho pensó en ello.

-Entonces, esto no se ha acabado aquí.

-En absoluto, joven páawan. Más bien siento que sólo es el principio de una amenaza.

CORUSCANT

Capítulo 6

Las cuatro paredes del despacho de Finis Valorum, situado en lo alto del edificio más imponente, cuando no el más escultural, del distrito gubernamental, eran de acero transparente montado en una serie de paneles estructurados en una tira continua de triángulos regulares e invertidos.

El planeta ciudad que era Coruscant -el 'orbe refulgente', la "joya del núcleo" y agobiado corazón de la República Galáctica-, se extendía por todas partes en un tumulto de brillantes cúpulas, afiladas torres y superestructuras que trepaban hasta el cielo. Los edificios más altos asemejaban gigantescos cohetes que nunca habían abandonado sus plataformas de despegue, o peñascos de lava erosionados por el viento pertenecientes a volcanes extinguidos mucho tiempo atrás. Algunas de las cúpulas eran hemisferios aplanados situados en lo alto de bases cilíndricas, mientras que otras parecían cuencos de cerámica con tapas acanaladas.

Estrías de tráfico aéreo guiado magnéticamente se movían con rapidez por encima del paisaje de la ciudad. Ríos de transportes, autobuses aéreos, taxis y limusinas se desplazaban entre altas torres y sobre abismos insondables como si fueran bancos de exóticos peces. Pero eran peces que, en vez de ser alimentados, daban de comer, pues distribuían las riquezas de la galaxia entre el ambicioso trillón de seres que tenían su hogar en Coruscant.

Y por muchas veces que lo contemplase, es decir, todos los días de los siete años que hacía que era Canciller Supremo de la República. Valorum seguía sin cansarse de ese paisaje. No es que fuera un mundo especialmente grande o cruel, es que el devenir de la historia lo había convertido en un lugar especialmente vertical, una experiencia vertical más afín a la vida oceánica que a la atmosférica.

El despacho principal de Valorum estaba situado en el nivel inferior de la cúpula del Senado Galáctico, pero normalmente solía verse tan inundado de peticiones y asuntos pendientes que se había reservado ese aposento tan elevado para reuniones de naturaleza más privada.

Aunque ya hacía horas que había salido el sol, él estaba parado ante la fila de ventanas que daban a la parte por donde amanecía, cogiéndose las pálidas manos a la espalda. Vestía una túnica magenta de cuello alto y chaleco cruzado, con pantalones a juego y un ancho fajín. La luz proveniente del sur, polarizada por los paneles de acero transparente, inundaba la sala. Pero el único invitado de Valorum se había sentado fuera del alcance de la luz.

-Me temo. Canciller Supremo, que nos enfrentarlos a un gran reto -decía el senador Palpatine desde las sombras-. La República corre peligro de desmoronarse. Se deshila en sus lejanos bordes, mientras la corrupción la carcome en su mismo corazón. Necesitamos orden, directivas que restauren el equilibrio. Y no deberíamos perder de vista ni las soluciones más desesperadas.

Aunque eran opiniones que reflejaban lo que había acabado siendo el sentir popular, las palabras de Palpatine se clavaron en Valorum como una espada. El saber que eran ciertas le hacía más difícil aún oírlos. Le dio la espalda al paisaje y volvió a su escritorio para sentarse pesadamente en su acolchada silla.

Valorum había envejecido con distinción. Tenía una decreciente mata de cabellos plateados, bolsas bajo los penetrantes ojos azules y unas cejas oscuras y pobladas. Sus severos rasgos y su voz profunda ocultaban un espíritu apasionado y un intelecto inquisitivo. Pero el hecho de ser el último miembro de una dinastía política que se remontaba mil años en el pasado, una dinastía que muchos creían debilitada por su inusual longevidad, siempre le había impedido superar cierta indiferencia aristocrática.

-¿En qué nos hemos equivocado? -preguntó con tono firme pero triste-. ¿Cómo pudimos perder de vista nuestro objetivo a medida que recorriamos el camino?

Palpatine le dedicó una mirada comprensiva.

-El error no ha sido nuestro. Canciller Supremo. El error radica en los sistemas estelares fronterizos, y en la discordia civil que se ha engendrado allí -dijo con voz cuidadosamente modulada, algo cansina, aparentemente inmune a la ira o la alarma-. Como con lo sucedido recientemente en Dorvalla, por ejemplo.

Valorum asintió.

-El Departamento Judicial ha solicitado que me reúna luego con ellos para informarme de las últimas novedades.

-Igual puedo ahorrarle la molestia, Canciller Supremo. Al menos con lo que he oído en el Senado.

-¿Rumores o hechos?

-Sospecho que un poco de ambas cosas. El Senado está lleno de delegados que siempre interpretan la situación a su manera, al margen de cuáles sean los hechos.

Tras esto, Palpatine hizo una pausa, como para ordenar sus ideas.

En su rostro algo redondo destacaban de forma prominente unos acuosos ojos azules de pesados párpados y una nariz semejante a un timón. El pelo rojo que había perdido su lozanía estaba peinado al estilo provinciano de los sistemas fronterizos: hacia atrás desde la amplia frente, y poblado y largo tras las caídas orejas. Su forma de vestir también indicaba cierta fidelidad a su sistema natal, ya que solía usar túnicas con cuello en V y capas de tejido acolchado pasadas de moda.

Era un senador sectorial que representaba al mundo fronterizo de Naboo, al tiempo que a otros treinta y seis planetas habitados, habiéndose ganado una reputación de franqueza e integridad que le habían proporcionado un rincón en el corazón de muchos de sus colegas senadores. Como había dejado claro a Valorum, a lo largo de numerosas reuniones, tanto públicas como privadas, estaba más interesado en hacer lo que había que hacer que en rendir ciega pleitesía a las normas y reglas que habían convertido al Senado en un laberinto burocrático.

-Como seguramente le contará el Departamento Judicial -empezó a decir por fin-, los mercenarios que atacaron y destruyeron el carguero *Ganancias* de la Federación de Comercio estaban contratados por el grupo terrorista del Frente de la Nebulosa. Lo más probable es que ganaron acceso al interior de la nave con la complicidad de los estibadores de Dorvalla. Todavía no está claro cómo supo el Frente de la Nebulosa que había lingotes de aurodium a bordo, pero es evidente que el Frente planeaba emplearlos en financiar nuevos actos terroristas contra la Federación de Comercio, y quizá contra las colonias que tiene la República en el Borde Exterior.

-¿Lo planeaba?

-Todo indica que el capitán Cohl y su equipo de asesinos perecieron en la explosión que destruyó el *Ganancias*. Pero, aun así, el incidente ha tenido amplias repercusiones.

-Soy muy consciente de algunas de ellas -comentó el Canciller con cierto desagrado-. Debido a sus ataques y a su asedio continuado, la Federación de Comercio piensa solicitar la intervención de la República, o, en su lugar, una autorización del Senado para aumentar aún más su contingente de androides.

Los labios de Palpatine formaron una fina línea mientras asentía.

-Debo confesar. Canciller Supremo, que mi primer instinto fue el de rechazar esa petición nada más oírla. La Federación de Comercio ya es demasiado poderosa, tanto en riqueza como en fuerza militar. Pero, desde entonces, he reconsiderado mi postura.

Valorum le miró con interés.

-Agradecería oír sus reflexiones.

-Bueno, para empezar, la Federación de Comercio está compuesta por empresarios, no por guerreros. Por ejemplo, los neimoidianos son cobardes para todo lo que no sea el comercio. Así que no me preocupa en exceso que se les autorice a aumentar sus defensas androides, si bien procurando que sea en poca cantidad. Y lo que es más importante, puede que haya alguna ventaja en concederles eso.

Valorum entrecruzó los dedos y se inclinó hacia adelante. -¿Cuál puede ser esa ventaja?

Palpatine respiró hondo.

-A cambio de honrar sus peticiones de intervención y de fuerzas adicionales, el Senado podría exigir que todo trato comercial que tuviera lugar en los sistemas fronterizos esté sujeto a los impuestos de la República.

Valorum se dejó caer en el asiento, claramente decepcionado.

-Ya hemos pasado antes por esto, senador. Los dos sabemos que a la mayoría del Senado no le importa lo que pueda pasar en los sistemas exteriores, y mucho menos en las zonas de libre comercio. Pero, en cambio, sí que le importa lo que le pasa a la Federación de Comercio.

-Sí, porque los bolsillos de seda de más de una toga senatorial están forradas de sobornos neimoidianos.

-La autoindulgencia está a la orden del día

-Eso es innegable. Canciller Supremo -dijo Palpatine tolerante-. Pero eso, en sí mismo, no es motivo para tolerar dicha práctica.

-Pues claro que no -dijo Valorum-. He intentado acabar con la corrupción que asola al Senado desde que estoy en este cargo, así como deshacer el nudo de políticas y procedimientos que frustran constantemente nuestras intenciones. Promulgamos leyes sólo para descubrir que no podemos hacerlas cumplir. Los comités proliferan como virus sin liderazgo alguno. Se necesita un mínimo de veinte comités sólo para decidir la decoración de los pasillos del Senado.

"La Federación de Comercio ha prosperado aprovechándose de esa misma burocracia que hemos creado entre todos. Las demandas contra la Federación languidecen en los tribunales, mientras las comisiones examinan hasta el último aspecto de cada caso. No es de extrañar que tanto Dorvalla como los demás mundos de la Ruta Comercial de Rimma apoyen a grupos terroristas como el Frente de la Nebulosa.

"Y no es muy probable que un impuesto pueda solventar eso. De hecho, esa medida podría inducir a la Federación de Comercio a abandonar por completo a los sistemas fronterizos y concentrarse en mercados más lucrativos y cercanos al Núcleo."

-Algo que sólo conseguiría privar a Coruscant y a sus vecinos de muchos recursos importantes, así como de varias mercancías de lujo -añadió Palpatine, aparentemente de acuerdo-. Es evidente que los neimoidianos considerarían ese impuesto como una traición, aunque sólo sea porque fue la Federación de Comercio la que abrió muchas de las rutas hiperespaciales que unen el Núcleo con los sistemas fronterizos. Aun así, ésta puede ser la oportunidad que esperábamos para llegar a ejercer algún control senatorial sobre esas rutas comerciales.

Valorum lo meditó brevemente.

-Sería un suicidio político.

-Oh, soy muy consciente de ello. Cualquier propuesta de impuesto sería atacada implacablemente por el Gremio de Comerciantes, la Unión Techno, y los demás conglomerados de transportistas con franquicia para operar en las zonas de libre comercio. Pero es la medida apropiada.

Valorum negó lentamente con la cabeza, levantándose luego para acercarse a las ventanas.

-Nada podría alegrarme más que ganar por la mano a la Federación de Comercio.

-Entonces, éste es el momento de actuar.

Valorum mantuvo la mirada fija en las distantes torres.

-¿Puedo contar con su apoyo?

Palpatine se levantó y se unió en su contemplación del paisaje.

-Permítame ser franco. Mi posición como representante de un sector fronterizo me pone en una situación delicada. No se equivoque. Canciller, estoy con usted en abogar por los impuestos y por el control de la República. Pero Naboo y los demás sistemas que represento se verán forzados a asumir la carga de esos impuestos pagando más a la Federación de Comercio por sus servicios.

-Hizo una breve pausa-. Me veré obligado a actuar con la mayor circunspección.

Valorum se limitó a asentir.

-Una vez dicho esto -se apresuró a añadir Palpatine-, puede estar seguro que haré todo lo que esté en mi mano para buscar apoyos en el Senado a favor de los impuestos.

Valorum se giró ligeramente hacia Palpatine y sonrió imperceptiblemente.

-Agradezco su consejo, como siempre, senador. Y más ahora, dados los problemas de su mundo natal.

Palpatine suspiró intencionadamente.

-Es una lástima que el rey Veruna esté envuelto en un escándalo. Si bien nunca he estado de acuerdo con él en lo referente a la influencia que debe tener Naboo dentro de la República, me tiene muy preocupado. Su situación es difícil no sólo para Naboo, sino para muchos de los mundos vecinos.

Valorum se llevó las manos a la espalda y caminó hasta el centro de la espaciosa habitación. Cuando se giró para mirar a Palpatine, su expresión dejaba bien claro que sus pensamientos habían vuelto a cuestiones de ámbito más general.

-¿Le parece concebible que la Federación de Comercio aceptase pagar Impuestos si se le reducen las restricciones defensivas que se le han impuesto?

Palpatine juntó sus largos dedos y se los llevó a la barbilla.

-Las mercancías, del tipo que sea, son preciosas para los neimoidianos. Los ataques continuados de piratas y terroristas los están desesperando. Se agruparán contra los impuestos, pero acabarán por aceptarlos. Otra opción podría ser atacar de forma directa a los grupos que los asedian, y ya sé que usted está en contra de ello.

Valorum lo confirmó con decisión.

-Hace generaciones que la República carece de un ejército regular, y no seré yo quien lo reponga. Coruscant debe seguir siendo el lugar al que acuden los diferentes grupos para encontrar una solución pacífica a sus conflictos -repuso, haciendo una pausa para respirar hondo-. Otro rumbo de acción podría ser el permitir que la Federación de Comercio obtenga la protección adecuada para defenderse sola ante cualquier acto terrorista. Después de todo, el Departamento Judicial no va a sugerir que ahora los Jedi se dediquen a resolver los problemas de los neimoidianos.

-No -dijo Palpatine-. Los judiciales y los Caballeros Jedi tienen asuntos más importantes que atender que el ocuparse de hacer seguras para el comercio las rutas espaciales.

-Al menos hay, constantes que no varían -musitó Valorum-. Piense en dónde estaríamos ahora sin los Jedi,

-Sólo puedo imaginarlo.

Valorum dio unos pocos pasos y posó las manos en los hombros de Palpatine.

-Es usted un buen amigo, senador.

Palpatine le devolvió el gesto.

-Mis intereses son los intereses de la República, Canciller Supremo.

Capítulo 7

Coruscant estaba enfundado de un polo al otro en duracreto, plástiacero y mil materiales resistentes más, y parecía invulnerable a los caprichos del tiempo o a los ataques de cualquier posible agente de la entropía.

Se decía que una persona podía pasarse la vida entera en Coruscant sin abandonar ni una sola vez el edificio que consideraba su hogar. Y que si alguien dedicaba su vida a explorar todo el Coruscant que pudiera, apenas conseguiría abarcar más allá de unos pocos kilómetros cuadrados, y le sería mucho más sencillo intentar recorrer todos los mundos fronterizos de la República. La superficie original del planeta llevaba tanto tiempo olvidada y se visitaba en tan raras ocasiones que prácticamente se había convenido en un mundo de proporciones míticas, cuyos habitantes se jactaban de que hacía veinticinco mil años estándar que su reino subterráneo no veía el sol.

Pero la riqueza y los privilegios reinaban cuanto más cerca del cielo se estaba, allí donde el aire era filtrado continuamente y gigantescos espejos iluminaban un suelo de estrechos desfiladeros. Allí, a kilómetros de distancia de las oscuras profundidades, residían quienes podían fabricarse su propia atmósfera enrarecida, quienes se desplazaban en aerolimusinas privadas, quienes podían ver al difuso sol ponerse rojizo al tocar el horizonte curvo del planeta, mientras que quienes se aventuraban bajo el nivel de los dos kilómetros lo hacían sólo para llevar a cabo transacciones de carácter dudoso o para visitar las plazas atiborradas de estatuas ante las que se alzaban monumentales edificios cuya sublime arquitectura aún no se había visto demolida, enterrada o vallada por la mediocridad.

Uno de esos edificios monumentales era el Templo Jedi.

Era una pirámide truncada de un kilómetro de alto, coronada por cinco elegantes torres, que sobresalían sobre el resto, intencionadamente aislada del caos de los superpuestos campos electromagnéticos del planeta, resistiéndose aún al azote de la modernización. Por debajo de su nivel se extendía una llanura de tejados, aeropuertos y avenidas aéreas conformando un mosaico de suntuosas geometrías; colosales torres y espirales, cruces y triángulos, mosaicos y diamantes: grandes mandalas que apuntaban a las estrellas, cuando no complementos temporales de las constelaciones que se encontrarían allí.

Pero en el Templo había algo reconfortante a la vez que prohibido. Pues pese a ser un recordatorio constante de un mundo antiguo y menos complicado, también era algo austero e inalcanzable, al que no podían acceder ni turistas ni cualquiera cuyo deseo de visitarlo estuviera motivado por la simple curiosidad.

Se decía que el trazado del Templo simbolizaba el camino a la iluminación que recorría el pádawan, la unión con la Fuerza mediante la lealtad a los códigos Jedi. Pero su diseño ocultaba un objetivo secundario y mucho más práctico, ya que la disposición quincuncial de las torres, cuatro orientadas a los puntos cardinales, alzándose la más alta desde el centro, estaba erizada de antenas y transmisores que mantenían a los Jedi al tanto de todas las circunstancias y problemas que afligían a la galaxia a la que servían.

De este modo, se concedía tanta importancia a la contemplación como a la responsabilidad social.

Y en ningún lugar del Templo era esa unión de objetivos más evidente que en la sala elevada del Consejo de Reconciliación. Era una sala circular, como la Cámara del Sumo Consejo que se hallaba en lo más alto de otra torre, y también tenía el techo abovedado y altos ventanales a lo largo de todo su perímetro. Pero era menos formal, careciendo del anillo de asientos que sólo ocupaban los doce miembros del Sumo Consejo, que decidía sobre asuntos urgentes.

Habían pasado tres días estándar desde que Qui-Gon Jinn volviera a Coruscant cuando el Consejo de Reconciliación lo convocó a su presencia. Durante ese tiempo había hecho poca cosa aparte de

meditar, examinar viejos escritos, recorrer los salones en penumbra del Templo o librar sesiones de entrenamiento de sables láser con otros Caballeros Jedi y pádawan.

Algunos conocidos que trabajaban para el Senado Galáctico le habían informado ya que se habían rechazado sucesivas peticiones de la Federación de Comercio en las que se solicitaba la intervención de la República para acabar con los actos terroristas que les asolaban, así como permiso para aumentar el número de sus defensas androides. Aunque esas peticiones no eran cosa nueva. Qui-Gon se sorprendió al oír la noticia de que el capitán Cohl, además de destruir el *Ganancias*, se había apoderado de una carga secreta de lingotes de aurodium valorada en miles de millones de créditos.

Algo que aún rondaba por su mente cuando se presentó antes los miembros del Consejo de Reconciliación, sin saber que a ellos también les interesaba discutir el incidente de Dorvalla.

Muchos sostenían que Qui-Gon debería ser ya un miembro más del Consejo de no mediar su tendencia a saltarse las normas y seguir sus propios instintos, aunque éstos estuvieran enfrentados con la sabiduría combinada de los miembros del Consejo. Esto era algo que no le beneficiaba a ojos de sus iguales de mayor rango. De hecho, en vez de tratarlo como a un igual, consideraban que su negativa a enmendarse y a aceptar un puesto en el Consejo sólo era un signo más de que era incorregible.

El consejo de Reconciliación estaba compuesto por cinco miembros, pero rara vez coincidían los mismos cinco, y en aquel día sólo había cuatro disponibles: los Maestros Jedi Plo Koon, Oppo Rancisis, Adi Gallia y Yoda.

Qui-Gon respondía las preguntas desde el centro de la sala, donde se le había permitido sentarse, prefiriendo él no hacerlo.

-¿Cómo los planes del capitán Cohl conocías, Qui-Gon? -preguntó Yoda, mientras se desplazaba por el pulido suelo de piedra apoyándose en su bastón.

-Tengo un contacto en el Frente de la Nebulosa.

Yoda se detuvo para mirarlo.

-¿Un contacto, dices?

-Un bith. Me buscó en Malastare, y después me informó de los planes de Cohl para atacar el *Ganancias* a su paso por Dorvalla. Una vez en Dorvalla, averigüé que habían modificado una vaina de carga para esa operación. Obi-Wan y yo hicimos lo mismo.

Yoda agitó la cabeza adelante y atrás en lo que parecía asombro.

-Noticia esto es. Otra de las muchas sorpresas de Qui-Gon es.

Yoda era un alienígena anciano y diminuto, casi un patriarca, con un rostro casi humano, de grandes y sabios ojos, nariz pequeña y boca de finos labios. Pero ahí acababan sus semejanzas con la especie humana, pues era verde desde los pies de tres dedos a la coronilla sin pelo, y tenía orejas largas y puntiagudas que brotaban de los lados de su sabia cabeza como si fueran pequeñas alas.

Miembro veterano del Sumo Consejo, prefería enseñar mediante acertijos y rompecabezas a hacerlo con discursos y recitales.

Yoda y Qui-Gon se conocían desde hacía mucho, siendo Yoda de los que a veces se ponía del lado de Qui-Gon cuando éste insistía en anteponer la Fuerza viva a la Fuerza Unificadora. Como solía decir el testarudo Jedi, sencillamente él era así. Ni siquiera cuando se ejercitaba con el sable láser iniciaba los combates con un plan preconcebido. Prefería abandonarse a la improvisación, y alterar su técnica según las exigencias del momento, incluso en aquellas ocasiones en que podría beneficiarle planear las cosas a largo plazo.

-Qui-Gon -dijo Adi Gallia-, se nos dio a entender que el Frente de la Nebulosa había contratado al capitán Cohl. ¿Qué se proponía tu contacto al sabotear la operación que había preparado el Frente de la Nebulosa?

Era una humana joven y atractiva de Núcleollia, con ojos exóticos, un cuello largo y esbelto y labios carnosos. Alta y de complexión oscura, llevaba un gorro ajustado del que colgaban ocho colas semejantes a vainas de semillas.

Qui-Gon la miró.

-Ellos no prepararon la operación. Por eso estaba yo allí con mi pódawan. Yoda levantó su bastón para señalar a Qui-Gon. -Explicar eso, debes.

-El Frente de la Nebulosa representa a muchos mundos de los Bordes Exterior y Medio que se rebelan contra las prácticas prohibitivas y las tácticas extorsionadoras de la Federación (te Comercio -repuso Qui-Gon. cruzando los brazos sobre el pecho-. Algunos de esos mundos Fueron colonizados inicialmente por especies que huían de la represión civilizada del núcleo. Eran muy independientes y no querían ser parte de la República. Pero se ven obligados a tratar con consorcios como la Federación si quieren poder comerciar con el resto de la galaxia. Todos los mundos que han intentado trabajar con empresas independientes se han visto de pronto excluidos de todo comercio.

-Los objetivos del Frente de la Nebulosa podrán ser loables, pero sus métodos son implacables -comentó Oppo Rancisis, rompiendo el breve silencio que se impuso.

Perteneciente a la realeza de Thissipias, tenía los ojos ribeteados de rojo y una boca pequeña en una cabeza grande que solía ir completamente cubierta por un denso cabello blanco, que llevaba recogido en un mono, y que se extendía desde su barbilla en lengua barba.

-Continúa. Qui-Gon -le dijo Plo Koon desde la máscara que se veía obligado a llevar en entornos ricos en oxígeno. Al igual que Rancisis tenía una mente muy dotada para la estrategia militar.

Qui-Gon inclinó la cabeza en gesto de agradecimiento.

-Sin querer justificar los actos del Frente de la Nebulosa, diré que intentaron razonar con la Federación de Comercio antes de recurrir al terrorismo. Si bien Financian sus operaciones traficando con especia para los hutt, siempre se han negado a tratar con especies que están a favor de la esclavitud. Y cuando finalmente recurrieron a la violencia, restringieron sus actividades a atacar los envíos de la Federación de Comercio o a retrasarlos en la medida de lo posible.

Desde luego, destruir un carguero es una forma de retrasarlo -repuso Rancisis.

-El ataque de Cohl es algo nuevo.

-¿Qué ha inducido al Frente de la Nebulosa a aumentar la violencia? -preguntó Gallia.

Qui-Gon sintió que se le preguntaba tanto en nombre del Consejo como en el del canciller supremo Valorum, con quien mantenía estrechos lazos de amistad.

-Mi contacto afirma que ha surgido un ala radical en el Frente, y que fueron estos militantes los que contrataron al capitán Cohl. Tanto el bith como muchos más se oponen a contratar mercenarios, pero esos militantes han asumido el control de la organización.

Yoda se frotó pensativo la barbilla.

-¿Los lingotes de aurodium no buscaban?

-La verdad. Maestro, no sé si dar crédito a esas declaraciones de la Federación.

-¿Tienes motivos para dudar de ellas? -preguntó Koon.

-Sólo por una cuestión de método. La Federación de Comercio siempre se ha preocupado por proteger su carga. ¿Por qué iban a confiar entonces un cargamento de aurodium a un carguero tan

poco defendido como el *Ganancias*, estando a apenas un sistema estelar de distancia uno mucho mejor armado como el *Adquisidor*?

-Buen argumento es -comentó Yoda.

-Creo que el motivo es obvio -manifestó Rancisis en desacuerdo-. La Federación supondría erróneamente que nadie sospecharía que el *Ganancias* transportaba esa riqueza.

-Eso importa poco ahora -dijo Gallia-. Que se contrate a mercenarios como Cohl sólo marca el principio de una campaña coordinada para contrarrestar con la fuerza las defensas androides de la Federación de Comercio, y acabar de paso con su influencia en los sistemas fronterizos.

-Por suerte, el capitán Cohl ya no es un problema -remarcó Plo Koon.

Yoda adoptó un aire de pasmo.

-Preocupado por Cohl. Qui-Gon está.

Qui-Gon sintió el escrutinio del Consejo.

-No creo que pereciera con el carguero -dijo al fin.

-Tú estabas allí, ¿no es así? -preguntó Rancisis.

-Con sus propios ojos lo vio -dijo Yoda, con un brillo en los ojos.

Qui-Gon apretó los labios.

-Cohl suele planear las cosas teniendo en cuenta cualquier posible eventualidad. Nunca habría dirigido su nave hacia una explosión sólo para evitar una persecución.

-¿Por qué entonces no lo capturaste como pretendías? -quiso saber Rancisis.

Qui-Gon apoyó las manos en las caderas, los pulgares apuntando hacia atrás.

-Como ha dicho el Maestro Gallia. Cohl es sólo el principio. Mi pádawan y yo pusimos un localizador en la nave de Cohl, esperando así poder seguirlo hasta la base actual del Frente de la Nebulosa, que creemos está en uno de los mundos de la Ruta Comercial de Rimma que apoyan a los terroristas. Tras la explosión, el localizador dejó de enviar señales.

Gallia le miró por un momento.

-¿Buscaste a Cohl. Qui-Gon?

-Ni Obi-Wan ni yo encontramos rastro de su nave. Por lo que sabemos, podría haber aprovechado la explosión para llegar hasta el tirón Gravitacional de Dorvalla

-¿Has informado de tus sospechas al Departamento Judicial? -preguntó Rancisis.

-Los escondrijos más conocidos de Cohl están ya bajo vigilancia -respondió Gallia por Qui-Gon.

Koon se levantó de la silla para acercarse a Qui-Gon.

-Puede que el capitán Cohl sea el mejor de su ralea, pero hay muchos más como él, igual de desalmados y ambiciosos. Los militantes del Frente de la Nebulosa no tendrán dificultades para sustituirle adecuadamente.

Rancisis asintió con gravedad.

-Es algo que debemos vigilar de cerca.

Yoda cruzó la sala, negando con la cabeza.

-Conflictos con el Frente de la Nebulosa, evitar debemos. A muchos representan. Por comprometemos acabarán.

-Así es -comentó Rancisis-. No podemos permitirnos tomar partido por nadie.

-Pero debemos decantarnos por un bando -exclamó Qui-Gon-. Yo no estoy a favor de la Federación de Comercio, pero los actos terroristas del Frente de la Nebulosa no se limitarán al ataque de cargueros. Acabarán por poner en peligro a seres inocentes.

Todos guardaron silencio, con excepción de Yoda.

-Un verdadero Caballero Qui-Gon es –dijo, con una nota de suave reproche-. Siempre su propia misión seguirá.

Capítulo 8

Neimoidia era un mundo pequeño y húmedo desdeñado por un sol en decadencia, uno de esos lugares que todo el mundo procura evitar, neimoidianos incluidos. En vez de aprovechar su relativa cercanía al autosuficiente Núcleollia y al industrializado Kuat. Neimoidia siempre había sido víctima de su localización, siendo ignorado una y otra vez por la hermandad de los mundos del Núcleo. Y todos esos años de marginación habían marcado a la sociedad neimoidiana.

Ese desdén había hecho que la especie del planeta se convenciera de que el progreso sólo llegaba a quienes demostraban ser no sólo capaces, sino depredadores. Que para llegar a la cima de la cadena alimenticia había que trepar sobre los cadáveres de los más débiles. Y que una vez se alcanzaba ese objetivo, sólo se podía mantener uno en la cima apoderándose de todos los recursos disponibles e impidiendo que los demás pudieran acceder a ellos.

Estos dogmas eran lo que se solía ofrecer a modo de explicación del cómo y el porqué los neimoidianos habían llegado tan rápidamente a controlar la Federación de Comercio, empresa conocida por su ausencia de sensibilidad.

Los individuos más capaces de la raza neimoidiana solían abandonar el planeta natal a muy pronta edad, para buscarse la vida como comerciantes ambulantes a bordo de las naves de la Federación. Debido a esto, Neimoidia estaba escasamente poblada y sólo por los miembros más débiles de la especie, que se dedicaban a cuidar las vastas colmenas insectoides del planeta, las granjas de hongos y los criaderos de escarabajos.

El virrey Nute Gunray compartía con sus compañeros autoexiliados un Peculiar desagrado por su mundo natal. Pero las circunstancias habían requerido que se reuniera con los miembros de su Círculo Interno en un lugar donde pudieran estar a salvo de los ojos inquisitivos de Coruscant. Y en ese aspecto, el mejor santuario posible era Neimoidia.

El problema inherente a regresar al hogar consistía en que uno no podía evitar recordar, aunque sólo fuera a cierto nivel de memoria celular, los siete años de formación que pasaban todos los neimoidianos siendo una pequeña, pálida y temblorosa larva, compitiendo con las demás larvas por sobrevivir y madurar para convertirse en adultos de ojos rojos y labios de pez, carentes de nariz y decididamente desconfiados.

Los adultos como Gunray, que envolvían su cuerpo en las mejores vestiduras que podían comprar con créditos, rara vez, por no decir nunca, miraban atrás.

El virrey se dejó llevar por una momentánea reflexión sobre estas cuestiones mientras la mecanosilla le llevaba hasta el lugar de reunión, atravesando cavernosos salones de piedra finamente tallada a imagen de las primeras colmenas, pasando junto a una fila tras otra de androides de protocolo situados a ambos lados en posición de firmes.

Su destino final era una gruta oscura y húmeda, antítesis de los brillantes puentes de mando de los cargueros de la Federación. En el lugar había varios ejemplares de flora exótica abandonados a sus propios medios para que obtuvieran del sofocante aire toda la humedad que pudieran conseguir. Las curvadas paredes estaban adornadas con los emblemas gemelos de la compasión y el poder: la Llama Esférica y el Garay, el pez acorazado que simbolizaba la obediencia y la dedicación al liderazgo inteligente.

Allí le esperaban los principales consejeros de Gunray. El virrey diputado Hath Monchar y el consejero legal Rime Haako. Los dos llevaban un tocado negro adecuado a su posición. El de Monchar era una corona de triple cresta, similar a la de Gunray pero más pequeña, y el de Haako una capucha muy elaborada, con dos cuernos delanteros y una parte trasera alta y redondeada.

Ambos consejeros hicieron un gesto de deferencia a Gunray apenas la mecanosilla se inclinó para que éste pudiera tocar el suelo.

-Bienvenido, virrey -dijo Haako, caminando encorvado y cojeando hasta él, con el brazo izquierdo doblado sobre el costado—. Esperamos que no haya venido en vano.

Era un neimoidiano de mejillas huecas y surcadas de arrugas en un rostro de profundas arrugas, con bolsas bajo los ojos y piel moteada por toda la barbilla y el delgado cuello.

Gunray hizo un gesto brusco para callarlo.

-Dijo que vendría. Eso basta para mí.

-Para usted -murmuró Monchar.

Gunray miró irritado a su diputado.

-Todo ha sucedido tal y como él prometió que sucedería. Los mercenarios de Cohl nos atacaron y destruyeron el *Ganancias*.

-¿Y ése es motivo para alegrarse? -preguntó Haako, agitando su prominente caja torácica-. Este plan le ha costado a la Federación de Comercio un carguero de clase-I y millones en aurodium.

Las membranas nictilantes de Gunray traicionaron su aparente calma. Parpadeó repetidamente, antes de recuperar la compostura.

-Una nave y un tesoro. Esas pérdidas serán insignificantes si nuestro benefactor es realmente quien dice ser.

Haako alzó una espasmódica mano.

-Si de verdad lo es, será algo a temer, no algo de lo que alegrarse. Y, en cualquier caso, ¿cómo estar seguros de ello? ¿Qué evidencia nos ha dado, virrey? Ha contactado con usted salido del éter, sólo mediante holograma. Podría decir que es cualquiera.

Gunray movió la sobresaliente mandíbula.

-¿Quién sería tan estúpido como para hacer una afirmación así sin poder probarla?

Cogió un holoprojector portátil y lo depositó sobre una mesa.

La primera vez que el oscuro Señor de los Sith contactó con él meses atrás, parecía saberlo todo sobre Nute Gunray y su ascenso al poder. Que Gunray había testificado ante la Federación de Comercio contra Pulsar Supertanker, compañía que en aquella época tenía participaciones en el conglomerado, acusándola de "ignorancia maliciosa ante los beneficios" y de "donaciones caritativas carentes de cualquier beneficio discernible".

De hecho, parecía ser que fue precisamente su testimonio junto con otras declaraciones similares realizadas en otros momentos lo que había llamado la atención de Darth Sidious.

En aquellos momentos, se había mostrado tan escéptico como en ese momento lo estaban sus consejeros, pese a todas las muestras de su vasta influencia y dominio que les había proporcionado Sidious. Éste había actuado en secreto para que varios planetas con recursos claves se unieran a la Federación de Comercio como signatarios, renunciando a su representación en el Senado de la República a cambio de lucrativas oportunidades comerciales y, a ser posible, de protección contra posibles traficantes y piratas. Y, en cada caso, se las había arreglado para que todo pareciera ser obra de Gunray, contribuyendo de este modo a consolidar su creciente autoridad y garantizando así su nombramiento como miembro de la Directiva.

Pero Gunray no habría sabido decir si la influencia de Sidious era achacable o no a los poderes Sith, y le daba igual, dado lo poco que sabía de los Sith, una antigua orden, puede que legendaria, de magos negros que llevaba mil años ausente de la galaxia.

Algunos se referían a los Sith como al Lado Oscuro de los Jedi: otros afirmaban que habían sido los Jedi quienes acabaron con el reino de los Sith, tras una guerra en la que se enfrentaron la luz y la oscuridad. Y había quien afirmaba que los Sith se habían matado unos a otros en su búsqueda de poder. Gunray no sabía cuál de todas esas cosas era cierta y esperaba que siguiera siendo así.

Miró fijamente al holoprojector, se acercaba el momento concertado.

Apenas había acabado ese pensamiento, del aparato se alzó la cabeza y los hombros de una aparición envuelta en una capa cuya capucha le tapaba los ojos, revelando sólo una barbilla profundamente hendida y un rostro con papada y bastantes años. Un intrincado broche le cerraba la capa a la altura del cuello.

Cuando la figura habló, su voz era como una carraspera prolongada.

-Virrey, veo que ha reunido a sus esbirros como le pedí -empezó a decir Darth Sidious.

Gunray sabía que la palabra esbirros no sería bien recibida por Monchar y Haako. Aunque podía hacer poco al respecto, pensó que lo mejor sería intentar rectificar la situación.

-Mis consejeros, Lord Sidious.

El rostro encapuchado se mantuvo impasible.

-Sus consejeros... por supuesto -dijo, e hizo una pausa, como si sondeara la incalculable distancia que los separaba-. Percibo cierto recelo en el ambiente. ¿No le ha complacido el resultado de nuestro plan?

-No, en absoluto, Lord Sidious -tartamudeó Gunray, mirando a continuación a sus consejeros-. Es que la pérdida del carguero y de los lingotes de aurodium es motivo de preocupación para algunos.

-Los demás carecen de su visión para los objetivos a largo plazo, virrey -repuso Sidious con una nota de desdén-. Quizá debamos familiarizarlos con nuestro intento de despertar simpatías por la Federación de Comercio dentro del Senado. Por eso informamos a los militantes del Frente de la Nebulosa de la existencia de un cargamento de aurodium. La pérdida de los lingotes sólo beneficiará a nuestra causa. Pronto tendréis a políticos y burócratas comiendo de vuestra mano, consiguiendo así la Federación el ejército de androides que necesita. Baktoid, Ingenierías Haor Chall y los Collicoides esperan una señal para satisfacer vuestros pedidos.

Gunray empezó a inquietarse.

-¿Ejército, Lord Sidious?

-Las riquezas del Borde Exterior esperan a quien tenga el valor de apoderarse de ellas.

-Pero, Lord Sidious, quizá no sea el momento adecuado para iniciar esas acciones...

-¿Que no es el adecuado? Es vuestro destino. ¿Quién se atreverá a cuestionar la autoridad de Neimoidia para controlar las rutas espaciales cuando os respalde todo un ejército de androides?

-Daremos la bienvenida a poder defendemos contra piratas y agitadores -Se arriesgó a decir Rune Haako-. Pero no deseamos violar los términos de nuestro tratado comercial con la República. No cuando el precio para conseguir un ejército de androides es que se cobren impuestos por las zonas de libre comercio

-Así que estáis al tanto de las intenciones del canciller Valorum --dijo el Sith.

-Sólo que está dispuesto a apoyar plenamente esa propuesta -repuso Gunray.

Sidious asintió.

-Virrey, puede estar seguro de que Valorum es nuestro principal aliado en el Senado.

-¿Lord Sidious tiene influencias en el Senado? -preguntó Haako con cuidado.

Pero éste era demasiado astuto para morder el anzuelo.

-Acabaréis viendo que hay muchos dispuestos a hacer mi voluntad.

Comprenden, como acabaréis comprendiendo vosotros, que la mejor manera de servirse a sí mismos es sirviéndome a mí.

Haako y Monchar intercambiaron una mirada rápida.

-Los demás miembros de la directiva de la Federación de Comercio no estarán dispuestos a invertir unos beneficios conseguidos con mucho esfuerzo en comprar androides -dijo Monchar-. De hecho, consideran que los neimoidianos somos innecesariamente recelosos.

-Soy muy consciente de la opinión de sus socios -chirrió Sidious-. Le recuerdo que los amigos imprudentes no son mejores que los enemigos.

-Aun así, se opondrán a ese arreglo.

-Entonces habrá que buscar la manera de convencerlos.

-No quisiera parecer ingrato, Lord Sidious -se disculpó Gunray-. Pero es que... Es que no sabemos quién es usted realmente, ni lo que es capaz de proporcionarnos. Podría ser un poderoso Jedi que busca tendernos una trampa.

-Un Jedi. Ahora se burla de mí. Pero verá que soy generoso. En cuanto a su preocupación por mi identidad, mi herencia más bien, digamos que mis actos hablarán por mí.

Los neimoidianos intercambiaron una mirada de perplejidad.

-¿Y qué pasa con los Jedi? -preguntó Haako-. No se cruzarán de brazos.

-Los Jedi sólo harán lo que les pida el Senado. Estáis muy equivocados si pensáis que pondrán en peligro su posición en Coruscant y desafiarán a la Federación de Comercio sin la aprobación del Senado.

Gunray miró significativamente a sus consejeros antes de replicar.

-Nos ponemos en sus manos. Lord Sidious.

Sidious casi sonrió.

-Pensé que vería las cosas a mi modo, virrey. Sé que no me fallará en el futuro.

La aparición se desvaneció con la misma brusquedad con que había llegado, dejando a los tres neimoidianos para meditar sobre la naturaleza de la sombría alianza que acababan de realizar.

Capítulo 9

La noche era algo extraño en Coruscant. El sol se ponía igual que en todas partes, pero la luz del bosque de rascacielos resultaba tan ambiental que la verdadera oscuridad era algo que sólo se hallaba en los más profundos desfiladeros de la ciudad, o cuando la creaban intencionadamente los residentes que podían permitirse tener transpáreo oscuro. La cara oculta del planeta cuando era visto desde el espacio brillaba como una sucesión de adornos trabados con formas bioluminiscentes, como los que se ven en un expositor de reliquias o en un museo dedicado al arte popular.

Las estrellas sólo aparecían en el cielo para quienes residían en los edificios más altos. Pero por las noches aparecían estrellas de un tipo muy distinto en los célebres complejos de entretenimiento de Coruscant, las de cantantes, actores, artistas y políticos. Este último grupo se había aficionado últimamente a asistir a la ópera, siguiendo el ejemplo del canciller supremo Valorum, perteneciente a una conocida familia que había sido mecenas de las artes desde que la gente tenía memoria.

Las artes culturales no escaseaban en una galaxia que albergaba a millones de especies y mil veces esa cantidad en mundos. No había momento en que no se estrenase un espectáculo en alguna parte de Coruscant. Pero muy pocas compañías o grupos teatrales de la clase que fuera tenían el privilegio de actuar en la ópera de Coruscant.

El edificio era una maravilla del barroco prerrepública, todo cristales y adornos, con un foso de orquesta al estilo antiguo, asientos escalonados y palcos privados de diseño antiguo. Y, en honor a los ciudadanos de Coruscant, hasta había una zona de galerías inferiores donde la gente corriente podía presenciar la representación mediante hologramas a tiempo real y así pretender que se codeaban con las celebridades que se sentaban encima de ellos.

La ópera del momento era Breve reino de espectros futuros, una producción originaria de Núcleollia pero representada por una compañía de bith que llevaban veinte años estándar recorriendo el circuito operístico de un mundo a otro.

Los bith eran una especie bípeda de cráneo grande y redondo, ojos oscuros sin párpados, narices achatadas y bolsas epidérmicas bajo la mandíbula. Eran originarios del mundo fronterizo de Clak'dor VII, y conocidos por percibir los sonidos como los humanos perciben colores.

Dado que, para empezar, Breve reino era una obra escrita por los padres de Finis Valorum, resultaba de lo más adecuado que el Canciller Supremo acudiese a su muy esperada reposición en Coruscant. El mero hecho de que asistiera había elevado el precio de las entradas haciendo que fueran tan difíciles de conseguir como los cristales de Adegan. Por tanto, el edificio estaba más abarrotado que nunca de luminarias.

Como era habitual, Valorum retrasó su llegada para asegurarse de que sería el último en sentarse. El público, deseoso de verle, se puso en pie emitiendo un prolongado aplauso cuando éste se asomó al adornado palco que llevaba más de quinientos años reservado para los miembros de la familia Valorum.

Valorum había prescindido de su habitual entorno de guardias senatoriales con capas y cascos azules, para acudir acompañado sólo por su ayudante administrativo Sei Tarta, una mujer pequeña a la que doblaba en edad, de ojos rasgados y piel del color del grano de burr millet, que iba vestida con un conjunto de septsilk borgoña.

Tal y como era habitual en Coruscant, los rumores empezaron a circular incluso antes de que Valorum pudiese tomar asiento. Pero el Canciller Supremo era inmune a toda insinuación, además de por su educación aristocrática por el hecho de que prácticamente todos los senadores habían tomado por costumbre aparecer en público con consortes jóvenes y atractivas, fuera cual fuese su estado marital.

Valorum saludó graciosamente e inclinó la cabeza en gesto de benigno sufrimiento. Entonces, antes de sentarse finalmente, dirigió una segunda inclinación hacia un palco privado situado al otro lado del anfiteatro.

La docena de asistentes con aspecto próspero que se hallaban en el palco distinguido por Valorum devolvieron la reverencia y permanecieron en pie hasta que Sei Tarta se sentó, tarea ésta nada sencilla para el senador Orn Free Taa, propietario del palco, que se había vuelto tan corpulento durante su estancia en Coruscant que su masa llenaba el espacio equivalente a tres asientos separados.

Taa tenía un enorme rostro ovalado y una papada del tamaño de una bolsa de forraje para banthas, la piel cerúlea, ojeras abultadas y labios rojos. Era un twi'leko de ascendencia rutiana, y las colas del lekku de su cabeza le colgaban hasta el enorme pecho como serpientes ahítas, gordas por la grasa. Sus ropas chillonas eran del tamaño de una tienda de campaña. Exhibía a la consorte que tenía a su lado, una twi'leko de lethan, núbil y de pómulos altos, con el rojo cuerpo envuelto en relámpagos de shimmersilk pura.

Como miembro del Comité de Asignaciones, era el contrincante directo de Valorum, ya que su mundo natal productor de especia había visto cómo se le negaba una y otra vez el estatus de mundo favorecido.

Entre los invitados al palco de Taa se encontraban los senadores Toonbuck Toora, Passel Argente, Edcel Bar Gane y Palpatine, junto a dos de los ayudantes personales de éste, Kinman Doriana y Sate Pestage.

-¿Sabe por qué le gusta tanto a Valorum asistir a la ópera? -preguntó Taa en básico por la comisura de su enorme boca-. Porque es el único lugar de todo Coruscant donde le aplauden todos los asistentes.

-Y aquí hace poco más que lo que hace en el Senado -añadió Toora-. Se limita a seguir el protocolo y a fingir interés.

Ésta era una bípeda peluda fabulosamente rica, con una boca ancha, una barba triple, ojos pequeños y una nariz respingona situada bajo la cresta ósea en que culminaba su cabeza regordeta.

-Valorum es un inútil -canturreó Passel Argente, un humanoide de complexión enjuta afiliado a la Alianza Corporativa, y vestido con un turbante y una pechera negros que sólo mostraban su rostro y el cuerno arremolinado que sobresalía de su cabeza-. Vivimos en tiempos que requieren vigor, dirección y unidad, y Valorum insiste en continuar por caminos ya transitados. Por caminos que no alterarán el status quo.

-Para nuestra diversión -murmuró Toora.

-Pero esa reverencia confidencial que nos ha dirigido... -dijo Taa, mientras maniobraba para entrar en la silla especialmente diseñada para acoger su ancho cuerpo-. ¿A qué podemos achacar ese honor?

Toora hizo un gesto como para desechar esa idea.

-Será esa tontería sobre las peticiones de la Federación de Comercio. Valorum necesitará todo el apoyo que pueda conseguir si pretende convencernos para que gravemos con impuestos las zonas de libre comercio.

-Entonces, aún resulta mucho más curioso que nos salude -remarcó Taa, haciendo un gesto hacia los demás palcos-. Allí se sientan los senadores Antilles, Horox Ryyder, Tendau Bendon... casi todos del lado de Valorum y mas merecedores de una reverencia suya.

Taa alzó la gruesa mano en un saludo cuando el grupo del palco se dio cuenta de que era observado.

-Entonces el gesto debía ser sólo para el senador Palpatine -comentó Toora-. Tengo entendido que el delegado de Naboo tiene la atención del Canciller Supremo.

Taa se volvió para mirar a Palpatine.

-¿Es cierto eso, senador?

-Puedo asegurarle que no como se imagina -respondió Palpatine con una ligera sonrisa-. El Canciller Supremo se reunió conmigo para solicitar mi opinión sobre el impacto que tendría ese impuesto en los sistemas fronterizos

Hablamos de poco más. En todo caso, Valorum apenas necesita mi apoyo para que la propuesta prospere. No es tan inútil como muchos parecen pensar.

-Tonterías -dijo Taa-. Todo acabará dependiendo de las lealtades de cada uno, será una competición entre las facciones de Bail Antilles y las que tienen a Ainlee Teem como portavoz. Como siempre, los mundos del Núcleo se pondrán del lado de Valorum, y las colonias cercanas en contra.

-Sólo conseguirá dividir aún más al Senado -opinó Edcel Bar Gane, con voz sibilante. El representante del mundo de Roona tenía una cabeza bulbosa y ojos que se estrechaban y rasgaban hacia arriba.

Toora asimiló el comentario sin decir nada, antes de volverse hacia Palpatine.

-Siento curiosidad, senador. ¿Qué le dijo usted a Valorum en lo referente al impacto que tendrá ese impuesto en los sistemas fronterizos?

-Quizá me sienta inclinado a decirlo si se activa el anulador de ruido del palco.

-Oh, hágalo, Taa -le animó Toora-. Me encantan las intrigas.

Taa movió un conmutador situado en la barandilla del palco, activando un campo de contención que bloqueaba cualquier posible intento de espionaje por audio. Pero Palpatine no habló mientras Sate Pestage, un humano enjuto de rasgos afilados y alopecico cabello negro, no comprobó el buen funcionamiento del campo.

El gesto de Pestage impresionó a Argente.

-¿Todo el mundo en Naboo es tan precavido como usted, senador?

-Considérelo un defecto personal -repuso Palpatine encogiéndose de hombros.

-Lo tendré en cuenta.

-Venga, cuéntenos -dijo Toora-. ¿Piensa el Canciller arriesgarse y enfrentarse a la Federación de Comercio?

-El peligro radica en que sólo ve una parte del problema -empezó a decir el senador de Naboo-. Aunque él sería el primero en negarlo. Valorum es básicamente un burócrata, como lo fueron sus antepasados. Prefiere las normas y los procedimientos a la acción directa. Le falta discernimiento. La dinastía de Valorum fue la principal responsable hace décadas de que se diera rienda suelta a la Federación de Comercio. ¿Cómo creen que han conseguido acumular tantas ganancias? Desde luego no ha sido favoreciendo a los sistemas fronterizos, sino firmando acuerdos muy ventajosos con el Clan Bancario Intergaláctico y con corporaciones como TaggeCo. Resulta especialmente irónico que la actual crisis esté motivada por el Frente de la Nebulosa, ya que el padre de Valorum estuvo a punto de erradicar a ese grupo, pero fracasó al hacerlo y se limitó a castigarlo en vez de a desbandarlo.

-Me sorprende, senador -comentó Toora-. Y creo que en el buen sentido. Continúe.

Palpatine cruzó las piernas y se irguió en su asiento.

-El Canciller Supremo no se da cuenta de que el futuro de la República depende en gran medida de lo que suceda en los Bordes Medio y Exterior. Por muy corrupto que esté Coruscant, la auténtica corrosión, la que acabará consumiendo al centro, es la que siempre empieza en los bordes, avanzando desde ahí en dirección al centro. Si Valorum no hace algo para detener la marea.

Coruscant acabará convertida en una esclava de esos sistemas, incapaz de aplicar ley alguna sin su consentimiento. Y si no se les aplaca ahora, más tarde nos veremos obligados a someterlos por la fuerza a la autoridad central. Son la clave para la supervivencia de la República.

Taa emitió un bufido.

-Si no te he interpretado mal, nos está diciendo que nuestro enlace con esos sistemas es la Federación de Comercio, que es nuestro, llamémosle embajador, y que, por tanto, no podemos permitirnos el alienar a los neimoidianos o a los demás.

-Me interpreta mal. Tenemos que tener controlada a la Federación de Comercio. Valorum tiene razón al querer imponer el impuesto, porque la Federación ya tiene demasiada influencia en los sectores fronterizos. Hay centenares de sistemas fronterizos que, desesperados por tener tratos comerciales con el Núcleo, han renunciado a su derecho de tener una representación individual en el Senado para unirse a la Federación en calidad (te miembros signatarios. En este momento, los neimoidianos y sus socios carecen de los votos que necesitan para bloquear el impuesto. Pero dentro de un año o dos, tendrán el apoyo necesario para anular las decisiones del Senado siempre que lo deseen.

-Entonces usted está del lado de Valorum -dijo Toora-. Piensa apoyar el impuesto.

-Todavía no -dijo Palpatine con precaución-. Él considera ese impuesto como una manera de castigar a la Federación de Comercio y, de paso, enriquecer a Coruscant. Es un planteamiento que además de alienar a sus miembros, nos enfrentará a los sistemas fronterizos. Antes de hacer que Naboo apoye a uno u otro bando, quiero ver cómo se inclina la balanza en las votaciones. En este momento, los que más se beneficiarán serán los que se mantengan en el centro. Quienes sepan ver con claridad cuál es cada bando, serán quienes estén en mejor posición para guiar a la República por esta transición crítica. Si Valorum obtiene suficiente apoyo sin el respaldo de mi sector, mejor. Pero no por ello dejaré de hacer lo que considere que es lo mejor para el bien común.

-Ha hablado como un futuro jefe de partido -dijo Taa con una risotada. -Cierto -dijo Argente con toda seriedad.

Toora evaluó abiertamente a Palpatine.

-Unas preguntas más, si no le importa.

Palpatine gesticuló hacia el escenario.

-Estaría encantado de seguir hablando del tema, pero la representación está a punto de empezar.

O O O

Los estudiantes Jedi vestían túnicas y botas de colores apagados, formaban dos filas enfrentadas, y dos docenas de sables láser se iluminaron en el doble de manos.

Ante una palabra del Maestro de esgrima, los doce estudiantes de una fila dieron al unísono tres pasos hacia atrás parándose en una pose defensiva, con los pies firmemente plantados en el suelo, manteniendo los sables rectos y verticales a la altura de la cintura.

No había dos sables láser iguales, ya que estaban hechos por los propios estudiantes para adecuarse a manos de diferentes tamaños y formas, pero todos tenían rasgos comunes: puertos de carga, placas proyectoras de la hoja, activadores, células energéticas de diatium y los escasos y notables cristales de Adegan que daban origen a la hoja en sí. En la galaxia había pocos materiales conocidos que los sables láser no pudieran cortar. A plena potencia y en las manos adecuadas, un sable láser podía cortar el duracreto o abrirse paso lentamente por las compuertas de duracero de una nave estelar.

Ante la siguiente palabra del Maestro, la segunda fila se puso en posición de ataque, girando los hombros y bajando su centro de gravedad al inclinar ligeramente las rodillas y alzar los sables láser con ambas manos, como si fueran a rechazar una pelota que se les lanzara.

La segunda fila avanzó ante una última palabra del instructor. Los estudiantes de la primera línea movieron con precisión coreográfica sus sables láser a una posición defensiva, retrocediendo intencionadamente mientras permitían que sus contrincantes golpearan repetidamente sus elevadas armas. Cuando los que defendían recorrieron la mitad de su espacio, el Maestro detuvo el ejercicio e hizo que los grupos cambiasen de posición.

Los que se habían defendido pasaron a ser los atacantes, y las espadas de luz zumbaron y chocaron ruidosas unas contra otras, fundiéndose sus auras, llenando el aire de la sala de entrenamiento con cegadores fogonazos de luz.

Qui-Gon y Obi-Wan observaban desde una galería situada ligeramente por encima del suelo acolchado, en el interior de la pirámide que era la base del Templo Jedi. Llevaban toda la mañana realizando ese ejercicio, pero sólo unos pocos estudiantes daban señales de fatiga.

-Recuerdo esto como si fuera ayer -dijo Obi-Wan.

Qui-Gon sonrió.

-Para mí esto representa unos cuantos ayeres, padawan.

Aunque les separaban más de veinticinco años, los dos habían pasado su infancia en el Templo, como solía pasar con todos los Jedi, fueran estudiantes, padawan. Caballeros o Maestros Jedi. La Fuerza se mostraba en la infancia, y los potenciales Jedi se convertían en residentes del Templo con sólo seis meses de edad, a raíz de ser descubiertos por los Jedi en Coruscant o en algún mundo lejano, cuando no eran los miembros de su familia los que los llevaban allí. Solían realizarse pruebas frecuentes para establecer la relativa vitalidad de la Fuerza que residía en los posibles candidatos, pero eran pruebas que no indicaban forzosamente dónde podría acabar un candidato; ya fuera varón o hembra, humano o alienígena. Se podía acabar empuñando el sable láser para defender la paz y la justicia o pasar una vida al servicio de los Cuerpos Agrícolas, ayudando a alimentar a los pobres y menesterosos de la galaxia.

-Por mucho que me entrenase, siempre me preocupó carecer del temperamento necesario para convertirme en un padawan, por no decir un Caballero Jedi -añadió Obi-Wan-. Me esforcé más que nadie en ocultar mis dudas.

Qui-Gon le miró de reojo, cruzando los brazos.

-Si te hubieras esforzado un poco más, seguramente habrías seguido en los Cuerpos Agrícolas. Fue cuando dejaste de esforzarte tanto cuando encontraste tu camino.

-No conseguía centrar la mente en el momento. -Y sigues sin poder.

Obi-Wan había sido destinado doce años antes a los Cuerpos Agrícolas del planeta Bandomeer, siendo allí donde se formó su relación con Qui-Gon, cuyo anterior padawan había cedido ante el Lado Oscuro de la Fuerza, abandonando así la Orden Jedi. Pero, pese al lazo que se formó entre Qui-Gon y él, seguía habiendo momentos en que se preguntaba si tenía lo que hacía falta para ser un Caballero Jedi.

-¿Cómo puedo saber si el Cuerpo Agrícola es o no mi verdadero camino, Maestro? Puede que nuestro encuentro en Bandomeer sólo fuera un desvío en el camino que debí tomar entonces.

Qui-Gon se volvió por fin a mirarlo.

-Hay muchos caminos en la vida, Obi-Wan. No todos somos lo bastante afortunados como para descubrir el que late acorde con nuestro corazón, el que nos depara la Fuerza. ¿Qué encuentras cuando intentas discernir lo que sientes por las elecciones ya tomadas?

-Siento que he encontrado el camino adecuado, Maestro.

-Estoy de acuerdo contigo -repuso Qui-Gon, cogiendo a su aprendiz por los hombros, y sonriendo mientras se volvía para mirar a los estudiantes-. Aun así, creo que habrías sido un gran agricultor.

Los estudiantes se arrodillaban en dos filas, encogiéndose las piernas bajo ellos, con los pies cruzados. La sala estaba silenciosa, oyéndose sólo el sonido de los pies desnudos del Maestro de esgrima en la esterilla mientras se movía entre las dos filas, dirigiéndose a cada estudiante.

El Maestro de esgrima era un twi'leko, con una cabeza de esbeltas colas y un torso musculado. Se llamaba Anoon Bondara y era un duelista de habilidad inigualable. Qui-Gon solía librar duelos con él en cuanto se le presentaba una oportunidad. Un duelo con Bondara, por breve que fuera, le resultaba mucho más instructivo que veinte contra contrincantes de menor valía.

El Maestro de esgrima se detuvo ante una estudiante humana llamada Darsha Assant, que casualmente también era su padawan. Bondara se inclinó sobre sus caderas para mirarla a los ojos.

-¿En qué pensabas al atacar?

-¿En qué pensaba, Maestro?

-¿Cuáles eran tus pensamientos? ¿Cuál tu intención?

-Sólo ser todo lo fuerte que me fuera posible, Maestro.

-Querías ganar.

-Ganar no. Maestro. Quería golpear de forma impecable.

Bondara hizo una mueca.

-Libérate de todo pensamiento. No esperes ganar: no esperes perder. No esperes nada.

Obi-Wan miró a Qui-Gon. -¿Dónde he oído eso antes?

Qui-Gon le calló, sin apartar los ojos de Bondara, que volvía a estar en movimiento.

-El sable láser no es un arma con el que vencer a enemigos o rivales -dijo Bondara-. Con él se debe destruir la avaricia, la rabia y la locura propias. El forjador y portador de un sable láser debe vivir así, representando la aniquilación de todo lo que bloquea el sendero de la paz y la justicia -se calló y miró a su alrededor-. ¿Me comprendéis todos?

-Sí, Maestro -replicaron al unísono.

Bondara dio una sonora palmada.

-No. no lo comprendéis. Debéis aprender a sostener el sable láser aflojando vuestro asidero al mismo. Debéis aprender a avanzar rítmicamente para aprender a producir un ritmo informe. ¿Entendéis?

-Sí, Maestro -replicaron.

-No, no lo entendéis -repuso, frunciendo el ceño y sentándose al final de las filas-. Voy a contaros una historia.

"Un humano, erróneamente acusado de un delito, estaba siendo transportado hasta una prisión en un vehículo de repulsores por las llanuras desérticas de un mundo remoto. El vehículo sufrió de pronto una avería al sobrevolar una fosa que en realidad era la enorme y cavernosa boca de una criatura que habitaba en esos desiertos.

"La repentina avería lanzó a los escoltas humanos al interior de las fauces cubiertas de mucus de la criatura. El humano también se vio proyectado hacia adelante, pero en el último instante pudo aferrarse al tren de aterrizaje del vehículo. Pero no con las manos, pues las tenía esposadas a su espalda, sino con los dientes.

"Poco después pasó por allí una caravana de viajeros. Éstos se hallaban perdidos y hambrientos, y preguntaron por el paradero del centro de abastecimiento más cercano, para así poder reponer sus magros recursos.

"El humano se vio así en un aprieto. Al no responder, podía estar sentenciando a los viajeros perdidos a una muerte segura en aquellas llanuras de arena. Pero con sólo abrir la boca y proferir una palabra se aseguraba una muerte segura en el tracto digestivo de la criatura de las arenas."

Bondara hizo una pausa.

-¿Qué debía hacer el humano en esas circunstancias?

Los estudiantes sabían ya que no oirían la respuesta de labios de Anoon Bondara.

Poniéndose en pie, el Maestro de esgrima añadió: -Mañana oiré vuestras respuestas.

Los estudiantes se doblaron por la cintura, posando la frente en la esterilla hasta que Bondara dejó la sala. A continuación se levantaron, deseosos de comparar impresiones sobre la sesión de entrenamiento, aunque nadie habló de posibles soluciones al dilema propuesto por el instructor.

Qui-Gon dio un golpecito en el hombro a Obi-Wan.

-Vamos, padawan, hay alguien con quien deseo hablar.

El aprendiz le siguió, bajando por las escaleras hasta el mullido suelo. Una vez allí se encontraron con varios Maestros Jedi que hablaban con sus padawan. Obi-Wan conocía superficialmente a alguno de los Maestros, pero la persona hacia la que se dirigía su Maestro era alguien a quien no había visto nunca.

Debía ser una de las mujeres más exóticas que había visto Obi-Wan. Tenía los ojos rasgados y muy separados, con grandes iris azules que parecían acentuar los párpados superiores. Tenía una nariz ancha y plana, y la piel del color de la madera frutal.

-Obi-Wan, te presento a Luminara Unduli.

-Maestro Jinn -dijo la mujer, tomada por sorpresa, inclinando la cabeza en gesto de respeto.

Qui-Gon devolvió el gesto.

-Luminara, éste es Obi-Wan Kenobi, mi padawan.

Ella también inclinó la cabeza en dirección a Obi-Wan. Tenía un rostro de forma triangular, cuya parte inferior estaba tatuada con pequeñas formas diamantinas que trazaban una tira vertical que iba desde su azulado y carnoso labio inferior al borde de la barbilla redonda. También tenía tatuajes en el dorso de cada mano, sobre cada nudillo.

La expresión de Qui-Gon se tomó grave.

-Obi-Wan y yo hemos tenido recientemente un encuentro con alguien que llevaba tatuajes similares a los tuyos.

-Aneen Cohl -repuso la mujer antes de que el Caballero Jedi pudiera continuar, y esbozó una sonrisa-. De haberme criado en mi mundo natal en vez de en el Templo, habría pasado toda mi infancia oyendo historias sobre él. Fue un luchador por la libertad, un héroe para nuestro pueblo durante la guerra que libramos contra un mundo vecino. Fue un gran guerrero, que hizo muchos sacrificios. Pero en cuanto nuestro pueblo recuperó la libertad, los mismos a cuyo lado había combatido lo acusaron de conspiración. Fue su manera de asegurar se de que Cohl no ascendiera a la posición de mando que nuestro pueblo deseaba que tuviera. Pasó muchos años en prisión, sometido a crueles castigos y en condiciones muy duras que endurecieron aún más a un hombre de por sí endurecido por la guerra.

"Cuando consiguió escapar de ese horrendo lugar con la ayuda de algunos de sus antiguos compañeros, se vengó de quienes le habían tratado así y juró no volver a tener nada que ver con el mundo que tanto se había esforzado por liberar."Se convirtió en un mercenario, afirmando que nunca volvería a cometer los mismos errores, que por fin comprendía la naturaleza del cosmos y

que siempre iría un paso por delante de quienes desearan detenerlo o fueran contra él del modo que fuera."

Qui-Gon respiró por la nariz.

¿Sentía algún rencor especial hacia la Federación de Comercios?

Luminara negó con la cabeza.

-Tanto como cualquier otro de mi sistema natal. La Federación de Comercio nos trajo al seno de la República, pero a costa de los recursos de mi mundo. Al principio. Aneen Cohl sólo trabajó para aquellos cuya causa consideraba justa. Pero con el tiempo, sin duda debido a la sangre que llegó a derramar, se convirtió en un pirata y un asesino a sueldo más. Se dice que nunca traicionó a un amigo o aliado.

Hizo una pausa antes de continuar.

-Es una lástima que la historia acabe recordando sólo al Cohl criminal en vez de al que fue un ejemplo para todos. Fue muy triste saber que había perecido en Dorvalla.

Qui-Gon guardó silencio y Luminara preguntó:

¿Es que no murió?

-Por el momento, sólo acepto que desapareció en Dorvalla -dijo Qui-Gon con aire preocupado.

Luminara asintió insegura.

-Esté vivo o muerto, el asunto está ahora en manos del Departamento Judicial, ¿verdad?

Qui-Gon volvió a tomarse un tiempo en responder.

-Lo único seguro es que el destino de Cohl está en manos que no son las mías.

Capítulo 10

El arco del hangar de estribor del *Ganancias* flotaba sobre el pálido casquete polar de Dorvalla, su superficie de carbono estriada y ampollada por la explosión que había hendido al carguero. El gran arco de duracero parecía llevar toda la vida allí, en el vacío del espacio, fuera del alcance de la sombra del planeta. La perpetua luz del sol entraba por la puerta principal del hangar allí donde habría estado la mano de ese brazo, iluminando un revoltijo de barcasas y vainas de carga.

Pero había una única lanzadera muy castigada pegada como una lapa al interior del casco. Dentro de la lanzadera, y en un estado más lastimoso aún, se hallaban los ocho componentes de su tripulación.

-Sigo esperando el perdón que me prometiste -le dijo Cohl a Rella. Ella le clavó una mirada de irritación.

-Cuando nos saques de esta situación, y si nos sacas de ella, y ni un momento antes.

Se encontraban en sus puestos, e igual sucedía con los demás, algunos de ellos dormidos, con la cabeza recostada en brazos doblados o caída hacia atrás, y boquiabiertos. La iluminación era escasa, el aire gélido y el oxígeno reciclado una y otra vez tenía un sabor metálico.

El muy castigado renovador de aire estaba acabado.

Llevaban casi cuatro días estándar dentro del brazo, subsistiendo a base de píldoras energéticas y aliviando el aburrimiento poniéndose trajes de presión y explorando el hangar. Si bien la lanzadera tenía gravedad artificial, no sucedía lo mismo con el brazo y moverse por él era como explorar un pecio naufragado en el mar. La mayoría de las vainas de carga se habían amontonado en la otra pared del brazo, pero por todas partes flotaban restos de androides y nubes de lommite. Boiny había descubierto también el cadáver de uno de los twi'lekos que no habían podido llegar a tiempo al punto de reunión, quemado por disparos láser hasta ser casi irreconocible.

No tenían previsto quedarse en el brazo hangar tras la explosión, pero una vez comprobaron que estaban fuera del tirón gravitacional del planeta. Cohl decidió que el hangar sería el lugar adecuado en el que esperar el mejor momento para actuar. El *Halcón Murciélag*o y las lanzaderas de apoyo del Frente de la Nebulosa habían dejado el sistema, y ni siquiera el *Adquisidor* estaba en la zona, algo que Cohl encontraba curioso, ya que no era propio de los neimoidianos abandonar un cargamento, por muy disperso que estuviera.

Su otra opción era bajar a la superficie de Dorvalla, y volver a la que fue su base antes de iniciar la operación. Pero Cohl sospechaba que podían haber descubierto la base y que en ese caso estaría fuertemente vigilada. Cuando Rella y algún otro sugirieron dirigirse al cercano Dorvalla IV, les recordó que seguramente habrían enviado naves de rescate, y que cualquier lanzadera solitaria arrastrándose por el espacio atraería una atención innecesaria.

De hecho, los grupos de salvamento habían llegado pocas horas después de la explosión. Minerías Dorvalla había empleado sus bagarras para recuperar la mayor cantidad posible de vainas de carga, aunque gran parte de la lommite se había precipitado a la atmósfera del planeta como si quisiera volver a casa. Los equipos de rescate ya habían conseguido recuperar los restos de la centrosfera y el otro brazo hangar, y no tardarían en concentrar sus esfuerzos en el brazo de estribor.

Cohl encontraba esos largos días poco más que tediosos: no eran como los años de confinamiento que soportó tras ser encarcelado bajo falsos cargos de conspiración por la misma gente junto a la que había combatido y a la que consideraba amiga. El resto de la tripulación confiaba implícitamente en él y, por tanto, también soportaba esa monotonía sin quejarse. La mayoría eran seres estoicos por naturaleza y en todo caso nada ajenos a las privaciones. De no ser así nunca habrían sido elegidos para esa operación.

Sólo Rella parecía dispuesta a decir lo que pensaba, pero le unía a Cohl una relación personal.

-¿Hay alguna comunicación? -preguntó Cohl a Boiny.

-Ni un pitido, capitán.

Rella soltó un bufido.

-¿De quién esperas noticias, Cohl? Hace ya mucho que se fue el Halcón

Murciélago.

Cohl miró más allá de ella, en dirección al rodiano. -¿En qué estado se encuentran los sistemas?

-Nominales.

Rella gruñó por la impaciencia.

-Puedo aguantar aquí tanto tiempo como cualquiera de vosotros, pero esta letanía me produce fiebre espacial –repuso, pasando a imitar la voz de Cohl-.

¿Cómo están los sistemas? -Después imitó a Boiny-. Nominales. ¿Es que no se te ocurre otra manera de decirlo?

-Te daré una noticia que te animará. Rella -dijo Jalan irritado-. La órbita del brazo se está deteriorando.

Ella se obligó a abrir los ojos.

-Si lo que quieres decir es que corremos peligro de caer al planeta, tienes razón: ¡Estoy emocionada!

-El peligro no es inminente, capitán -dijo a continuación Jalan, mirando a Cohl-. Pero deberíamos ir pensando en salir de aquí.

-Tienes razón -asintió Cohl-. Ya va siendo hora de despedirse de este sitio. Nos ha sido muy útil.

Rella alzó la mirada hacia el techo.

Gracias a las estrellas.

-¿A dónde vamos, capitán? -preguntó Boiny. -Abajo.

-Capitán, espero que no pienses en llevar esta cosa hasta Dorvalla -dijo Jalan-. Los grupos de rescate nos...

Cohl negó con la cabeza.

-Volveremos a la base usando nuestros propios motores.

Los miembros de la tripulación cruzaron miradas incómodas.

-Disculpe, capitán -dijo Jalan-, pero ¿no ha dicho que seguramente la base estará bajo vigilancia?

-Estoy seguro de que es así.

-¿Has perdido la cabeza, Cohl? -dijo Rella tras mirarle por un momento-. Llevamos cuatro días viendo pasar lanzaderas del Departamento Judicial, sin mencionar a corbetas del Cuerpo Espacial de Dorvalla. Si lo que quieres es que nos cojan, ¿por qué nos has hecho pasar por... -hizo un gesto a su alrededor- esto?

Los demás murmuraron mostrándose de acuerdo.

-Incluso si llegamos enteros a la base -continuó Rella-. ¿Qué pasará entonces? Estaremos atrapados sin una lanzadera que nos saque al espacio. -Puede que valga la pena probar lo de Dorvalla IV, capitán -añadió

Jalan-. Y si conseguimos llegar allí... Bueno, el Frente de la Nebulosa debe darnos por muertos y todo este aurodium que llevamos...

Rella miró de reojo a Cohl.

-¿Estás escuchando?

Cohl apretó los labios.

-¿Y cuando el Frente de la Nebulosa sepa que hemos sobrevivido? ¿No crees que removerán todos los planetas de la galaxia hasta darnos caza?

-Igual eso no tiene importancia, capitán -dijo precavidamente Boiny-. Todo ese aurodium nos permitiría comprarnos una vida nueva en el Sector Corporativo o en donde sea.

La mirada de Cohl se ensombreció.

-Eso no pasará nunca. Aceptamos este trabajo y lo haremos. Y después cobraremos nuestra paga.

-Se volvió irritado hacia Rella-. Traza un rumbo previo. Los demás, preparaos para el lanzamiento.

La pequeña lanzadera atravesó ardiendo el nebuloso envoltorio iluminado por el sol que rodeaba a Dorvalla, con el rojo morro brillando y perdiendo piezas en el enrarecido aire. La tripulación se ajustó aún más los arneses y se centró en sus respectivas tareas, por mucho que los objetos se soltasen de las consolas y atravesasen el escaso espacio de la cabina como si fueran mortíferos misiles.

Rella dirigió la traqueteante lanzadera hacia un ancho valle de la región ecuatorial, definido por dos escarpadas vertientes. Era un lugar cubierto de espesos bosques, con árboles y helechos de aspecto primitivo allí donde antaño reinaron los océanos. Las placas tectónicas del terreno habían provocado el caos en la zona y monstruosos peñascos de lisas paredes, coronados por rampante vegetación, se alzaban del boscoso suelo como si fueran islas verticales. Los peñascos, de un blanco cegador a la luz del sol, eran el lugar de nacimiento de gigantescos saltos de agua que recorrían miles de metros antes de caer en turbulentos estanques turquesa.

Pero tanta espesura no era agreste. Minerías Dorvalla había tallado anchas carreteras que llevaban hasta la base de los principales barrancos de la región, además de desbrozar el bosque para construir dos campos de aterrizaje circulares lo bastante grandes como para recibir a un ferry. Los enormes peñascos estaban agujereados por multitud de túneles mineros y una espesa capa de polvo de lommite cubría gran parte de la vegetación. Las máquinas excavadoras habían creado, del mismo modo, profundos cráteres que se habían llenado de aguas residuales que reflejaban el sol y el cielo como si fueran turbios espejos.

Había sido en ese lugar, y con la ayuda de varios empleados descontentos de Minerías Dorvalla, donde Cohl había preparado su plan para abordar el *Ganancias*. Pero no todo Dorvalla sentía el mismo desprecio por la Federación de Comercio, ni era tan tolerante con los mercenarios: al menos no sucedía así con quienes consideraban a la Federación la salvación de Dorvalla y la única conexión del planeta con los mundos del Núcleo.

La lanzadera salía de su traqueteante caída en barrena cuando una nave de morro achatado pasó junto a ellos, por babor, procurando que su presencia fuese evidente.

-¿Quién era? -preguntó Rella, agachándose mientras el estallido sónico creado por la nave al pasar hacía temblar al vehículo.

-Los cuerpos espaciales de Dorvalla -informó Boiny, con los ojos negros clavados en los verificadores-. Vuelve para hacer otro pase.

Cohl giró su silla hacia estribor para ver el relampagueante represo de la nave. Era una lanzadera aguja de ala fija, con un solo piloto pero dos cañones láser.

-Se comunican con nosotros, capitán -dijo Boiny-. Nos ordenan que aterricemos.

-¿Han pedido que nos identifiquemos?

-Negativo. Sólo que nos quieren en tierra.

Cohl frunció el ceño.

-Entonces ya saben quiénes somos.

-Esa lanceta del Departamento Judicial -dijo Rella, volviéndose hacia

Cohl-. El que iba a bordo debió registrar la signatura de nuestros motores.

La nave aguja aulló encima de ellos, esta vez más cerca.

-Otro pase como éste y acabarán derribándonos, capitán -advirtió Jalan. -Mantened el rumbo hacia la base -ordenó Cohl.

La nave aguja trazó un bucle y volvió hacia ellos, esta vez disparando con los láser delanteros. Rojos rayos luminosos pasaron ante el morro redondeado de la lanzadera.

-¡Van en serio, capitán! -dijo Boiny.

Cohl se giró hacia Rella.

-Ve buscando un lugar donde estrellarnos.

-Querrás decir aterrizar, ¿verdad? -repuso ella.

-Lo he dicho bien. Hasta entonces, no bajaremos la velocidad. Acércanos a la base todo lo que puedas.

Ella rechinó los dientes.

-Será mejor que al final de este emocionante viaje haya un anillo de aurodium, Cohl.

-La nave aguja nos dispara.

-Acción evasiva -dijo Cohl.

-Es inútil. ¡Nos supera en capacidad de maniobra!

Los cañones láser de la nave aguja trazaron una línea discontinua que acabó en la cola de la lanzadera, haciéndola rotar por completo. El rugido constante que antes emitían los motores de la lanzadera pasó a ser un chillido agudo. Las llamas lamieron el casco de proa, y la cabina empezó a llenarse de espeso humo.

-¡Caemos a tierra! -gritó Rella.

Cohl la agarró por el hombro con fuerza.

-¡Mantenla enderezada! ¡Conecta los repulsores y prepárate para el impacto!

La lanzadera pasó entre los gigantescos peñascos trazando una estela de humo negro, lamiendo las copas de los árboles, quebrando las ramas de los árboles más altos. Rella se las arregló para mantener la nave horizontal unos instantes más, antes de que el morro volviera a descender. La lanzadera chocó contra un enorme árbol y se escoró hacia estribor, girando como un disco mientras aserraba las ramas superiores de los árboles.

Los pájaros salieron volando entre chillidos cuando la madera astillada saltó en todas direcciones. Los arneses de los asientos se soltaron y dos de los tripulantes se vieron arrojados contra el mamparo de estribor como muñecos. La lanzadera se volcó, cayendo hacia el suelo del bosque. Los miradores se resquebrajaron formando el dibujo de una telaraña antes de saltar en mil pedazos hacia el interior de la cabina.

El choque contra el suelo fue más duro aún de lo que habían supuesto. El estabilizador de estribor se hundió en ángulo agudo en el terreno cubierto de hojas, volteando a la lanzadera como se voltea

una moneda tirada al aire. Los asientos se vieron arrancados de la cubierta y los instrumentos de los mamparos. Rodó durante lo que parecía toda una eternidad puntuada por el ensordecedor estruendo de las colisiones. El casco se hundió, los conductos reventaron liberando gases y fluidos nocivos.

Todo acabó de golpe, a la vez.

Nuevos sonidos llenaron el aire: los chasquidos del metal al enfriarse, el siseo de las tuberías agujereadas, las escandalosas llamadas de los pájaros aterrados, el tamborileo de ramas, frutos y lo que fuera al caer y golpear el casco. Toses, quejas, gemidos...

La gravedad le dijo a Cohl que estaban boca abajo. Se desabrochó el arnés y se dejó caer hasta el techo de la lanzadera. Rella y Boiny ya estaban en él, magullados y sangrando, pero cuando el capitán fue hasta ellos empezaban a recuperar la consciencia. Rodeó con el brazo los hombros de Rella y miró a su alrededor.

Los demás tripulantes debían haber muerto, o estar moribundos. Satisfecho al ver que Rella se repondría, abrió la escotilla de babor. El calor cargado de humedad llegó de pronto hasta ellos, junto con el bendito oxígeno. Cohl salió fuera y consultó la brújula de su comunicador. Desacostumbrado a la gravedad normal, sentía que su cuerpo pesaba el doble y que cada movimiento realizado le costaba un esfuerzo.

-¿Jalan sigue con vida? -preguntó Rella débilmente.

-Apenas -respondió el humano por sí mismo.

Cohl volvió dentro para ver a Jalan atrapado sin remedio bajo su consola. Posó un brazo en su hombro.

-No podemos llevarte con nosotros -dijo en voz queda.

Jalan asintió.

-Entonces, deja que me lleve a unos cuantos conmigo, capitán.

Rella se arrastró hasta Jalan.

-No tienes por qué hacer esto -empezó a decir.

-Estoy reclamado en tres sistemas -la interrumpió él-. Si me encuentran con vida, sólo conseguirán que desee estar muerto.

Boiny miró a Cohl, y éste asintió.

-Dale el código destructor. Rella, separa los lingotes en cuatro montones iguales. Pon dos en mi mochila, uno en la tuya y otro en la de Boiny. Sólo llevaremos armas y el aurodium. Nada de comida y agua. Si no llegamos a la base, la cárcel de Dorvalla se encargará de proporcionarnos todo eso. Si eso no te inspira lo bastante para seguir moviéndonos, no sé qué más decirte.

Momentos después, los tres dejaban la nave.

Cohl se puso la pesada mochila y leyó la brújula por última vez antes de dirigirse con paso decidido hacia un peñasco cercano. Rella y Boiny mantuvieron su paso lo mejor que pudieron, ascendiendo con regularidad durante el primer cuarto de hora bajo la espesa cúpula de árboles. Mientras la nave aguja pasaba una y otra vez buscando señales de su presencia. Desde el terreno elevado situado en la base del peñasco de lommite, pudieron ver que la nave aguja se había detenido y flotaba sobre las copas de los árboles.

-Ha encontrado la lanzadera dijo Rella haciendo una mueca.

-Peor para él -dijo Cohl.

Apenas había dicho esas palabras cuando una explosión destripó el suelo del bosque, pillando desprevenida a la nave. El piloto consiguió evadir la bola de fuego, pero el daño ya estaba hecho. Los motores le fallaron, la nave se inclinó a babor y cayó como una piedra.

Una segunda nave aguja rugió sobre ellos en el mismo instante en que explotaba la otra. Le siguió una tercera que se encaminó hacia la base del peñasco en que se hallaba el trío de piratas.

La nave aguja escupió fuego contra ellos, arrancando enormes pedazos de lommite de SUS laderas. La nave completó el giro y se dispuso a lanzar una segunda andanada. Un segundo sonido, mucho más grave y peligroso, se dejó oír cuando se aproximaba a su blanco. Un rayo carmesí brotó sin previo aviso de las nubes, cortando en pleno vuelo las alas de la nave aguja. Incapaz de maniobrar, la nave se estrelló de cabeza contra el farallón, deshaciéndose en mil pedazos.

-Otro del que ya no tendremos que preocuparnos -dijo Cohl, lo bastante alto como para ser oído por encima del rugido del cielo.

Rella alzó la mirada a tiempo de ver una enorme nave aparecer entre las nubes encima de ellos.

-¡*El Halcón Murciélago*! -exclamó, mirando a Cohl sorprendida-- Lo sabías. Sabías que estaría aquí.

Él negó con la cabeza.

-El plan de emergencia requería que estuviera aquí. Pero no lo sabía con seguridad.

Ella esbozó una sonrisa.

-Puede que todavía te ganes mi perdón.

-Resérvalo para cuando estemos a borlo.

Los tres se pusieron en pie e iniciaron un descenso apresurado rodeando el peñasco. El *Halcón Murciélago* se posó no muy lejos de allí, en el centro de una enfangada y sucia charca.

Capítulo 11

Miles de especies inteligentes tenían su hogar en Coruscant, aunque ese hogar sólo consistiera en un edificio anónimo de un kilómetro de alto. Y casi todas ellas tenían voz allí, aunque esa voz sólo fuera la de un representante que llevaba mucho tiempo corrompido por los variados placeres que podían encontrarse en

Coruscant.

Y toda esa multitud de voces tenía un voto en el Senado Galáctico que sobresalía como un hongo regordete en pleno corazón del distrito gubernamental de Coruscant. El Senado estaba en una amplia plaza peatonal rodeada de otras cúpulas más pequeñas y de afilados edificios cuyas cimas desaparecían en el cielo poblado de aeronaves. La plaza en sí misma dominaba una amplia llanura de rascacielos y estaba atestada de impresionantes estatuas de treinta metros de alto erigidas en honor de los fundadores de los mundos del Núcleo. Las asexuadas esculturas de largas extremidades, diseño anguloso y humaniforme, se alzaban sobre pedestales de duracreto, sosteniendo esbeltos bastones ceremoniales.

Era un motivo icónico que tenía su continuación en el interior del edificio del Senado, donde los pasillos abiertos al público que circundaban el hemiciclo principal abundaban en estatuas con un diseño espigado semejante.

El senador Palpatine caminaba a paso vivo por esos pasillos, maravillándose ante el hecho de que el Senado siguiera sin encargarse o exhibir esculturas de aspecto no humanoide. Si bien algunos delegados estaban dispuestos a considerar un simple descuido la ausencia de representación no humana, había otros que lo consideraban una afrenta directa. Mientras que otros ni se planteaban el asunto, considerando poco preocupante ese problema decorativo. Pero cada vez era más evidente que habría que realizar algún cambio ya que los mundos del borde Medio y Exterior estaban principalmente habitados por especies no humanoides y éstas cada vez dominaban más el Senado, para secreta preocupación de más de un delegado humanoide del Núcleo.

Los abundantes paseos y pasillos que surcaban sus múltiples pisos y los numerosos turbo ascensores verticales y horizontales hacían que el edificio hemisférico fuera tan laberíntico como el mismo funcionamiento interno del Senado. El anuncio del canciller supremo Valorum de una sesión especial había hecho que los pasillos estuvieran más atascados que de costumbre, pero Palpatine se animó al descubrir que los delegados todavía podían sentirse motivados a dejar sus asuntos personales al margen para atender cuestiones de mayor importancia.

Caminaba flanqueado por sus dos ayudantes, Dorian y Pestage, sonriendo agradablemente a medida que se abría paso en dirección al hemiciclo, pasando junto a los guardias senatoriales situados a ambos lados del portón y entrando en la plataforma del palco asignado a Naboo dentro del vasto anfiteatro.

La plataforma del palco era circular, lo bastante espaciosa como para acomodar a media docena de humanos, e idéntica a cualquiera de los mil veinticuatro palcos que se alineaban en la pared interna de la cúpula. En realidad cada plataforma era la punta de una sala triangular del edificio donde se acuartelaban las distintas legaciones para llevar a cabo la mayoría de los asuntos mundanos y los negocios ilícitos del Senado, y dicha sala nacía en el hemiciclo para terminar en el borde exterior del hemiciclo.

Palpatine se ajustó la caída de su complicada capa y subió a la consola semejante a un podium, situada en la parte frontal de la plataforma. Dada la elevada posición de Naboo en el hemiciclo, la visión del suelo resultaba vertiginosa.

El anfiteatro estaba intencionadamente aislado de la luz natural, así como de la dudosa atmósfera del planeta, para así minimizar los efectos del anochecer en los delegados; es decir, para animar a

todos los presentes a concentrarse en el asunto que pudiera ocuparles en cada momento, por mucho que las sesiones se prolongasen hasta muy avanzada la noche. Pero cada vez había más ciudadanos que veían en las circunstancias antinaturales del hemicycleo un símbolo de la cerrazón del Senado, de su aislamiento de la realidad. Creían que el Senado existía al margen de todo, debatiendo cuestiones de escaso u oculto interés, cuando no afectaban directamente al enriquecimiento ilegal de sus miembros.

Aun así. Palpatine sentía una intensidad renovada en el aire reciclado. Los cotilleos habían alertado ya a todo el mundo sobre los temas que pensaba tratar Valorum, pero había muchos que esperaban impacientes a oírlo por sí mismos y que estaban deseosos de hacerse oír.

Palpatine llevaba varios días reuniéndose con todos los senadores que podía, queriendo tomar la medida de la opinión senatorial respecto al impuesto a las rutas comerciales fronterizas. Incluso había intentado persuadir a los indecisos para que apoyaran a Valorum, y que así llevase a buen puerto sus intenciones sin necesitar el apoyo de Naboo y sus mundos vecinos. Y todo ello mientras pensaba formas de solucionar cualquier posible eventualidad.

Su propia impaciencia le pilló por sorpresa: así era de contagiosa la excitación del hemicycleo. Pero, tal y como había hecho en la ópera. Valorum demoró su llegada. El ambiente estaba revuelto para cuando finalmente apareció.

El puesto de Valorum estaba situado en un pabellón de treinta metros de alto que se alzaba desde el centro del suelo como el tallo de una flor. Y allí Valorum se encontraba solo, tras subir al bulbo de la flor en un turbo ascensor, ya que tanto el oficial de orden del Senado como el parlamentario, el escribano y el holoperiodista oficial, se hallaban debajo de él, en el círculo donde descansaba la flor. El Canciller Supremo vestía una túnica de brocado lavanda, con mangas voluminosas y una faja ancha a juego, todo ello entonado con el color predominante en el anfiteatro.

Mientras aplaudía, a Palpatine le dio por pensar que la elevada posición en que se encontraba lo convertía tanto en el centro de atención como en un blanco ideal.

Una vez se acallaron lo bastante las palmadas y las ocasionales efusiones verbales. Valorum alzó las manos en un gesto con el que suplicaba silencio. Sus primeras palabras hicieron asomar una débil sonrisa en los labios de Palpatine.

-Delegados del Senado Galáctico, nos encontramos en una encrucijada, en un momento de grandes cambios. La República corre peligro de desintegrarse, escaramuzas internas la desgastan en sus lejanas fronteras, mientras la corrupción le carcome el corazón. Los recientes acontecimientos en los Bordes Exterior y Medio requieren que nos enfrentemos a esta creciente marca de discordia, para restaurar el orden y el equilibrio perdidos. Es una situación tan grave que no debemos desechar ninguna medida por extrema que pueda ser.

Valorum hizo una pausa para dejar que sus palabras calaran en todos.

-Las zonas de libre mercado se crearon para potenciar el intercambio entre los mundos del Núcleo y los sistemas fronterizos de los Bordes Medio y Exterior. En su momento se creyó que ese mercado libre y abierto sería beneficioso para todos, pero esa idea ha acabado degenerando, convirtiéndose en refugio, no sólo para piratas y traficantes, sino para empresas comerciales y transportistas que se han aprovechado de las libertades otorgadas para convertirse en entidades de carácter militar y político.

Murmullos de acuerdo y desacuerdo llenaron la atmósfera del lugar, ya de por sí tensa.

-Y ahora la Federación de Comercio se presenta ante nosotros para solicitar nuestra colaboración en la protección del comercio en los sectores fronterizos. Están en su derecho al hacernos esa petición, y nuestro acuerdo nos obliga a atenderla. Pero lo cierto es que han sido las cuestionables prácticas de la Federación de Comercio las que la han convertido en blanco de ladrones y terroristas.

Valorum alzó la voz para hacerse oír por encima de los cientos de conversaciones diferentes que tenían lugar en el mismo número de lenguas.

-Igualmente, debemos aceptar nuestra parte de culpa en este conflicto, ya que fue este Senado quien otorgó a la Federación de Comercio libertad para actuar así, y ha sido este mismo Senado quien ha hecho una y otra vez oídos sordos a lo que sucede en los sistemas fronterizos. Y no podemos permitir que eso continúe sucediendo. La Federación de Comercio se ha convertido en una criatura hinchada que se preocupa cada vez menos de sus deberes y se niega a negociar con aquellos mundos que intentan transportar sus mercancías con los pocos competidores que quedan. No sería exagerar el decir que hace mucho que esas zonas de comercio ya no pueden considerarse libres.

"Y a pesar de eso, la Federación de Comercio se presenta ante nosotros solicitándonos ayuda para acabar con el desorden que ella misma ha creado.

"La Federación nos solicita protección, como si el Senado pudiera enviar una fuerza militar contra los piratas y terroristas que hacen presa en sus cargueros. Como si pudiera proporcionarles cazas y Dreadnought y al hacerlo así, convertir las zonas de libre comercio en un territorio en disputa, en un campo de batalla.

"No obstante, hay una solución a todo esto. Si la Federación de Comercio desea que nosotros nos encarguemos de que los sistemas fronterizos sean seguros para el comercio, tarea que requeriría tanto una intervención directa por nuestra parte como por parte de los sistemas que componen esas mismas zonas de libre comercio, entonces habrá que acoger a esos sistemas planetarios en el seno de la República como a miembros de pleno derecho. Son mundos que en la actualidad sólo están representados en el Senado por la Federación de Comercio y que, para ello, deberían cortar sus lazos con la Federación y traer a este recinto sus voces individuales para volver a ser oídos como sistemas autónomos...

Valorum permitió que los murmullos se prolongaran varios instantes antes de volver a hacer un gesto solicitando silencio.

-Por ello, urgimos a los mundos de las zonas de libre comercio a actuar de forma rápida y decisiva. Los grupos terroristas como el Frente de la Nebulosa sólo son una simple muestra de un descontento que está profundamente arraigado. Si esos mundos se apoyan mutuamente, sus milicias de voluntarios y sus cuerpos espaciales conseguirán acabar con las insurrecciones locales antes de que éstas degeneren en una revolución generalizada. Y la primera consecuencia de esto sería la abolición de las zonas de libre comercio.

"Por ello, cualquier ruta comercial que lleve a los sistemas fronterizos, que ahora se unan a la República, deberá gravarse con los mismos impuestos que se aplican a las rutas del Núcleo, las Colonias y el Borde Interior. Les ruego que consideren esto como algo que debimos haber hecho ya hace tiempo. El libre comercio deja de ser libre cuando todo el comercio se ve en manos de un monopolio."

Clamorosos aplausos y abucheos puntuaron el aire, pero la reacción no estaba tan dividida como se había temido Palpatine. Aun así, se sintió decepcionado. Valorum había defendido la imposición de un impuesto sin pararse a comentar cuáles serían las consecuencias de esto ni los posibles compromisos que implicaría.

Los grupos de interés que estaban a sueldo de la Federación de Comercio o de otros intereses similares, harían oír sus protestas antes de que una moción semejante pudiera llegar a convertirse en ley. A continuación, la moción pasaría a ser sometida a un comité, debilitándose allí. Después, se vería modificada por leyes complementarias concebidas para apaciguar a grupos de interés y demás cabilderos. Y finalmente, se vería sometida a interminables debates, con la esperanza de que su implantación se viera continuamente retrasada.

Pero había formas de atajar ese laberinto burocrático. Exasperado. Palpatine paseó la mirada por todo el anfiteatro, preguntándose quién haría el primer movimiento, figurativa y literalmente.

Los primeros en actuar fueron los neimoidianos, liberando su palco de la pared interna y dirigiéndolo al centro del hemicíclulo. Las plataformas al liberarse asemejaban esbeltas versiones de los aerotaxis de elevación repulsora que llenaban los cielos de Coruscant. Se decía que algunas de las plataformas se movían más deprisa que otras, incluso cuando funcionaban con el piloto automático, algo crucial, y ya corrían para que el Canciller Supremo les cediera la palabra.

-Cedemos la palabra al delegado Lott Dod, representante de la Federación de Comercio -dijo Valorum.

Lott Dod vestía ricos ropajes y una mitra alta y negra. Una hovercámara en forma de platillo y con una única antena se acercó a él para transmitir su aspecto plano a las pantallas instaladas en las consolas de los palcos.

-Creemos que el Senado no tiene derecho, ni autoridad, a imponer un impuesto a las zonas fronterizas de comercio. Esto sólo es un truco para acabar con nuestro consorcio.

—Fue la Federación de Comercio quien abrió los hipercaminos a los sistemas fronterizos, quien arriesgó la vida de sus capitanes siderales para traer al seno de la República a mundos que antaño eran primitivos, además de nuevos recursos al Núcleo.

“Y ahora se nos dice que debemos defendernos solos contra los mercenarios y piratas que se hacen pasar por luchadores de la libertad, y que sólo quieren enriquecerse a nuestras expensas. Venimos aquí solicitando ayuda y en vez de recibirla nos descubrimos siendo víctimas de un ataque indirecto.”

Se oyeron sonoros gritos de ánimo provenientes de los delegados del Gremio de Comerciantes y la Unión Tecno.

-Si el Senado no desea interceder por el Frente de la Nebulosa, o es incapaz de hacerlo, como mínimo debería proporcionarnos lo necesario para nuestra defensa -continuó diciendo Dod-. En este momento estamos indefensos ante un enemigo muy superior a nosotros.

Valorum se limitó a asentir, mientras unos aplaudían y otros abucheaban.

-Se nombrará una comisión para determinar si en este momento se hace necesario un aumento de su capacidad defensiva -dijo con severidad.

Otro palco se desprendió de la pared curvada.

-Cedemos la palabra a Ainlee Teem, delegado de Malastare.

Teem era un gran que tenía muy juntos el trío de gruesos pedúnculos oculares.

-Dado que la Federación de Comercio parece dispuesta a defenderse sola, y corriendo ella con los gastos, no veo justificación alguna para ese impuesto a las rutas comerciales. Ya hay precedentes de algo así con la Alianza Corporativa. Por otro lado, da la impresión de que la República sólo está interesada en esquilmar beneficios a aquellos que han corrido riesgos y peligros para abrir unas rutas hiperespaciales que ahora son de uso común.

La mitad del anfiteatro aplaudió estas palabras. Pero una tercera plataforma se acercó flotando en medio del aplauso.

-Cedemos la palabra a Bail Antilles de Alderaan.

-Canciller Supremo -dijo el humano con emoción-, bajo ninguna circunstancia debería permitirse que la Federación de Comercio aumente sus defensas androides. Si el Frente de la Nebulosa ha vuelto peligrosos a determinados sectores, la Federación debería evitar esas zonas conflictivas mientras dichos sectores buscan el modo de acabar con el terrorismo. Si se consiente que la Federación aumente sus defensas, sólo se conseguirá poner en peligro el equilibrio de poderes del Borde Exterior.

-¿Y qué será entonces de los mundos de los sectores en disputa? -preguntó el senador Orn Free Taa de Ryloth, con las colas azules de su cabeza envolviendo el corpiño de su exorbitante toga-. ¿Cómo van a comerciar con el Núcleo? ¿Quién se ocupará de transportar sus mercancías?

Las réplicas surgieron rápidas y furiosas desde todos los lados de la sala, de la delegación wookie, de los sullustanos, los bimm y los bothan. Valorum intentó citar las normas, pero muchos de los senadores estaban hartos de las normas y le callaron a gritos.

-La Federación de Comercio querrá compensar los impuestos aumentando el precio de sus servicios -argumentó el delegado bothan-. Al final serán los sistemas fronterizos quienes asumirán la carga de los impuestos.

Palpatine vio lo que se avecinaba y envió rápidamente a un Sate Pestage vestido de negro a entregar una nota al oficial de orden, el cual le pasó la nota al Canciller Supremo. Éste recibió el mensaje justo cuando el delegado de Bothan exigía saber a qué se destinarían los créditos obtenidos con los impuestos.

Valorum apartó los ojos de la nota y miró al palco de Naboo antes de responderle.

-Propongo que un porcentaje de lo obtenido mediante los impuestos se destine a la ayuda y el desarrollo de los sistemas fronterizos.

Gritos de alegría brotaron de la mayoría de los palcos superiores, y muchos de los senadores se pusieron en pie para aplaudir. Los gritos de ánimo provenientes de los palcos cercanos al suelo eran del senador wookie Yaru, de Tendau Bendon de Ithor y de Horox Ryyder que representaba a varios miles de mundos del sector Raio ballo.

Palpatine tomó nota mental de los que estaban en contra, como Toonbuck Toora, Po Nudo, Wat Tambor y otros delegados. A continuación soltó su plataforma y se dejó caer al centro del hemiciclo, seguido por dos hovercámaras.

-Cedemos la palabra al senador del sistema soberano de Naboo.

-Canciller Supremo -dijo Palpatine-, aunque aquí se ha llegado a conclusiones de gran importancia, los asuntos tratados siguen estando lejos de resolverse y quizá deban examinarse en mayor profundidad en un foro distinto a éste, una vez todo el mundo haya tenido oportunidad de reflexionar sobre todo lo que aquí se ha tratado.

Valorum pareció confuso por un momento.

-¿En qué clase de foro, senador Palpatine?

-Propongo que, antes de que la moción pase a ser examinada por un comité, se celebre una Cumbre donde los delegados de la Federación de Comercio y sus miembros signatarios puedan reunirse abiertamente para ofrecer soluciones propias a esos... "grandes cambios".

Los mismos senadores que habían aclamado a Valorum aplaudieron entonces a Palpatine.

La inseguridad, y quizá cierto recelo, empalidecieron el semblante de Valorum.

-“Y tiene algún paradero específico en mente, Senador”

-¿Puedo sugerir... Eriadu? -repuso Palpatine tras meditarlo.

Una plataforma se unió a la de Palpatine en el centro del hemiciclo. Los miembros humanos de oscura complejión de esta delegación vestían turbante y vestiduras holgadas.

-Canciller Supremo -dijo su portavoz-, para Eriadu será un honor acoger a esa Cumbre.

El senador Toora secundó la moción y propuso una moratoria a la propuesta de los impuestos.

Valorum no tuvo más remedio que ceder.

-Hablaré con las partes implicadas y buscaré fecha para la Cumbre -dijo cuando se apaciguó la escandalera-. En lo referente al impuesto de las rutas comerciales fronterizas, su votación se retrasará hasta que concluya la Cumbre y se haya oído a todo el mundo. Y asistiré personalmente a esa Cumbre, en señal del compromiso del Senado por el mantenimiento de la paz y la estabilidad.

Muchos en el hemisiciclo se levantaron y aplaudieron.

La mirada de Valorum buscó a Palpatine y se detuvo un momento en él. El senador de Naboo sonrió y asintió con aire conspirador.

Capítulo 12

El *Halcón Murciélago* flotaba en el espacio, gravitacionalmente anclado a un mundo de color, ante las áridas cordilleras montañosas y los mares azul hielo, exhibiendo unas melladas heridas que no tenía la primera vez que apareció sobre Dorvalla, ni cuando después descendió a ese planeta para rescatar a Cohl y lo que quedaba de su equipo. Cinco cazas CloakShape rodeaban la fragata, habiendo un sexto conectado a la escotilla de estribor. Más allá de las naves se extendía un campo de minas espaciales construidas para asemejarse a asteroides.

Cohl esperaba junto a la escotilla a que sus visitantes subieran a bordo. Tenía los brazos desnudos lacerados por los helechos cuchilla de Dorvalla que se había visto forzado a vadear, y su rostro oscuro, con su máscara de tatuajes con turnia de diamante estaba amoratado bajo la barba. El cabello entrelazado le enmarcaba el semblante como si fuera el capuchón de una serpiente, añadiendo severidad a unos rasgos que va muchos consideraban feroces de por sí.

La luz del indicador de la escotilla se iluminó.

-¿Quieres que desaparezca? -preguntó Rella tras él.

La mujer estaba en peor forma que Cohl. Un parche de bacta le tapaba el ojo izquierdo, y llevaba en cabestrillo el antebrazo del mismo lado. Boiny se había sumergido en un tanque de bacta.

Cohl negó con la cabeza sin apartar la mirada de la escotilla. -Quédate. Ten a mano la pistola láser.

Rella sacó el arma de la cartuchera situada en la cadera derecha y comprobó la carga.

La escotilla se abrió con un siseo. Y en el pasillo entraron un humano delgado y un humanoide reptiliano, vestidos ambos con túnicas, pantalones de tela áspera y botas que les llegaban a las rodillas. El segundo tenía una piel dura y arrugada iridiscente bajo la luz del sol y manos del tamaño de guantes de scoopball. Su rostro plano tenía múltiples agujeros de nariz y de la frente le sobresalían cuatro pequeños cuernos. De su mano izquierda colgaba un portaobjetos de buen tamaño.

-Bienvenido a Asmeru, capitán Cohl -dijo el humano en básico-. Nos alegra verte vivo relativamente bien.

Cohl asintió cortésmente a modo de saludo.

-Havac.

Éste hizo un gesto hacia su compañero.

-Supongo que se acordará de Cindar.

Cohl volvió a asentir. Ni los sensores del *Halcón Murciélago* ni él mismo veían indicios de que la pareja llevase armas escondidas.

-Rella -dijo él, haciendo un gesto hacia ella a modo de presentación.

Havac sonrió y alargó la mano hacia ella en gesto cortés.

-¿Cómo podría olvidarla?

-Vamos a donde podamos hablar-dijo Cohl.

Mientras caminaban, evaluó a sus invitados. Havac no era el verdadero nombre del humano, sólo su nombre de combate. Había sido holodocumentalista y activista de los derechos alienígenas durante el Conflicto Hiperespacial Stark, y dedicó varios años a redactar la crónica de los abusos de la Federación de Comercio. No tenía estómago para la violencia, pero era astuto y con talento para la traición

Cindar y él no eran una muestra válida de los miles de humanos y no humanos que componían el Frente de la Nebulosa, pero sí un ejemplo de la creciente ala militante de la organización. El Frente se había acuartelado en el árido planeta situado bajo ellos. Habían reclutado para su causa a los mundos de la Ruta Comercial de Rimma, desde Sullust a Sluis Van, pero los únicos que les habían proporcionado una base de operaciones eran los pertenecientes a las antiguas Casas que gobernaban el sector Senex.

-¿Y el resto de su tripulación, capitán? -preguntó Havac por encima del hombro.

La pregunta golpeó a Cohl como una pesadilla recién recordada. Era la misma pregunta que él mismo le había hecho días antes al comandante del *Ganancias* cuando su equipo lo componían doce hombres.

-Digamos que muchos de ellos nunca dejaron el espacio de Dorvalla -respondió por fin.

Havac tardó un momento en comprender el significado de lo que decía, y después frunció el ceño.

-Siento oír eso, capitán. También creíamos haberle perdido a usted. Cohl negó con la cabeza.

-Ni de lejos.

-La mitad del Borde habla de lo que pasó en Dorvalla. No esperábamos que hiciera saltar en pedazos al *Ganancias*. -No me gusta perder el tiempo, y menos cuando trato con neimoidianos.

Prefieren sacrificarse a sí mismos antes que a su cargamento. Por suerte, el comandante del *Ganancias* era más cobarde que la mayoría. En cuanto a la destrucción del carguero, considérelolo un regalo.

Los cuatro entraron en la principal cabina delantera y se sentaron alrededor de una mesa circular. Cindar colocó el portaobjetos en el centro de la mesa. -Tengo que admitirlo, capitán -dijo Havac-, tiene aterrada a la Federación de Comercio. Hasta ha solicitado ayuda a Coruscant. Cohl se encogió de hombros.

-No les hará daño intentarlo.

Havac se inclinó hacia adelante con cierta impaciencia. -¿Tiene el aurodiun?

Cohl miró a Rella, la cual cogió un control remoto de su cinturón y tecleó un breve código. Un pequeño hovertrineo con una caja de seguridad se alzó desde un escritorio cercano y flotó hasta la mesa. Rella tecleó otro código y se abrió la tapa de la caja, dejando que su contenido en lingotes derramara una luz irisada por toda la cabina.

Los ojos de Havac y Cindar se desorbitaron.

-No sabría expresarle lo que esto significa para nosotros -dijo Havac. Pero un asomo de sospecha rondaba la mirada de su compañero. -¿Está todo aquí? -preguntó Cindar.

La mirada neutra de Cohl se incendió.

-¿Qué está insinuando?

El humanoide se encogió de hombros.

-Sólo te preguntaba si no se habría perdido casualmente algo en el camino.

Cohl se incorporó bruscamente, agarró por encima de la mesa a Cindar por la pechera de su caftan y tiró de él.

-Ese tesoro está ensangrentado. Mucha gente buena murió para traerlo, -dijo, empujando al reptiloide de vuelta a su asiento-. Será mejor que hagáis un buen uso de él.

-Ya está bien, por favor -repuso Havac.

Cohl se enfureció.

-Sólo le gusta la violencia cuando la ordena usted, ¿verdad?

Havac se miró las manos antes de alzar la mirada.

-Puede estar seguro de que se dará un buen uso al aurodium, capitán. Cindar se alisó la pechera de sus vestiduras, pero aparte de eso no dio muestras de molestarse por el arrebató del pirata. Deslizó hacia adelante el portaobjetos. Cohl lo agarró de la mesa y lo depositó en la cubierta.

-¿No va a preguntar si está todo? -dijo Cindar tras contemplarlo un momento.

-Deje que se lo diga de este modo -respondió el capitán tras mirarle Le arrancaré un kilo de carne por cada crédito que falte.

-Entonces, yo sería un idiota -dijo Cindar con una sonrisa. -Sería un idiota -asintió Cohl.

Rella le entregó el mando a Havac y Cindar cerró la tapa de la caja. -¿A qué destinará el aurodium?

Havac le miró con sorpresa.

-Capitán, ¿le he preguntado yo lo que planea hacer con su paga? Cohl sonrió.

-Tiene razón.

Tras este intercambio de frases. Rella se volvió hacia su compañero. -Estoy segura de que lo donará a su obra de caridad favorita. -No anda muy descaminada -rió Havac.

-Aquí tiene otro regalo. Havac -comentó Cohl-. Encontramos problemas inesperados en Dorvalla. Alguien se infiltró en el *Ganancias* usando el mismo sistema que nosotros. Ocultando una nave dentro de una vaina de carga, como nosotros. Nos siguieron cuando dejamos el carguero y estuvieron a punto de estropear lo que yo consideraba un plan seguro. Su nave resultó ser una lanceta del Departamento Judicial.

Havac y Cindar intercambiaron miradas sorprendidas. -¿Judiciales? -dijo Havac-. ¿Y precisamente en Dorvalla? Cohl los observaba con detenimiento. -De hecho creo que eran Jedi. La incredulidad de Havac aumentó. -¿Por qué dice eso?

-Considérelo una corazonada. La cuestión es que se suponía que nadie estaba al tanto de la operación.

Havac se derrumbó perplejo en su asiento.

-Ahora me toca a mí desconcertarme, capitán. ¿Qué te está preguntando?

-¿Quién más conocía la operación dentro del Frente de la Nebulosa?

Cindar bufó con tono burlón.

-Piénselo bien, Cohl ¿Por qué íbamos a querer sabotear nuestra propia campaña?

-Es justo lo que pregunto. Puede que no todos los que están bajo su mando estén de acuerdo con sus métodos. Por ejemplo, con contratarnos. Alguien Podría estar intentando sabotearles a ustedes, no a mí.

-Gracias, capitán. Lo tendré en cuenta -dijo, antes de hacer una pausa-. ¿Qué piensan hacer a continuación?

-Pensábamos retirarnos de todo este jaleo -dijo Rella, cogiéndole la mano izquierda a Cohl-. Quizá pongamos una granja de humedad.

Havac sonrió.

-Ya veo. Los dos en Tatooine o algún lugar semejante, viviendo entre banthas y dewback. Es justo su estilo.

-¿A qué se debe la curiosidad?

La sonrisa de Havac se hizo más amplia.

-Igual tenemos algo grande entre planos. Algo más que adecuado para sus habilidades. –Miró a Rella, antes de volver a clavar los ojos en Cohl-. Estaría lo bastante bien pagado como para garantizarles el retiro.

Rella miró a su compañero con prevención.

-No le escuches. Deja que contraten a otro –repuso, antes de clavar la mirada en Havac-. Además, pensamos retirarnos a lo grande.

-“Quieren retirarse ricos” -dijo Cindar-. Pues compren a un neimoidiano a su precio justo y después véndanlo por lo que él cree que vale.

El trabajo que tengo en mente les permitirá retirarse a lo grande -les tentó Havac.

-Cohl -dijo Rella- vas a decirle a estos tíos que se vuelvan a su nave, ¿o tengo que hacerlo yo?

Cohl se soltó de la mano de ella y se mesó la barba. -Escucharlo no puede hacernos daño.

-Sí que puede, Cohl, sí que puede.

Él la miró por un momento, antes de lanzar una breve carcajada. -Rella tiene razón. No nos interesa.

Havac se encogió de hombros y se levantó, alargando la mano hacia Cohl. -Venga a vernos si cambia de opinión.

El *Adquisidor* había vuelto a casa y estaba mucho más cerca que antes del Núcleo. La lúgubre Neimoidia rotaba lentamente bajo el carguero en forma de anillo. Asistía a una reunión de cariz tan siniestro como la que acababa de tener lugar en el lejano sistema Senex, una reunión donde se hablaría de armas y de estrategias, de destrucción y de muerte. Pero las naves que habían llevado hasta allí a los invitados del *Adquisidor* no tenían necesidad de conectarse por la escotilla. No cuando los brazos hangares albergaban espacio suficiente para alojar a todo un ejército invasor.

El virrey Nute Gunray se encontraba en la zona dos del brazo de babor, vestido con ricas togas de color borgoña y una tiara de triple cresta, y guardando el equilibrio sobre la mecanosilla de engarfiadas patas. A la derecha de Gunray se hallaba su consejero legal Rune Haako y su diputado Hath Monchar, a la izquierda se hallaba el nuevo comandante del *Adquisidor*, el pequeño Daultay Dofine, recién llegado de la debacle en Dorvalla y todavía desconcertado Por su inesperado ascenso.

En el centro de la cubierta del hangar flotaba una enorme nave de ala doble que tenía una vaga semejanza con las naves aguja neimoidianas. Por la rampa de la gigantesca nave bajaron ruidosos unos vehículos acorazados de color bermejo que parecían haberse diseñado usando como ejemplo de la carga de un bantha, con sus lomos arqueados por la rabia, el humo de los hollares brotando de los tubos de escape y los cañones láser extendidos hacia adelante como si fueran colmillos. Y tras ellos aparecieron tanques con repulsores operados por androides, con proas en forma de pala y torretas de cañones montadas en lo alto.

Las gargantuescas naves de desembarco, los monstruosos transportes de multitropas y los esbeltos tanques eran prototipos de máquinas bélicas contruidos por Ingenierías Haor Chall y Armerías Baktoid, y sus representantes estaban ante Gunray, henchidos de orgullo.

Sobre todo Ingeniarías Haor Chall, que consideraba casi un edicto religioso buscar la perfección en el diseño.

-Contemple esto, virrey -dijo el representante insectoide de Haor Chall, haciendo un gesto con los cuatro brazos hacia el transporte más cercano, cuya escotilla circular, con su bisagra en la parte superior, se abría en ese instante.

Gunray miro asombrado cuando una percha se extendió telescópicamente desde la escotilla y docenas de androides de combate se desplegaron por sí mismos delante de él.

-Y esto otro, virrey -añadió el alado representante de Baktoid.

Los ojos rojos de Gunray se volvieron hacia la nave de desembarco justo a tiempo de ver a una docena de aerogaunchos alzarse hacia las alturas del hangar. Eran vehículos delgados como cuchillas, con peanas gemelas y cañones láser instalados en su parte superior, pilotados por androides, cuya postura inclinada hacia atrás daba la impresión de que se agarraban a las delgadas asas por miedo a caerse.

Gunray se quedó sin habla.

Aunque nunca había visto nada semejante, podía reconocer en cada Lino de aquellos prototipos muchos elementos comunes a las máquinas que hacía siglos que la Federación de Comercio empleaba para transportar mercancías. Por ejemplo, en el fuselaje de la nave de desembarco de doble ala reconocía la estrecha barcaza de mineral de la Federación. Pero Haor Chall había colocado el fuselaje en un pedestal, rematándolo con dos enormes alas, que debían mantenerse tirantes gracias a poderosos campos tensores.

Y, pese al aspecto animal de que les había dotado Baktoid, pudo reconocer en los transpones a la vaina de carga con repulsoelevadores de la Federación, pero construido a un tamaño más gargantuesco aún. En cuanto a las plataformas aéreas y los androides de combate desplegables, sólo eran variantes de los androides de seguridad Baktoid o de los aeroganchos de Longspur y Alloi Bepin.

Pero una cosa quedaba clara: todo lo que le habían mostrado tenía menos que ver con la defensa espacial que con un ejército invasor terrestre. Era una información que superaba todo lo que podía asimilar Gunray, y era mucho más de lo que deseaba asimilar.

-Como habrá observado, virrey -continuó diciendo el representante de Haor Chall-, la Federación de Comercio ya dispone de la mayor Parte del material necesario para crear este ejército. --Se acercó al representante de Baktoid-. Al asociarnos a Baktoid, podemos convertir a sus androides obreros y de seguridad en modelos de combate, y a sus barcasas y vainas de carga en naves de desembarco.

-Más unidades por menos dinero -añadió el representante de Baktoid.

-Y lo mejor de todo es que, dado que los componentes de las naves de desembarco, tanto las alas como el fuselaje y los pedestales pueden almacenarse en diversos lugares y ensamblarse en un momento. Se puede guardar una nave de desembarco en cien cargueros distintos o cien naves en un solo carguero, de darse tan espinosa circunstancia. En ambos casos, nadie que suba a bordo de un carguero para inspeccionarlo se dará cuenta de lo que está viendo. Como dice nuestro mutuo amigo, de este modo se tiene un ejército sin que parezca tener un ejército.

-Nuestro mutuo amigo -murmuró Rune Haako, lo bastante alto como para que Gunray le oyera-. Cuando Darth Sidious dice que se haga algo, esto se lleva a cabo.

-Nos gusta tratar con neimoidianos -dijo el representante de Baktoid, avanzando un paso- debido al entusiasmo y el respeto que muestran por nuestras creaciones. Por ello, tenemos pensadas nuevas armas, como cazas que ya no dependerán de pilotos androides, sino que responderán a un ordenador central. E igual deberían contactar con los colicoides de Colla IV, que se dice han desarrollado un androide de combate capaz de rodar hasta su destino - El alienígena hizo un gesto amplio hacia el inmenso hangar-. Sería perfecto para cubrir las vastas distancias de sus cargueros y defenderlos de cualquier posible abordaje.

Gunray oyó como Dofine tragaba saliva, pero, una vez más, fue Haako quien habló.

-Esto es una locura -dijo, bajando la voz y acercándose cojeando a la mecanosilla-. ¿Somos mercaderes o presuntos conquistadores?

-Ya han oído a Darth Sidious -siseó Gunray-. Estas armas garantizarán que continuaremos siendo mercaderes. Son nuestra garantía de que los grupos como el Frente de la Nebulosa o los

mercenarios como el capitán Cohl no volverán a correr el riesgo de atacarnos. Pregúnteselo al comandante Dofine. Él se lo dirá.

-Darth Sidious nos mantiene en un temeroso servilismo -dijo Haako, parpadeando repetidamente.

-¿Qué otra cosa podemos hacer? En vez de aceptar nuestra petición de defensas adicionales, el Senado nos amenaza con impuestos. Tendremos que resolver nosotros mismos la situación si queremos proteger nuestros cargamentos. Si no hacemos esto, seguiremos perdiendo naves a manos de los terroristas, además de una reducción en los beneficios por culpa de los impuestos.

-Pero los demás miembros de la Directiva...

-De momento no tienen por qué saber nada de todo esto. Les iremos informando de manera gradual.

-Y sólo si es necesario.

-Sí -dijo Gunray-. Sólo si es necesario.

Capítulo 13

Coruscant invitaba a la corrupción, gracias a la profusión de lugares en los que uno podía esconderse a simple vista, en sus incontables desfiladeros oscuros, sus vertiginosas cornisas, sus entrantes ocultos y sus parapetos saledizos. Su misma geografía inspiraba secreto.

Palpatine ya llevaba varios años en Coruscant, y sentía que conocía el lugar mucho mejor que algunos residentes que llevaban allí toda la vida. Lo conocía como un felino de la jungla conoce su territorio. Tenía una comprensión instintiva de sus cambios de humor, y sentía intuitivamente cuáles eran sus puntos de poder y sus zonas de peligro. Era casi como si pudiera sentir la enroscada negrura que se albergaba en el Senado, y la refulgente luz que brotaba de las torres del Templo Jedi.

Era un lugar maravilloso para alguien que, como él, llevase muchos años siendo un estudioso, un historiador, un amante de las artes y un coleccionista de objetos raros: alguien que sintiera pasión por explorar los múltiples altibajos de la vida.

Muy a menudo solía desprenderse de su complicada toga para vestirse con sencillos ropajes de comerciantes o eremitas. Se echaba entonces una capucha sobre sus rasgos y vagaba por aquellos abismos sin luz, por calles oscuras y plazas abandonadas, por túneles y callejones, por el resto de aquel bajo mundo siniestro. Viajaba de forma anónima a las zonas del ecuador, de los polos u otros lugares remotos. Nunca se había hecho notar al margen de lo que pudiera ambicionar para su propio futuro, el de Naboo y el de la República, y sus escasos deseos de hacerse notar le permitían viajar sin ser reconocido, casi desvanecerse entre la multitud, como sólo podría hacerlo una persona solitaria, alguien que hubiera pasado tantos años consigo mismo como única compañía.

Pero había quienes lo buscaban a él. Quizá por no haber revelado nunca gran cosa sobre su propia persona. Al principio supuso que acudían a él por encontrar intrigante su discreción, como si llevara una vida secreta. Pero no tardó en descubrir que lo que de verdad querían era hablar de ellos mismos. Y solicitarle no su consejo sino su atención, confiando en que él guardaría el secreto de sus vidas con la misma solicitud con que guardaba él la suya.

Así había sucedido con Valorum, que había trabado relación con Palpatine apenas iniciado su segundo mandato de cuatro años.

Palpatine compensaba su ausencia de carisma con candor, y era esa franqueza lo que le había hecho ampliamente apreciado dentro del Senado. Palpatine era el senador de la sonrisa dispuesta, el que estaba por encima de la corrupción, por encima de todo engaño o duplicidad, una especie de confesor dispuesto a escuchar la más banal de las confesiones o la más vil de las bajezas sin juzgar nunca. O al menos no en voz alta. Pues él juzgaba a todo el universo dentro de su corazón, y según sus propios términos, teniendo una concepción muy clara de lo que estaba bien o lo que estaba mal.

Y no deseaba más guía que sí mismo.

Su reputación entre los delegados que representaban a los sistemas fronterizos era especialmente notable, y más por ser el pequeño Naboo uno de esos mundos que orbitaban solitarios en el confín del Borde Medio, teniendo corto único vecino importante a Malastare, hogar de gran y dugos. Como muchos de sus vecinos, Naboo estaba gobernado por un monarca electo y poco instruido, pero era un mundo pacífico, sin saquear, rico en elementos clásicos y que los humanos compartían con una especie indígena en su mayoría acuática conocida como gungan.

Aunque la mayoría de sus compatriotas concluían el servicio público a los veinte años. Palpatine había preferido seguir en él, proporcionándole su estancia en Coruscant una singular comprensión de los problemas que se cebaban en los sistemas estelares fronterizos.

Fue mientras confraternizaba con un grupo de delegados bith cuando conoció por primera vez la existencia del Frente de la Nebulosa, siendo un bith quien le presentaría posteriormente a varios de los miembros que dirigían esa organización. En teoría, Palpatine no debía haber tenido nada que ver

con terroristas, pero sus miembros fundadores no eran ni fanáticos ni anarquistas, y muchas de sus quejas contra la Federación de Comercio a Coruscant eran completamente legítimas. Y, lo que era más importante, resultaba muy difícil permanecer imparcial en todos los asuntos relacionados con la Federación.

Si Palpatine hubiera sido uno de los muchos senadores que recibían comisiones de la Federación, le habría resultado muy sencillo mirar a otro lado, o hacer oídos sordos a la actual situación, tal y como había comentado Valorum. Pero representaba a un mundo como Naboo, que dependía de la Federación de Comercio para obtener alimentos y otros bienes, y le resultaba imposible ignorar lo que había visto u oído personalmente.

Con el tiempo, los bith acabaron presentándole a Havac, nuevo líder del Frente

Para sus anteriores encuentros con Havac. Palpatine había elegido lugares alejados de los niveles inferiores de Coruscant. Pero la presente crisis del Senado exigía un mayor secreto que antes, así que optó por un club sólo para humanos de los niveles medios del planeta, un lugar donde se reunían los patricios para fumar t'bac, beber algo de brandy, jugar al dejarik y leer en paz, y donde todavía había menos ojos curiosos que en los niveles inferiores. Y se había tomado la molestia de informar a Havac de su localización en el último momento posible. Por muy estratégicamente que pensara Havac, carecía de la habilidad necesaria para pillar a Palpatine con la guardia baja.

-Valorum es muy audaz -dijo Havac furioso apenas se sentaron en una mesa del comedor de paneles de madera del club-. Ha tenido el valor de anunciar una Cumbre en el Borde Exterior, y encima en Eriadu, sin solicitar la participación del Frente de la Nebulosa.

-El Frente, a diferencia de la Federación de Comercio, carece de representación en el Senado -dijo Palpatine.

-Sí, pero el Frente tiene muchos amigos en Eriadu, senador. -Entonces, yo diría que es mejor para usted.

Havac había acudido solo, igual que Palpatine, aunque tanto Sale Pestage como Kinman Doriana se sentaban cerca de los dos. Palpatine había aceptado desde el principio que "Havac" era un alias, y Pestage había confirmado posteriormente ese hecho, además de descubrir que era originario de Eriadu, donde sus apasionados holodocumentales le habían proporcionado fama de ser enemigo de la Federación de Comercio, de defensor de los derechos de los no humanos, y de ser un descontento y un idealista. Quería cambiar la galaxia desesperadamente, pero sus discursos visuales contra la injusticia habían pasado desapercibidos.

Al poco de entrar en el Frente de la Nebulosa, la facción militante de la organización lo reclutó para llevar a cabo un objetivo especial. Exasperados por la indiferencia del Senado y la violación continuada de los tratados comerciales por parte de la Federación de Comercio, los militantes habían decidido aumentar sus acciones y pasar de ser una mera interferencia en los asuntos de la Federación al terrorismo simple y llano. Havac y los nuevos radicales del Frente estaban decididos a castigar a la Federación allí donde más lo notarían los neimoidianos y sus colegas: en su abultada bolsa.

Palpatine había animado a ello a Havac, pero sin llegar a abogar por la violencia. Más bien había mantenido que la forra más segura de conseguir un cambio duradero era empleando el Senado.

-Estamos hartos de Valorum -iba diciendo Havac-. Actúa de forma dócil en todo lo que se refiere a la Federación de Comercio. Su amenaza de imponer impuestos a las rutas comerciales es pura retórica. Ya va siendo hora de que alguien le convenza de que el Frente de la Nebulosa puede ser un enemigo mucho más peligroso que la Federación de Comercio.

Palpatine hizo un gesto casual corto desechando esa idea.

-Aunque el Canciller Supremo no comprende cuáles son los objetivos del Frente de la Nebulosa, tampoco es su principal obstáculo.

Havac sostuvo la mirada de pesados párpados de Palpatine.

-Necesitamos un Canciller más fuerte. Alguien que no se haya criado rodeado de riquezas.

Palpatine volvió a gesticular.

-Busque a sus enemigos en otro lugar. Busque en la Directiva de la Federación de Comercio.

Havac lo meditó un momento.

-Quizá tenga razón. Quizá necesitemos mirar en otra parte -sonrió débilmente y bajó la voz para añadir-. Hemos conseguido un aliado nuevo y poderoso que nos ha sugerido diversos rumbos a seguir.

-¿Ah, sí?

-Fue él quien nos proporcionó la información que necesitábamos para destruir un carguero de la Federación en Dorvalla.

-La Federación tiene miles de cargueros -dijo Palpatine-. Se engañan si esperan conseguir la victoria destruyendo sus naves. Deberían ir a por los responsables. Tal y como he hecho yo en el Senado.

-¿Tenemos algún amigo allí?

-Pocos. En cambio, la Federación de Comercio goza del apoyo de muchos delegados importantes. Toonbuck Toora, Tessek, Passel Argente... Todos ellos se han enriquecido con su lealtad.

Havac negó ultrajado con la cabeza.

-Resulta patético que el Frente necesite comprar apoyos en el Senado, de la misma y deplorable manera en que se ve forzado a emplear mercenarios. -No hay otro modo -dijo Palpatine con un suspiro lleno de significado-.

Los tribunales son inútiles y parciales. Pero la corrupción no deja de tener sus ventajas cuando uno sólo necesita comprar el voto de delegados carentes de escrúpulos, en vez de esforzarse por convencerlos de las virtudes de tu postura.

Havac posó los codos en la mesa y se inclinó hacia adelante.

-¿Tenemos los fondos que nos solicitó.

¿Ya? -comentó Palpatine, alzando las cejas.

-Nuestro benefactor nos dijo que el *Ganancias*...

-Es mejor que no sepa cómo los han conseguido -le interrumpió Palpatine.

Havac asintió comprensivo.

-Hay un posible problema. Está en forma de lingotes de aurodium.

-¿Aurodium? Sí, eso puede suponer un problema -comentó el senador, recostándose en la silla y uniendo los dedos-. No puedo ponerme a distribuir lingotes entre los senadores a los que esperamos... impresionar.

-Es demasiado fácil de rastrear.

-Justo. Habrá que convertir el aurodium en moneda de la República, pero eso requerirá tiempo -dijo Palpatine, guardando silencio por un momento-. Puedo sugerir que uno de mis ayudantes le ayude a establecer una cuenta especial en un banco de un mundo fronterizo que no hará preguntas sobre el origen de los lingotes. Una vez el aurodium esté depositado allí, podrá transferir fondos mediante el Banco InterGaláctico y sacar dinero en créditos de la República.

Era evidente que a Havac le gustó la idea.

-Sé que dará a los fondos el mejor uso posible.

- Haré todo lo que esté en mi mano.

Havac sonrió con admiración.

-Es usted la voz de los sistemas fronterizos, senador.

-Yo no soy la voz de los sistemas fronterizos-replicó Palpatine-. Si insiste usted en concederme un título honorífico, considéreme entonces la voz de la República. No debe olvidar eso, porque si empieza a pensar en términos de sistemas interiores contra sistemas fronterizos, sectores estelares contra el Borde, nunca se podrá lograr unidad. En vez de equidad para todos, sólo conseguiremos anarquía y secesión.

Capítulo 14

Qui-Gon se detuvo a la salida de la puerta este del Templo Jedi y meditó hacia dónde debía dirigirse. El día era cálido y carente de nubes, salvo en el norte, donde tormentas micro climáticas se retorcieron alrededor de las cumbres de algunos de los edificios más altos de Coruscant, y Qui-Gon no tenía nada que hacer.

Se puso a caminar en dirección al sol, mientras recuerdos de juventud acudían a su mente, como si fueran imágenes atisbadas en el barajeo de un mazo de cartas de sabacc. Como siempre, se vio en el interior del Templo, meditando, estudiando, entrenando, haciendo unos amigos y perdiendo otros. Recordó el día que se escapó a una de las torres y tuvo su primera visión del fantástico paisaje de Coruscant, y que desde ese momento ansió poder explorar de arriba abajo todo el planeta-ciudad. Una tarea que siguió siendo un sueño hasta bien entrada la adolescencia y que, de hecho, aún debía satisfacer por completo.

En las escasas ocasiones en que se permitía a los estudiantes dejar el Templo, éstos se desplazaban en grupos como los turistas, y siempre acompañados por alguna carabina. Eran visitas al Senado Galáctico, al Edificio de los Tribunales, al Edificio de Autoridades Municipales... Pero ya en esas primeras exploraciones. Qui-Gon se dio suficiente cuenta de que Coruscant no era la tierra de fábula que había imaginado que era. El clima del planeta estaba más o menos regulado, y hacía mucho que su topografía original había sido arrasada o enterrada, y que la poca naturaleza que quedaba existía en el interior de los edificios, donde se la cuidaba o controlaba.

Al residir en toda vida, la Fuerza estaba en cierto sentido concentrada en Coruscant. Pero allí se sentía la Fuerza de manera diferente a como se sentía en mundos en estado natural, donde la interconexión de todas las formas de vida creaba sutiles cambios y ritmos. Si la Fuerza era un suave murmullo en muchos mundos, en Coruscant era un aullido, un ruido blanco de inteligencia.

Qui-Gon no tenía nada en mente aparte de caminar. El enorme holomapa de la torre del Sumo Consejo indicaba centenares de distantes puntos problemáticos o con la emergencia de un posible Jedi, pero el Consejo de Reconciliación aún no le habían asignado misión alguna a Obi-Wan y a él. Se preguntó si Yoda y alguno de los demás no estarían enfadados por su aparente obsesión con el capitán Cohl.

Él veía a los miembros del Consejo demasiado dispuestos a desechar a Cohl como algo más que un síntoma de tiempos difíciles, cuando era mucho más que eso. Pero el Consejo tenía tendencia a preocuparse de la repercusión de las cosas, más de los acontecimientos futuros que de los presentes. Sobre todo Yoda, al que le gustaba decir que el futuro estaba siempre en movimiento, pero aun así Mace Windu y él actuaban a veces como si eso no fuera así.

Qui-Gon se preguntaba si no conocerían la existencia de algún gran suceso venidero. ¿Fallaría él en reconocer ese suceso, incluso aunque se hubiera tropezado con él? Suponía que al menos debía aceptar la posibilidad de que los Maestros del Sumo Consejo pudieran saber algo que él desconocía.

Lo único que aceptaba más allá de toda disputa era que la Fuerza era mucho más misteriosa de lo que pudiera percibir cualquier Jedi.

Apenas había recorrido medio kilómetro cuando Adi Gallia se puso a su lado, pillándolo por sorpresa.

-¿Buscas algo con un propósito en mente. Qui-Gon, o sólo esperas poder tropezarte con algo merecedor de tu atención?

-Y así ha sido... contigo -dijo él son una sonrisa.

Ella lanzó una carcajada antes de dedicarle una mirada de reprimenda.

Adi tenía las uñas cuidadas y los oscuros ojos azules bordeados por la misma tintura azul que continuaba los ligamentos del anverso de sus manos. Hacía ya una década que se había convertido en miembro permanente del Sumo Consejo, siendo una Maestro Jedi desde mucho antes. Sus padres habían sido diplomáticos corellianos, pero ella se había criado en el Templo, como había pasado con Qui-Gon. Adi siempre se había sentido atraída por Coruscant y conocía el planeta tan bien como cualquiera. Con los años había trabado una fuerte amistad con el canciller supremo Valorum, así como con varios delegados de los mundos del Núcleo.

-¿Dónde está tu joven aprendiz? -preguntó.

-Aguzando el ingenio.

-Así que le has dado un respiro ocasional de tu resuelto tutelaje –Se burló ella.

-Es algo mutuo.

Ella volvió a reírse poniéndose luego seria.

-Tengo noticias que deberían interesarte. Parece ser que tenías razón al creer que Cohl sobreviviría a la explosión del carguero de la Federación de Comercio.

Qui-Gon se detuvo bruscamente en el centro del aeropuerto que estaban cruzando. Androides y peatones se adelantaron por ambos lados.

-¿Han visto a Cohl?

Adi se apoyó en la barandilla del puente y miró hacia atrás, hacia el Templo.

-Los Cuerpos Espaciales de Dorvalla persiguieron una lanzadera que coincidía con la descripción y la signatura del motor que proporcionasteis Obi-Wan y tú. La nave se estrelló y explotó en el planeta, parece que no muy lejos de donde Cohl había establecido una base temporal.

-Conozco la zona -repuso Qui-Gon asintiendo.

-En el lugar del siniestro no quedaba gran cosa que investigar, pero los restos de los tres humanos encontrados allí han sido identificados como asociados de Cohl. Pero, aquí viene la parte interesante, todo indica que la lanzadera se dirigía al encuentro de la nave personal de Cohl.

-El *Halcón Murciélago*.

-Descendió cerca del lugar antes de proceder a irse de Dorvalla, acabando de paso con varias aeropiquetas de Dorvalla.

-Cohl consiguió llegar a la nave.

-¿Tan seguro estás de eso?

-Lo estoy.

-Uno de los pilotos de las aeropiquetas informó de que dos o tres miembros de la banda de Cohl pudieron llegar vivos al *Halcón Murciélago*.

-¿Ha habido noticias de la nave desde entonces?"

-Saltó al hiperespacio apenas dejó Dorvalla. Pero se ha doblado la vigilancia en todos los lugares donde para Cohl. En el supuesto de que haya sobrevivido, pronto se le localizará y, con suerte, capturará.

-Adi, ¿hay alguna posibilidad de que Obi-Wan y yo podamos...?

-Cohl ya no es de nuestra incumbencia -le interrumpió ella-. El canciller supremo Valorum está animando a los sistemas de la Ruta Comercial de Rimma para que asuman sus responsabilidades a la hora de coartar el terrorismo de sus respectivos sectores. Cualquier intervención por nuestra parte podría considerarse un apoyo indirecto a la Federación de Comercio.

Qui-Gon frunció el ceño.

-Eso sería pecar de cortos de vista. La mayoría de los mundos de la ruta Rimma apoyan en mayor o menor medida al Frente de la Nebulosa. Reclutas, fondos, información... Los mundos de Rimma les proporcionan todo eso y mucho más. Adi le miró por un largo instante.

-Qui-Gon, ¿qué dirías si pudiera prepararte una reunión con el canciller Valorum para que pudieras informarle personalmente de todos esos asuntos?

-De acuerdo.

-Entonces está decidido. En este momento iba a encontrarme con él y nunca hay mejor momento que el presente.

-Yo no habría podido decirlo mejor.

O O O

Valorum se reclinó en su sillón de las habitaciones situadas bajo el hemiciclo del Senado, exhalando el aire cansinamente mientras estiraba los brazos por encima de la cabeza. Una vez acabados los asuntos de la mañana, le tocaba enfrentarse a los delegados que no habían conseguido concertar una cita con él y que sin duda estarían esperándolo ante su despacho, ansiosos por conseguir un momento de su tiempo.

¿Qué hay previsto para esta tarde? -le preguntó a Sei Taria cuando ésta cruzó la adornada y alta pared del despacho.

La joven humana miró la pantalla de su comunicador de muñeca.

-Tiene una cita con Adi Gallia, y después una reunión con Bail Antilles y Horox Ryyder. Después de eso, tiene un encuentro con los representantes de la Alianza del Sector Corporativo y la delegación comercial de Ord Mantel. Después...

-Basta -dijo Valorum, levantando la mano y cerrando los ojos. Hizo un gesto hacia la puerta y el pasillo que había al otro lado-. ¿Cómo están las cosas de mal ahí afuera?

-No podría estar más atestado, señor. Pero me temo que eso no es todo.

-Cuénteme el resto -repuso Valorum levantándose y buscando su capa.

-La plaza está llena de manifestantes. Algunos reclaman el fin de la Federación de Comercio, otros denuncian su posición referente a los impuestos. Seguridad recomienda que salgamos por las plataformas del tejado.

-No -dijo Valorum con firmeza-. Eso era algo de esperar, y no es momento de evitar a mis críticos.

Sei sonrió aprobadora.

-Dije a Seguridad que esas serían sus palabras. Respondieron que tendrían que triplicar la guardia si usted insistía en salir por la plaza.

-Muy bien -respondió él, cuadrando los hombros-. ¿Está preparada? -Después de usted, señor.

Dos guardias del Senado flanquearon al Canciller apenas entró éste en la antecámara. Vestían lanzas túnicas azul y negras, así como guantes y cascos de doble cresta que sólo dejaban visibles la boca y los ojos. Llevaban largos rifles adornados, más ceremoniales que prácticos, apoyados en el hombro derecho. Nuevos guardias se pusieron delante y detrás de Valorum cuando éste llegó a los despachos delanteros. Otra pareja se unió al grupo cuando llegaron cerca de los pasillos públicos, y dos más para cuando estuvieron en el pasillo en sí.

Por amplio que fuera, el paseo estaba atestado de seres que habían sido forzados a permanecer hombro con hombro a lo largo de las dos paredes, detrás de barricadas apresuradamente levantadas.

Los guardias que iban delante de Valorum cerraron filas en formación de cuña, abriéndose paso a través de un bosque de brazos alargados. Aun así, algunas manos consiguieron pasar, llevando mensajes que querían llegar a los Profundos bolsillos de la toga del Canciller, pero que normalmente acababan pisoteados en el pulido suelo de piedra.

El pasillo resonaba con las voces de los allí reunidos, la mayoría solicitando a Valorum que se ocupara de algún asunto urgente.

-Canciller Supremo, referente a los términos de la negociación de paz...

-Canciller Supremo, referente a la reciente devaluación de los créditos de Bothan...

-Canciller Supremo, su promesa de responder a las acusaciones de corrupción hechas contra el senador Maxim...

Valorum reconoció algunas de las Voces y muchas de las caras. Se fijó en el delegado de Nueva Bornalex, que estaba aplastado contra la pared izquierda. Tras él estaba el senador Grebleips y su trío de delegados de Brodo Asogi, con sus grandes ojos y sus pies arcillosos. A la derecha, esforzándose por poderse en primera fila antes de que pasara Valorum, estaba Aks Moe, delegado de Malastare.

Cuando se acercaron a la salida a la plaza, las voces del pasillo se vieron apagadas por los cánticos y aullidos de la multitud de manifestantes reunidos en la Avenida de los Fundadores del Núcleo, con sus enormes estatuas Y sus hundidas zonas de asientos.

Los guardias del Senado se apretaron aún más, casi levantando en vilo a Valorum y transportándolo en hombros fuera del edificio.

El jefe de la guardia se dirigió a Valorum.

-Señor, vamos a ir directamente a la plataforma flotante del norte. Allí le espera ya su nave personal. No efectuaremos ninguna parada para responder a reporteros o manifestantes. En el supuesto de que suceda algún imprevisto, quedará usted bajo nuestra custodia y hará todo lo que le digamos. ¿Alguna pregunta, señor?

-Ninguna. Pero intentemos al menos parecer cordiales, capitán.

-No mencionaste que e invitabas a una manifestación política -dijo Qui-Gon, cuando llegó con Adi Gallia a la enorme plaza situada ante el Senado.

-No lo sabía -respondió Adi, claramente asombrada ante el espectáculo.

Multitudes compuestas por especies de todo tipo se extendían desde el edificio en sí, y llegaban hasta el final de la Avenida de los Fundadores del Núcleo. Y ésta se asomaba a un mar de edificios, cuyas pegadas cumbres se alzaban bajo la plaza.

-¿Dónde se suponía que debías encontrarte con él?-dijo Qui-Gon en voz lo bastante alta como para ser oída por encima de los continuados cánticos Y el clamor general.

-Ante la entrada norte -le respondió ella junto al oído.

Qui-Gon, que era lo bastante alto como para ver por encima de las cabezas de gran parte de la multitud, miró hacia el domo del Senado.

-No habrá forma de llegar hasta él, conociendo bien a la guardia del Senado.

-Intentémoslo de todos modos. Si no, habrá que ir a su despacho privado en la Torre Presidencial.

Qui-Gon cogió a Adi de la mano y empezó a internarse entre la multitud. Estando tan lejos del edificio no había forma de distinguir a los manifestantes a favor de Valorum de los que estaban en contra.

Qui-Gon buscó con sus sensaciones.

En el aire había algo más bajo la corriente de ira y disensión. El habitual aullido de Coruscant estaba preñado de amenaza. Sentía peligro, pero no de la manera vaga que debía emanar de una concentración de esa naturaleza, sino de una manera específica y dirigida. Cerró momentáneamente los ojos y dejó que la Fuerza lo guiara.

Sus ojos abiertos encontraron a un bith, parado junto a la multitud. La Fuerza incitó a Qui-Gon a mirar a su izquierda, a los dos rodianos que acechaban cerca de la base de una de sus estatuas. Cerca de la salida norte del Senado había dos twi'lekos y un bothan.

Qui-Gon alzó la mirada al incesante tráfico aéreo que había en el extremo norte de la plaza. Un aerotaxi verde le llamó la atención. No era diferente a la mayoría de los taxis que llenaban los cielos de Coruscant, con su forma de disco, la parte superior descubierta y su semicírculo de estabilizadores abajo. Pero el hecho de que se moviera fuera del pasillo definido por la ruta de autonavegación indicaba a Qui-Gon que el piloto, otro rodiano, conocía las aeropistas lo bastante bien como para conseguir un permiso de viaje libre.

No muy por debajo del taxi, justo en el confín de la plaza, flotaba una plataforma repulsora de ocho accesos donde se hallaba aparcada la nave personal del canciller Valorum.

Qui-Gon se volvió hacia Adi.

-Siento una perturbación en la Fuerza.

-La noto, Qui-Gon -repuso ella, asintiendo.

Alzó la mirada hacia el aerotaxi, antes de clavarla en los rodianos apostados cerca de la base de la estatua.

-El Canciller Supremo está en peligro. Hay que apresurarse.

Soltando los sables láser del cinturón, empezaron a abrirse paso por entre la multitud, con las pardas capas agitándose tras ellos. Llegaron a la salida norte a tiempo de ver a una falange de guardias entrar en la plaza. Tras ellos iban Valorum y su joven ayudante, en el centro de otros seis guardias, los cuales conducían a la pareja hacia la plataforma de amarre.

Qui-Gon alzó la mirada. El aerotaxi cambió de dirección y empezó a flotar sobre la plaza. En ese instante, los dos twi'lekos echaron a correr hacia Valorum, con las manos enterradas en las mamas de sus holgadas túnicas.

Los cánticos alcanzaron un crescendo.

De pronto, de la multitud surgieron rayos láser, alcanzando a dos de los guardias más adelantados y derribándolos en las piedras del pavimento. Se oyeron gritos y la multitud se vio sumida en el pánico, corriendo en todas direcciones para evitar el peligro.

Qui-Gon encendió el sable láser y se movió hacia los twi'lekos. Éstos dispararon contra él, sólo para ver cómo sus disparos eran desviados por la brillante hoja verde del sable láser. De las pistolas láser de los rodianos brotaron más rayos, pero el Jedi se movió con rapidez y se los arregló para desviarlos.

Giró, alzó el arma para detener el fuego, procurando desviar los rayos por encima de las cabezas de los manifestantes.

La Fuerza le dijo que Adi se dirigía con la hoja azul encendida hacia Valorum, el cual estaba inmovilizado por sus guardias.

Una explosión apagada sonó cerca, proyectando nubes de astringente humo blanco y asustando aún más a los manifestantes en fuga.

Qui-Gon comprendió enseguida que la detonación sólo era una distracción. El auténtico peligro provenía del otro lado de la plaza, donde ya corrían dos asesinos más armados con pequeñas pistolas láser. Cuando cayó otro guardia, uno de los asesinos disparó a la abertura que se había abierto en el cordón protector de Valorum. Adi desvió dos de los dardos energéticos, pero un tercero consiguió pasar.

Valorum hizo una mueca de dolor y cayó de lado.

Un guardia del Senado avanzó disparando su rifle y derribando a los dos asesinos.

Qui-Gon oyó al aerotaxi iniciando un rápido descenso, con su forma redonda arrastrando un trío de cables de rescate. Un twi'leko y los dos rodianos se abrieron paso hasta llegar a una zona despejada de la plaza y se agarraron a los cables.

Qui-Gon sacó de uno de los bolsillos de su cinturón un lanzador de cables líquidos y lo disparó mientras corría. El gancho se hundió profundamente en el taxi, y el cable de monofilamento empezó a desenrollarse. Qui-Gon se agarró al cable, apretó el mecanismo de enrollado y ascendió al cielo, con el sable láser extendido en la mano derecha.

Al ponerse a la altura de los dos rodianos, cortó sus cables con el sable láser, haciéndolos caer de vuelta a la plaza. Pero el twi'leko seguía estando por encima de él. Y se dio cuenta de que nunca lo alcanzaría a tiempo. El aerotaxi ya se inclinaba hacia el borde norte de la plaza, resultando obvio que esperaba poder quitarse de encima a su pasajero en una de las simas que se abrían entre edificios.

Cuando estuvo a la altura de una de las estatuas más altas de los Fundadores del Núcleo, el Jedi se soltó y aterrizó en los hombros de la estatua, saltando luego a la base del pedestal - finalmente a la plaza.

Uno de los rodianos corría casi de espaldas, disparando de forma continua y cayó en manos de dos guardias del Senado, que lo arrojaron sin miramientos al suelo de piedra, una pierna rota mantenía al otro rodiano en el lugar en que había caído.

Qui-Gon giró sobre sus talones y corrió hacia Valorum. Los guardias que quedaban habían formado un perímetro infranqueable a su alrededor, clavando los pies al suelo y apuntando hacia fuera con sus armas. Adi vio a Qui-Gon y pidió a los guardias que lo dejaran pasar.

El costado derecho de la túnica de Valorum mostraba una gran mancha de sangre.

-Tenemos que llevarlo a un centro médico -dijo Adi apresuradamente.

Qui-Gon puso la mano derecha bajo el brazo izquierdo de Valorum y lo levantó. Adi lo sostuvo por el otro lado. Con los sables láser aún encendidos, se dispusieron a llevar al Canciller Supremo de vuelta al edificio del Senado, mientras los guardias cubrían su retirada.

Capítulo 15

Quienes se dedican a ese tipo de cosas han postulado la teoría de que uno podría caerse desde lo alto de la cúpula del Senado y aterrizar directamente en el centro médico donde los delegados disfrutaban de privilegios exclusivos, siempre y cuando, claro está, que los vientos que en ese momento soplasen entre los desfiladeros de Coruscant fueran los adecuados, y que la persona que cayese no fuera atropellada por los vehículos que pasasen al atravesar las pistas de tráfico.

Un método más seguro y eficaz de llegar intacto al Centro Médico del Senado Galáctico era tomar un turboascensor en el hemiciclo, o bien llegar allí mediante un aerocoche, tal y como había hecho el senador Palpatine.

El Centro Médico ocupaba los dos pisos superiores de un edificio corriente que se alzaba escarpado en los niveles medios del planeta. Sus numerosas entradas estaban codificadas ya fuera mediante colores u otros medios, de acuerdo a las diferentes especies, ya que muchas de ellas requerían atmósferas y gravedades específicas, tal y como pasaba en muchos de los palcos del hemiciclo del Senado.

Sale Pestage pilotó el aerocoche hasta el compartimento desocupado de una plataforma de aterrizaje anclada a la entrada, codificada para humanos y casi humanos, sin duda la más adornada de todas las zonas rectangulares de admisión.

-No pierdas tiempo -dijo Palpatine desde el asiento trasero-, pero sé discreto.

-Délo por hecho -repuso Pestae, asintiendo con la cabeza.

El senador de Naboo salió por la parte trasera del aerocoche circular, se ajustó el frontal de su adornada toga, y desapareció por la entrada. En el vestíbulo se encontró con el senador Om Free Taa.

-Me dijeron que estaría aquí -comentó Palpatine.

El corpulento twi'leko agitó la enorme cabeza en lo que aparentaba ser un gesto de pesar.

-Un suceso trágico. En verdad terrible.

Palpatine alzó una ceja.

-De acuerdo -bufó Taa-. La verdad es que Valorum ha estado bloqueando mis peticiones de reducir las tarifas de exportación de ryll desde Ryloth. Si visitándolo en el Centro Médico consigo suavizar las cosas, le visito.

-Todos hacemos lo que debemos -dijo Palpatine en tono cortés,

-¿Debo asumir que su visita está motivada por una preocupación genuina? -repuso Taa tras estudiarlo un momento.

-El Canciller Supremo es la voz de la República, ¿verdad?

-Por el momento -repuso con tono desagradable.

Había guardias del Senado apostados por toda la zona de admisión, así que Palpatine tuvo que identificarse no menos de seis veces antes de ser conducido a una sala de espera reservada para los visitantes de Valorum. Una vez allí, intercambió saludos con Bail Antilles, un hombre alto y apuesto, de cabellos negros y delegado de Alderaan en el Senado, así como con el igualmente distinguido senador de Núcleollia, Com Fordox.

-Ya se habrá enterado de a quién se culpa de lo sucedido -preguntó Fordox apenas se sentó Palpatine en el sofá situado ante él.

-Sólo que el Frente de la Nebulosa parece estar implicado. -Tenemos evidencias confirmadas de su implicación -dijo Antilles. -Un acto incomprensible -comentó Fordox: sus rasgos reflejaban ira y confusión.

-Un acto que no puede quedar sin castigo -concedió Antilles.

Palpatine se compadeció con ellos, apretó los labios y negó con la cabeza.

-Una terrible señal de los tiempos que corren -dijo.

La mayoría de los males que acababan conduciendo a los delegados al Centro Médico solían ser consecuencia de excesos comiendo o bebiendo, o bien lesiones recibidas en las pistas de scoopball, en accidentes de aerotaxi o a consecuencia del ocasional duelo de honor. Rara vez acudían a él delegados padeciendo alguna enfermedad, y menos a consecuencia de un intento de asesinato.

Palpatine se consideraba culpable de lo sucedido.

Debió darse cuenta durante su encuentro con Havac de lo que se avecinaba. El joven militante había insistido más de una vez en la necesidad de que Valorum se diera cuenta de lo peligroso que era el Frente de la Nebulosa. Pero Palpatine nunca había supuesto que estuviera tan desesperado como para recurrir al asesinato.

El hecho de que Havac también fuera imprudente lo hacía doblemente peligroso. ¿De verdad creía que las cosas le irían mejor al Frente de la Nebulosa con alguien que no fuera Valorum al cargo del Senado? ¿No se daba cuenta de que Valorum era la mejor esperanza que tenían de contener a la Federación de Comercio, mediante impuestos y otros medios? Con ese intento de asesinato, no sólo había reforzado la afirmación de la Federación de que el Frente era una amenaza sino que había dado más peso a la petición de los neimoidianos de aumentar sus defensas.

Havac necesitaba que le recordaran quiénes eran sus enemigos.

A no ser, claro está, que Havac fuera más listo de lo que aparentaba ser, se dijo Palpatine. ¿Podía la actitud agradable pero indefinida de Havac ocultar un intelecto astuto?

Palpatine meditó en ello mientras Fordox y Antilles visitaban a Valorum.

Seguía pensando en ello cuando Sei Taria entró aleo después en la sala de espera.

-Que alegría verla, Sei. ¿Se encuentra bien?

-Ahora estoy bien, senador. Pero ha sido terrible -contestó ella forzando una sonrisa alegre.

Palpatine adoptó un aire grave.

-Todos hacemos lo que podemos para proteger al Canciller Supremo. -Sé que usted lo hará.

-¿Cómo se encuentra él?

-Impaciente por verlo -respondió ella, mirando a la puerta.

Guardias armados flanqueaban la puerta del cuarto de Valorum, un cubículo circular sin ventanas lleno de sistemas de control supervisados por un androide médico bípedo equipado con servopinzas y un vocalizador semejante a una mascarilla respiradora.

Valorum estaba pálido y ceñudo, pero se había sentado en el lecho, con el brazo derecho metido desde el hombro a la muñeca en un tubo blando lleno de bacta. El bacta es un fluido transparente y gelatinoso, producido por una especie alienígena insectoide con la capacidad de acelerar la curación y el rejuvenecimiento de las células, normalmente sin dejar cicatriz alguna. Palpatine había pensado más de una vez que esa maravillosa sustancia era tan vital como los Jedi para la supervivencia de la República.

-Canciller Supremo -dijo, acercándose al lecho-. Vine en cuanto me enteré.

Valorum hizo un gesto con la mano izquierda, para quitarle importancia.

-No debió molestarse. Hoy mismo me dejarán irme. ¿Sabe lo que hicieron los guardias cuando me trajeron aquí?. -Le hizo un gesto a su amigo para que se sentara-. Echaron a todos los pacientes de la sala de urgencias, vaciando luego todo este piso, sin preocuparse para nada por el estado de gravedad de quienes estaban aquí.

-Lo requería la seguridad. Los asesinos debían saber que le traerían aquí de fallar en su atentado y bien pudieron estacionar una segunda partida en la zona de admisiones.

-Es Posible- Pero dudo que los actos de mis protectores me hayan valido nuevos aliados - repuso Valorum, frunciendo el ceso-. Y lo que es peor, he debido sufrir la transparente preocupación de delegados como Orn Free Taa.

Hasta el senador Taa comprende que la República os necesita.

-Tonterías. Hay muchos perfectamente cualificados para tomar mi lugar, Bail Antilles. Ainlee Teem... hasta usted, senador.

-Difícilmente, Canciller Supremo - repuso Palpatine fingiendo una expresión de sorpresa.

Valorum sonrió.

-No pude dejar de fijarme en la masera en que reaccionaron los delegados ante usted duraste la sesión especial.

-El Borde Exterior está desesperado por tener una voz. La mía sólo es una más entre muchas.

-Es más que eso - respondió él, negando con la cabeza, antes de hacer una breve pausa-. En todo caso, quiero agradecerle el mensaje que me entregó su ayudante es el podio. Pero, ¿por qué no me informó por adelantado de su plan de proponer una reunión es la cumbre?

Palpatine abrió sus gráciles manos.

-Fue una idea del momento. Debía hacerse algo antes de que la propuesta de los impuestos pasase a un comité donde habría sirio inevitablemente aplastada.

-Una idea brillante -comentó, antes de guardar silencio por un largo momento-. El Departamento Judicial me ha informado que mis atacantes eran miembros del Frente de la Nebulosa.

-Yo también lo he oído.

-Voy viendo a qué se enfrenta la Federación de Comercio -repuso el Canciller con un suspiro.

Palpatine no dijo nada.

-Pero, ¿cuál fue el motivo del Frente de la Nebulosa para atacarme? Yo hago lo que puedo para encontrar una solución pacífica a todo esto.

-Es evidente que vuestros esfuerzos no son suficientes para ellos.

-¿Tan convencidos estás de que Astilles o Teem actuarían de otro modo?

Palpatine formuló cuidadosamente su respuesta.

-El senador Astilles sólo piensa en los mundos del Núcleo. No cabe duda de que apoyaría una política de no intervención. En cuanto al senador Teem, seguramente concedería a la Federación cualquier petición referente a armamento avanzado o franquicias adicionales.

-Igual me equivoqué al no invitar al Frente de la Nebulosa a participar en la Cumbre de Eriadu -dijo Valorum tras meditarlo un momento-. No quise dar la impresión de que la República los reconocía como una entidad política válida. Y lo que es más, no podía imaginármelos sentados a la misma mesa que los neimoidianos. -La confusión nubló sus ojos-. Pero, ¿qué podían esperar ganar con mi muerte?

Palpatine recordó a Havac quejándose por no haber sido invitado a la Cumbre. Necesitamos un Canciller Supremo más fuerte, había dicho Havac.

-Me he estado haciendo esa misma pregunta. Pero tenía razón al no solicitar su participación. Son peligrosos, y no atienden a razones.

-No podemos arriesgarnos a que interfieran en la Cumbre de Eriadu. Hay demasiado en juego. Debemos hacer que los sistemas fronterizos hablen por sí mismos, sin miedo a represalias de la Federación de Comercio o del Frente de la Nebulosa.

Palpatine juntó los dedos, reflexionando, recordando su reciente encuentro con Havac, volviendo a escuchar todas sus palabras...

-Quizá sea el momento de solicitar ayuda a los Jedi -dijo por fin.

Valorum le miró durante un largo instante.

-Sí, puede que los Jedi estén dispuestos a intervenir. -Su semblante se alegró un poco-. Dos de ellos ayudaron a frustrar mi intento de asesinato.

-¿De verdad?

-El Senado tendrá que autorizar la intervención de los Jedi. ¿Querría usted proponer la moción?

Una sonrisa brilló en los ojos de Palpatine.

-Lo consideraría un gran honor. Canciller Supremo.

Al dejar la plataforma de amarre del hospital. Sate Pestage aceleró su nave hasta situarse en una pista de tráfico del nivel medio, ascendiendo luego con cada intercambio vertical para dirigirse hasta llegar a las autopistas superiores, entrando en una zona de limusinas y aerocoches privados. Era un nivel donde rara vez se encontraba un taxi, y mucho menos un vehículo de reparto, dado que quienes residían en las alturas poseían vehículos propios y todas las mercancías se entregaban en los pisos inferiores del edificio, subiéndose a la alturas mediante turboascensor.

Pestage siguió ascendiendo hasta llegar a la pista superior, restringida a aerocoches que los escáneres de tráfico móvil identificaban como poseedores de privilegios diplomáticos, cosa que sucedía con el vehículo del senador Palpatine.

Pilotó el coche hasta la plataforma de un lujoso rascacielos de un kilómetro de alto y atracó allí. Cogió dos bolsas de aspecto costoso del portaequipajes del vehículo. La más grande era cuadrada y con asas, la otra era una esfera del tamaño de una sandía que encajaba perfectamente en una bolsa diseñada a tal efecto y que llevaba al hombro.

Cargó con ellas hasta el vestíbulo del edificio, donde fue escaneado de pies a cabeza antes de permitírsele entrar en el turboascensor que conducía al ático. Una vez más, las credenciales de su jefe le abrieron puertas que de otro modo habrían permanecido cerradas para él. En ese momento había pocos residentes y ninguno de ellos le miró dos veces, confiando implícitamente en que cualquiera que entrase en el edificio tenía todo el derecho del mundo a estar allí.

Permaneció en el turboascensor hasta llegar al ático, propiedad de uno de los compañeros de Palpatine en el Senado, pero que en ese momento estaba desocupado, dado que el día anterior su dueño se había embarcado en una visita a su mundo natal.

Una vez en el vestíbulo del ático, Pestage cargó con las bolsas hasta la puerta y tecleó un código en el panel de la pared. Cuando el escáner solicitó una comprobación de retina, tecleó un segundo código que básicamente ordenaba al escáner que acortara su habitual rutina de seguridad y se limitara a abrir la suite.

El código hizo su trabajo y la puerta se introdujo en la pared.

Una suave luz recibió a Pestage cuando éste entró en la elegante habitación. Por todas partes había muebles y obras de arte que atestiguaban el refinado gusto del senador. Se dirigió hacia las puertas de la terraza y salió fuera.

El tráfico zumbaba ante el embaldosado recinto iluminado por las luces de edificios aún más altos que él. El aire era diez grados más frío que en los niveles medios y mucho más limpio. Al final de la terraza había un muro que le llegaba al pecho, desde el que podía ver con claridad el Templo Jedi en una dirección y el Senado Galáctica en la otra.

Pero esos paisajes no le interesaban, sólo la visión que tenía al otro lado del abismo que separaba los edificios de un ático de tamaño muy semejante al que estaba, aunque la mayoría de sus ventanas estaban a oscuras.

Depositó en el suelo las dos bolsas y las abrió. La cuadrada contenía un ordenador con pantalla incorporada y un teclado. La otra un androide de vigilancia, negro y redondo, con tres antenas sobresaliendo de los costados y la parte superior. Instaló el ordenador y situó al androide a su lado.

Los dos aparatos conversaron durante unos momentos en un diálogo de pitidos y zumbidos. A continuación, el androide de vigilancia levitó como por voluntad propia y empezó a flotar en dirección al abismo.

Pestage cambió el ordenador de sitio para poder observar el vuelo del androide de vigilancia mientras tecleaba sus órdenes.

Para entonces, la esfera negra había cruzado ya el abismo y flotaba ante una de las habitaciones iluminadas del ático, transmitiendo imágenes en color a la pantalla del ordenador. La pequeña pantalla mostró a cinco hembras twi'lekas recostadas en muebles cómodos. Una de las hembras era la consorte lethana de piel roja del senador Orn Free Taa. Las demás debían ser consortes menores o sólo amigas de la lethana que disfrutaban bebiendo y cotilleando mientras el senador de rostro fofó visitaba a Valorum en el Centro Médico.

Pestage se alegró. Las hembras estaban tan concentradas en pasárselo bien que era improbable que interfirieran en su labor.

Instruyó al androide de vigilancia para que se desplazara hasta una ventana no iluminada- a tres cuartos de distancia, y que pasara al modo infrarrojo. Un momento después, la pantalla mostraba un primer plano de la terminal del ordenador de Taa, al cual no se podía acceder a distancia. Pese a ser capaz de conectarse con sistemas distantes.

Pestage dio más instrucciones mediante el teclado.

El androide se acercó a la ventana y activó un láser que abrió un pequeño agujero en el vidrio a prueba de ruidos y de descargas láser, lo bastante grande como para permitir el paso del interfaces de ordenador que se proyectó telescópicamente desde su cuerpo esférico. Al extremo de la varilla extensible había un enganche magnético que el androide insertó en el puerto de acceso al sistema de Taa.

El ordenador se encendió y solicitó una contraseña que Pestage proporcionó sin dilación. Puede que un agente novato hubiera preguntado al senador Palpatine cómo había obtenido la contraseña. Pero parte de lo que convertía a Pestage en un verdadero profesional era saber cuándo no debía hacer preguntas.

El ordenador de Taa le dio la bienvenida.

Ya sólo era cuestión de entrar en los archivos adecuados e incluir en ellos los retazos de información codificada que le habían entregado. Aun así era una infiltración que no podía considerarse rutinaria. En primer lugar la información no debía poder rastrearse, y tenía que implantarse de manera que el ordenador se convenciera de haberla descubierto por sí solo. A

continuación, había que dar instrucciones al ordenador para que revelase esa información sólo en respuesta a peticiones muy específicas de Taa.

Y lo que era más importante aún, el mismo Taa debería convencerse de que había descubierto una información tan importante que querría gritarla a los cuatro vientos.

Capítulo 16

En el centro de la torre del Sumo Consejo del Templo Jedi había una enorme representación holográfica de la galaxia en la que se marcaban los lugares donde había algún conflicto y aquellos con actividad Jedi. La proyección esférica cambiaba en función de las señales recibidas por el complejo de antenas multialimentadas situado en la torre de la cámara de reuniones, donde un disco colimador situado bajo las antenas delimitaba las señales y las mantenía constantes a través de cualquier fluctuación energética.

Qui-Gon y Obi-Wan estaban en el paseo circular que rodeaba el holomapa, esperando a ser convocados ante el Sumo Consejo. En la sala había otros Jedi, estudiando el mapa o dirigiéndose hacia uno de los tres balcones exteriores de contemplación que se asomaban al vasto paisaje urbano que se abría bajo el Templo. Qui-Gon había tenido su primera visión del verdadero Coruscant desde el balcón que daba al amanecer.

-Ésta es la primera vez que veo marcado a Coruscant -comentó Obi-Wan mientras miraba la esfera, apoyando los codos en la barandilla del paseo.

Qui-Gon miró el brillante esferoide que era Coruscant y se permitió desviar la mirada hasta la mitad del perímetro del holomapa, donde brillaba un segundo esferoide, Dorvalla.

-Coruscant debería estar constantemente iluminado -empezó a decir cuando se puso a brillar otro esferoide, mucho más lejano aún que Dorvalla.

-Eriadu -dijo Obi-Wan leyendo el gráfico adjunto. Miró inquisitivamente a Qui-Gon.

-El lugar de la próxima Cumbre -comentó el Caballero Jedi. -¿De quién fue la idea, Maestro?

-Del senador Palpatine -dijo tras ellos una voz humana de barítono.

Se volvieron para descubrir que eran observados por Jorus C'baoth- un anciano Maestro Jedi, de cincelados rasgos, cabello blanco tan largo como el de Qui-Gon y una barba el triple de larga.

-Palpatine representa a Naboo -añadió C'baoth.

-Es el mundo ideal para Qui-Gon -dijo otro Jedi humano desde un lugar más alejado del paseo.

-Tienen más especies indígenas en un kilómetro cuadrado que las que se encuentran en cien mundos -asintió C'baoth, insinuando una sonrisa-. Me imagino fácilmente al Maestro Qui-Gon perdiéndose emocionado en ese lugar.

Adi Gallia entró en la sala del holomapa antes de que Qui-Gon y Obi-Wan pudieran responder a sus compañeros.

-Ya estamos listos para ti, Qui-Gon - anunció.

Qui-Gon y Obi-Wan doblaron los brazos, haciendo que cada mano desapareciera en la manga opuesta de sus túnicas, y siguieron a Gallia hasta el turboascensor que llevaba a la cámara de reuniones.

-No Digas nada, pádawan -repuso Qui-Gon en voz queda cuando llegaron a la cámara circular-. Límitate a escuchar y a aprender.

-Sí. Maestro.

Paneles de acero transparente, cuya parte superior concluía en un arco, permitían una visión sin obstáculos en todas direcciones. El techo también era una arcada y el pulido suelo mostraba un diseño de círculos concéntricos entrelazados con motivos florales.

Qui-Gon dejó a su discípulo ante el turboascensor y avanzó hacia el centro de la sala, parándose con las manos cruzadas ante sí.

A la derecha del turboascensor se sentaba Depa Billaba, una esbelta hembra casi humana de Chalacta, llevando una marca de iluminación entre los ojos y la frente. A su lado estaba Eeth Koth, cuyo rostro era un puzzle de arrugas y en su cabeza sin pelo destacaban vestigios de unos cuernos amarillos de diferente longitud. Después estaban Yarael Poof, un quermiano de cuello largo, así como Adi, Oppo Rancisis y Even Piell, un guerrero lannik en cuyo rostro destacaba una rugosa cicatriz. A la izquierda de Piell se sentaba Yaddle, una hembra de la especie de Yoda; Saesee Tiin, un iktotchi de cuernos que apuntaban hacia abajo; Ki-Adi-Mundi, un humanoide de Cerea asombrosamente alto; Yoda, en su silla roja en forma de copa; y el igual de Yoda, Mace Windu, un humano de poderosa constitución, complexión oscura y el cráneo afeitado. A la izquierda de Windu, casi frente a la entrada del turboascensor se sentaba Plo Koon.

Mace Windu se inclinó hacia delante, con los dedos cruzados, y se dirigió a Qui-Gon.

-Acabamos de hablar con el Departamento Judicial referente al interno de asesinato del canciller supremo Valorum. Confiamos en que puedas arrojar una nueva luz sobre lo acaecido en el Senado Galáctico.

-Confío poder hacerlo.

Yoda miró a Windu, antes de clavar la mirada en Qui-Gon.

-¿Cómo es que en el Senado estabas? ¿Alertado por tu informador del Frente de la Nebulosa, quizá?

-Yo responderé a eso -dijo Adi Gallia-. Pedí a Qui-Gon que me acompañara al Senado para que hablara personalmente con el canciller supremo Valorum.

-¿Con qué objeto? -preguntó Windu con el ceño fruncido.

-Qui-Gon tenía motivos para creer que el Canciller Supremo erraba al confiar en que los mundos de la Runa Comercial de Rimma se encargasen de acabar con el terrorismo de sus sectores.

-¿Es así, Qui-Gon? -preguntó Ki-Adi-Mundi.

-El Frente de la Nebulosa recibe gran parte de sus fondos de esos mismos mundos.

-Mucho sabe Qui-Gon sobre la situación -repuso Yoda con falsa adulación-. Correcto estuvo sobre que el capitán Cohl a la explosión de Dorvalla sobreviviría. - Hizo una pausa antes de continuar- ¿Tras el intento de asesinato estaba Cohl?

-No, Maestro. Cohl aún está huyendo. Y lo que es más, no estoy convencido de que el Frente de la Nebulosa quisiera hacer daño al Canciller Supremo. La expresión de Yoda se endureció.

-Que le dispararon, seguro es. Y hasta su base secreta en el sector Senex, el rastro de sus documentos seguimos.

-Con demasiada facilidad. Maestro -repuso Qui-Gon, aguantando el interrogatorio-. Las pistas eran demasiado obvias. -Terroristas eran. No soldados.

Windu miró primero a Yoda y después a Qui-Gon.

-Es evidente que has meditado mucho en esto. Continúa.

-Los asesinos apuntaban a los guardias del Canciller Supremo. Creo que si le alcanzó ese disparo fue por error. Su forma de escapar tampoco era muy convincente. Y ¿por qué iban a llevar documentación cuando debían saber por anticipado que había muy pocas posibilidades de que escapasen todos? -A diferencia del capitán Cohl, ¿eh, Qui-Gon? Qui-Gon asintió.

-Él no habría sido tan descuidado.

Yoda se llevó el dedo índice a la boca.

-Esto debió desde lejos planear. Buscar tu contacto bith en el Frente de la Nebulosa debes.

-Así lo haré, Maestro. Pero, ¿por qué iba el Frente a atacar al Canciller Supremo justo cuando por fin se enfrenta a la Federación de Comercio? -Responde a tu propia pregunta -dijo Windu. Qui-Gon respiró profundamente y meneó la cabeza.

-No estoy seguro, Maestros. Pero me temo que el Frente de la Nebulosa tiene en mente una acción aún más traicionera.

Rayos discontinuos de furiosa luz pasaban por todas partes junto al *Halcón Murciélagos*, cuando éste abandonaba la superficie de un planeta verde, casi rozando en la huida con sus dos pequeñas y próximas lunas llenas de cráteres. Sus decididos perseguidores eran un trío de esbeltas naves, con el rojo de Coruscant adornándolas de proa a popa, morros achatados, un trío de toberas sublumínicas y múltiples parejas de baterías de turboláser.

En el estrecho puente de la fragata, Boiny estudiaba las pantallas de la consola verificadora.

-¡Cruceros espaciales corellianos, capitán! ¡Nos ganan terreno! El tiempo estimado para que nos den alcance es de...

-No quiero saberlo -dijo Cohl desde el asiento del capitán, mientras una explosión escoraba la nave a babor-. ¡Maldito Departamento Judicial! ¿Es que no tiene nada mejor que hacer?

-Parece que no, capitán.

Cohl se apartó de los miradores delanteros para dirigirse a Rella que era quien pilotaba la nave.

-¿Cuánto falta para que podamos pasar a la velocidad de la luz?

-El ordenador de navegación no responde -respondió ella dedicándole una mirada furiosa.

-Convéncelo -repuso Cohl dirigiéndose a Boiny.

El rodiano se levantó, tambaleándose por la cabina, y golpeó con la mano el ordenador de navegación.

-Eso ha servido -dijo Rella, aliviada. Otro disparo hizo temblar la nave.

-Desvía energía a los escudos traseros -ordenó Cohl.

-Estoy en ello, capitán -dijo Boiny, mientras volvía a su asiento. Rella se volvió hacia Cohl.

-¿Sabes una cosa? No todo el mundo disfruta viviendo al borde de la muerte.

Él lanzó una carcajada teatral.

-¿Y me lo dice alguien que dice que no hay escapatoria que valga la pena como no sea por los pelos?

-Ésa era yo antes. La nueva tiene otras ideas sobre lo que es divertido y lo que no lo es.

-Entonces, será mejor que guardes a la nueva mientras no estemos en espacio libre.

El *Halcón Murciélagos* fue alcanzado en la cola y vibró mientras giraba lateralmente.

-¿Qué pasa con esas coordenadas de salto? -exclamó Cohl.

-Ya aparecen - le aseguró la mujer-. Va siendo hora de que dejemos este sector. Tienen vigilados todos nuestros escondites. -¿Y a dónde se supone que vamos a ir?

-Como si nos vamos a vivir con los hutt. Sólo sé que esto se ha puesto demasiado caldeado para nosotros.

-¡No me digas que trabajarías para uno de esos gusanos hinchados!

-¿Quien ha dicho nada de trabajar!

-¿Qué pasa con lo de retirarnos a lo grande?

-En este momento me conformo con retirarme a secas. Cohl negó con la cabeza.

-Yo no lo tenía planeado de ese modo. Además, no me gusta la idea de que me echen de mi coto de caza.

-¿Aunque resulte evidente que te has convertido en la presa? Cohl miró a Rella un largo instante.

-Estás hablando en serio, ¿verdad? Esta vez estás pensando en dejarlo.

-A no ser que decidas recuperar la cordura -respondió ella, mordiéndose el labio y negando con la cabeza--. Ya estamos demasiado viejos para esto. Quiero hacer realidad alguna de las promesas que nos hicimos, antes de que sea demasiado tarde.

Él lo meditó un momento, antes de romper a reír.

-No te irás. Sabes que me echarías de menos y que acabarías volviendo conmigo.

-Sigues pensando en cómo era antes - dijo ella, mirándolo con tristeza. El se volvió hacia Boiny.

-¿Tengo o no tengo razón sobre que volvería por mí?

-A mí no me metas en medio - repuso el rodiano bajando la crestada cabeza-. Yo sólo soy bueno obedeciendo órdenes.

-Nuestra primera pelea -repuso Cohl, meneando la cabeza en dirección a Rella.

-No, Cohl. Nuestra última pelea dijo la mujer, cogiendo la palanca del obturador-. Saltamos al hiperespacio.

El *Halcón Murciélago* dio un salto hacia delante, todavía lamido por los rayos láser. Las estrellas parecieron alargarse. Y la fragata desapareció en un parpadeo.

Capítulo 17

Valorum se puso su rúnica de tejido de veda en la sala de recepción de su despacho en el Senado Galáctico y contempló su imagen en un espejo de elaborado marco. Ya casi se le había curado el brazo derecho y, en vez del molesto tubo, llevaba un suave cabestrillo, oculto en la amplia manga de la toga.

Una pareja de guardias del Senado flanqueaban la puerta, mirando al interior del cuarto, pero Valorum los ignoró mientras se preparaba para la inminente llegada de los Maestros Jedi Mace Windu y Yoda.

La dinastía Valorum llevaba mucho tiempo esperando a que un miembro de su linaje fuera uno con la Fuerza, pero todo parecía indicar que la Fuerza no estaba presente en la sangre de los Valorum. Pero esa lamentable ausencia no había impedido que Finis Valorum reverenciara a los Jedi. Como cualquier joven de Coruscant o de cualquier otro mundo del Núcleo, se había pasado incontables horas leyendo las crónicas de su familia, devorando relatos sobre las relaciones que habían mantenido sus ancestros con la orden, a veces con Caballeros y Maestros de carácter legendario. Esas historias sólo habían conseguido fortalecer desde muy joven su propósito de que, si no conseguía ser un Jedi, al menos viviría tomándolos como modelo, comportándose como si la Fuerza fuera su aliada, y dedicándose a defender la paz y la justicia en todo tiempo y lugar. Pero la República que había heredado no le había concedido muchas oportunidades de promover la paz o la justicia. El Senado se había debilitado por el Poder y la corrupción, convirtiéndose en una herramienta con la que agrandar el abismo que separaba a pobres de ricos, acrecentando las ambiciones de los más Privilegiados e influyentes. Por mucho que intentase permanecer fiel a sus ideales, siempre se veía frustrado por delegados engordados por sobornos o esclavos de su propio interés. ¿Por qué iban a servir al bien común cuando les resultaba mucho más beneficioso servir al Gremio de Comerciantes, la Unión Tecno, la Alianza Corporativa o la Federación de Comercio?

Más de la mitad de los delegados del Senado atendía a los negocios de poderosas corporaciones, ya fuera por intereses personales o a cambio de favores comerciales para sus sistemas natales. Dichas corporaciones sólo pedían a cambio que se bloquearan algunas mociones o que se apoyara a otras. Y la imagen de Valorum se debilitaba cada vez que se revocaba una de sus decisiones. Y esa debilidad había propiciado que fuera desestimado por quienes debían ser más conscientes de la auténtica realidad.

Y, por supuesto, el objetivo que buscaban los mismos corruptores era esa ineptitud. Entre un líder débil al que se habría tenido que reemplazar y uno fuerte que habría sido contra productivo, la mejor de las soluciones posibles era tener uno que sencillamente hubiera renunciado a luchar.

Ese deplorable terreno a medio camino había sido el dominio de Valorum durante demasiados años, hasta que senadores como Bail Antilles, Horox Ryyder, Palpatine y unos cuantos más se aliaron y solicitaron su ayuda para terminar con la corrupción o, al menos, limitarla. Muchos creían que la actual crisis con la Federación de Comercio serviría de campo de pruebas para lo que se avecinaba. Valorum esperaba poder pasar los últimos años en el cargo haciendo el bien a todos, sirviendo de verdad a la paz y la justicia.

Por eso debían acabar con el Frente de la Nebulosa.

Normalmente nunca se pedía a los Jedi que interviniesen en una disputa comercial. Pero el atentado contra la vida de Valorum había tenido poco que ver con el comercio y mucho con la preservación de la ley y el orden. Dado que los Jedi respondían ante el Canciller Supremo y el Departamento Judicial, bien podía solicitar su ayuda. En ese sentido, su intento de asesinato había sido como una bendición oculta.

En todo caso, Valorum no conseguía recordar ni una sola ocasión en la que ellos se hubieran negado a servirle. Pero había ocasiones en que su trato con ellos hacía que se sintiera como si tratase con un poder mucho mayor que el de los diversos consorcios comerciales o la misma República.

Eran diez mil, y su fuerza colectiva era tal que habrían podido gobernar la República con sólo desearlo, de no estar tan fuera de duda su dedicación a la paz. Aunque era una orden fundada por el gobierno de la República, había veces en que su ayuda parecía conllevar un precio no mencionado, produciéndole la sensación de que un día acudirían a él para reclamarle decuplicados todos los favores que le habían hecho. Aunque no conseguía imaginar qué podían llegar a solicitarte que sólo pudieran proporcionarles la República o él. Aunque los Jedi se movían por el mundo, también estaban al margen de él, viviendo en la Fuerza como si ésta fuera una realidad diferente.

A veces le parecía que los Jedi se comportaban como si la Fuerza gobernase el mundo, y que su papel como Jedi les exigía comportarse de manera que siempre perdurase un equilibrio entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad, pues si la balanza se inclinaba a un lado o a otro, eso abriría una puerta por la que entrarían las tinieblas, o haría que la luz cegara a todo el mundo hacia una verdad mayor.

Dos mil años antes, los Jedi se habían enfrentado a una terrible amenaza para la paz, personificada en los Señores Sith y su ejército de aprendices del Lado oscuro. Los Sith habían sido fundados por un Jedi caído y creían que el ser desposeído era poder malgastado. En lugar de justicia para todos, querían una autoridad única. Consideraban la agitación y el conflicto como algo mucho más crucial para la transformación de lo que podía serlo la comprensión gradual de las cosas.

Por fortuna, el poder oscuro no era algo que se controlase fácilmente, y los Sith acabaron por autodestruirse a lo largo de un millar de años.

Valorum oyó cómo los guardias se envaraban cuando la habitación se abrió dando paso a Sei Taria seguida por los dos Maestros Jedi, Mace Windu parecía llenar la sala, muy digno vistiendo una capa con capucha, una túnica bordeada de blanco y botas pardas hasta las rodillas. Pero era el pequeño y enigmático Yoda, vestido con ropajes bien conjuntados y menos entallados, el que acaparaba mayor espacio.

-Maestros Windu y Yoda -dijo Valorum con calidez-. Gracias por venir.

Yoda le miró por un momento y una ligera sonrisa asomó a sus labios.

-Recuperado está.

-Casi - dijo el Canciller tocándose el antebrazo bajo la capa-. Si el asesino hubiera sido mejor tirador...

Windu y Yoda intercambiaron una mirada significativa.

-¿En qué podemos serle los Jedi de utilidad, Canciller Supremo? -preguntó Windu.

Valorum le señaló las sillas.

-¿No desean sentarse?

Windu se sentó alto y erguido, posando los pies en el suelo. Yoda pensó en sentarse, pero después se desplazó al centro de la sala, golpeando el suelo con su bastón.

-En movimiento mejor pienso.

Valorum hizo salir a Sei Taria y a los dos guardias y se sentó ante Windu, en un lugar desde el que también pudiera ver a Yoda.

-Supongo que ya se habrán enterado de que han identificado a los asesinos como miembros del Frente de la Nebulosa -dijo, esperando a que Windu asintiera antes de continuar-. Los pocos que han conseguido escapar han sido rastreados hasta Asmeru, un mundo en los confines del sector Senex.

Valorum se inclinó hacia la mesa que lo separaba de Windu y activó un holoprojector. Un mapa estelar tomó forma en un cono de translúcida luz azul. Valorum señaló un racimo de sistemas estelares.

-Senex es un sector autónomo gobernado por un linaje de casas reales ferozmente autosuficientes. La República respetó la independencia de los mundos de Senex, y nunca ha sentido interés por interferir en sus asuntos, y menos desde mi reciente petición de que los mundos de la cercana Ruta Comercial de Rimma se unan para acabar con el terrorismo que asola su sector del espacio. Aun así, no podemos cruzarnos de brazos cuando esos asuntos acaban afectándonos aquí, en Coruscant.

Valorum apagó el holoprojector.

-Me he comunicado con los gobernantes de las casas Vandron y Elegin, que controlan Asmeru, así como con otros sistemas de esa parte del sector Senex. Niegan haber dado refugio al Frente e la Nebulosa. En su lugar, aseguran que los terroristas se han apoderado de Asmeru, quitándoselo a su escasa población indígena y que usan ese planeta como base de operaciones para sus incursiones contra las naves que recorren la Ruta Comercial de Rimma y la Línea del Comercio de Núcleollia. Las casas de Vandron y Elegin se limitaron a ignorar las actividades que tenían lugar en Asmeru para no convertirse en un blanco del Frente de la Nebulosa.

-Hasta ahora -interrumpió Windu.

Valorum asintió.

-Han aceptado ayudarnos en nuestros esfuerzos por contener al Frente de la Nebulosa en Asmeru hasta que concluya la Cumbre de Eriadu.

-Tratantes de esclavos son -comentó Yoda frunciendo el ceño-. Que los miembros del Frente de la Nebulosa no son mejores.

Valorum lo admitió con un suspiro de fatiga.

-Cierto. El esclavismo es lo que impidió que el sector Senex comerciase abiertamente con la República. Ha sido la posibilidad de iniciar relaciones comerciales lo que les ha inducido a ayudarnos.

Las cejas de Windu se arquearon.

-¿Qué ayuda nos ofrecen las casas de Senex.

-Apoyo logístico, Asmeru es de difícil aproximación debido a un foso gravitacional, por no hablar de las minas espaciales que ha puesto el Frente de la Nebulosa. La casa de Vandron se ha ofrecido a servir de guía.

-¿Desea que acompañemos a los cruceros del Departamento Judicial?

-Sí. Si ustedes consienten en ello, pediré la autorización del Senado. Pero dejen que antes me explique. Esta operación no está concebida para ser una demostración de fuerza, ni una represalia por lo que ha sucedido aquí. Propongo el envío de dos cruceros con treinta judiciales y los Jedi que consideren apropiado incluir.

“Por lo que sabemos, los responsables del atentado contra mi vida bien podrían ser miembros de alguna facción radical. Puede que el resto no sepa nada de mi intento de asesinato. No obstante, no quiero que interfieran en la Cumbre de Eriadu. También deseo saber qué es lo que esperaban conseguir con mi muerte. Si sus actos nacen del hecho de no haber sido incluidos en la Cumbre, quiero hacerles saber que estoy dispuesto a reunirme con ellos en cuanto desistan de sus ataques contra las naves de la Federación. Si no están dispuestos a iniciar una tregua, probablemente la Federación recibirá el visto bueno para aumentar su ya considerable arsenal de armas.”

Windu miró a Yoda antes de replicar.

-¿Y si rechazan nuestro intento de comunicar todo esto a quien esté al mando?

Valorum frunció el ceño.

-Entonces pediré a los Jedi que se ocupen de que nadie relacionado con el Frente de la Nebulosa salga de Asmeru. Deberán retenerlos allí hasta nueva orden.

-Podría estar enviando a los judiciales a una trampa -dijo Windu, frotándose la lisa barbilla.

-Tememos que correr ese riesgo -repuso el Canciller con voz severa, suavizando luego el tono para decir- Debemos intentar una negociación antes de recurrir a medidas más extremas.

Tras estas palabras paseó la mirada de Windu a Yoda, y otra vez a Windu. Yoda dejó de moverse para mirar a Valorum sin ninguna compasión. -Resuelto este conflicto también queremos ver. Windu entrecruzó los dedos y se inclinó hacia adelante en su silla.

-No se debería proporcionar más armamento a la Federación de Comercio. Defensivas o no, las armas no son la manera de resolver esto. Eso sólo puede conducir a una escalada armamentística.

-Estoy de acuerdo -dijo Valorum con tristeza-. Y ojalá fuera tan simple, pero la Federación de Comercio está muy arraigada en la política de la República.

-En guerra consigo mismo está -remarcó Yoda-. Atrapada en su propio conflicto.

Valorum negó con la cabeza, mortificado por el disgusto.

-Estos asuntos requieren una gran delicadeza, y efectuar acuerdos de un tipo que detesto hacer.

-Meditaremos sobre la ayuda que podríamos prestar en Asmeru -dijo Windu apretando los labios.

-Gracias, Maestro Windu -respondió el Canciller decepcionado-. También solicito que mediten sobre la posibilidad de ocuparse de la seguridad de la Cumbre de Eriadu. Me temo que nadie estará a salvo.

-Conferenciaremos, y de nuestra decisión le informaremos.

El *Halcón Murciélago* y un CloakShape modificado orbitaban la apagada Asmeru en atenuado concierto, unidos por anillos de atraque conectados por un rígido puente.

-A decir verdad, no esperaba volver a verlo -le decía Havac al capitán Cohl en el camarote delantero de la fragata.

-A decir verdad, yo tampoco -replicó Cohl con un resoplido. El socio de Havac, Cindar, miró abiertamente a su alrededor. — ¿Dónde está su primer oficial, capitán?

-Lo ha dejado.

-¿Y usted no se fue con ella? ¿Por qué no? -preguntó Havac, tras mirarlo fijamente.

-Eso es asunto mío.

Cindar no pudo contener una sonrisa.

-Acude a nosotros porque usted no ha podido resistirse a los créditos, mientras que ella sí.

Cohl negó con la cabeza antes de reírse con amargura.

-Lo que me ha hecho venir no son los créditos, sino la vida. ¿Cómo va a retirarse alguien como yo? ¿Qué sé yo de granjas? -se golpeó la pistola de rayos de la cadera-. Esto es lo que sé hacer. Esto es lo que soy.

-Entonces, estarlos más que encantados de tenerlo a bordo, capitán -repuso Havac, tras intercambiar una mirada satisfecha con Cindar.

Cohl plantó los codos en la mesa.

-Pues haga que me merezca la pena haber venido.

-Igual no se ha enterado, pero el canciller supremo Valorum piensa gravar con impuestos las zonas de libre comercio -dijo Havac, asintiendo-. Si la propuesta es aceptada por el Senado, la Federación de Comercio acabará viendo cómo gran parte de sus beneficios acaba en Coruscant. Algo que estaría muy bien si los neimoidianos supieran encajar el golpe, pero no sabrán hacerlo. Intentarán compensar los impuestos subiendo las costas de transporte. Y al no tener a nadie más con quien tratar, los sistemas fronterizos no tendrán más remedio que aceptar los precios de la Federación. Los mundos que se nieguen a aceptar las nuevas tarifas serán ignorados y sus mercados se colapsarán.

-La competencia será sanguinaria -añadió Cindar-. Y especialmente dura para los mundos desesperados por comerciar con el Núcleo. Habrá muchos créditos a ganar para todo el que quiera aprovecharse de la situación.

Cohl miró a la pareja y sonrió.

-¿Y qué tiene que ver eso conmigo? No puede importarme menos lo que le pase a cualquiera de los bandos.

-Ese desinterés es justo lo que necesita este trabajo, ya que nuestro objetivo es cambiar las reglas -repuso Havac entrecerrando los ojos. Cohl esperó a que continuara.

-Queremos que reúna a un grupo de combatientes, rastreadores y expertos en armas. Tendrán que ser muy buenos en su terreno y compartir su sentido de la imparcialidad. Pero no quiero emplear profesionales. No quiero arriesgarme a que ya estén sometidos a vigilancia, o a que sean los principales sospechosos una vez realizado el trabajo.

-Está buscando asesinos -dijo Cohl.

-No le pedimos que participe en la realización del trabajo -dijo Cindar-.

Sólo en la entrega. Por si quiere calmar su conciencia, considere a ese equipo como un envío de armamento.

Cohl frunció el labio superior.

-Ya les haré saber si mi conciencia necesita calmarse. ¿Quién es el objetivo?

-El canciller supremo Valorum -dijo Havac con cuidado.

-Quererlos atacar durante la Cumbre de Eriadu -elaboró Cindar. Cohl les miró con diversión.

-¿Éste es el gran trabajo que me prometieron?

-Su retiro garantizado, capitán -repuso Cindar abriendo las manos. -¿Quién le ha metido esa brillante idea en la cabeza, Havac? -comentó Cohl meneando la cabeza y riendo.

-Recibirnos ayuda de un poderoso agente externo que apoya a nuestra causa.

-El mismo que les contó lo del cargamento de aurodium. -Cuanto menos sepa, mejor-advirtió Cindar.

-Es información secreta, ¿eh? -dijo Cohl, volviendo a reírse. La frente de Havac se arrugó por la preocupación. -¿No cree que el trabajo pueda hacerse?

-Se puede matar a cualquiera -respondió Cohl encogiéndose de hombros. -¿Por qué duda entonces?

Cohl lanzó un bufido de desdén.

-Deben tomarme por un tratante de furbog. Que me hayan perseguido por toda la ruta Rimma y buena parte de este sector no significa que no esté atento a lo que está pasando. Intentaron matar a Valorum en Coruscant e hicieron mal el trabajo. Y ahora se dirigen a mí, que es lo que debieron hacer en primer lugar. Cindar devolvió la burla.

-Usted no estaba interesado antes, ¿recuerda? Quería retirarse a una granja de humedad en Tatooine.

-Además, no fallamos en nada -dijo Havac-. Queríamos asustar a Valorum para que invitara al Frente de la Nebulosa a la Cumbre de Eriadu. No picó el anzuelo, así que ahora acabaremos el trabajo en Eriadu.

-Pensamos arruinar su Cumbre de un modo que no olvidará nadie -repuso Cindar con una sonrisa malévola.

Cohl se rascó la barba.

-¿Para qué? ¿Para que Valorum no cargue un impuesto a las zonas de libre comercio? ¿En qué manera ayudará eso al Frente de la Nebulosa o a los sistemas fronterizos?

-Creía que no le interesaba la política -dijo Havac.

-Simple curiosidad.

-De acuerdo. Sin el impuesto, los mundos no tendrán que preocuparse por un aumento en los precios. Y nosotros seguiremos encargándonos a nuestro modo de la Federación de Comercio.

Cohl no estaba convencido.

-Va a crearse una gran cantidad de nuevos enemigos. Havac, y por lo poco que sé, entre ellos se incluyen los Jedi. Pero supongo que no me paga por pensar.

-Exacto -aclaró Cindar-. Deje que nosotros nos preocupemos de las repercusiones de lo que pase.

-Por mí vale, pero hablemos antes sobre Eriadu. La seguridad va a ser excesiva, después de lo de Coruscant. Sea lo que sea lo que intenten hacer, ya se las han arreglado para minarse su propio terreno.

-Más motivo aún para conseguir un buen equipo de expertos -admitió Havac.

-Necesitaré una nueva nave -dijo Cohl, poniendo las manos sobre la mesa-. El *Halcón Murciélago* es demasiado conocido.

-Hecho -prometió Cindar-. ¿Algo más?

Cohl lo meditó un momento.

-Supongo que no podrán hacer nada para quitarme a los Jedi de encima. -A decir verdad, capitán
-repuso Havac sonriente-, prácticamente puedo garantizarle que los Jedi están muy ocupados en otro sitio.

LOS SISTEMAS FRONTERIZOS

Capítulo 18

Los dos cruceros diplomáticos se acercaban al planeta marrón claro que era Asmeru, cuando la apagada luz del sol asomaba tras la curva de una pequeña luna. Una escolta de oscuros cazas Tikiar volaba delante, y a los flancos, de las naves carmesí corellianas, semejantes a aves de rapiña. Tras ellas, algo rezagadas y todavía a la sombra de la luna, volaban un par de colosales Dreadnought de acollmillada proa y elegantes aletas en la popa, erizados de armas y portando el estandarte real de la casa Vandron.

En el fondo estrellado acechaba una inmensa espiral de luz situada a varios años luz que se difuminaba a medida que giraba hacia un centro de negrura absoluta.

Qui-Gon contemplaba el cielo desde la cabina del segundo crucero. Obi-Wan estaba a su lado, mirando entre los asientos para conseguir una mejor visión. Los pilotos, un hombre y una mujer, vestían el ajustado uniforme azul del Departamento Judicial.

-Nos acercarnos al campo de minas -dijo la piloto, mientras sus manos hacían ajustes en los instrumentos.

Una serie de brillantes objetos cilíndricos llamó la atención de Qui-Gon.

-Podría haberlos confundido con asteroides -dijo el copiloto.

-Las cosas no son siempre lo que parecen -dijo Obi-Wan inclinándose hacia él.

Qui-Gon le dirigió una mirada desaprobadora.

-Recuerda eso cuando estemos en la superficie, padawan -dijo despacio.

El discípulo contuvo una réplica, asintió.

-Sí. Maestro.

La piloto produjo una visión ampliada de una de las minas.

-Se detonan a distancia -le dijo al Jedi por encima del hombro-. Seguramente desde naves centinelas o incluso desde el mismo planeta.

Qui-Gon meditaba sobre esto cuando una voz de mujer brotó de los altavoces de la cabina.

-*Prominencia*, aquí el *Eclíptica*. Nuestra escolta nos aconseja que pongamos los escudos deflectores y nos detengamos. Los escáneres de largo alcance indican la presencia de tres cazas al otro lado del campo de minas. Estamos muy seguros de que conocen nuestra presencia.

Qui-Gon tocó a su discípulo en el hombro.

-Es hora de reunirnos con los demás en la sala de vainas.

Salieron de la atestada cabina y recorrieron un estrecho pasillo que cruzaba el centro del puente de navegación, la sala de comunicaciones y la sala de la tripulación. El pasillo acababa en un turboascensor que los condujo a la cubierta Inferior. Una vez allí avanzaron hacia el vestíbulo de la sala de vainas, y entraron en la sala propiamente dicha.

Las vainas con forma de cono estaban situadas bajo la abrupta proa del crucero y detrás de la panoplia delantera de sensores, siendo todas iguales y capaces de proporcionar diferentes atmósferas. De darse una emergencia, podían ser expulsadas al exterior y servir como vehículos de escape. La sala tenía miradores a babor y a estribor, y una mesa circular con un holoproector en el centro.

-Estarnos ante el campo de minas -dijo Qui-Gon.

-Así es -dijo el Caballero Jedi Ki-Adi-Mundi desde el mirador de estribor. Tenía el cráneo liso y alargado y una mirada penetrante. Su barbilla lucía una larga barba gris, y de su labio superior pendía un bigote gris que hacía juego con las espesas cejas.

-Preocupado tu joven padawan parece, Qui-Gon -comentó Yaddle desde su asiento ante la mesa-. ¿Por el campo de minas, o por otra cosa es?

-Está en su habitual estado aprensivo -respondió Qui-Gon con una sonrisa-. Cuando está preocupado de verdad, se le nota porque echa humo por las orejas.

-Sí -dijo Yaddle-. Entrenarse le he visto. Y el humo también.

-No estoy preocupado, Maestros. Sólo pienso en lo que se avecina -dijo Obi-Wan con buen humor. Esperó a que su Maestro hiciera algún sabio comentario sobre la Fuerza viva, pero por una vez guardó silencio.

-Bien haces en el futuro pensar, padawan -repuso Yaddle-. Con ligereza los asuntos importantes trata, y con decisión los poco importantes. Enfrentarse a una crisis difícil es, y resolverla con ligereza, si uno resuelto no está, pues la incertidumbre tus esfuerzos bloquea. Cuando el momento llegue- a resolver las cosas con ligereza, por adelantado ayuda haberlas pensado. ¿No estás de acuerdo, Qui-Gon?

-Como digas, Maestro - repuso éste inclinando la cabeza.

Al otro lado de la mesa, en diagonal desde donde estaba Yaddle, se hallaba Saesee Tiin, que alzó a cabeza y sonrió como si leyera los pensamientos de Qui-Gon. A su lado, y tan corta de estatura como Yaddle, se encontraba Vergere, hembra fosh y antigua aprendiz de Thracia Cho Leem, que había abandonado la orden jedi varios años antes. El delgado torso de Vergere estaba cubierto por plumas de variados colores. Su rostro ligeramente cóncavo era de ojos rasgados, boca ancha y delicados bigotes, rematándose en finas orejas y un par de antenas. Se movía mediante unas piernas de articulación invertida y unos pies abovedados.

Junto a Vergere estaba Depa Billaba, con la cabeza cubierta por la capucha de la capa.

La voz del piloto del *Prominencia* chisporroteó en los altavoces de la vaina.

-Maestro Tiin, recibimos una transmisión de nuestra escolta.

Qui-Gon se acercó más a la mesa. Instantes después aparecía sobre el holoprojector la imagen de un humano aristocrático.

-Estimados miembros de la Orden Jedi -empezó diciendo el hombre- tengo el honor de darles la bienvenida al sector Senex, en nombre de Lord Crueya y Lady Theafa de la casa Vandron. Pedirlos disculpas por la larga ruta que nos hemos visto obligados a seguir, así como por las precauciones que nos hemos visto obligados a asumir, en vista de las actuales circunstancias. La combinación de la fuerza de las mareas cósmicas y de las armas orbitales resulta especialmente azarosa.

Esbozó una ligera sonrisa antes de continuar.

-En cualquier caso, confiarlos en que no juzgarán al sector Senex por lo que probablemente encontrarán en Asmeru. Es un planeta que antaño albergó grandes ciudades y grandes palacios, pero ambas cosas cayeron víctima de repentinos cambios climáticos. Su población está compuesta por esclavos ossanos, creados en el mundo Vandron de Karfeddion, pero expulsados a este planeta por defectos de un tipo u otro. Al haber sido criados para labores agrícolas, los esclavos se las arreglaron para sobrevivir por su cuenta, pero dudamos que los encuentren especialmente amistosos. Un problema al que seguramente se enfrentarían los miembros del Frente de la Nebulosa, pese a su superior armamento

-Encantador -dijo Depa, lo bastante alto como para que lo oyeran sus camaradas.

-Sentirlos no poder serles de mayor ayuda en estos momentos -añadió el humano-. Deseamos que, una vez resuelta la presente crisis, las casas de Senex y la República puedan reunirse para hablar sobre cuestiones de interés y beneficio mutuos.

La figura en miniatura desapareció, dejando a los siete Jedi intercambiando miradas de recelo.

-Y ni la mitad del campo de minas hemos atravesado -dijo Yaddle.

El comunicador volvió a llamar.

-Una transmisión desde Asmeru -anunció el piloto-. Las naves centinelas del Frente de la Nebulosa no presentan una amenaza clara, pero los cazas de la casa Vandron se han dispersado para mantenerse al margen de cualquier posible acción.

Qui-Gon vio por el mirador de babor cómo los esbeltos Tikiar se alejaban elegantemente del *Prominencia*. Cuando volvió la mirada a la mesa, en el cono de luz azul del holoprojector había un humanoide de piel correosa cuya boca estaba deformada por un rictus bárbaro. Llevaba el cráneo afeitado, a excepción de una trenza que le caía hasta los hombros. Qui-Gon pensó que era uno de los esclavos expulsados de Asmeru, hasta que habló.

-Cruceros de la República, identifíquense o les dispararemos.

Saese Tiin se situó ante la holocámara y habló por los Jedi, con la capucha bajada para mostrar su rostro tenso y brillante y los cuernos apuntando hacia abajo.

-Formamos una misión diplomática enviada por Coruscant.

-Esto no es espacio de la República. Jedi. Aquí no tenéis autoridad. -Reconocemos eso. Pero hemos llegado a un acuerdo con los gobernantes de este sector para que nos guiasen hasta Asmeru con el fin de entablar negociaciones con el Frente de la Nebulosa.

-El Frente de la Nebulosa tiene agravios pendientes con la Federación de Comercio, no con Coruscant -repuso el humanoide enseñando los dientes-. Y eso ya lo solucionaremos a nuestro modo. Y lo que es más, sabemos muy bien cómo negocian los Jedi.

-Entonces, deja que te proporcione un motivo para esto -dijo Tiin, inclinándose hacia el objetivo de la holocámara, cerrando aún más sus entrecerrados ojos-. Coruscant tiene agravios pendientes con el Frente de la Nebulosa desde que atentó contra la vida de un dignatario de la República.

El humanoide parpadeó con claro desconcierto.

-No entiendo lo que dices. Jedi. ¿Contra qué vida se ha atentado? -La del canciller supremo Valorum.

La preocupación inundó los toscos rasgos del humanoide.

-Vuestros rastreadores os han confundido. Ya he dicho que no tengo agravios con la República.

-La pista de los asesinos conduce a Asmeru -presionó Tiin.

-Quizá conduzca aquí, pero nosotros no sabemos nada de eso. -Propongo que alguien con mando suba a bordo a hablar con nosotros. -Debes tener fiebre espacial -se burló el humanoide. -¿Permitiréis entonces que bajemos a la superficie a hablar contigo? -¿Tenemos alguna elección al respecto?

-No, la verdad es que no.

-Eso me parecía. ¿Cuántos Jedi sois?

-Siete.

-¿Y cuantos judiciales?

-Puede que veinte.

El humanoide se volvió para discutir el asunto con alguien fuera de la imagen.

-Como gesto de buena voluntad, dejad uno de los cruceros en órbita con la mayor parte de la fuerza judicial -contestó por fin-. Dos de nuestros Cloakshapes guiarán al otro crucero hasta la superficie.

Tiin miró a Yaddle y después a Billaba; los dos asintieron. Se volvió hacia la holocámara.

-Esperaremos vuestra escolta.

-¿Hay aquí alguien que tenga confianza en cómo se va desarrollando esta situación? -preguntó Vergere mientras el crucero atravesaba la fina capa de nubes que apenas enmascaraba la cuarteada superficie de Asmeru. Como nadie respondió a su pregunta, la delicada y emplumada Jedi meneó su cabeza desproporcionadamente grande-. Lo que me temía.

Qui-Gon miró significativamente a su discípulo y los dos salieron de la sala de vainas rehaciendo el camino hasta la cabina. Para cuando llegaron, ya eran visibles los rasgos del paisaje: cordilleras montañosas de heladas cumbres, áridas mesetas, colinas escarpadas y de intrincada superficie, verdes campos que trepaban desde hilachos de agua negra.

-¿Qué debemos hacer en caso de haber problemas, Maestro? -preguntó Obi-Wan en voz queda.

La mirada de Qui-Gon no abandonó el mirador de la cabina.

-Cuando hay tormenta, uno intenta mantenerse seco buscando algún refugio, pero aun así siempre acaba mojado.

-Así que es mejor asumir por adelantado que uno acabará mojado.

Su Maestro asintió.

En el horizonte aparecieron las ruinas de una antigua ciudad excavada en la piedra. Monumentos monolíticos, plataformas rectangulares y altas pirámides que se recortaban contra el cielo como si fueran una cordillera. Bajo ellos había enormes formas geométricas y símbolos de animales tallados en un suelo perpetuamente sediento. La ciudad estaba cercada por muros de ciclópeos peñascos, amontonados para adquirir la forma de rayos.

Alrededor de las ruinas se extendía un laberinto de primitivas moradas construidas con barro y arcilla. En los sucios caminos se movían pequeñas figuras, algunas de ellas montando carretas y otras conduciendo manadas de animales de pelo largo grandes como banthas. Al norte, un gran lago salpicado de islas rocosas se extendía por el arrugado terreno como un charco de negrura líquida.

-Ésa es la zona de aterrizaje -dijo la piloto, dirigiendo la atención de Qui-Gon hacia una gran plaza en el centro de las ruinas, ancha como el brazo hangar de un carguero de la Federación de Comercio y el doble de larga.

Pirámides de lisas paredes bordeaban los cuatro lados de esa plaza lo bastante grande como para acomodar a toda una flotilla de cruceros.

-*Prominencia*, aquí el *Eclíptica* -dijo apresuradamente la misma voz de mujer por los altavoces de la cabina-. Nuestros escáneres detectan cinco naves no identificadas apareciendo por la cara oculta de Asmeru. Los Dreadnought y Tikiar de la casa Vandron abandonan la órbita del planeta.

-Es una trampa, Capitán -dijo Qui-Gon, mirando con severidad a la piloto-. Ordene a la *Eclíptica* que se aleje.

-*Eclíptica* -empezó a decir la piloto, cuando un largo estallido de estática brotó de los altavoces de la cabina. Cuando volvió a oírse la voz de mujer, sus palabras sonaron alarmadas.

-! *Prominencia*, están detonando las minas! ¡No podemos maniobrar! Las naves no identificadas se acercan. Son cuatro cazas estelares y una fragata de clase Tempestad.

Obi-Wan miro a su Maestro con ojos muy abiertos.

-¿El *Halcón Murciélago*?

-Pronto lo sabremos.

De los altavoces brotó un chirrido prolongado, al tiempo que el *Prominencia* se ponía a temblar de forma violenta.

-Nos remolcan -dijo asombrada la piloto, mientras forcejeaba con los controles ayudada por el copiloto.

Qui-Gon pegó el rostro al frío acero transparente del mirador. En la inclinada cara de una de las pirámides de la plaza había aparecido una abertura rectangular, mostrando la reveladora rejilla de un rayo tractor.

-Usan un sistema comercial -dijo Qui-Gon-. ¿Podemos librarnos de él?

Podemos intentarlo -repuso la piloto.

-También podemos acabar reventando los motores sublumínicos -se le ocurrió apuntar a Obi-Wan.

El copiloto abrió un canal de comunicaciones.

-Envío una señal urgente a Coruscant para alertarlos de nuestra situación. Bajo ellos el tejado plano de un edificio se abría como si fuera un telón, revelando el cañón de un arma elevándose a la vista.

-Un cañón de iones -dijo la piloto con los dientes apretados. Qui-Gon se agachó a su lado.

-Es evidente que esperaban nuestra visita, capitán.

Ella pivotó bruscamente hacia los controles del sistema eyector de las vainas de la sala.

-Maestro, dígame a sus camaradas que salgan de la sala de las vainas. Puede que aún haya una salida a esta situación.

Qui-Gon se volvió hacia el mirador. Una de las *CloakShape* de la escolta había alterado el rumbo para situarse ante el crucero. La zona de aterrizaje estaba justo delante de ellos, a apenas unos kilómetros de distancia.

-Hay una salida, capitán. Pero no la que tiene en mente.

-Haga lo que le digo -repuso ella cortante.

Qui-Gon titubeó antes de inclinarse hacia el micrófono del intercomunicador.

-Maestro Tiin, evacúen de inmediato la sala de las vainas.

-¿Por qué, Qui-Gon?

-No hay tiempo para explicarlo. Daos prisa.

La piloto esperó a que se le confirmara que habían evacuado la sala de vainas para después activar las cargas separadoras de las vainas. La proa del crucero se elevó cuando los magnocierres situados bajo la cabina saltaron, y la sala de vainas se separó del fuselaje.

Casi inmune a los efectos del rayo tractor debido a su pequeño tamaño, la sala de vainas se dirigió hacia el crucero, con las toberas encendidas y el rumbo dictado por la capitana del *Prominencia*.

El piloto del caza *CloakShape* ni se dio cuenta de lo que le golpeaba.

Golpeado con fuerza en la cola, el caza se inclinó hacia adelante antes de escorarse violentamente hacia un costado. El piloto intentó corregir la inclinación, pero los repulsores del motor habían quedado gravemente dañados y la pequeña nave estaba sin control. Se inclinó hacia su estabilizador derecho, emitió intermitentes bocanadas de humo blanco y un chorro de fluidos viscosos, e inició una barrena de sacacorchos hacia la plaza central de la ciudad.

La piloto se inclinó hacia adelante para seguir el camino del caza, con la mano derecha cerrada con fuerza.

-No te desvíes del blanco -urgía al caza-. No te desvíes...

El CloakShape se estrelló de morro contra la cara de la pirámide que albergaba al rayo tractor y explotó en mil pedazos. La rejilla tractora, casi acertada en el impacto, mantuvo el rayo por cortos instantes, antes de que las chispas recorrieran el perímetro invisible de su campo deflector.

-¡Es todo lo que necesitamos! -dijo la piloto.

Dio plena energía a la tobera triple, y el crucero iniciaba ya su ascenso cuando se detuvo bruscamente, liberándose a continuación, pero sólo para volver a quedarse inmóvil.

-Lo ha dañado pero no ha acabado con él, capitán -dijo Qui-Gon.

Los redoblados esfuerzos de la piloto para liberar el crucero sólo consiguieron desviarlo en un mareante giro horizontal. Todavía medio atrapado en el dañado rayo tractor, el *Prominencia* se volcó bruscamente a estribor, sobrevolando la plaza y dirigiéndose hacia la pirámide situada en el norte. Qui-Gon estaba seguro de que iban a estrellarse de lleno contra el edificio, pero el crucero se elevó en el último momento. Aun así, la cola chocó con la plataforma superior de la pirámide, quedándose sin las toberas central y de estribor.

En ese mismo instante fue cuando el cañón de iones abrió fuego.

La energía brotó de los cañones alternativos del arma, haciendo blanco en el vientre de la nave. Las cargas saltaron por todo el escudo deflector, dividiéndose como relámpagos, envolviendo la nave en una centelleante red de luz azul.

Todos los sistemas de a bordo dejaron de funcionar.

El silencio reinó por una fracción de segundo, antes de que la energía volviera de forma esporádica. El crucero inició un descenso rápido y diagonal, sostenido por el único motor que le quedaba.

Debajo se extendía el lago negro, radiante a la luz del sol vespertino.

-Y yo que creí que sólo hablabas de forma figurativa cuando dijiste que acabaríamos por mojarnos. Maestro -dijo Obi-Wan mientras buscaba algo a lo que agarrarse.

Capítulo 19

El *Prominencia* rozó la superficie del lago antes de darse una panzada contra el agua e hidroplanear hacia el centro. El crucero iba en un rumbo de colisión con una de las islas rocosas hasta que se le hundió la proa y el agua le quitó todo el impulso. Se detuvo traqueteante en las turbulentas aguas, para inclinarse hacia el dañado flanco y empezar a hundirse lentamente.

Para entonces, tanto los siete Jedi como los pocos judiciales de a bordo ya se habían reunido ante la escotilla de estribor. Tras eyectar la puerta, se metieron en las frías aguas y nadaron hacia la cercana isla, la cual se alzaba hasta una altura de unos cien metros como un amasijo de peñascos alisados por el viento y el agua.

Qui-Gon fue el primero en llegar a la costa, propulsándose hasta terreno seco y cayendo en una estrecha playa rocosa. Las olas creadas por el crucero al hundirse rompieron contra sus tobillos. Se escurrió con las manos el agua de barba y cabellos, y vació las botas. Se apartó la empapada túnica del pecho y se puso la capa que había mantenido sobre las aguas mientras nadaba. Cogió el sable láser y activó la hoja, agitándola ante él. Una vez comprobó que el arma no estaba dañada, la apagó y la devolvió a su gancho en el cinturón de cuero.

Respiró profundamente, pero no consiguió llenar los pulmones de oxígeno. El aire a esa altitud era escaso, y el cielo era un cuenco invertido de un profundo azul que parecía apoyarse en los hombros blanco hielo de las cordilleras montañosas que se vislumbraban en la lejanía. El sol de Asmeru era una enorme mancha roja en el horizonte occidental. La temperatura descendía con rapidez y estaría por debajo del punto de congelación para cuando anocheciera.

Al sur, el cielo estaba listado por las estelas de vapor de las naves que entraban en la gravedad del planeta en dirección a la zona de aterrizaje. Qui-Gon se preguntó por un momento cuál de ellas sería el *Halcón Murciélago*.

Le dio la espalda al lago y dejó que su mirada vagase por las rocas sin vida.

Formada más por la mano del hombre que por la naturaleza, la isla era en sí misma una pirámide coronada por ruinas de antiguos edificios.

Jedi y judiciales empezaban a salir del lago a ambos lados de Qui-Gon, retrasados por las túnicas y los uniformes empapados en agua. Obi-Wan siguió el ejemplo de su Maestro y saltó desde el agua para aterrizar sobre una de las rocas pequeñas. Vergere flotó como un ave acuática hasta llegar a la rocosa playa, usando entonces sus poderosas piernas de articulaciones invertidas para catapultarse hasta la costa. Las grandes manos de Saesee Tiin cortaban las aguas como aletas de foca. Yaddle iba sobre los anchos hombros de Ki-Adi-Mundi, aferrándose a la elevada cabeza con sus cortos brazos, del moño de cabello castaño dorado pegado al verde cráneo. Cerca de ellos. Depa Billaba saltaba con elegancia a la playa, como si saliera de tomar un baño caliente.

A trescientos metros de distancia, aún era visible sobre las aguas el casco dorsal del *Prominencia*. Gigantescas burbujas de aire rompían la superficie del agua, reventando sonoramente.

Todos estaban algo aturdidos. La piloto del crucero tenía un brazo roto y era el herido de mayor gravedad. Se dirigió hacia Qui-Gon con gesto claramente dolorido, llegando hasta él sin aliento.

-Pensé que conseguiríamos librarnos -dijo ella, a modo de disculpa. -No condenes aun tus actos. Nada pasa por casualidad. La piloto asintió y miro a Saesee Tiin.

-¿Ha sido la casa Vandron quien nos ha traicionado?

El iktotchi cruzó los brazos sobre su amplio pecho.

-Eso tiene poca importancia en nuestra actual situación -respondió, mirando luego a Yaddle-. La cuestión es qué haremos ahora.

-Respuesta inmediata esa pregunta exige -contestó la pequeña Jedi- pues compañía vamos a tener.

Qui-Gon siguió su mirada. Varias naves se acercaban hacia ellos desde la costa sur.

Obi-Wan buscó su sable láser, pero su Maestro lo contuvo con una mirada.

-Siempre hay tiempo para eso. En este momento lo que necesitamos es conocer el terreno en que nos movemos.

-En una isla, en medio de un lago, con enemigos acercándose, Maestro -respondió el discípulo, mirando a su alrededor.

-“No fuiste tú quien dijo que las cosas no son siempre lo que parecen” -Acepto la corrección.

-Aun así, no tiene sentido ofrecer un blanco fácil -añadió el Jedi, tocando al joven en el hombro y moviendo la barbilla en dirección a los demás.

Los Jedi recurrieron a la Fuerza y saltaron y rebotaron sobre los peñascos llevando consigo a los judiciales. Desde un lugar más elevado tendrían una mejor visión de lo que se les avecinaba. Las barcas estaban movidas por repulsores y eran tan horrendamente extravagantes como las naves espaciales de la casa Vandron. Algunas tenían cráneos y volcadas cajas torácicas de ballenas cazadoras, otros elaborados mascarones de proa con horrendos rostros tallados.

Todas estaban equipadas con cañones láser de repetición.

La bestial flotilla se detuvo delante de la isla y sus armas apuntaron a la costa. Cada barca estaba tripulada por una mezcla de humanos, weequay, rodianos, bith, sullustanos y otras muchas especies, la mayoría vistiendo pesados ropajes, guantes y cascos que les cubrían bocas y narices.

En la proa de la nave principal, un humano alto apartó la bufanda de colores que le ocultaba la parte interior del rostro y se llevó las manos a la boca.

-Por si sirve de algo, Jedi, teníamos planeado proporcionaros una bienvenida mucho más cálida y seca.

Saesee Tiin, Ki-Adi-Mundi y Qui-Gon se mostraron.

-La misma cálida bienvenida que brindasteis a nuestro otro crucero -dijo Tiin.

El humano hizo que la barca se moviera hasta situarse delante del Jedi.

-Vuestro otro crucero chocó con las minas cuando intentaba huir y fue destruido. No teníamos intenciones de disparar contra él.

-¿Cuáles son vuestras intenciones? -preguntó Ki-Adi-Mundi.

-La primera es declarar que nos entristece ver a los Jedi apoyando a la Federación de Comercio y oponiéndose al libre comercio en los sistemas fronterizos. -No apoyarlos a nadie -dijo Tiin ásperamente-. Nuestro único objetivo es solventar esta crisis antes de que degeneren en una guerra abierta. Algo que también es la intención del canciller supremo Valorum, que no es vuestro enemigo en este asunto.

-No tenemos nada que ver con ese intento de asesinato -gritó alguien en otro bote.

El portavoz de los terroristas se volvió furioso hacia la barca de la que había salido esa voz, recuperando luego la compostura.

-Si Valorum no es nuestro enemigo, ¿por qué ha excluido al Frente de la Nebulosa de la Cumbre de Eriadu?

-Él mismo os lo explicará si aceptáis reuniros con él.

-No basta con eso -dijo el humano, negando con la cabeza-. La conferencia unirá a la Federación de Comercio y al Gremio de Comerciantes. Exigimos que Valorum cancele la Cumbre.

-¿Por eso hacéis esto? -preguntó Qui-Gon, haciendo un amplio gesto-. ¿Pretendéis cogernos como rehenes mientras planteáis vuestras exigencias?

-¿Qué Posibilidades habría de que Valorum nos escuchase sino hubiéramos hecho esto antes, Jedi? -exclamó el humano abriendo sus enguantadas manos-.

-¿Y si el Canciller Supremo se niega a escucharos ahora? -respondió Tiin.

-Entonces la sangre de quien muera aquí manchará las manos de Valorum -dijo el hombre tras una larga pausa-. Aquí somos todos conscientes de vuestras habilidades. Aún no estamos lo bastante desesperados como para intentar capturaros de forma violenta. Sabemos que probablemente podéis sobrevivir en este montón de rocas todo el tiempo que deseéis, incluso careciendo de comida y agua adecuados. Pero eso también nos parece bien. Por ahora, lo único que importa es que estéis aislados aquí. No obstante, tenemos la esperanza de que recuperaréis la cordura y permitiréis que os metamos en una cárcel, más adecuada que aquello a lo que estéis acostumbrados.

La noche transcurrió con lentitud.

Los Jedi se calentaron empleando la Fuerza y se agruparon en el suelo de piedra del templo en ruinas que había en la cima de la isla, con los judiciales apretándose en medio de ellos. Palos de luz les proporcionaban iluminación cuando la necesitaban, y las tabletas de comida un poco de sustento. Pero carecían de agua, no pudiendo utilizar la del lago por su peligrosa concentración de sal.

Vergere encogió las piernas bajo ella y se sentó como si empollase algo. Yaddle se envolvió en sus delicadas ropas y se sumió fácilmente en un trance. Qui-Gon, Obi-Wan, Depa Billaba, Ki-Adi-Mundi y Saesee Tiin se turnaron para hacer guardia.

La Fuerza era mucha en la isla, pues pese a carecer ésta de vida, aún perduraba en ella la presencia de los antiguos que habían residido en ella.

El alba entraba por las ventanas trapezoidales de los muros del templo, proyectando largas sombras rojizas en la sala donde se hallaban. Cuando todo el mundo estuvo despierto. Yaddle y Depa Billaba fueron directamente al grano.

-Coruscant debe estar ya al tanto de nuestra situación -dijo Billaba-Estoy seguro de que el Canciller Supremo no retrasará la Cumbre de Eriadu. Pero quizá se vea forzado a enviar más judiciales a Asmeru.

-Esto un conflicto garantiza -dijo Yaddle-. El *Eclíptica* perdido está, con todos los de a bordo, seguramente. Y ahora, más muertes se avecinan. Mejor forma de resolver esto hay.

No era la primera vez en sus 476 años de vida que la pequeña Jedi se veía prisionera. Decía la leyenda que había ascendido al rango de Maestro tras pasar más de cien años en una prisión subterránea de Koba.

-El Frente de la Nebulosa no puede aspirar a ganar nada reteniéndonos aquí -dijo Qui-Gon con evidente sospecha-. Deben saber que antes de estrellarnos pudimos comunicarnos con Coruscant.

-Quizá ellos no lo vean así -sugirió Ki-Adi-Mundi-. Puede que no hayan considerado ese tipo de estrategia.

-Yo creo que sí la han considerado -repuso Qui-Gon mirándolo fijamente-. Ya la de visto antes en acción.

-Todo te explicará Cohl cuando por fin con él te encuentres -dijo Yaddle-. Hasta ese momento, decidir si luchamos o cedemos, debemos.

Las esbeltas orejas de Vergere se irguieron. Clavó en Qui-Gon una mirada inquisitiva, antes de clavar sus oblicuos ojos en el umbral sin puertas que conducía a la sala contigua del templo. Qui-Gon escuchó atentamente por un momento, levantándose luego junto con Ki-Adi-Mundi para desplazarse en silencio a los laterales de la abertura.

Yaddle, Depa y Vergere reanudaron la conversación como si no pasara nada anormal. De pronto. Qui-Gon y Ki-Adi-Mundi alargaron el brazo hacia el umbral, sacando a la escasa luz del sol a un humanoide que parecía haber salido del mismo suelo. La gruesa piel del ser, fuera macho o hembra, era resistente al viento, la nieve y la radiación solar de las grandes alturas. Sus cuatro manos y sus pies desnudos estaban configurados para cavar, y su espalda diseñada para transportar grandes cargas. Unos ojos capaces de ver en la oscuridad destacaban en un rostro apenas insinuado, carente de nariz y orejas, y con una boca apenas apropiada para el habla.

Levantado por los dos Jedi, el bípodo empezó a balbucear nerviosamente en una lengua desconocida.

Depa se puso en pie.

-Habla la lengua de los comerciantes de las casas del sector Senex.

-Uno de los supuestos fracasos en bioingeniería es -asintió Yaddle.

El esclavo continuó hablando con la mirada fija en Depa.

Ella le escuchó, le sonrió luego con amabilidad y le tocó en el hombro.

-Parece que hay otra alternativa que no habíamos considerado. Dice que nos ofrece ayuda para escapar.

-¿De qué manera? -preguntó Qui-Gon al esclavo.

-Tomando el mismo camino que ha tomado él para llegar a nosotros -tradujo Depa.

El esclavo se movió hacia la sala contigua. Qui-Gon y Obi-Wan encendieron dos palos de luz y atravesaron el umbral. En la pared del fondo había entreabierta una puerta de piedra de un metro de grosor.

-¿Este lugar durante la noche no explorasteis? -preguntó Yaddle detrás de ellos.

-Así lo hicimos. Maestro -dijo Obi-Wan.

-Descuidados sois -replicó ella meneando la cabeza.

El esclavo le dijo algo a Depa.

-Dice que este templo se comunica con la ciudad por medio de túneles subterráneos. Algunos de esos túneles llevan a los edificios que rodean a la Plaza Principal. Parece ser que la plaza no suele estar muy vigilada, y cree que Podremos apoderarnos fácilmente de los cazas estacionados en ella.

-Hacer eso pretendemos, desde luego -repuso Yaddle estrechando los ojos-. Menos segura estoy de nuestras posibilidades para Asmeru dejar. Tiin asintió con resolución.

-Pospongamos cualquier decisión hasta que se nos presente esa opción.

Cruzaron la puerta oculta en fila de a uno y entraron en un pasillo frío y húmedo. Al principio de un tramo de escaleras descendente se encontraron con otros dos esclavos, casi idénticos al primero. Un humo aceitoso y amargo se alzaba de sus antorchas.

El ancho túnel al que daban las escaleras estaba construido sin cemento, pero con piedras cortadas con tal precisión que encajaban unas con otras, estando algunas de ellas curvadas para formar columnas abovedadas. Los temblores de tierra habían dañado la obra de los antiguos habitantes del planeta y el agua del lago se filtraba por las antaño sólidas junturas, encharcando el suelo de piedra. Había lugares donde los muros estaban completamente cubiertos de sal.

Depa siguió conversando con el esclavo mientras iniciaron el descenso bajo el lago.

-Cuando el Frente de la Nebulosa llegó a Asmeru, pidió refugio a los esclavos sin exigirles nada -explicó ella-. Pero los que llegaron después, los miembros que éste llama "los soldados", obligaron a los esclavos a entregarles sus casas y a proporcionarles comida. Los soldados son tan crueles

como los Señores de Senex, y suelen enfrentarse a menudo con los miembros menos violentos del Frente por la forma en que deben hacerse las cosas. Por fortuna, en este momento en el planeta hay pocos soldados con mando.

-Pocos soldados -le dijo Qui-Gon a Obi-Wan-. Qué raro.

-¿Por qué lo dices. Maestro'?

-¿Dónde están ellos, mientras nosotros estamos aquí?

El túnel empezó a ascender y el goteo cesó, indicando que habían llegado a tierra firme. Del túnel principal partían túneles más pequeños en todas direcciones, habiendo claras señales de que esos pasajes se utilizaban de forma regular para desplazarse por la antigua ciudad. En las paredes se habían colocado improvisados candelabros, y el borde de las piedras en las intersecciones de los túneles estaba pulido y lustroso por la caricia de incontables manos.

-Estamos cerca de la plataforma de aterrizaje -anunció Depa en voz baja.

El túnel central desembocó en una gran caverna rectangular, con escaleras ascendentes en el centro de cada pared. Depa señaló la más cercana.

-Esto nos conducirá a la pirámide del norte. Los cazas están aparcados cerca del edificio donde está el generador del rayo tractor. -Es una buena distancia a cruzar -dijo Qui-Gon.

La mayoría de los guardias están acuartelados en la pirámide del rayo tractor. Encontraremos resistencia.

El esclavo los condujo escaleras arriba y los guió a través de una serie de pequeñas salas hasta llegar a una enorme salida que daba a la plaza. Desde allí podían verse los CloakShape aparcados junto al *Halcón Murciélago* en un trío de plataformas de aterrizaje.

A media distancia, unos guardias arriadas intercambiaban comentarios en básico.

Qui-Gon y Obi-Wan dejaron atrás a los esclavos y encabezaron el grupo que entró en la plaza, en su mayoría cubierta por las sombras de la mañana. Apenas estaban a medio camino del caza más cercano cuando una voz les llamó.

-Me alegra ver que han decidido unirse a nosotros.

Siete sables láser se encendieron a la vez, cuando los Jedi formaron un círculo protector, situándose las hojas de energía en posición para rechazar disparos. Los judiciales estaban agazapados en el centro del círculo con las pistolas desenfundadas.

El humano que les había hablado desde la barca se asomó al balcón del edificio palaciego que dominaba la plaza. Entonces, por todos los lados de la plaza aparecieron soldados del Frente de la Nebulosa, apuntándolos con todo tipo de armas láser. Tras los terroristas había un público de esclavos curiosos pero precavidos.

-Vuelven a traicionarnos -dijo Ki-Adi-Mundi.

Depa volvió la mirada hacia la puerta de la pirámide. Los tres esclavos temblaban de miedo y estaban siendo empujados hacia adelante por dos terroristas armados.

-Sólo por nuestra predecibilidad -repuso.

-Es algo que no dejo de pensar desde Dorvalla, pádawan -dijo Qui-Gon mirando a su discípulo-. Aquí sucede algo más al margen de lo que salemos.

El portavoz de los terroristas bajó hasta la plaza por una escalera exterior, donde se le unió un segundo miembro, un bith.

Obi-Wan miró un momento a Qui-Gon.

-Maestro, ¿no es ése...?

-Calla, pádawan.

El humano y el bith se detuvieron a cierta distancia del ominoso círculo que habían formado los Jedi.

-Aquí has dos decisiones posibles -empezó a decir el humano-. Por supuesto, podemos luchar. Y, seguramente, al final los vencedores no serenos nosotros. Pero en el proceso morirán algunos de vosotros, y los que no mueran tendrán que matarnos a todos. O bien... -hizo una pausa- podemos bajar todos las armas.

Qui-Gon miró a Yaddle y a Tiin, que asintieron lacónicamente y desactivaron los sables láser. Los terroristas, por su parte, empezaron a enfundar sus pistolas a una señal de su portavoz. Los demás Jedi les imitaron desactivando sus armas, pero manteniéndolas preparadas.

-Me alegra ver que podemos llegar a un entendimiento -dijo el humano con lo que parecía auténtico alivio.

La mirada de Qui-Gon recorrió a los terroristas que tenía delante.

-¿Dónde está el capitán Cohl? -preguntó un momento después. La pregunta pilló desprevenido al humano.

-Ah, por supuesto -replicó un instante después-. Ha reconocido su nave.

-¿Dónde está?

-Siento informarle de que el capitán Cohl ya no está con nosotros- respondió el humano negando con la cabeza-. Creo que se ha retirado. Pero, volviendo al asunto que nos ocupa, ¿tenemos una tregua?

-Al menos una temporal -adelantó Tiin con precaución.

-Antes debo resolver un asunto pendiente -dijo el terrorista, volviéndose después hacia los soldados que habían conducido a la plaza a los tres esclavos.

Las pistolas láser se dispararon sin previo aviso y los esclavos cayeron a tierra. Depa se separó del círculo y corrió hacia ellos, poniendo una rodilla en tierra al inclinarse hacia el esclavo que los había guiado fuera de la pirámide. Toccó el cuello del esclavo, para mirar luego a Yaddle y menear la cabeza con gesto dolorido.

-Eso es lo que le pasa a los traidores -le gritaba el humano a los esclavos congregados alrededor de la plaza.

Qui-Gon intercambió una breve mirada con Yaddle y Tiin. Siete sables láser volvieron a encenderse. -Anulamos la tregua -anunció Tiin.

Capítulo 20

El Holograma mostraba a un crucero diplomático intentando maniobrar por un campo de minas espaciales con aspecto de asteroides, rozando primero una y después otra, perdiendo parte del casco en cada encuentro, para desvanecerse final mente en una breve tempestad de rugiente fuego.

-Eso era el *Eclíptica* -le explicaba Valorum a los senadores Bail Antilles, Horox Ryyder y Palpatine, en su despacho en el Edificio Ejecutivo de la República-. Estas imágenes fueron transmitidas a Coruscant por el *Famulus*, una de las naves de la casa Vandron que servía de escolta a nuestra misión diplomática en el sector Senex. Los veinte judiciales que iban a bordo están presuntamente muertos.

Valorum apagó el holoprojector y se sentó.

-¿Ha habido más noticias del *Prominencia*? -preguntó Antilles.

Valorum negó con la cabeza.

-Sólo sabemos que los siete Jedi y los cinco judiciales que iban a bordo sobrevivieron al choque. En estos momentos deben estar cautivos.

-¿Hay alguna evidencia que implique a la casa Vandron en lo sucedido? -preguntó el senador Ryyder.

Era excepcionalmente alto incluso para ser un anx. Y su larga cabeza barbuda se alzaba de su curvado cuello cono si fuera una montaña. Tenía la piel amarillo verdoso y dedos largos y ahusados. Solía vestir brillantes túnicas rojas de cuello redondo.

-Ninguna evidencia que sepamos -dijo Valorum-. Lord Crueya sostiene que se ordenó a los comandantes de sus naves que evitaran cualquier posible enfrentamiento, pasara lo que pasara.

-Eso no me lo creo ni por un momento -dijo Antilles.

Valorum lanzó un resoplido.

-Yo tampoco sé si creérmelo o no. El Maestro Yoda tenía razón en lo referente a los gobernantes de Senex. No son mejores que los terroristas del Frente de la Nebulosa.

-¿Ha llamado ya el Frente comunicando sus exigencias? -preguntó Palpatine.

-Aún no. Pero creo saber cuáles serán: que se deshaga la Federación de Comercio, o que la República garantice tarifas reducidas para los sistemas fronterizos. No pienso aceptar ninguna de ellas, pero intentaré posponer la Cumbre hasta que se solucione esta crisis.

-Discrepo respetuosamente de eso -dijo Palpatine-. Estoy seguro de que eso es precisamente lo que busca el Frente de la Nebulosa.

-Podrían tener a los supervivientes de rehenes, senador. Y yo soy el responsable de enviarlos a ese peligro -repuso Valorum con el ceño fruncido.

-Más razón aún para mantenerse firmes -insistió Palpatine mirando a su alrededor-. Canciller Supremo, creo que este momento es el ideal para demostrar hasta dónde llega la autoridad de la República y así asegurarnos de que el Senado aprobará el impuesto a las rutas comerciales. Y lo que es más, puede que una vez eliminado el Frente de la Nebulosa, la Federación de Comercio esté más dispuesta a aceptar los impuestos.

-¿Acaso necesito recordarle que el sector Senex no está en espacio de la República? El envío de nuevas fuerzas a Asmeru sería una violación de la soberanía de Senex. El Senado nunca daría permiso para una acción así.

Palpatine conservó la calma.

-Vuelvo a discrepar. El Senado lo permitirá porque los intereses de la República están en juego. -Miró hacia Antilles y Ryyder-. Supongamos por un momento que los Jedi han fracasado en su misión diplomática. Eso implica que el Frente de la Nebulosa es libre para sabotear la Cumbre de Eriadu y llevar así el actual conflicto al Gremio de Comerciantes y a la Alianza Corporativa. Canciller, usted mismo ha dicho que la Cumbre debe celebrarse pase lo que pase. Ése fue el principal motivo para enviar a los Jedi a Asmeru.

-Sí -admitió Valorum-. Tiene razón.

-¿Y qué pasa con las casas de Senex? -preguntó Ryyder a Palpatine.

-Respaldarán cualquier acción que emprendamos, aunque sólo sea por la posibilidad de que rescindamos las restricciones que les impiden comerciar directamente con la República.

Valorum meditó un momento las palabras de Palpatine, negando luego con la cabeza.

-Incluso en el supuesto de conseguir el respaldo del Senado, cualquier exhibición de fuerza en Asmeru podría inducir al Frente de la Nebulosa a matar a sus rehenes.

-Canciller, esos rehenes son Caballeros Jedi -repuso Palpatine con una sonrisa tolerante.

-Hasta los Jedi pueden morir -intervino Antilles.

-Entonces, quizá debamos dejar que sea el Sumo Consejo Jedi quien decida cuál es el mejor rumbo a seguir.

Valorum se pellizcó las bolsas que tenía bajo los ojos.

-Estoy de acuerdo. Me ocuparé personalmente de ello.

El fino aire de la meseta se llenó del siseo de los rayos láser, del zumbido de los sables láser y de las detonaciones de luz artificial.

Qui-Gon, Obi-Wan y Ki-Adi-Mundi luchaban espalda con espalda, desviando los disparos de los terroristas que entraban en la plaza. Las hojas verde, azul y púrpura de sus respectivos sables láser se movían más deprisa de lo que el ojo podía ver, brillando con fogonazos como novae a medida que desviaban los disparos contra los antiguos muros de piedra o los hacían rebotar en las inclinadas caras de las pirámides.

En otro lugar, muy erguida sobre sus alargadas piernas, Vergere lideraba una carga escalera arriba hacia la estructura adyacente, alzando la brillante hoja esmeralda sobre la inclinada cabeza. Dos de los judiciales seguían sus largas zancadas, disparando sus armas mientras corrían.

No lejos de allí. Saesee Tiin guiaba a otra pareja de judiciales en un asalto contra una docena de terroristas atrincherados entre dos de las pirámides, y su hoja era un borrón azul cobalto que desviaba los disparos para hacer saltar las armas de las manos de sus propietarios.

Yaddle y Depa permanecieron junto a la herida capitán de crucero, en la entrada de la pirámide norte. Estaban inmovilizados por la lluvia de disparos provenientes de la cima del búnker en donde se encontraba el cañón de iones, y agitaban y giraban los sables láser, repeliendo las descargas como si fuera una enloquecida competición deportiva.

La mayoría de los esclavos se había dispersado a raíz de los primeros disparos posteriores a la brutal ejecución de los tres compañeros que ayudaron a los Jedi. Pero algunos de los bípedos biocreados estaban siendo usados como escudos vivientes.

Qui-Gon, Obi-Wan y Ki-Adi-Mundi empezaron a internarse en la plaza con la intención de llegar hasta los aparcados cazas CloakShape, o quizá hasta la fragata, antes de que algún terrorista pudiera llegar a ellos.

Qui-Gon avanzó con decisión, apenas consciente del zumbido de su hoja, o de la caótica lluvia de disparos láser. Su mente se acomodaba a todos y cada uno de los actos de sus adversarios, girando a

derecha, izquierda o donde fuera necesario. No se demoraba en ningún lugar o dirección concretos, concentrándose en lo que tenía delante, dejando atrás el pasado como si fuera la estela de una barca al atracar.

Se mantenía sutil e imperceptible, invisible en su distanciamiento, sin demorarse en observaciones, o aferrarse a pensamientos de lo que podía haber hecho o dejado de hacer.

Los terroristas caían a su paso, heridos por los disparos que desviaba con su sable láser, pero aún no se había enfrentado a ninguno cara a cara. Y todo indicaba que no llegaría a hacerlo, pues se estaban retirando con rapidez hacia los cazas.

-Si los hacen despegar, estaremos en un verdadero aprieto -le dijo a Obi-Wan en un momento de paz.

Un nuevo sonido rasgó el gélido aire, y dos de las barcas con repulsores que los Jedi habían visto en el lago asomaron por el cortante borde de la pirámide sur.

Los cañones gemelos de los vehículos escupieron disparos contra la plaza, carbonizando las piedras talladas ahí donde impactaban. Qui-Gon y Obi-Wan saltaron al unísono buscando abrigo, mientras Ki-Adi-Mundi bloqueaba una sucesión de disparos que estuvo a punto de hacerle girar sobre sí mismo.

Las barcas efectuaron una segunda pasada, disparando salvajemente.

El trío de los Jedi se vio forzado a retroceder, momentáneamente abrumado. Qui-Gon se dio cuenta de que los grupos de Vergere y Tiin también estaban siendo rechazados escaleras abajo y en dirección a la plaza. La primera en llegar fue Vergere, que dirigió a los judiciales en dirección al refugio de la pirámide norte, pero sólo uno de ellos consiguió llegar. El otro fue derribado por los disparos de una torre cercana.

Los dos judiciales que habían combatido junto a Tiin estaban heridos. El iktotchi cargaba con uno de ellos bajo el brazo izquierdo, mientras seguía desviando disparos con el sable láser que enarbolaba en la mano derecha. El otro judicial se tambaleaba hacia atrás, cubriendo su retirada en medio de una tormenta de fuego proveniente de los cañones de las barcas.

Qui-Gon y Obi-Wan eran un borrón de movimiento cuando acudieron en ayuda de Tiin, girando y saltando ante el embate.

Las barcas habían completado el pase y ya giraban para iniciar un nuevo ataque. Ante un gesto de Qui-Gon. Obi-Wan y él dieron un salto de diez metros de altura con las espadas alzadas, cortando el motor repulsor del primer vehículo.

Sobre ellos llovieron chispas cuando aterrizaron y rodaron por el suelo Para ponerse a cubierto. Encima de ellos, la barca se desviaba descontrolada, golpeando el piso superior del palacio, estallando en fragmentos al rojo blanco y desencadenando una avalancha de piedras sobre la plaza.

Tiin y los judiciales alcanzaron la seguridad de la entrada de la pirámide justo antes de que cayera la avalancha. Qui-Gon y Obi-Wan le siguieron al interior, mientras los disparos de la segunda barca llovían contra las columnas grabadas y el frontispicio monolítico del portal.

Yaddle y los demás se amontonaron al final del pasillo de la entrada pegándose a la pared. Qui-Gon miró a la plaza.

-Hay que conseguir esos cazas.

-Si hay que conseguirlos, los conseguiremos -dijo Tiin. Obi-Wan asintió a Qui-Gon y reactivó el sable láser.

Volvieron a cargar en dirección a la plaza, enarbolando los sables láser.

O O O

La cámara del Sumo Consejo parecía vacía sin los tres Maestros que habían acompañado a Vergere. Qui-Gon y su páawan hasta Asmeru. Quien estaba en el centro del mosaico del suelo era Yoda, caminando de un lado a otro mientras Mace Windu y los demás discutían lo que debía hacerse.

-No podemos asumir que la nave fuera destruida, por las pocas noticias que tenemos del *Prominencia*, ni que hayan matado a todos los que iban a bordo -decía Windu-. Todas mis sensaciones respecto a este asunto me dicen que tanto Yaddle como los demás siguen con vida.

-Viva está -dijo Yoda-. Los demás también. Pero grave peligro corren.

-Eso respalda la afirmación del Frente de la Nebulosa de que tienen una docena de rehenes -dijo Adi Gallia-. Exigen que se cancele la Cumbre de Eriadu.

-Valorum no debe ceder ante ellos -avisó Oppo Rancisis.

-No piensa ceder a sus exigencias -aseguró Windu a todos-. Es consciente de que si lo hace sólo reducirá las posibilidades de que se ratifique su propuesta de ese nuevo impuesto.

-El Frente de la Nebulosa no es aquí lo que importa -dijo Yarael Poof-. Lo que importa es la Federación de Comercio.

Yoda se volvió hacia el Maestro de largo cuello.

-Que el Frente de la Nebulosa menos importante es, creía yo. Pero ellos detrás de esto están. Detrás de todo esto. -Caminó en círculo y se paró de pronto-. Como a piezas en un holojuego nos mueven.

-Entonces debemos acabar la partida -dijo Even Piell con convicción.

-Aseguré al canciller supremo Valorum que no había necesidad de que se disculpase en persona -dijo Windu asintiendo-. Estuvimos de acuerdo en intervenir en este asunto. Por tanto, somos tan responsables como él.

-Este asunto poco meditamos -repuso Yoda pensativo-. Aquí fuerzas ocultas actúan. Nublado está. Enfangado por motivos difíciles de percibir.

Windu entrecruzó los dedos y posó los codos en las rodillas.

-El Senado ha prometido al Canciller Supremo que le concederá toda la autoridad que necesite para resolver la crisis. Pero no podemos dejar que él tome la decisión.

Yoda asintió.

-Concentrado en la Cumbre está.

-Al Departamento Judicial también se le han aumentado sus capacidades -continuó Windu-. Están pensando en enviar fuerzas adicionales desde Eriadu, que sólo está a un salto de Asmeru.

-Los judiciales están en Eriadu para proteger al Canciller Supremo y a los delegados -dijo Gallia.

-El Departamento Judicial cree tener personal suficiente para ocuparse de ambas situaciones.

-¿Tenemos alguna seguridad de que las casas de Senex se mantendrán al margen? -preguntó Poof.

-Podemos ofrecerles un trato -dijo Piell-. Hace mucho que quieren comerciar con la República, pero se les ha negado por sus violaciones continuas de los Derechos de las Razas Inteligentes. Estoy seguro de que si les ofrecemos arbitrar un acuerdo entre la República y ellos, pasarán por alto cualquier posible infracción territorial que pueda surgir de la situación en Asmeru.

Yoda miró al suelo y negó con la cabeza.

-Más oscuro y enfangado esto se vuelve -repuso, mirando a Windu-. ¿Cuántos Jedi en Eriadu hay?

-Veinte.

-Envía diez a Asmeru con los judiciales para que al Maestro Tiin y a los demás ayuden -dijo Yoda con tono preocupado-. Nuestras deudas cuando llegue el momento pagaremos.

Windu asintió sombrío.

-Que la Fuerza vaya con ellos -dijo Gallia por todos.

Capítulo 21

Qui-Gon, Obi-Wan, Tiin y Ki-Adi-Mundi salieron de golpe de la entrada de la pirámide, enfrentándose a los terroristas que los habían hecho retroceder hasta allí. Una vez recorrieron la cuarta parte de la plaza, los Jedi se pusieron en formación de cuña, moviendo constantemente las hojas para desviar los disparos que les llegaban tanto de arriba como de los laterales de la plaza. Tras la barrera de energía creada por los sables láser, Yaddle, Depa, Vergere y dos de los judiciales corrían para distraer el fuego que les llegaba por detrás.

Qui-Gon iba en la punta de la cuña, avanzando con paso firme, girando y agachándose, con su hoja verde resonando cada vez que desviaba un disparo hacia alguna parte. Los terroristas caían heridos por las escaleras, balcones y tejados circundantes, pero ninguno de ellos huía.

Tendréis que matarnos a todos, había dicho el portavoz.

De pronto, la incesante andanada de disparos láser empezó a disminuir. Qui-Gon se tomó un momento para mirar a su alrededor, dándose cuenta de que los terroristas habían empezado a disparar hacia el grueso baluarte del perímetro de la plaza.

Cientos de esclavos cargaban hacia la plaza desde las callejas que separaban las pirámides, profiriendo siniestros y trémolos gritos de guerra. Careciendo de algo semejante a un escudo, enarbolaban hachas y cuchillos de piedras, lanzas improvisadas a partir de mangos de madera de herramientas o de cualquier otro utensilio que hubieran conseguido afilar o dotar de un filo.

Los disparos láser los derribaban a veintenas, pero aun así seguían llegando, decididos a derrocar a los forasteros que les habían robado la poca dignidad y libertad que tenían.

Qui-Gon comprendió que la revuelta ya debía llevar tiempo fraguándose, pero la determinación no bastaba para que ganasen la batalla contra las pistolas láser.

Redobló su ataque acompañado por Obi-Wan, con Vergere a su lado, saltando en el aire y volviendo al suelo tras usar el sable láser. Atrapados entre los Jedi y esclavos rebeldes, los terroristas se agruparon en dos líneas, cada una de ellas concentrada en un frente distinto.

Una segunda sorpresa hizo que Qui-Gon se detuviera un momento. Algunos de los terroristas caían por disparos láser. Le parecía improbable que los esclavos hubieran conseguido reconfigurar las pistolas para poder usarlas con sus manos sin dedos.

Entonces vio de dónde provenían los disparos.

Un contingente de terroristas se dirigía hacia ellos, guiados por el bith que había sido informador de Qui-Gon.

Lo sucedido en aquel día había dividido al Frente de la Nebulosa en dos facciones: la de los militantes responsables del atentado contra Valorum, y la de los moderados que se habían pasado años realizando actos no violentos contra la Federación de Comercio.

Era evidente que los militantes no habían anticipado ninguna insurrección por parte de sus propios compañeros. De pronto, la carrera por alcanzar los CloakShape se había vuelto más desesperada que nunca.

Uno de los terroristas había entrado en un caza y conectado sus repulsores. Al darse cuenta de lo que sucedía, el piloto dio media vuelta a la nave y abrió fuego con los cañones delanteros. Los rayos de energía pura diezmaron a la oposición. Las piedras saltaron de los edificios cercanos, y rayos y relámpagos chisporrotearon en el aire como si fueran metralla, acabando con quienes habían conseguido eludir los fatales rayos de energía.

Qui-Gon comprendió que ese único caza podía cambiar el rumbo de la batalla, no sólo contra la alianza de esclavos y moderados, sino también contra los Jedi.

Mientras pensaba eso, el flotante CloakShape rotó hacia donde se encontraban los Jedi. Ante ellos apareció el cañón de la nave, dispuesto a disparar cuando el caza explotó sin previo aviso. Pedazos de sus alas combadas se estrellaron contra la rejilla del rayo tractor, mientras el fuselaje en llamas giraba estrellándose contra la plaza.

Qui-Gon alzó la mirada desde el suelo. La zona de aterrizaje estaba sembrada de restos al rojo blanco, y algunos pedazos pequeños le habían abierto agujeros en la capa.

Exploró la plaza buscando señales del arma que había derribado la nave, para darse cuenta de que el rayo devastador no se había originado en tierra.

Había venido de arriba.

Una llave blanca y carmesí surcaba el cielo tan cerca del suelo que le hizo rechinar los dientes.

-Una lanceta judicial -dijo Obi-Wan cuando disminuyó el sonido de la nave al pasar.

Blancas venas en la cúpula azul del ciclo les indicaron que había más naves en camino.

Se volvió para mirar a Depa y los judiciales, uno de los cuales hablaba por el intercomunicador de su muñeca. Al sentir la mirada de Qui-Gon clavada en él el judicial alzó la mirada y levantó el puño izquierdo en señal de confianza.

Qui-Gon miró al cielo. Un crucero corelliano se aproximaba por el sur.

La visión de los cazas judiciales no arredró a los radicales, que continuaron luchando por llegar a los CloakShape. Tres cazas más se alzaron de la plaza. Pero en vez de malgastar energía disparando contra los esclavos, optaron por dirigirse al este, perseguidos por una pareja de lancetas. Un cuarto CloakShape cobró ruidosa vida, arreglándose en su ascenso para derribar a la lanceta que se dirigía hacia él.

El cañón de iones situado a la izquierda de Qui-Gon empezó a disparar. Otra lanceta, alcanzada por un impacto directo, rodó sobre sí misma y se precipitó en silencio contra el agrietado terreno. Instantes después, una explosión llenaba el aire tras la pirámide sur.

El cañón siguió escupiendo dardos de fuego demoledor contra el cielo, pero la alianza de esclavos y moderados atacaba ya su emplazamiento. Una docena de guerreros cayó en el ataque, pero los demás perseveraron, lanzando granadas térmicas desde el monumento caído tras el que se habían refugiado.

Un instante después, el emplazamiento del cañón soltaba una columna de aullante fuego y se derrumbaba sobre sí mismo.

El conflicto continuado de la plaza impedía aterrizar al crucero. Mientras flotaba al nivel de las cimas de las pirámides, se abrieron escotillas en el casco inferior y veinte figuras bajaron por cables de monofilamento. La mitad de ellas iban armadas con pistolas, la otra mitad con luminosos sables láser.

La batalla rugió furiosa durante varios minutos más. Y entonces, al estar completamente rodeados, los militantes empezaron a entregar las armas y a ponerse de rodillas. Otros grupos, cautivos de los esclavos, entraron en la plaza con las manos levantadas por encima de la cabeza.

Tiin, Depa Billaba y algunos de los refuerzos Jedi empezaron a moverse entre la devastación para recoger armas y atender a los heridos. Qui-Gon vio a Yaddle parada en la entrada de la pirámide norte, meneando apesadumbrada la cabeza.

Obi-Wan y él fueron en busca del bith. Al poco, vio cómo su discípulo le hacía señas desde la esquina sudoeste de la plaza.

Qui-Gon devolvió el sable láser al cinto y rompió a correr. Antes de llegar supo cuál era la calamidad que le esperaba.

El bith estaba en el suelo, tumbado de costado, encogido, sus manos de largos dedos presionaban un agujero ennegrecido del pecho. Qui-Gon clavó una rodilla en el suelo y se inclinó hacia él.

-Intenté contactar contigo en Coruscant -empezó a decir con voz débil el alienígena de ojos negros-. Pero, tras lo que pasó en Dorvalla, Havac y los demás empezaron a sospechar que había un informador entre ellos.

-¿Havac? ¿El que hizo ejecutar a los esclavos?

El bith negó con su gran cabeza.

-Ese es sólo un teniente. Havac es el líder. Pero no está en este planeta. Como no lo está la mayoría de los militantes. -Hizo una pausa para respirar-. Han deshecho todo lo que intentamos hacer. Han convertido esto en una guerra con la Federación de Comercio, y ahora con la República.

-Eso se ha acabado. Los has depuesto. Conserva las fuerzas, amigo.

El bith se aferró al antebrazo de Qui-Gon.

-No ha acabado, planean hacer algo terrible.

-¿Dónde? -preguntó Obi-Wan-. ¿Cuándo?

El bith se volvió hacia él.

-No lo sé. El plan se ha mantenido en secreto para la mayoría de nosotros. Pero sé que implica al capitán Cohl...

Las palabras del bith se apagaron. Qui-Gon sintió la mirada de su discípulo clavada en él. La luz abandonó los ojos del alienígena. -Ha muerto, Maestro.

-Jedi -dijo alguien tras Qui-Gon. Quien hablaba era un humanoide nikto, con cuernos y rostro liso-. No quisiera ser un intruso, pero su amigo también era mi amigo.

-¿Qué sabes de ese plan en el que están implicados el tal Havac y el capitán Cohl? -repuso Qui-Gon levantándose.

-Sé que tiene algo que ver con Karfeddion.

-¿Karfeddion? -repitió Obi-Wan, mientras dedicaba al nikto la mirada más desaprobadora que tenía.

-El mundo de la casa Vandron -dijo Qui-Gon-. En pleno sector Senex. ¿Cómo te llamas?

-Cindar.

-¿Conoces de vista a ese Havac?

-Sí.

-Acompáñanos -repuso Qui-Gon tras meditarlo un momento.

Se acercó hasta donde estaban Tiin, Yaddle y alguno de los demás.

-No hay tiempo para arreglar esto -decía Tiin, haciendo un gesto amplio en dirección a las ruinas causadas por el combate-. El sumo Consejo y el Departamento Judicial nos han ordenado que salgamos lo antes posible del sector Senex.

-Antes debemos hacer otra parada -le interrumpió Qui-Gon- En Karfeddion.

Tiin le miró, esperando una explicación.

-Cohl está ejecutando otro plan -repuso Qui-Gon, señalando luego a Cindar-. Y eso nos ayudará a encontrar su pista.

Tiin y Yaddle intercambiaron breves miradas.

-Cohl ya no trabaja para el Frente -dijo Tiin-. Eso nos dijeron.

-Este plan se ha mantenido en secreto. Alguien llamado Havac está detrás de él. Debemos ir a Karfeddion.

-Imposible, Qui-Gon -dijo Yaddle, negando con la cabeza- sector Senex, debemos.

-Entonces iremos mi pádawan y yo. Obi-Wan se quedó boquiabierto al oír esto.

-No en nuestras naves, Qui-Gon -le desafió Tiin. -Entonces, usaremos el *Halcón Murciélago*.

-En personal esto conviertes -dijo Yaddle-. Una orden directa del Sumo Consejo desafiarás.

Qui-Gon no se molestó en discutir eso. -Mi deber es para con la Fuerza, Maestro. Yaddle le estudió durante un largo instante. -¿Con qué fin, Qui-Gon? ¿Con qué fin?

En el holocartel que brillaba en la cantina a través del humo de t'bac ponía: "El Mynock Achispado da la bienvenida a los Rompe cráneos de Karfeddion". Los Rompe cráneos eran un grupo de smashball conocido en todo el Senex por su evidente desprecio hacia las reglas del juego y la vida de sus contrincantes. En un rincón del Mynock Achispado se encontraba una escandalosa docena de esos héroes locales, brindando con jarras de bebida fermentada unos con otros y con cualquiera que pasase por allí, más borrachos a cada momento que pasaba, e impacientes por causar problemas de índole grave.

A unas cabinas de distancia se sentaban Cohl, Boiny y un humano de aspecto taciturno que podría haber pasado por miembro de los Rompe cráneos de tener unos centímetros menos de altura y un aspecto algo menos peligroso.

Una hembra humanoide de agradable aspecto, criada en una de las granjas de esclavos de Karfeddion, puso ante el invitado de Cohl un vaso alto lleno de un líquido amarillo brillante, el cual apuró de un solo trago la bebida notablemente fuerte.

-Gracias, capitán -dijo el humano con sinceridad, secándose la boca con el dorso de la mano-. Rara vez tengo oportunidad de tomar uno auténtico.

Cohl examinó a Lope, que era como se hacía llamar el hombre, desde el otro lado de la mesa que los separaba. Era indiscutible que podía arreglárselas solo en una pelea. Pero la operación de Eriadu no dependería de la fuerza bruta, sino de una combinación de habilidad e inteligencia. Por supuesto, hasta en las situaciones mejor planeadas podían darse momentos donde se necesitase usar la fuerza. Pero Cohl seguía sin estar convencido de que Lope estuviese capacitado para ocuparse siquiera de esa eventualidad.

-¿Cuál es tu especialidad? -le preguntó.

Lope clavó los codos en la mesa.

-Vibrocuchilla, bastón aturridor, pica nerviosa. Pero también sé manejar pistolas de rayos... BlasTech, Merr-Sonn, Czerkas...

-Pero prefieres el trabajo de cerca.

-Si se llega a eso, sí, supongo que sí -respondió encogiéndose de hombros-. ¿Por qué? ¿En qué consiste el trabajo, capitán?

-No puedo decírtelo hasta que no decida tenerte a bordo.

-Lo comprendo. Y me gustaría mucho trabajar con usted, capitán. No los hay mejores que usted.

-¿Para quién has trabajado? -preguntó Cohl, ignorando la adulación.

-Aquí y allí, sobre todo en la Ruta Comercial de Núcleollia. Participé en el Conflicto Stark. Todavía seguiría en el Núcleo si no hubieran puesto precio a mi cabeza por un trabajito que hice en Sacorria.

-¿Estás reclamado en algún otro sitio?

-Sólo allí, capitán.

Cohl empezaba a animarse. Lope era un forajido como cualquier otro huido a los sistemas fronterizos, pero no un profesional.

-¿Tienes problema para trabajar con alienígenas? Lope miró fijamente a Boiny.

-No con los rodianos. ¿Por qué? ¿Es que tiene otros en su tripulación? -Un gotal.

-Un gotal, ¿eh? -repuso, mesándose la barba-. Puedo trabajar con éstos.

De pronto, se armó un escándalo en la entrada de la cantina, y cuatro enormes humanos con cara de pocos amigos entraron en el local. Cohl pensó que debían ser miembros de los Rompe cráneos o de algún equipo rival, hasta que el más grande se subió a la barra y disparó contra el techo.

-Lope, sé que estás aquí -gritó, mientras el polvo de escayola caía a su alrededor y miraba por entre las mesas y cabinas-. ¿Dónde estás, gusano traidor?

Cohl apartó la mirada del hombre de la barra para fijarla en Lope.

-¿Es amigo tuyo?

-No por mucho tiempo -respondió, levantándose y saludando con la mano-. Aquí estoy, Pezzle.

Pezzle miró a Lope, saltó de la barra y empezó a abrirse paso entre la multitud, seguido por sus compañeros.

-Eres un maldito tramposo -dijo en cuanto llegó a la cabina-. Creíste que podrías irte sin pagamos, ¿verdad?

Cohl vio cómo Lope calibraba toda la situación con una mirada el arma levantada de Pezzle, la posición de los otros tres hombres, lo separadas que tenían las manos de sus pistolas.

-No merecías que te pagase -dijo Lope con voz monótona-. Sólo te ocupaste de uno de ellos, y después tuve que limpiar lo que tú estropeaste. Cohl y Boiny empezaron a moverse fuera de la cabina, pero Lope les detuvo posando una mano en el hombro de Cohl.

-No se vaya, capitán. Sólo será un momento. Puede considerarlo como una prueba.

-De acuerdo -respondió Cohl, volviéndose a sentar.

Los clientes de las cabinas contiguas no estaban tan seguros como Cohl.

Empezaron a apartarse de la línea de fuego, subiéndose por encima de sillas y mesas y cualquier cosa que pudiera haber en su camino.

Pezzle sudaba profusamente, tragó saliva y encontró voz para responder.

-Págame ya -dijo, escupiendo saliva desde sus gruesos labios.

Cohl nunca pudo ver cómo la pistola de Lope abandonaba su cartuchera. Vio la mano derecha de Lope como si fuera un borrón, oyó varias descargas de pistola, y lo siguiente que supo fue que Pezzle y su trío de acompañantes formaban un montón en el suelo.

Lope miró expectante a Cohl, con la humeante pistola aún en la mano.

-Nos valdrás -dijo Cohl, asintiendo con la cabeza.

El espaciopuerto de Karfeddion era un amasijo de muelles de atraque, casas de reparaciones y cantinas aún más siniestras que el Mynock Achispado. Cohl, Lope y Boiny saludaron a varios miembros del servicio de mantenimiento del Muelle 331 y se acercaron al castigado carguero que les había proporcionado el Frente de la Nebulosa.

-¿Qué ha sido del *Halcón Murciélago*, capitán? -preguntó Lope tras mirar inseguro a la nave.

-Es demasiado conocido en el sitio al que vamos.

Cohl presentó a Lope a la pareja de humanos que había al pie de la rampa de descenso del carguero.

-Capitán -dijo uno de ellos con voz ronca-, hay una dama esperándole en el compartimento delantero.

-¿Cómo se llama? -No quiso decírnoslo.

Cohl y Boiny intercambiaron una mirada.

-Igual es esa cazarrecompensas que buscabas -sugirió el rodiano. -Yo creo que es otra persona -dijo Cohl, sin profundizar más. -¿No pensarás...?

-¿Quién más podría ser? Lo único que no comprendo es cómo ha podido encontrarme.

-Igual te puso un rastreador en alguna parte del cuerpo antes de irse.

Dejaron a Lope para que se familiarizara con los demás y subieron a bordo, -¿No te dije que me echaría de menos? -repuso Cohl por encima del hombro en cuanto entraron en la cabina delantera.

Rella estaba sentada en la silla de Cohl, con las largas piernas cruzadas, -tienes razón, Cohl. No podía mantenerme alejada, pero no por las razones que estás pensando.

Su atuendo de túnica, pantalones, capa y capucha estaba hecho de una fibra metálica plateada que brillaba a cada movimiento suyo.

-Por tu aspecto, yo diría que has saqueado demasiado tu fondo de jubilación y que necesitas los créditos.

-¿Podemos hablar aquí con seguridad?

Cohl le hizo un gesto a Boiny para que conectase el sistema de seguridad de la cabina.

-Me han llegado rumores de que estás reuniendo una nueva tripulación -dijo Rella cuando Cohl se sentó.

-¿Qué otra cosa podía hacer después de que me abandonaras? -repuso él, encogiéndose de hombros.

Ella ni siquiera esbozó una sonrisa.

-Según tengo entendido, estás buscando asesinos y exterminadores de segunda fila, como el bruto con el que has venido.

-Los trabajos duros exigen un personal duro.

Rella le miró fijamente.

-¿En qué andas metido ahora? Sé sincero conmigo, por los viejos tiempos. -Es una ejecución -respondió Cohl tras meditarlo un momento. -¿Cuál es el objetivo?

-Valorum, en Eriadu.

Rella pareció encogerse en el asiento, como si sus peores temores se hubieran hecho realidad.

-No puedes hacer eso.

Él lanzó una breve carcajada.

-Eres bienvenida a verlo.

-Escúchame bien -empezó ella a decir.

-¿Qué pasa? ¿También te has comprado unos escrúpulos nuevos además de ropa nueva?

-¿Escrúpulos? No me insultes.

-¿Qué pasa entonces con Valorum?

-No es por Valorum. Es por ti, por tu reputación. Sin esforzarme nada, he sabido que has estado en Belsavis, Malastare, Clak'dor y Yetoom. ¿Cuánto trabajo crees que le costaría a cualquiera seguir tu rastro? Y no me refiero a matones que quieran trabajar contigo, sino a los judiciales o a los Jedi.

-Agradezco tu aviso, Rella, pero eso ya no importa. Tengo a todos los que necesito. A no ser, claro está, que tú también quieras participar.

-Sí quiero -dijo ella manteniendo la mirada de él. Él parpadeó.

-No, no me estoy burlando de ti -dijo ella.

Cohl se puso serio de pronto, y la cogió de la mano.

-Mira, niña, te agradezco que me buscaras, pero esta operación no es algo en lo que quieras mezclarte.

-No lo entiendo. Hace un momento actuabas como si tuvieras a toda la galaxia cogida por la cola.

Fanfarroneaba, Rella, sólo era eso.

-¿Me estás diciendo que te gustaría no haber aceptado el trabajo? -Puede que ya me pesen los años, pero sí, debí abandonar esta vida cuando podía. Vamos, que tampoco creo que sea tan difícil aprender a manejar una granja de humedad, ¿no? Y todavía nos quedarían momentos excitantes...

Rella sonrió abiertamente.

-Pues claro que habrá momentos excitantes. Cohl. Abandona este trabajo.

Todavía puedes dejarlo.

-Di mi palabra -repuso, negando con la cabeza-. Como mínimo tengo que llegar al final de esto.

Rella lo estudió por un momento, y se obligó a respirar profundamente. -Más motivo aún para que te acompañe. Si tú no sabes cuidarte solo, tendré que hacerlo yo por ti.

Capítulo 22

Eriadu era un mundo de color gris pizarra, de rugosos continentes y escasos mares, que llevaba mucho tiempo deseando convertirse en el Coruscant del Borde Exterior. Un deseo potenciado por su especial localización en pleno centro del sector Seswenna, en la intersección de la Ruta Comercial Rimma y el Camino Hydiano. Pero mientras Coruscant confinaba la mayoría de sus fábricas y fundiciones a zonas específicas del planeta, las industrias de Eriadu estaban completamente diseminadas, ensuciando el aire, la tierra y el mar con incesantes vertidos de desechos tóxicos. Para empeorar las cosas, y pese a que el planeta era próspero comparado con sus vecinos, sus legisladores seguían más interesados en un crecimiento económico desordenado que en invertir en los limpiadores atmosféricos, los purificadores acuíferos y los sistemas de control de desechos que hacían habitable a Coruscant.

La principal ciudad del planeta estaba localizada en su hemisferio sur. Era un puerto de mar que había crecido alrededor de la desembocadura de un río importante y que se extendía cien kilómetros tierra adentro, cubriendo las costas de una bahía con forma de dedo situada al oeste, y ascendiendo por las antaño boscosas colinas que se alzaban tras ella.

Mientras pasaba entre la multitud de manifestantes que había en el espaciopuerto de Eriadu, Valorum pudo apreciar desde el asiento trasero de su limusina de repulsores con escudo antienergético que la ciudad debió ser en otro tiempo una maravilla paisajística.

En ese momento era una madriguera gris compuesta por cúpulas de losetas, estrechas callejas, altas torres y arcadas y mercados al aire libre abarrotados de mercaderes con turbantes, mujeres con velo, hombres barbados bebiendo de surtidores de burbujeantes tuberías y bestias de seis patas cargadas de mercancías que compartían el espacio con oxidados deslizadores y viejos hovertrineos.

Valorum no podía dejar de ver a Eriadu como una versión polvorienta y descuidada de Theed, la ciudad capital de Naboo.

El tintineo de voces y vehículos era tal que casi superaba a los cristales tintados amortiguadores de sonido de la limusina, y ello pese a haberse desalojado la mayoría de las calles de la ciudad para facilitarle el paso. Habían desviado el tráfico y estacionado androides y personal de seguridad en cada cruce. Se permitía a los ciudadanos mirar desde las estrechas aceras, pero cualquiera al que se sorprendiera mirando desde las ventanas de algún piso o paso elevado se arriesgaba a recibir un disparo de los francotiradores judiciales situados en los tejados o en los deslizadores que sobrevolaban la comitiva de la delegación de Coruscant.

Valorum se había enterado previamente de que ya habían partido del espaciopuerto varios convoyes señuelo, y que la ruta que seguiría su hovercomitiva por toda la ciudad se había modificado en el último momento para frustrar cualquier ataque premeditado.

El Canciller era llamado "la mercancía" entre la fuerza protectora de judiciales, guardias senatoriales y androides de seguridad. Tras tomar la decisión de enviar a Asmeru la mitad de la fuerza suplementaria de Caballeros Jedi para ocuparse de la crisis que tenía lugar allí, los jefes de seguridad habían exigido que llevase un localizador temporal implantado para que pudieran saber dónde se hallaba en todo momento.

Resultaba irónico que se descubriese siendo el foco de atención, cuando la principal motivación para convocar la Cumbre era llamar la atención sobre los mundos del Borde Exterior. Aun así se alegraba de haber hecho caso al senador Palpatine y haber seguido adelante con la Cumbre tal y como estaba planeado, pese a lo que estaba sucediendo en el sector Senex.

También resultaba irónico que la familia Valorum hubiera tenido un papel importante en la polución de la atmósfera de Eriadu, además de en su recalentamiento, cortesía de las enormes bolas de fuego que brotaban periódicamente de las fábricas que dominaban las afueras de la ciudad.

La contribución de su familia consistía en una empresa de fabricación y transporte de naves espaciales, localizada tanto en la órbita del planeta como en varias instalaciones de su superficie. La compañía no estaba al nivel de TaggeCo y otras corporaciones gigantes en términos de producción, y en términos de transpone no era rival para Transportes Duro, por no mencionar a la Federación de Comercio. Pero la compañía nunca había dejado de dar beneficios, en parte gracias al nombre de Valorum.

Los parientes que Valorum tenía en ese mundo le habían ofrecido sus palaciegas mansiones, pero él había optado por seguir una sugerencia de Palpatine, y residir en la casa del teniente de gobernador del sector, conocido por el propio Palpatine.

El teniente de gobernación se llamaba Wilhuff Tarkin, y se decía que su residencia miraba a las artificiales aguas azules de la bahía.

Se rumoreaba que Tarkin era un hombre ambicioso, de ideas grandiosas, y que su mansión junto al mar no decepcionaba ninguna expectativa.

Igual en tamaño a la de los ricos primos de Valorum, la casa era una mezcla ostentosa de los estilos clásico del Núcleo y el barroco del Borde Medio, que llamaba la atención con sus enormes salas abovedadas, sus doradas columnas y sus suelos de piedra pulida hasta adquirir un lustre líquido. Pero, a pesar de todo ello, había algo impersonal en los enormes salones de altos techos y erguidas columnas. Era como si los costosos muebles y las pinturas enmarcadas estuvieran allí sólo para ser vistas, cuando lo que prefería el propietario era el brillo antiséptico de un carguero espacial.

Valorum fue conducido al interior de la mansión por una escolta de guardias senatoriales. También escoltados iban Sei Taria y una docena de miembros de la delegación de Coruscant que asistían a la Cumbre. Tras ellos iban Adi Gallia y otros tres Jedi que habían aceptado la petición de Valorum de ser lo más discretos que les fuera posible.

Una vez dentro, los guardias concedieron un respiro a Valorum, pero sólo porque mucho antes de su llegada habían escaneado previamente a todos los invitados y androides de servicio. La casa en sí había sido peinada de arriba abajo por el equipo de seguridad que había convertido una parte de la mansión en un centro táctico y de control. Había francotiradores apostados en árboles y parapetos, y cañoneras patrullando las aguas de la costa.

En prueba de cuáles eran las prioridades de los líderes de Eriadu, el lugar donde iba a tener la Cumbre era Seswenna Hall, un Palacio de Congresos aún más recargado que la casa de Tarkin. Una cúpula de enormes dimensiones coronaba una colina situada en el centro de la ciudad, de la que se alzaba en un esplendor de mosaicos hasta una altura de doscientos metros.

Valorum esperaba ser agasajado. pero no estaba preparado para una reunión de tal calibre. Iba acompañado de Sei Taria, y su llegada fue anunciada a un salón de baile lleno de dignatarios de los mundos de los Bordes Exterior y Medio. Estos se habían desplazado desde Sullust, Malastare, Ryloth y Beshin; y si bien pocos de ellos apreciaban a Valorum, todos estaban impacientes por hacer oír su opinión en lo referente a los impuestos de las zonas de libre comercio.

-Canciller supremo Valorum, es un honor para Eriadu poder recibirle -dijo el hombre que había hecho eso posible.

El teniente de gobernador Tarkin era un hombre nervudo, de intensos ojos azules, mejillas hundidas y boca inexpresiva. Tenía la frente elevada y huesuda, y su rostro enjuto parecía revelar la forma y tamaño de los huesos que la componían. Su cabello negro, meticulosamente cortado, ya raleaba y estaba peinado hacia atrás. Se mantenía tieso y erguido como un oficial militar y proyectaba un aire de aristocrática oficiosidad.

Valorum recordaba haber oído que, de hecho, Tarkin había servido en el ejército cuando Eriadu era parte de lo que una vez se conoció como las Regiones Desconocidas.

-¿Ha venido el senador Palpatine con usted? -preguntó Tarkin.

-Tenía asuntos urgentes que atender en Coruscant -replicó Valorum-. Pero estoy seguro de que el delegado de Naboo llegará para el discurso de apertura de la Cumbre.

Tarkin examinó abiertamente a Valorum a medida que bajaban a la sala de baile. La multitud se separó para dejarles paso.

-Los que trazan la política de la República rara vez dejan Coruscant -continuó diciendo Tarkin, moviendo los delgados brazos en un amplio círculo-. Es como una prisión, ¿verdad? Si el deber me obligase a verme confinado a un solo lugar, yo exigiría tener como mínimo mucho espacio a mi alrededor.

-El viaje fue corto y agradable -repuso Valorum forzando una sonrisa.

-Sí, pero que usted deje el Núcleo para venir aquí... No deja de ser extraordinario.

-Sólo necesario.

Tarkin arqueó una ceja, mientras se volvía hacia él.

-Quizá haya sido necesario, pero desde luego no tiene precedentes. Y creo que eso dice mucho a favor de su deseo de hacer algo justo y necesario por los sistemas fronterizos.

-Bajó la voz para añadir- Espero que no le hayan alterado los disturbios.

-No observé disturbio alguno -repuso el Canciller frunciendo el ceño-. Había una multitud de manifestantes en el espaciopuerto, pero...

-Ah, sí. Por supuesto, no pudo verlos porque desviamos el convoy en el último momento.

Valorum no supo cómo debía responder.

-Debo decirle que nos inquietamos mucho al enterarnos de ese reciente atentado contra su vida. Canciller Supremo. Pero supongo que todos tenemos nuestros propios problemas internos. Ryloth tiene sus contrabandistas, el rey Veruna de Naboo sus detractores y Eriadu tiene a la Federación de Comercio y la posibilidad de que se imponga un impuesto a las rutas comerciales.

Valorum era consciente de las miradas de escasa bienvenida que le brindaban algunos de los invitados de Tarkin.

-Las noticias de mi intento de asesinato no parecen haberme proporcionado muchas simpatías en esta sala.

Tarkin hizo un gesto para quitarle importancia.

-Esos impuestos renuevan nuestro temor a un incremento de la corrupción, que es lo que siempre sucede cuando se imponen nuevas capas burocráticas entre aquellos que tienen el poder y los que no lo tienen. Pero eso tampoco implica que estemos a favor del separatismo, o que apoyemos una rebelión abierta. En Eriadu, al igual que otros mundos de la ruta de Rimma, hay muchos partidarios del Frente de la Nebulosa, pero yo no soy uno de ellos, como no lo son los miembros de la administración del gobernador. Las amenazas de insurrección deben responderse con la fuerza. Buscar el momento adecuado y atacar.

Tarkin aligeró su diatriba con una risita humilde.

-Disculpe los desvaríos de un simple teniente de gobernador, Canciller Supremo. Me doy cuenta de que no es propio de la República responder a la violencia con más violencia.

-Yo pensaba lo mismo, hasta hace poco -comentó alguien cercano.

El desdén y la provocación se mezclaban en la voz gentil y femenina. Quien hablaba era una dama hasta el último centímetro, desde la cola de su carísimo vestido hasta la deslumbrante tiara enjoyada.

Tarkin sonrió débilmente mientras ofrecía su brazo a la corpulenta mujer y la presentaba.

-Canciller supremo Valorum, tengo el placer de presentarle a Lady Theala Vandron, del sector Senex.

Pillado con la guardia baja, un sonrojado Valorum asintió e hizo una cortés reverencia.

-Lady Vandron -dijo sin emoción.

-Quizá le interese saber, Canciller Supremo, que la situación de los rehenes en Asmeru está ya, digamos que resuelta.

-¿Asmeru? -dijo Tarkin- ¿A qué se refiere?

Valorum recuperó rápidamente la compostura.

-La República envió una delegación de paz compuesta por judiciales y algunos Jedi para tratar con los agentes del Frente de la Nebulosa allí estacionados.

-¿Para tratar o luchar? -preguntó Tarkin con sospecha. -Lo que se considerase apropiado.

-Así que por eso fueron llamados a Eriadu varios judiciales y Jedi -repuso Tarkin con el rostro iluminado-. Bueno, en cualquier caso, parece que al final nuestras políticas no son tan encontradas, Canciller Supremo.

-A raíz del intento de asesinato, el Canciller Supremo llevó a cabo una acción directa en espacio que no era de la República -dijo Lady Vandron mirando a Tarkin-. Nos vemos forzados a felicitarle por su deseo de aventurarse tan lejos de casa en estos tiempos difíciles.

Valorum aceptó con reservas el sesgado cumplido.

-Pueden estar seguros, señora, y teniente de gobernador Tarkin, que Coruscant está en buenas manos.

Si bien Valorum no gozaba de respaldo universal ni siquiera en Coruscant, la verdad es que su ausencia era notada, sobre todo en el distrito gubernamental, donde había cierto olor a traición en el aire.

Los miembros del Senado Galáctico se habían concedido unos cuantos días libres mientras se celebraba la Cumbre de Eriadu. Pero había unos pocos que acudían diligentes a sus despachos en los edificios del Senado, aunque sólo fuera para ponerse al día en el papeleo atrasado.

Bail Antilles era uno de ellos.

Había pasado la mañana redactando una propuesta que calmase las tensiones comerciales existentes entre su nativa Alderaan y el vecino mundo de Delaya. Cuando hizo una pausa para almorzar, en lo único que pensaba era en un vaso alto de cerveza gizer en su restaurante predilecto, junto al edificio de los Tribunales. Pero la política frustró su plan en la persona del senador Orn Free Taa, que se cruzó con él en el más público de los pasillos del Senado.

El corpulento twi'leko azul iba a bordo de un hovertrineo.

-¿Permite que me deslice a su lado por unos momentos, senador Antilles? -le preguntó.

Antilles hizo un gesto de aceptación.

-¿Qué sucede? -dijo, con evidente desagrado.

-Yendo directamente a la cuestión, debo decir que ha llegado a mis manos una información bastante interesante. Pensé en mostrárselo al senador Palpatine, pero él me sugirió que debía hablar con usted, ya que es el presidente del Comité de Actividades Internas.

Antilles empezó a protestarse, pero suspiró resignado.

-Continúe, senador.

Las gruesas colas de la cabeza de Taa temblaron ligeramente por la anticipación.

-Como ya sabe, hace poco que soy miembro del Comité de Asignaciones, y como tal he estado buscando precedentes legales para la propuesta impositiva del Canciller Supremo a las zonas de libre comercio. Es evidente que ese impuesto tendrá consecuencias y ramificaciones inesperadas, pero esperamos poder abortar cualquier posible corrupción adelantándonos a cualquier eventualidad que pudiera tener lugar de aprobarse la propuesta.

-Estoy seguro de ello -murmuró Antilles.

Taa encajó el sarcasmo sin parpadear.

-El Canciller Supremo ha manifestado su deseo de que un porcentaje de los ingresos que se obtengan con el impuesto a las rutas comerciales, y que a todos los efectos es un impuesto a la Federación de Comercio, se destinen a ayudas sociales y tecnológicas para cualquiera de los mundos de los Bordes Medio y Exterior que puedan verse negativamente afectados por dicho impuesto.

"Algo que, no obstante, presenta un dilema. Si la moción se ratifica y la Federación de Comercio se ve forzada a ceder una parte de su control de las rutas espaciales, habrá muchas empresas pequeñas que se beneficiarán por ello, no sólo porque se creará un nuevo mercado más competitivo, sino por los impuestos que se supone deben destinarse al desarrollo de los sistemas fronterizos."

Antilles permitió que su desconcierto fuera evidente. – No estoy seguro de ver el dilema.

-Entonces, permítame que se lo aclare con un ejemplo específico. La base de datos del Comité de Asignaciones ha realizado una búsqueda de las corporaciones del Borde que tiene más posibilidades de beneficiarse con este impuesto, y ha cruzado los resultados con los datos del Comité de Consignaciones, del que también soy miembro. Y de la lista de miles de corporaciones compiladas, sólo ha coincidido una: una empresa de transportes con base en Eriadu que ha recibido una repentina y, permítaseme añadir que sustanciosa, inyección de capital.

-Algo que no me sorprende -dijo Antilles-. Los inversores atentos estarán haciendo lo mismo que hace su comité, con la diferencia de que ellos buscan oportunidades financieras.

-Exacto. Son especuladores. Pero, en este caso, el dilema surge del hecho de que esa empresa es propiedad de parientes del canciller supremo Valorum. Antilles se detuvo de pronto y se volvió hacia el flotante twi'leko. Taa mostró las palmas de sus grandes manos.

-Permita que le aclare de que no estoy sugiriendo nada impropio por parte del Canciller Supremo. Estoy seguro de que es consciente de que cualquier persona que disponga de información privilegiada sobre propuestas legislativas o contratos de construcción está sometida al estatuto 435, subestatuto 1,759 de la Ley de Propiedades a fin de que no se aproveche de esa información, ya sea realizando inversiones o de cualquier otra manera.

Antilles entrecerró los ojos.

-Pero está sugiriendo algo al no sugerirlo.

-Yo sólo encuentro curioso que el Canciller Supremo no haya llevado al Senado este aparente conflicto de intereses. Estoy seguro de que el dilema desaparecerá una vez se determine el origen de la inversión y comprobemos que no hay relación alguna entre esos inversores y el Canciller Supremo.

-¿Ha descubierto alguna cosa al respecto?

-Eso es otra cosa igualmente peculiar. Cuanto más busco su origen, más callejones sin salida encuentro. Es casi como si alguien no quisiera que se supiera en dónde o con quién se originó esa inversión. Mi falta de éxito se explica parcialmente por el hecho de que carezco del permiso necesario para acceder a los archivos financieros relevantes. Un permiso que sólo tienen personas de posición mucho más elevada que la mía. Personas como, bueno, como usted.

Antilles le miró.

-Supongo que habrá reunido los datos pertinentes, senador.

-De hecho, da la casualidad de que llevo una copia encima -repuso Taa conteniendo una sonrisa.

Le entregó un holocrón de datos que Antilles cogió prestamente.

-Veré lo que puedo descubrir.

Capítulo 23

El requisado *Halcón Murciélagos* se acercaba a Karfeddion, que en ese momento era un semicírculo moteado de verde que llenaba los miradores delanteros de la fragata. Qui-Gon se sentaba a los controles de la achatada cabina. Iba vestido con un poncho, una bufanda y unas botas que había cogido en Asmeru, asumiendo el aspecto que tenía cualquier miembro del Frente de la Nebulosa.

Obi-Wan estaba tras el asiento del copiloto, quitándose su capa parda.

-Pon ahí tus ropas -le dijo Qui-Gon, señalando el asiento vacío del navegador-. Junto con tu sable láser.

El discípulo se detuvo.

-¿Mi sable láser?

-Debemos asegurarnos de no causar una impresión equivocada una vez estemos en tierra.

Obi-Wan lo meditó un momento, asintiendo luego inseguro para separar el cilindro de su cinturón. Desconectó por completo el sable láser y se deslizó al asiento del copiloto.

-Maestro, ¿hicimos lo que debíamos en Asmeru? -preguntó, rompiendo un silencio prolongado- ¿Pudo evitarse la violencia, como deseaba la Maestro Yaddle?

-¿Cómo evitar aquello cuya finalidad está trazada por la Fuerza? El muchacho guardó silencio otro largo instante. -¿Es peligroso pensar mucho en el Lado Oscuro?

-Tengo la mirada fija en la luz, pádawan, pero responderé a tu pregunta.

Pensamiento y acción son cosas muy diferentes.

-Pero, ¿cómo estar seguros de que nuestros pensamientos no afectan a nuestros actos? El sendero que recorreremos es a veces muy estrecho.

Qui-Gon conectó el piloto automático y se volvió para mirar a su aprendiz.

-¿Quieres que te lo explique tal como hizo Yoda conmigo cuando yo era más joven que tú?

-Sí, Maestro.

Qui-Gon centró los ojos en el mirador mientras hablaba.

-En la lejana Generis había un bosque de árboles sallap especialmente oscuro, denso y casi impenetrable. Durante muchas generaciones había sido necesario recorrer una larga distancia rodeando el bosque para llegar a un hermoso lago de profundas aguas que había al otro lado. Pero entonces, un Señor Sith pensó en abrir con fuego un pasó entre los árboles, esperando obtener así un camino más rápido al lago.

"Como ya supondrás, sólo unos pocos tomaron ambas rutas y sobrevivieron para contar sus experiencias. Y todos estaban de acuerdo en que si bien el camino por el bosque oscuro era más corto, no llegaba hasta el mismo lago. Mientras que el camino que bordeaba el bosque, pese a ser largo y arduo, no sólo conducía a sus playas, sino que era un destino en sí mismo."

Sin mirar a su discípulo, el Maestro Jedi preguntó:

-Estando en Asmeru, ¿te aventuraste por ese bosque oscuro, o permaneciste en la luz, teniendo a la Fuerza como compañera y aliada?

-No tenía ningún destino en mente, aparte de ir por donde me guiase la Fuerza.

-Entonces ya tienes la respuesta.

Obi-Wan giró el asiento para mirar a las estrellas.

-Los Sith existieron antes de los tiempos de Yoda, ¿verdad?

-Nada fue anterior a los tiempos de Yoda -repuso Qui-Gon a punto de sonreír.

El pádawan miró hacia la parte de atrás de la fragata. -Maestro, respecto a Cindar...

-No, no confío en él.

-¿Por qué venimos entonces a Karfeddion?

-Debemos empezar por algún lado, Obi-Wan. Con el tiempo, hasta las mentiras de Cindar revelarán sus verdaderas intenciones.

-¿A tiempo de impedir que el capitán Cohl haga lo que sea que le ha encomendado Havac?

-Eso no puedo decirlo, pádawan.

En ese momento, Cindar entró en la cabina y se fijó en las ropas y los sables láser abandonados por los Jedi.

-¿No os sentiréis desnudos sin ellos?

Obi-Wan alejó el asiento de la consola para mirarlo.

-Queremos asegurarnos de no causar una falsa impresión.

-Es una buena idea -dijo el nikto-. Y más cuando ésta es mi primera visita a Karfeddion y no tengo ni idea de por dónde empezar a buscara Cohl o a Havac.

-No te preocupes por eso -repuso Qui-Gon mirándolo-. Sospecho que va tenemos por dónde empezar.

Una vez atracada la fragata en el muelle, los dos Jedi y Cindar bajaron por la rampa de desembarco y se dispusieron a hacer preguntas en las cantinas y tabernas de dudosa reputación que rodeaban el espaciopuerto. Apenas se habían alejado veinte metros de la nave cuando una pareja de técnicos de mantenimiento los interceptaron en la salida a la calle.

-Es el *Halcón Murciélago*, ¿verdad? -le dijo el más alto a Qui-Gon. El Jedi le miró a los ojos.

-¿Quién lo pregunta?

-Sin ánimo de ofender, capitán -dijo el otro, alzando las manos en gesto apaciguador-. Solo queríamos decirle que acaba de cruzarse con él.

Obi-Wan empezó a decir algo, pero se lo pensó mejor.

-¿Que nos hemos cruzado con él?

-Salió hace unas horas -replicó el más alto-, con tripulación completa y en un viejo carguero corelliano.

-Ah, esa nave -dijo Qui-Gon.

-¿Van a participar los tres en el asunto de Eriadu? -dijo el técnico más bajo con aire de conspirador.

-¿Tu qué crees? -repuso el Jedi retóricamente.

Los técnicos intercambiaron una mirada significativa.

-¿No necesitará por casualidad un par de manos, capitán? -preguntó el más alto.

-No necesito ningún técnico. ¿Qué otras habilidades poseéis?

-Las mismas que tiene la actual tripulación de Cohl, capitán -respondió el alto con creciente seguridad-. Manejo de armas pesadas y ligeras, armas de lucha cuerpo a cuerpo, explosivos, lo que haga falta.

-Guerras pequeñas y revoluciones -añadió el otro.

-Se lo comunicaré al capitán Cohl -dijo el Jedi asintiendo.

El más alto le dio un codazo a su compañero en cómplice anticipación.

-Se lo agradecemos, capitán.

-¿Puede decirnos en qué consiste el plan? -preguntó el otro—. Sólo para saber cómo debemos prepararnos.

El Jedi meneó la cabeza con gesto firme.

-Lo comprendemos -dijo el más alto frunciendo el ceño-. Es que sólo sabemos que es un trabajo de exterminación.

Qui-Gon no dijo nada, manteniendo el rostro inexpresivo.

Bueno, ya sabe dónde encontramos, capitán -dijo el bajo.

Qui-Gon dejó que dieran unos pasos hacia la salida antes de hablarles.

-Por cierto, ¿iba Havac con ellos?

Resultó evidente que la pregunta los desconcertaba.

-No conocíamos ese nombre, capitán -dijo el más bajo-. Sólo iban Cohl, su compañero rodiano y los hombres que contrató. El otro hombre sonrió abiertamente.

-Y la mujer.

Qui-Gon alzó las cejas.

-Así que ella también iba.

-Si las miradas pudieran matar, ¿eh, capitán? -añadió el alto con una breve carcajada.

Qui-Gon apenas miró a su discípulo antes de que la pareja se alejara del muelle. Pero Cindar ya había empezado a actuar.

-Eres un hombre con mucha suerte -dijo el humanoide, apuntándolos con una pistola láser.

-No desde mi actual posición -dijo Qui-Gon.

-No debíais haber oído nada de eso. No sabía que Cohl hubiera venido a Karfeddion.

-Así que sólo pretendías mantenernos lejos de Eriadu.

-Sí, y tu viaje se acaba aquí. Jedi -añadió Cindar con una sonrisa-. Lástima que os dejaseis los sables láser a bordo.

Qui-Gon cruzó los brazos.

-Teníamos que hacer que te sintieras seguro para que sacaras la pistola láser y te descubrieras.

-¿Qué?

Obi-Wan causó un pequeño sonido en la nave, y Cindar se giró hacia él. Cuando volvió a apuntar a los dos Jedi, éstos ya se habían movido.

Localizó a Obi-Wan a diez metros a su derecha y le disparó, pero Qui-Gon usó la Fuerza para mover la mano que sostenía el arma, haciéndole fallar el disparo. En ese mismo instante, el joven Kenobi saltó sobre la cabeza de Cindar, aterrizando justo detrás de él.

El humanoide giró sobre sus talones, dispuesto a disparar.

Obi-Wan movió la pierna derecha trazando un círculo hacia adelante que hizo saltar el arma de la mano de su enemigo. A continuación se agachó. Y movió un pie para golpearle las piernas y derribarlo al suelo.

El grueso humanoide cayó de costado, pero se puso en pie de un salto y avanzó hacia el joven con una combinación de puñetazos y patadas que éste bloqueó con antebrazos y rodillas.

Frustrado, Cindar rodeó a Obi-Wan con las manos intentando un abrazo frontal, pero acabó abrazándose a sí mismo cuando el muchacho se encogió y escapó. Desequilibrado, el nikto se tambaleó hacia adelante y chocó contra una de las patas del tren de aterrizaje del *Halcón Murciélago*.

Obi-Wan dio un salto y aterrizó delante de su contrincante, el cual volvió a cargar contra él, pero con segundas intenciones. Anticipándose al siguiente salto de Obi-Wan. Cindar se paró en seco y lanzó una potente patada al aire. Alcanzado en el pecho justo cuando aterrizaba. Obi-Wan rodó a un lado por la fuerza del golpe, aterrizando limpiamente sobre ambos pies, ante Cindar. El humanoide volvió a cargar, recibiendo de lleno en la mandíbula el impacto de la voltereta hacia atrás del muchacho.

El nikto se tambaleó hacia atrás, para chocar contra el mismo tren de aterrizaje de antes. Consiguió evadir los siguientes golpes de Obi-Wan con sucesivos movimientos y contorsiones, hasta que se agachó para intentar cogerlo por el tobillo derecho. Pero Obi-Wan volvió a alejarse de él con otra voltereta hacia atrás.

Esa pausa momentánea en su pelea era todo lo que necesitaba Cindar. Sacó una pistola de una cartuchera del tobillo.

El primer disparo alcanzó al joven Jedi en la pierna derecha y le hizo clavar una rodilla en tierra. Qui-Gon apareció de pronto para apartarlo del siguiente disparo. Cargas compactas de energía luminosa se abrieron paso por todo el hangar, dañando paredes y techo.

Cindar intentaba dar a los Jedi, pero se movían demasiado rápido para él.

Sus siguientes disparos rozaron el vientre del *Halcón Murciélago* y rebotaron enloquecidamente en el suelo.

Entonces los disparos cesaron.

Cindar estaba rígido ante Qui-Gon y Obi-Wan, con la mirada desenfocada y la boca desencajada en un rictus de sorpresa. Cuando cayó boca abajo, vieron que en el centro de su espalda se encontraba la quemadura de un láser rebotado.

Qui-Gon se acercó a él Y buscó signos de vida.

-Nos ha dicho todo lo que podía decimos.

Obi-Wan se levantó del suelo apoyándose en la pierna sana.

-¿Qué hacemos ahora, Maestro? -preguntó.

El Maestro Jedi movió al cabeza en dirección al *Halcón Murciélago* -Seguir al capitán Cohl hasta Eriadu.

O O O

-¿A Karfeddion? -exclamó Yoda desconcertado-¿En otra misión ha ido?

-Ni más ni menos que la misma que le preocupa desde hace un mes- replicó Saesee Tiin tras mirar a Yaddle.

Yoda se tocó los labios con el dedo índice, cerró los ojos y meneó la cabeza apesadumbrado.

-El capitán Cohl otra vez.

En la torre estaban reunidos once de los doce miembros del Consejo Jedi.

El sol desaparecía por la curva occidental de Coruscant en una erupción de colores. El lugar de Adi Gallia estaba vacío.

-No es propio de Qui-Gon desafiar la voluntad expresa del Consejo y del Canciller Supremo -dijo Plo Koon.

Yoda abrió los ojos de pronto y alzó su bastón.

-No, propio de Qui-Gon esto es. Con la Fuerza Viviente, siempre está. A los actos de Qui-Gon el futuro acomodarse deberá.

-El único peligro aquí es que haga algo que aumente el distanciamiento que ya existe entre la República y el sector Senex -dijo Oppo Rancisis-. Pero me temo que lo sucedido en Asmeru ya pone al Canciller Supremo en una posición difícil.

-Y en un momento muy crítico,-añadió Even Piell-. Vandron y las demás casas nobles de Senex podrían considerar que lo de Asmeru es un ejemplo del desprecio que siente la República por los sectores independientes. Eso podría subvertir las intenciones de Valorum de crear entre los sistemas fronterizos un clima de confianza en la República.

Mace Windu se disponía a decir algo cuando Ki-Adi-Mundi salió del turboascensor.

-Siento interrumpir. Maestro Windu -dijo el cercano-, pero hemos recibido un comunicado urgente de Qui-Gon Jinn.

-¿Qué dice el comunicado? -preguntó Mace Windu.

-Que se dirige a Eriadu a bordo del *Halcón Murciélagos* en compañía de Obi-Wan.

Yoda abrió mucho los ojos en un gesto teatral de sorpresa.

-¡En capitán Cohl, Qui-Gon se ha convertido!

Capítulo 24

Como puerto comercial, Eriadu estaba acostumbrado a ver sus polucionados cielos llenos de naves. Pero la Cumbre había conseguido que se batiera el récord de tráfico, tanto en órbita como por debajo de ella. Entre las miles de naves ancladas en el lado luminoso del planeta había un viejo carguero corelliano, en aquel momento principal objeto de interés de la aeropiqueta fuertemente armada que portaba el emblema del Departamento de Aduanas e Inmigración de Eriadu. Entre la aeropiqueta y el carguero se desplazaba una pequeña nave de un ala, cuyo tamaño doblaba el de los cazas normales.

Rella y Boiny observaban la aproximación de la nave desde uno de los miradores de estribor. Los dos vestían del mismo modo, con botas que les llegaban a la rodilla, pantalones abolsados, chalecos y suaves capas cortas; parecían pilotos veteranos.

-Haremos esto según las reglas -dijo Rella, mirando a Boiny-. Los oficiales de aduanas no se entrenan para ser desagradables, ya nacen así. ¿Quieres que lo repasemos?

El rodiano negó con la cabeza.

-Seguiré tu ejemplo.

Fueron a la escotilla de estribor y esperaron a que se abriese. Poco después, subieron a bordo tres humanos de coloridos uniformes, acompañados de un saurio cuadrúpedo de mal genio con un collar electrónico. La bestia sacaba la lengua y lamía el aire por el tajo que era su boca.

El inspector de aduanas resultó ser una mujer esbelta y de complexión clara, tan alta como Rella. Llevaba el cabello rubio tirante y recogido en una larga trenza tras la cabeza.

-Llevaos a Chack a popa e id avanzando hacia adelante -ordenó a sus dos compañeros-. Dejad que se tome su tiempo. Marcad todo lo que le llame la atención, y nos ocuparemos de cada cosa por separado.

Los dos agentes de aduanas y su sabueso se dirigieron a la parte trasera de la nave. La inspectora vio cómo se alejaban, antes de seguir a Rella y Boiny al compartimento delantero del carguero.

-El manifiesto de carga -pidió ella, extendiendo la mano derecha hacia Rella.

Rella cogió una tarjeta de datos del bolsillo superior del chaleco y lo plantó en la mano de la mujer. Ésta insertó la tarjeta en un lector portátil y estudió la pequeña pantalla del aparato.

En popa se oyó un gruñido repentino. La inspectora de aduanas miró por encima del hombro.

-Su sabueso ha debido encontrar las cocinas -dijo Boiny alegremente. La severa expresión de la mujer no se alteró.

-No comprendo nada de esto -dijo ella un momento después, haciendo un gesto con la mano en dirección a la pantalla. Miró a Rella con sospecha-. ¿En qué consiste exactamente su carga, capitán?

-En problemas -dijo Rella apuntándole con una pistola.

A la mujer se le desorbitaron los ojos por la sorpresa. Ruidos detrás de ella la indujeron a mirar otra vez por encima del hombro. Dos robustos humanos y un gotal respondieron con sonrisas malévolas a su evidente sorpresa. -Tenemos a los otros dos en la popa -dijo Lope-. El animal está muerto. -Buen trabajo -dijo Rella, desarmando diestramente a la mujer. Presionó la pistola contra las costillas de la inspectora de aduanas, y la condujo hasta la consola de comunicaciones del carguero.

-Quiero que alertes a tu nave -le dijo, mientras caminaban-. Dile a quien sea que esté al cargo que has descubierto una carga de contrabando, y que necesitas que toda la tripulación suba cuanto antes a bordo.

La mujer intentó zafarse del control de Rella, pero ésta se mantuvo firme y la empujó hasta el asiento situado ante la consola.

-Venga, hazlo.

La mujer dudó, pero aceptó resignada.

-¿Toda la tripulación? -preguntó alguien incrédulo desde la nave piqueta-. ¿Tan grave es?

-Sí que lo es.

Rella cortó entonces la comunicación y retrocedió un paso para estudiar a la mujer.

-Voy a necesitar tu uniforme.

-¿Mi uniforme?

Rella le dio unos golpecitos en el hombro.

-Buena chica -dijo, volviéndose hacia Boiny y los demás-. Situaos ante la escotilla y disponeos a recibir compañía. Los mercenarios sacaron sus pistolas y se alejaron.

Un cuarto de hora después. Rella entró en el puente de la aeropiqueta llevando el uniforme de la mujer y examinó los mandos. La inspectora de aduanas la seguía, prisionera de Boiny, llevando unos electrogrilletes en las muñecas y las ropas de Rella en el resto del cuerpo.

Boiny empujó a la mujer hasta el asiento del copiloto, presionando luego con sus dedos con ventosas el comunicador que llevaba oculto en la oreja derecha.

-Lope quiere saber lo que hace con el equipo de inspectores.

-Dile que los meta en la bodega de popa del carguero -respondió Rella mientras seguía estudiando los mandos.

Se sentó en el asiento del piloto y lo ajustó a su gusto, El pardusco planeta Eriadu llenó el mirador delantero. Rella conectó el sistema de comunicaciones e hizo girar el asiento para mirar a la inspectora de aduanas.

-Envía un mensaje diciendo que bajas con un cargamento de mercancía confiscada. Di que quieres que la carga sea transferida de inmediato al edificio de aduanas para su inspección, y que tengan hovertrineos preparados para cuando llegues.

-Eso va contra el procedimiento -dijo la mujer sonriendo-. No lo harán.

-Gracias por el aviso -repuso Rella sonriendo a su vez-. Pero esta vez lo harán porque los hombres del edificio de aduanas están conmigo. Puedes mirarme todo lo que quieras, inspectora, pero acabarás por hacerlo.

La mujer se inclinó hacia el transmisor esperando probarle que se equivocaba. Pero, tras escuchar su comunicado, la voz en el otro extremo replicó que tendrían los hovertrineos esperando.

La inspectora de aduanas continuó mirando escéptica a su captora.

-¿Crees que nadie sabe que hemos abordado vuestra nave?

-Somos conscientes de ello. Pero no necesitamos todo el día para hacer lo que vinimos a hacer.

Tras decir esto, ajustó el arnés del asiento de su prisionera de tal manera que ella apenas podía moverse. A continuación aceptó una tira adhesiva que le ofrecía Boiny y la pegó en la boca de la mujer.

-Quédate aquí quieta por un rato -dijo Rella agachándose para ponerse al nivel de los ojos de la mujer-. No tardaremos mucho.

Boiny y ella se dirigieron a popa, a los pequeños compartimentos traseros de la aeropiqueta. Cohl y los mercenarios ya estaban allí apretados entre media docena de tubos de carga de dos metros de

alto traídos desde el carguero. Todos ellos llevaban respiradores y trajes extravehiculares con chalecos de pliegueblindaje debajo.

-¿Es esto necesario? -le preguntaba uno de los humanos a Cohl, gesticulando hacia los tubos de carga.

-Supongo que prefieres abrirte paso a tiros por la aduana, ¿no?

-No, capitán. Es que no me gustan los lugares cerrados.

-Pues acostúmbrate a ellos -repuso Cohl, con una carcajada pesarosa. A partir de este momento, todo serán apreturas. Venga, adentro.

El hombre abrió reticente la escotilla del estrecho tubo y se apretó en su interior.

-¡Esto es como un ataúd!

-Entonces consuélate pensando que aún estás vivo -dijo Cohl, asegurando la puerta desde fuera.

Los demás pasaron también a ocultarse con similar aversión. -Tú también, Cohl -dijo Rella.

-Ojalá pudiera unirme a ti, capitán -dijo Boiny con una sonrisa.

-Tienes suerte de que hubiera un rodiano en el equipo de inspección, o te haría compartir un cilindro con Lope -dijo Cohl burlón, antes de volverse para mirar a Rella-. No sé cómo habríamos podido sacar esto adelante sin tu ayuda.

Ella le miró, entrecerrando los ojos.

-Olvidalo, Cohl. Sólo quiero que salgamos con vida de esto.

-En serio. No te merezco -respondió él metiéndose en un cilindro. -Es la primera verdad que lo dices. Pero yo soy así -repuso ella, acercándose a Cohl para abrocharle el cuello del traje espacial-. No queremos que cojas frío.

Cohl se sonrió.

Rella selló el cilindro de carga y miró a Boiny.

-Prepara la nave para dejar la órbita.

Tal y como se les prometió, había media docena de hovertrineos esperando para cuando la nave de aduanas tocó el sobrecargado espaciopuerto de Eriadu.

Sujeta sólo por los electrogrilletes, la inspectora de aduanas fue la primera en bajar por la escotilla de la aeropiqueta. Echó un vistazo a los pilotos humanoides y alienígenas de los hovertrineos y respiró profundamente.

-¿Pero quiénes sois vosotros? -preguntó completamente descorazonada.

-No quieras saberlo -dijo Rella detrás de ella, antes de hacer un gesto a Boiny.

Este clavó una pequeña jeringa en el cuello de la mujer y le inyectó cierta cantidad de líquido claro. La mujer se derrumbó al instante en brazos de Boina.

-Metedla en uno de los tubos de carga vacíos -dijo Rella-. La llevaremos con nosotros por si acaso.

Tras decir eso saltó a uno de los hovertrineos.

-Tenemos que actuar deprisa -le dijo al contingente de terroristas que había estacionado Havac en tierra-. No tardarán mucho tiempo en descubrir Y registrar el carguero.

Rella condujo una de las hoverplataformas hasta la escotilla de popa, la cual estaba ya abierta. Una vez allí saltó al compartimento trasero y tamborileó con los dedos contra la superficie mate del cilindro de Cohl.

-Ya queda poco -dijo en voz baja.

Una vez se descargaron los cilindros semejantes a ataúdes, la flotilla de hovertrineos se desplazaron sobre las pistas de duracreto del espaciopuerto hasta llegar al edificio de aduanas cuyas puertas estaban guardadas por más terroristas de Havac.

Había naves aterrizando y despegando por todas partes. Los pasajeros desembarcaban cerca de las terminales, traídos por las lanzaderas que les habían recogido de los transportes aparcados en órbita. Por todas partes se veían androides de protocolo y equipos de agentes de seguridad, todos ellos para hacer pasar por la oficina de inmigración a diplomáticos y dignatarios. Masificados a lo largo del perímetro de electroceras del espaciopuerto había multitudes de manifestantes declarando su descontento, cantando eslóganes y exhibiendo carteles burdamente pintados.

Los hovertrineos entraron en el almacén de aduanas en fila de a uno, y las puertas giratorias se cerraron tras ellos. Apenas lo hicieron, sus pilotos humanoides y alienígenas empezaron a romper el sello de los cilindros, que se abrieron con un siseo al escaparse la atmósfera contenida en ellos.

Cohl bajó del ataúd, quitándose el respirador y saltando al suelo cubierto de aserrín, mirando expectante a su alrededor. El lugar olía a hidrocarburos y a tubo de escape de nave espacial.

-Puntual como siempre, capitán -dijo Havac, cuando salió desde detrás de una muralla de bidones, acompañado de sus compañeros.

El militante del Frente de la Nebulosa llevaba un turbante y una bufanda de muchos colores que sólo exponía sus ojos, y se dirigió a los ya inmóviles trineos, deteniéndose de pronto al ver a Rella.

-Creía que se había retirado.

-He tenido una pérdida de memoria, pero pienso superarla -le dijo ella.

Havac examinó a los mercenarios allí reunidos y se volvió hacia Cohl.

-¿Obedecerán las órdenes?

-Sólo si les da de comer con regularidad.

-¿Qué hacemos con ésta? -preguntó Lope, señalando a la todavía inconsciente inspectora de aduanas.

-Dejadla ahí. Nosotros nos ocuparemos de ella -respondió Havac, antes de volverse hacia Cohl. Capitán, si hace el favor de seguirme, daremos término a su intervención en este asunto.

-Me parece bien.

Havac miró a Lope y a los demás.

-Los demás esperad aquí. Os informaré en cuanto vuelva.

Capítulo 25

Adi Gallia se reunió con Qui-Gon y Obi-Wan en una zona restringida del espaciopuerto, cuando éstos bajaron de la lanzadera de afilado morro que les había bajado al planeta.

-El Jedi favorito del Sumo Consejo -dijo Adi cuando Qui-Gon se acercó a ella, sus largos cabellos y su túnica marrón agitándose al viento-. No estaba segura si os vería llegar a tu pádawan y a ti conduciendo la fragata del capitán Cohl.

-Dejamos el *Halcón Murciélago* en órbita -replicó Qui-Gon sin humor-. ¿Cuál es aquí la situación?

-El Maestro Tiin, Ki-Adi-Mundi, Vergere y algunos Jedi más están ya en camino desde Coruscant.

-¿Has pedido a seguridad que controlen a todos los cargueros corellianos? -preguntó él, posando las manos en las caderas.

-¿Sabes cuántos cargueros corellianos hay ahora mismo en órbita? -respondió ella con una mirada de sufrimiento-. Poco se puede hacer, si no puedes proporcionarnos un registro o signatura energética de algún tipo. Tal y como están las cosas, los de aduanas y seguridad tardarán toda una semana en registrar todas las naves.

-¿Qué se sabe del capitán Cohl?

Adi negó con la cabeza, las colas de su ajustada boina le azotaron sus rasgos regulares.

-Nadie que encaje con la descripción de Cohl ha pasado por Inmigración de Eriadu.

-¿No nos habremos adelantado a él, Maestro? -preguntó Obi-Wan-. El *Halcón Murciélago* es la nave más rápida en la que he viajado.

Adi esperó la respuesta de Qui-Gon, que fue una negación con la cabeza. -Cohl está aquí, en alguna parte. Noto su presencia. Los tres miraron a su alrededor, buscando con la Fuerza.

-En este momento hay mucha perturbación. Resulta difícil enfocar en nada -dijo Adi tras un largo instante.

La decisión asomó a la mirada de Qui-Gon.

-Debemos convencer al Canciller Supremo para que nos permita tomar el lugar de sus guardias del Senado. Es nuestra mejor posibilidad.

O O O

Havac les condujo por un largo pasillo. Contra una pared había alrededor de una docena de agentes de aduanas, tumbados, atados, amordazados y con los ojos vendados, profiriendo apagadas exclamaciones de furia cuando Cohl, Rella y Boiny pasaron por su lado. Havac continuó hasta un cuarto donde se albergaba la pequeña planta energética del almacén.

Abrió la puerta e hizo gestos para que entraran todos. Titilantes luces colgadas del techo iluminaban el ruidoso generador y las docenas de cajas sin abrir. El cuarto apestaba a lubricante y combustible líquido.

La actitud de Havac cambió en cuanto cerró la puerta detrás de él. Desenvolvió la bufanda de tela que le ocultaba el rostro y la tiró al suelo.

Cohl le miró con curiosidad.

-¿Por qué tan nervioso. Havac?

-¡Por usted! ¡Casi lo estropea todo! -respondió él iracundo.

Cohl intercambió breves miradas con sus compañeros antes de hablar.

-¿De qué está hablando?

Havac luchó por recuperar la compostura.

-Los Jedi han descubierto que ha estado contratando asesinos, y que planea hacer algo en Eriadu. ¡Su cara está por toda la HoloRed!

-Otra vez los Jedi. Creía que Cindar y usted se iban a encargar de mantenerlos ocupados.

-Y así lo hicimos. Atraímos a los Jedi a Asmeru, y después conseguimos alejarlos más aún de Eriadu. Pero usted ha dejado un rastro que podría seguir cualquier aficionado, y ahora Cindar ha muerto por su culpa.

-Perdone si no me echo a llorar-Mijo Cohl átonamente.

Havac ignoró el comentario y empezó a caminar de un lado a otro.

-Me he visto obligado a modificar todo el plan. De no haber sido por la ayuda de nuestro asesor...

-Tómeselo con calma. Havac. Le va a dar un ataque. Havac se detuvo tras Rella y apuntó a Cohl con el índice.

-Voy a usar a los hombres que me ha traído para crear una distracción. Los rasgos de Cohl adquirieron un rictus áspero.

-No puedo permitir eso. Havac. No los traje hasta aquí para que los mataran. Confían en mí.

-Conténtese pensando que morirán ricos, capitán. Y, lo que es más, no me importa ni lo que piense ni lo que pueda permitir o no. No permitiré que interfiera en mis planes.

Cohl lanzó una breve carcajada.

-¿Piensa detenerme? –repuso, volviéndose hacia la puerta.

-¡Quédese donde está!

La mano de Havac voló a la cartuchera del láser de Rella. Ésta intentó volverse, pero no tuvo tiempo. Havac le rodeó el cuello con el antebrazo izquierdo, mientras presionaba su pistola contra la sien.

Cohl se detuvo en seco y se volvió lentamente hacia él. Boiny estaba tan apartado de Havac como él, y ninguno de ellos se arriesgó a moverse.

-No tiene estómago para este tipo de trabajos, Havac -dijo Cohl con voz controlada-. Aparte la pistola y suéltela.

Havac se limitó a aumentar la presión contra el cuello de Rella. Ésta sujetó la frente de él con las manos.

-Usted mismo lo dijo, capitán: se puede matar a cualquiera. Y así lo haré si intenta marcharse. Le juro que lo haré.

Cohl miró a Boiny antes de replicar.

-Piénselo bien. Havac. Usted es el cerebro, ¿recuerda? Nos contrató para ser la fuerza bruta.

El rostro de Havac estaba rojo por la rabia y el miedo, temblaba de pies a cabeza.

-Me subestima, siempre lo ha hecho.

-De acuerdo. Puede que sea así, pero eso sigue sin significar que...

-Siento que esto deba ser así. Pero cuando se trata de proteger los intereses del Borde Exterior, la gente como usted, como Rella o como yo, somos prescindibles. Y, en cualquier caso, nuestro asesor prefiere dejar la menor cantidad posible de cabos sueltos.

La puerta se abrió y dos de los colegas de Havac entraron en el cuarto enarbolando sus pistolas.

Cohl vio el pesar en los ojos oscuros y hermosos de Rella. -Oh, Cohl -dijo ella en tono triste y quedo.

De pronto. Havac movió la pistola y disparó.

El disparo siseó junto a la cabeza de Rella, acertando a Cohl en el pecho. Un segundo disparo golpeó la pared situada tras Cohl y rebotó por todo el cuarto. Retorciéndose a un lado, se arrojó contra los dos hombres que había junto a la puerta, tirándolos con un bloqueo de su cuerpo.

En ese mismo instante. Rella dobló la pierna derecha y proyectó el pie contra la entrepierna de Havac. Éste se tambaleó hacia atrás, boqueando en busca de aire, pero arreglándose para no soltar la pistola. Boiny se lanzó contra Rella, buscando tirarla al suelo, pero Havac empezó a disparar a ciegas, alcanzando a Rella en el cuello y a Boiny en un costado de la cabeza.

Cohl luchaba con los dos hombres que había derribado cuando oyó los disparos y vio a Rella derrumbándose. Una rabia repentina acudió en su ayuda, permitiéndole arrancar una pistola de manos de uno de los hombres y matarlo de un disparo en la cara. El otro hombre rodó y se incorporó agazapado, lanzando una andanada de disparos contra Cohl.

Éste sintió un calor intenso en el muslo, el abdomen y la frente. Chocó contra la pared y se deslizó lentamente hasta el suelo, soltando la pistola.

Boiny profirió un gemido al otro lado del cuarto, y se incorporó para caer de espaldas, con sangre chorreando de su cabeza.

Cohl miró a Rella a través de ojos semicerrados. Una única lágrima resbalaba por su rostro, bajando por la mejilla derecha hasta la mandíbula. Cohl alargó la mano derecha hacia ella, sólo para que cayera a su costado como un peso muerto.

-Havac -dijo débilmente, antes de que la cabeza le cayera sobre el pecho.

Un tembloroso Havac, con la espalda pegada a la pared, soltó la pistola de Rella como si acabara de darse cuenta de que la empuñaba. Miró con ojos muy abiertos a su compañero.

-¿E... está muerta?

El humano mantuvo la pistola preparada y se acercó primero a Rella, después a Boiny y finalmente a Cohl.

-Sí, y éstos dos van camino de estarlo. ¿Qué hacemos con ellos?

Havac tragó saliva de forma muy audible.

-Las autoridades andan buscando al capitán Cohl -tartamudeó-. Igual deberíamos permitir que lo encontraran.

-¿Y los demás... los que trajo Cohl?

Havac lo meditó unos instantes. A continuación recogió la bufanda que había tirado al suelo y empezó a envolverse el rostro con ella.

-Sólo me conocen como Havac -dijo, y se dirigió a la puerta.

O O O

Un destacamento uniformado de guardias de seguridad de Eriadu escoltó a

Qui-Gon. Obi-Wan y Adi Gallia hasta la puerta fuertemente custodiada de las habitaciones temporales del Canciller Supremo en la majestuosa casa del teniente de gobernador Tarkin.

Sei Taria les escoltó el resto del camino.

-Nunca pude agradecerle personalmente lo que hizo en el Senado -le dijo Valorum a Qui-Gon-. De no ser por usted y por la Maestro Gallia, hoy no estaría aquí.

Qui-Gon asintió en señal de reconocimiento y respeto.

-La Fuerza estaba con usted aquel día, Canciller Supremo. Pero no debemos Pensar que esa amenaza ha pasado ya. Hay motivos para suponer que el atentado de la plaza se preparó para atraer a las fuerzas de la República al sector Senex, y así distraernos de un plan similar que el Frente de la Nebulosa espera poder llevar a cabo en Eriadu.

Valorum agitó las espesas cejas.

-Un atentado aquí contra mí socavaría el poco apoyo de que goza ahora mismo el Frente de la Nebulosa en el Borde Exterior.

-El Frente de la Nebulosa tiene tanta fe en la República como en una coalición de mundos fronterizos -replicó el Jedi con calma y firmeza-. Atacándolo aquí, pretenden inducir a la República a renunciar a sus intereses en las zonas de libre comercio y preparar el terreno para un movimiento separatista en el Borde Exterior. Ya sé que desafía toda cordura. Canciller Supremo, pero el Frente de la Nebulosa parece haber perdido la cordura.

Valorum dio unos pasos alejándose del Jedi, girando luego sobre los talones.

-Entonces, me corresponde convencer a los delegados de los sectores fronterizos de que aflojen el yugo a que les ha sometido el Frente de la Nebulosa y la Federación de Comercio.

-Canciller Supremo -intervino Adi- ¿aceptaría posponer su discurso de inauguración hasta que podamos descubrir cuál es el plan del Frente de la Nebulosa? Puede que los asesinos se hayan infiltrado ya en la seguridad de Eriadu.

-No pienso hacer nada de eso -repuso Valorum negando con la cabeza-. Tal como están las cosas, cualquier cambio del protocolo podría interpretarse como debilidad o como dudas. Lo siento. Me doy cuenta de que tienen las mejores intenciones en mente, pero no puedo permitir que interfieran en el proceso. Por el bien de la República.

Adi inclinó la cabeza.

-Honraremos sus deseos, Canciller Supremo.

Los tres Jedi dieron media vuelta y salieron de la sala.

-Habrá que ir directamente a donde se va a celebrar la Cumbre y ver lo que podemos descubrir allí -dijo Qui-Gon apenas se cerró la puerta tras ellos.

Capítulo 26

Si el atentado no convirtió a Valorum en el centro de atención de esta Cumbre, desde luego lo es ahora por lo de Asmeru - le decía el senador Bor Gracus de Sluis Van a Palpatine mientras se movían con el paso lento de los delegados que se dirigían a los escáneres de inmigración del espaciopuerto de Eriadu.

Fueran humanos o alienígenas, casi todos ellos iban envueltos en túnicas y capas de la mejor tela, incluidos Palpatine y su compañero temporal en la serpenteante cola, los cuales vestían de manera similar, con túnicas ricamente adornadas de espaciosa mangas y elevados cuellos dobles.

Sate Pestage y Kinman Dorian, igualmente vestidos con túnicas negras, iban muy cerca detrás de Palpatine.

-Me han llegado rumores de que hay muchos delegados del Núcleo y el Borde Interior que creen que la intervención del Canciller Supremo en Asmeru sólo era una manera de ganarse el favor de la Federación de Comercio.

Gracus era un humano robusto de ojos saltones y nariz bulbosa. Su mundo natal tenía pequeños pero florecientes astilleros. Al igual que los demás mundos cercanos a la Ruta Comercial de Rimma, Sluis Van consideraba predestinada su futura importancia.

-Los rumores sólo son de utilidad cuando son certeros, senador - repuso Palpatine un momento después-. El canciller supremo Valorum no suele defender las políticas comerciales injustas.

-¿Injustas, dice? No vi que usted se levantara y aplaudiera cuando Valorum hizo ese discurso defendiendo las ventajas de un impuesto a las zonas de libre comercio.

-Eso no significa que piense de otro modo -dijo Palpatine con voz controlada-. Pero, al igual que a usted, mi posición me obliga a representar la opinión de aquellos a los que represento, y por el momento, Naboo sigue sin pronunciarse.

Gracus le miró de lado.

-¿Quiere decir que el rey Veruna aún no se ha pronunciado?

-Lo único seguro es que sus problemas van en aumento. Nuestro regente está demasiado envuelto en el escándalo como para pensar en el futuro de Naboo. Olvida que nuestro mundo depende de la Federación de Comercio para muchas de sus importaciones industriales, además de para buena parte de sus alimentos. Naboo arriesga tanto como cualquier otro sistema fronterizo que se oponga activamente a la Federación, cuando no más. Sólo tras muchas discusiones y debates pude convencer al rey Veruna de la importancia que tenía mi asistencia a esta Cumbre.

-Es usted muy juicioso, senador -dijo Gracus, de una manera en la que se mezclaban tanto admiración como cierta irritación-. Ha respondido a mi pregunta sin llegar a contestarla. Apoya a Valorum, al tiempo que no lo apoya. -Cuando se hizo evidente que Palpatine no pensaba responder, continuó hablando-. Tengo entendido que usted participó en la decisión del Canciller Supremo de enviar una fuerza armada a Asmeru.

-Una delegación diplomática -le corrigió Palpatine.

-Llámela como quiera, que eso no cambiará lo que sucedió allí. Y no podrá negar que lo sucedido huele más a la fuerza que a la diplomacia.

-Los detalles que se han comunicado del incidente son con mucho superficiales, senador -dijo Palpatine, desechando la idea con un gesto-. Y, lo que es más, ignora el hecho de que el Frente de la Nebulosa pasó a ser asunto de la República en el mismo momento en que atentó contra su Canciller Supremo. -Eso afirma Valorum.

-La delegación fue atacada casi de inmediato, y respondió de la forma adecuada.

-La típica justificación -bufó burlonamente Gracus-. Valorum empleó el incidente para lanzar un ataque preventivo y así anular la capacidad del Frente de la Nebulosa para interrumpir la Cumbre, al tiempo que fuerza a la Federación de Comercio a aceptar el impuesto. Y sospecho que también le movían otros motivos. Todo el mundo esperaba que las casas de Senex protestasen por la violación de su territorio, pero han guardado demasiado silencio. No me sorprendería descubrir que Valorum ha hecho un trato con la casa Vandron. Si no protesta por lo sucedido en Asmeru, el Senado, o al menos Valorum, pasarán por alto sus continuas violaciones de los Derechos de los Seres Inteligentes y anularán las restricciones que impiden al sector Senex comerciar con los mundos de la República.

-Los mundos del Núcleo se interesan bien poco por las injusticias que asolan el Borde Exterior, sean éstas de esclavismo o de tráfico de especia -repuso Palpatine en tono cansino-. La República estaría encantada de comerciar con el sector Senex, al margen de cualquier violación de esos derechos, si el sector Senex tuviera algo de valor que ofrecer a cambio. Si fuera así, ya haría tiempo que se habría acabado con la Federación de Comercio. Pero la verdad es que tanto los neimoidianos como los demás miembros de su Directiva han sabido hacerse imprescindibles con las mercancías que llevan hasta el Núcleo.

-Aun así -balbuceó Gracus desconcertado-, en estos momentos los mundos del Borde Externo andan muy revueltos. Hasta quienes no apoyan abiertamente al Frente están en contra de la intervención de la República en Asmeru.

Palpatine sonrió de forma ambigua.

-Estoy seguro de que el Canciller Supremo calmará las preocupaciones de todos cuando se dirija a los delegados.

-Estaremos todos impacientes por oír lo que tenga que decirnos -replicó el senador de Sluis Van con desdén-, dado que, por un lado, pretende castigar con impuestos a la Federación de Comercio, mientras, por el otro, les acaricia erradicando al antagonista más peligroso que tienen.

-Uno debe hacer los ajustes que considere necesario -repuso Palpatine con un buen humor que no parecía abandonarlo-. Nadie puede preverlo todo, por mucho que planee las cosas. El paisaje en el que habitamos cambia continuamente. -Una mirada distraída asomó a sus ojos-. En este instante estamos en la luz, y al siguiente estaremos en la oscuridad, buscando cada uno su propio camino en ella. Quizá cuando puedan adivinarse los acontecimientos, cuando alguien obtenga un poder así, quizá entonces pueda dirigirse el futuro por un camino u otro. Pero mientras eso no pase, sólo podemos avanzar tropezando, palpando ciegamente en busca de la verdad.

Gracus lanzó un bufido.

-Entonces, quizá debería pensar en presentarse al puesto de Canciller, senador.

-Estoy contento con mi participación detrás de las candilejas -repuso Palpatine desechando la idea.

-Sospecho que sólo de momento -dijo Gracus, mientras Palpatine se adelantaba en la cola.

O O O

Los ojos rojos de Nute Gunray se pasearon por la cola de delegados que esperaban a ser escaneados por las primitivas máquinas de Eriadu. Su mirada se fijó en dos senadores humanos, uno rotundo y plebeyo, el otro muy erguido y refinado enzarzados en lo que parecía una conversación animada. Miró al senador Lott Dod desde lo alto de su mecanosilla.

-¿Quién es el humano de la túnica azul, ése de allí, que habla con el más grueso?

-El senador Palpatine de Naboo -dijo Dod, tras seguir el índice del virrey.

-¿Es amigo nuestro?

-Da toda la impresión de mantenerse en medio, virrey -contestó, negando dubitativo con la cabeza-. Pero dicen que animó a Valorum a enviar a los judiciales al sector Senex.

-Entonces, es un amigo en potencia.

-Pronto sabremos en qué posición está todo el mundo.

Detrás de ellos estaba la lanzadera que les había bajado a la superficie, una nave de aspecto orgánico con un cuarteto de trenes de aterrizaje segmentados y con forma de garra, una pareja de troneras para el generador que parecían ojos y un escudo deflector trasero que se alzaba del cuerpo aplanado de la nave como si fuera una cola erizada.

Gunray y Dod vestían túnicas, mantos y tiaras: carmesí y cordobán la del virrey, púrpura oscuro y lavanda la del senador. Delante, detrás y a sus flancos desfilaban androides de seguridad, con sus rifles láser montados tras el hombro derecho. Los androides eran la respuesta neimoidiana a la oferta de Eriadu de proporcionarles protección. Además, la Directiva de la Federación de Comercio había insistido en que se instalara un pequeño generador de escudos en el palco que se les había asignado en la Cumbre.

Una simple mirada a los manifestantes que se pegaban al perímetro de las instalaciones del espaciopuerto le indicó a Gunray que los miembros de la Directiva habían tomado una decisión prudente, pese al ridículo a que se habían visto sometidos en el Senado Galáctico.

Los otros seis miembros de la Directiva, protegidos por los agentes de seguridad de Eriadu, lideraban el cortejo de la Federación de Comercio mientras se dirigían a la terminal. Encabezando la fila iban los cuatro miembros humanos de la Federación: dos de Kyat, uno de Balmorra y el otro de Filve. Tras ellos iban los miembros de Sullusta y de Gran, todos ellos llevando costosas túnicas y tocados, aunque muy distantes de las extravagancias que solían usar Gunray y Dod.

-¿Podemos considerar ese asunto de Asmeru como una señal de que Valorum esta secretamente de nuestro lado? -preguntaba el sullustano al gran.

-Sólo si Valorum nos sorprende a todos retirando su propuesta impositiva -replicó el gran.

-Mis letrados me aseguran que la República no tiene ningún derecho legal a imponer impuestos a las zonas de libre comercio -dijo Gunray en básico, desde lo alto de su trono ambulante.

Uno de los humanos de Kuat miró al neimoidiano por encima del hombro y lanzó una carcajada.

-La República hará lo que quiera, virrey. Y usted será idiota si cree otra cosa. Valorum es tan enemigo nuestro como lo ha sido siempre.

Gunray sufrió la humillación en silencio. Se preguntó qué opinaría el kuati del comentario de Darth Sidious de que Valorum era el principal aliado que tenía la Federación en el Senado. ¿Se habría apresurado tanto a burlarse de él?

Gunray lo dudaba.

Ni el arrogante humano ni los demás estaban al tanto del acuerdo secreto que tenía Gunray con el Señor Sith. Consideraban la continuada compra de androides mejorados de los neimoidianos como un gasto inútil, y un claro síntoma de la creciente paranoia de esa raza. Pero rara vez discutían los costes, ya que esas armas aportaban una protección añadida a la flota. Del mismo modo, tampoco estaban al tanto del plan de Sidious para que la Federación ampliara su esfera de influencia más allá de los sistemas fronterizos, llegando hasta el mismo Borde Galáctico.

Aún así. Gunray estaba inquieto.

El Señor Sith sólo se había comunicado una vez con él desde el encuentro entre los neimoidianos y los fabricantes de armas de Baktoid y de Haor Chall. La comunicación había sido breve y unilateral, con Sidious recalcando la importancia de que Gunray asistiera a la Cumbre, y asegurándole, como siempre, que todo iba según el plan previsto.

-La forma de derrotar a Valorum -decía el otro kuati- es convenciendo a nuestros miembros con voto de que no ganarán nada dejándonos para buscar representación individual en el Senado.

-Aunque eso requiera ofrecerles lucrativos incentivos comerciales -añadió el sullustano.

-Pero nuestros beneficios... -farfulló Gunray, pese a sus esfuerzos por controlarse.

-Los impuestos de la República tendrán que ser absorbidos por los sistemas fronterizos -dijo el directivo de Balmorra-. No queda otro remedio.

-¿Y si los impuestos son demasiado exorbitantes como para ser absorbidos por los sistemas fronterizos? -preguntó el gran-. Perderíamos una buena parte del mercado. Esto puede dejarnos en muy mala situación.

Esa vez. Gunray se las arregló para contenerse.

Todo es una charada, le había dicho Sidious. Los impuestos sólo son un obstáculo menor en, nuestro camino a una gloria mayor. Deja que tus compañeros de la Directiva digan y hagan lo que quieran. Pero contente y evita responderles, sobre todo en la Cumbre.

Nuestro camino, pensó Gunray.

Pero, ¿participaba él en una verdadera sociedad, o en una donde Sidious acabaría siendo el Señor de los neimoidianos? ¿Por cuánto tiempo se conformaría un Señor Sith con tener sólo poder económico? ¿Y qué sería del virrey Nute Gunray una vez Darth Sidious pusiera sus miras en un objetivo mucho más digno de sus oscuros conocimientos?

El virrey diputado Hath Monchar y el comandante Dofine ya le habían hecho partícipe de sus dudas respecto a esa alianza, dándose poca cuenta de que era una sociedad prácticamente impuesta a Gunray desde el mismo momento en que se le ofreció.

El Señor Sith le había prometido que volvería a comunicarse con él antes de que diera inicio la Cumbre. Puede que entonces se lo revelase todo, ansiaba el virrey.

Capítulo 27

Havac y su grupo volvieron a la sala principal del almacén de aduanas y al distante rumor de naves despegando. Los cinco mercenarios reclutados por Cohl estaban sentados en el borde de los hovertrineos que les habían llevado hasta el almacén. Lope supo que había pasado algo inesperado al ver el nerviosismo con que se movía Havac.

-Cohl ha salido por detrás, pero os desea suerte -repuso Havac, dirigiéndose luego a Lope, antes de que nadie pudiera hacerle alguna pregunta-. ¿Cuál es el arma que prefieres?

Lope miró por segunda vez al pasillo por el que había llegado, antes de volver a clavar los ojos en los trineos.

-Cuchillos, del tamaño que sean.

Havac se volvió hacia otro de los humanos.

-¿Y la tuya? -preguntó con voz cada vez más confiada.

-Los rifles de precisión.

Havac miró al gotal.

-Yo no soy un tirador. Soy un explorador.

Havac estudió a la pareja de humanos que quedaba, un hombre de aspecto brutal y una mujer igualmente fornida.

-No tengo preferencias -gruñó el hombre.

-Yo tampoco -repuso la mujer.

Havac se sacó del bolsillo un holoprojector portátil y lo colocó sobre una caja de aleación. Todo el mundo se puso alrededor de ella mientras la imagen de un edificio de la era clásica con un techo en cúpula tomaba forma en el cono de luz.

-Aquí es donde tendrá lugar la Cumbre -dijo, mientras la imagen empezaba a rotar, mostrando torres altas y esbeltas en cada esquina, así como cuatro entradas principales-. El salón principal es un hemiciclo con un diseño muy similar a la del Senado Galáctico, pero a mucha menor escala y sin los balcones desprendibles.

Havac pasó a una visión panorámica del interior.

-Fiel a la exagerada importancia que se da, la delegación de Eriadu se ha buscado un sitio en el centro del salón. La delegación de Coruscant ocupará la parte este de los asientos, aquí, mientras que los miembros de la Directiva de la Federación de Comercio estarán en el lado oeste. Las delegaciones de los Mundos del Núcleo, el Borde Interior y los sistemas fronterizos estarán dispersas por el resto del salón.

—La Directiva de la Federación podrá activar un campo de fuerza para protegerse en caso de haber problemas. En cambio, la delegación de Valorum acudirá deliberadamente desprotegida en gesto de buena fe."

El francotirador examinó la imagen por un momento.

-Valorum será un objetivo difícil, incluso desde los asientos más elevados del hemiciclo.

-Tú estarás más arriba aún. La parte superior del salón es un laberinto de saledizos y plataformas donde hay hasta cabinas para el personal de los medios de difusión.

-Tenemos más posibilidades de acertar a Valorum antes de que entre en el edificio dijo Lope.

-Es posible -concedió Havac-. Pero el plan depende de nuestra capacidad para infiltrarnos en la Cumbre y hacer allí el trabajo.

-Cuatro entradas -dijo el francotirador-. ¿Por cuál de ellas entrará Valorum?

-No se sabe -repuso Havac negando con la cabeza-. La ruta que seguirá hasta allí se revelará en el último instante, y no tenemos a nadie lo bastante cercano a él como para facilitarnos ese dato. Por eso necesitamos fuera a un equipo observador.

Havac pasó a otra imagen del holoprojector, mostrando el barrio viejo de la ciudad, donde las cimas de innumerables edificios asomaban para formar un amplio paisaje de tejados redondeados y elegantes torres.

-La seguridad de Eriadu intentará mantener despejados los tejados, pero no dispone de hovervehículos suficientes para realizar una vigilancia efectiva, y menos aún en zonas como ésta, donde todos los tejados están interconectados. En vez de eso, harán pasadas a intervalos regulares, concentrando sus esfuerzos en los edificios adyacentes al Palacio de Congresos.

Havac señaló uno de los tejados con cúpula.

-Desde este sitio se tiene una buena visión de los cuatro bulevares que conducen a las diferentes entradas del edificio. Los observadores -y al decirlo señaló a Lope, al gotal y a la mujer- tendrán tiempo sobrado para situarse en el tejado entre pasada y pasada de los grupos de seguridad. Podréis acceder al tejado mediante un piso franco que tenemos en Eriadu. El piso franco también servirá como punto de encuentro una vez haya pasado todo, o suceda algún imprevisto. El hovercortejo de Valorum será fácil de localizar. En cuanto estéis seguros de la ruta que tomará, nos comunicaréis esa información a los demás.

-¿Dónde estaréis los demás? -quiso saber Lope.

-Los tiradores estarán ya dentro del Palacio de Congresos, apostados en las pasarelas

-Será el primer sitio donde miren los de seguridad -se quejó el francotirador-. Quiero una cantidad extra si me voy a pasar todo el día allí colgado.

Havac negó con la cabeza.

-Recibirás la misma cantidad que los demás. Todos tenemos un papel importante en esto.

-Havac tiene razón -dijo Lope-. Si no te gusta ser el tirador, yo tomaré tu lugar mientras tú vigilas desde el tejado. De todos modos, no me gustan las alturas.

-No he dicho que no lo haría -repuso el francotirador, mirando a Lope-. Sólo quiero saber cómo se supone que voy a llegar hasta las pasarelas.

Havac hizo avanzar a uno de sus compañeros. El nikto colocó una maleta encima de la misma caja donde se hallaba el holoprojector y la abrió. Havac sacó una chaqueta de la maleta y se la entregó al francotirador.

-Esto te identificará como perteneciente al equipo de seguridad de Eriadu. Después te proporcionaré la documentación que necesitas. La cuestión es estar en el Palacio de Congresos antes de que llegue cualquiera de los delegados. Una vez sepamos cuál es la entrada que usará Valorum, podrás situarte en la posición que consideres más adecuada.

El francotirador dobló sobre su brazo la chaqueta del uniforme.

-¿Cuándo debo disparar?

-El protocolo exige empezar con una serie de tres fanfarrias de trompeta. Intenta disparar cuando empiece la tercera fanfarria.

-¿Valorum se habrá sentado ya?

Havac asintió mientras volvía a poner la imagen del interior del salón.

-Así es. Pero tu primer disparo deberá dar aquí.

El francotirador se quedó mirando el lugar de Palacio de Congresos que le indicaba Havac, y después le miró desconcertado.

-No lo entiendo. ¿Quién se sentará ahí?

-Nadie.

-Nadie -repitió el tirador, meneando a continuación la cabeza-. No sé lo que pretendes conseguir con eso, pero yo tengo que mantener una reputación, y no suelo fallar cuando se me contrata como tirador.

Havac gruñó bajo la bufanda.

-De acuerdo, pero elige tú el objetivo. Hiere a alguien.

-Creía que ya teníamos un objetivo... Valorum -intervino Lope. Havac lo confirmó asintiendo con la cabeza, y miró a todos.

-Sí, pero no quiero que ninguno de vosotros sea quien le dispare.

Mientras Lope y los demás se miraban unos a otros. Havac desactivó el holoprojector y lo apartó. Al mismo tiempo, una pareja de bith se pusieron a abrir la caja de aleación sobre la que había estado el aparato, y sacaron de ella un amasijo cuadrado de extremidades y un larga cabeza cilíndrica.

-Os presento al miembro más importante de nuestro equipo -dijo Havac-. Construido especialmente para nosotros por la misma compañía que fabrica los androides de seguridad de la Federación de Comercio.

A continuación sacó un pequeño control remoto del bolsillo, tecleó un código en él, y el androide se desplegó hasta erguirse, con los brazos en los costados y un rifle láser montado junto a su mochila. El nikto sacó un tomillo de contención del pecho de plastron del androide de casi dos metros de alto y se echó a un lado. El tomillo cayó al suelo y rodó hasta el hovertrineo más cercano.

Havac tecleó otro código.

El androide se llevó la mano al hombro para coger el rifle láser. Los mercenarios reaccionaron con la misma rapidez, asumiendo posturas defensivas y desenfundando sus propias armas.

-Tranquilos, dijo Havac subiendo la voz y haciendo un gesto con las manos.

Volvió a teclear en el control remoto. Cuando el androide de combate devolvió el rifle a su sitio, Havac empezó a caminar a su alrededor.

-Es inofensivo -aseguró a todo el mundo-, a no ser que yo le diga otra cosa.

El gotal fue el único que no volvió a enfundar el arma.

-No puedo trabajar con androides -dijo furioso-. Sus ondas de energía sobrecargan mis sentidos.

-No tendrás que trabajar con él -dijo Havac-. También estará en la Cumbre.

Lope y el tirador intercambiaron una mirada de preocupación. -¿Y quién le meterá dentro? -preguntó el primero. -La Federación de Comercio.

El tirador se frotó la mandíbula cuadrada.

-¿Estás diciendo que este androide será el verdadero tirador? Havac asintió.

-¿Por qué quieres entonces que dispare contra el suelo?

-Porque tú disparo iniciará una cadena de acontecimientos que permitirá que nuestro compañero metálico lleve a cabo sus órdenes -repuso Havac mirando al androide-. No necesita un ordenador de control, pero sí necesita percibir una amenaza antes de poder actuar.

Lope empezó a negar con la cabeza.

-Quieres que parezca que fue la Federación de Comercio la que mató a Valorum.

Los demás mercenarios miraron a Havac.

-¿Objetáis algo a eso?

-El capitán Cohl nos dijo que esto sería un trabajo normal -protestó el francotirador-. No mencionó para nada a la Federación de Comercio.

-El capitán Cohl no estaba al tanto de todas las implicaciones del plan -replicó Havac con frialdad-. No tenía sentido arriesgarnos a una fuga de información.

Lope forzó una breve carcajada.

-Creo que eso podemos entenderlo. Pero la verdad es que si se corre la voz de que ayudamos a tender una trampa a la Federación de Comercio...

-Su brazo es mucho más largo que el de la República -continuó el tirador-. Enviarán tras nosotros a todos los cazarrecompensas que haya entre Coruscant y Tatooine. Y yo, por ejemplo, no quisiera pasarme el resto de mis días escondido en un agujero.

Havac les dedicó una mirada pétrea.

-Dejemos esto claro. Si queremos sacar adelante este plan, habrá que ser más listos que la seguridad de Eriadu, los judiciales de la República y los Caballeros Jedi. Y acepto que después de esto igual tenéis que sobornar a alguno que otro cazador de recompensas. Pero eso sólo significa que estaréis a la altura de vuestra reputación actual. Si alguno de vosotros no cree estar a la altura, éste es el momento de decirlo.

Lope miró al francotirador, después al gotal, luego a los compañeros humanos y alienígenas de Havac y finalmente otra vez al francotirador.

-¿Está decidido? -preguntó Havac, rompiendo el largo silencio.

Lope asintió.

-Sólo una pregunta más, Havac. ¿Dónde estarás tú mientras pasa todo esto? -Donde pueda vigilaros a todos vosotros -dijo, y lo dejó ahí.

O O O

Parado en el mosaico de losetas del suelo. Qui-Gon estudió las filas de asientos, las repisas de los adornados ventanales en arco, las cabinas para los medios de comunicación y las pasarelas de servicio de arriba. Giró en círculo, tomando nota de los grupos de androides que inspeccionaban los cientos de cámaras de vídeo del salón y los grupos de judiciales y de personal de seguridad que se desplazaban entre los asientos llevando bestias que olían, probaban y buscaban en el aire estancado.

En la parte destinada a la delegación de Coruscant se encontraban los Maestros Tiin y Ki-Adi-Mundi caminando entre los asientos, receptivos a la menor perturbación de la Fuerza. Adi Gallia y Vergere hacían lo mismo en otra parte del hemisiciclo, buscando con sus sentidos, con la esperanza de descubrir algún indicio de lo que habían planeado Cohl y Havac para la Cumbre.

El Palacio de Congresos era una pesadilla para la seguridad con sus cuatro entradas y sus numerosas ventanas. Y para empeorar las cosas, Eriadu había decretado que la Cumbre estaría abierta no sólo a delegados, sino a reporteros de la HoloRed, a dignatarios y veteranos de todo tipo, a músicos, representantes de corporaciones y prácticamente cualquiera con un mínimo de autoridad o influencia. Se esperaba a tantas especies diferentes, cada una de ellas con su respectivo cortejo de

ayudantes, asistentes, traductores y guardias de seguridad, que iba a resultar imposible discernir quién debía estar allí y quién no.

Qui-Gon volvió a girar sobre los talones. La delegación de Eriadu se había reservado el centro del lugar, situando al canciller supremo Valorum a su izquierda y a la Directiva de la Federación de Comercio a su derecha. El Gremio de Comerciantes y la Unión Tecno tenían una fila de asientos entre los dos, entre los delegados del Núcleo y los sistemas fronterizos.

Los ojos del Jedi volvieron a fijarse en las pasarelas y las plataformas de arriba, muchas de las cuales soportaban panoplias de focos y de sistemas acústicos.

Los francotiradores podían apostarse donde quisieran, se dijo. Cualquier asesino al que no le importara su propia vida podría causar un daño incalculable desde allí arriba.

-¿Sientes alguna cosa, Maestro? -preguntó Obi-Wan tras él.

-Sólo que nos enfrentarnos a algo que no vemos. Obi-Wan. Cada vez que estamos a punto de identificara nuestro adversario, éste se mueve y nos evade.

-Entonces, ¿no es el capitán Cohl?

Qui-Gon negó con la cabeza.

-Aquí hay una mano oculta organizándolo todo, una que manipula a Cohl con tan poco esfuerzo como a nosotros.

-¿No será Havac?

Qui-Gon lo meditó un momento, antes de volver a negar con la cabeza. -No tiene nombre que yo sepa, pádawan. Puede que este misterio sólo se deba a mi incapacidad de ver más allá del momento presente. ¿Qué sientes tú? -Siento que estamos cerca de resolver esto, Maestro -dijo Obi-Wan con expresión seria.

-Me consuela oír eso -dijo Qui-Gon tocándolo en el hombro.

Adi Gallia y Vergere bajaron de la primera fila para hablar con ellos.

-Seguridad nos asegura que los escáneres de la entrada son capaces de detectar explosivos y armas, sin importar cuál sea su composición -dijo Adi-. Apostarán guardias por toda la sala, así como en los pasillos exteriores y en las pasarelas. Unidades de seguridad y androides de todo tipo efectuarán una vigilancia continuada de los tejados.

-Eso quizá impida a Cohl iniciar un ataque aquí -replicó Qui-Gon, pero ¿y fuera del Salón?

-La ruta que seguirá el Canciller Supremo la decidirá un ordenador en el último momento.

-Yo preferiría que la ruta fuera aérea y que aparcase en la plataforma del tejado.

-Lo siento, Qui-Gon -respondió Adi, negando con la cabeza-. Insistió en llegar en un vehículo terrestre. Habrá que confiar en que surtirán el mismo efecto las precauciones que lo protegieron en el camino del espaciopuerto a la mansión del teniente de gobernador Tarkin.

-Qui-Gon -llamó de pronto el Maestro Tiin.

Qui-Gon se volvió para descubrirlos a él y a Ki-Adi-Mundi corriendo hacia ellos.

-Han localizado el carguero del capitán Cohl -continuó Tiin-. El carguero corelliano. Encontraron a diez agentes de aduanas maniatados en la cabina trasera.

Qui-Gon y Obi-Wan intercambiaron una breve mirada.

-¿Cómo sabes que es en el que vino Cohl?

-El navegador de a bordo indica que la nave saltó hasta Eriadu desde el espacio de Karfeddion.

-Cohl debió bajar a la superficie en la nave de los agentes de aduanas -dedujo Qui-Gon.

Tiin asintió cuando se detuvo ante Qui-Gon.

La nave de aduanas ha sido localizada en el espaciopuerto.

-Debemos comprobarlo nosotros mismos -dijo Obi-Wan apresuradamente, para detenerse un momento después y mirar a Tiin-. ¿Por qué realizaron un registro del carguero?

Tiin parecía haberse adelantado a esa pregunta, así como a la mirada de preocupación de Qui-Gon.

-Las autoridades recibieron una llamada anónima.

Capítulo 28

Cohl agitó los párpados, y después los abrió del todo. El rostro de Boiny manchado de sangre permaneció desenfocado en su mirada. Sintió náuseas y calambres. Sabía que su cuerpo debía estar sufriendo mucho, pero apenas era consciente de él. Boiny debía haberle administrado bloqueadores del dolor. Cohl saboreó la sangre de su boca, y algo más: la dulzona astringencia del bacta.

Los rasgos de Boiny empezaron a definirse y enfocarse. Un disparo láser había trazado un profundo surco en el lado izquierdo del verdoso cráneo del rodiano. La herida brillaba por el bacta recién aplicado, pero Cohl dudaba que la sustancia milagrosa pudiera salvarlo.

Su memoria volvió de pronto. Se sobresaltó e intentó sentarse.

-Espere, capitán -dijo Boiny. Tenía la voz débil y ronca-. Descanse un momento.

Cohl no le hizo caso. Se obligó a incorporarse e inmediatamente cayó boca abajo contra el suelo. Oyó cómo se le rompía la punta de la nariz y sintió cómo un reguero de sangre le bajaba por el bigote y goteaba hasta su labio inferior.

Empezó a arrastrarse por el suelo hasta donde estaba el cuerpo inerte de Rella. Cuando alargó la mano y le rozó el rostro con la yema de los dedos notó que estaba inerte y frío.

Boiny volvía a estar a su lado.

-Está muerta, capitán -dijo angustiado-. Para cuando llegué a ella. Ya no había nada que hacer.

Cohl se arrastró el último metro hasta llegar a Rella. Le rodeó los hombros con el brazo derecho, apretándola contra sí y llorando en silencio durante un momento.

-Tuviste que volver -dijo en voz queda, entre sollozos. Entonces se volvió y miró a Boiny.

-Debiste dejarme morir.

-Boiny esperaba su ira.

-Quizá lo hubiera hecho de haber estado más cerca de la muerte. -Apartó los andrajos de la camisa de Cohl para descubrir el grueso chaleco de pliegueblindaje que había debajo-. El chaleco absorbió la mayor parte de la carga, pero tienes lesiones internas. -Miró a la destrozada pierna izquierda de Cohl y se inclinó para examinarle la frente-. Hice lo que pude con tus otras heridas.

Cohl se llevó la mano a la cabeza. El disparo le había quemado todo el pelo del lado derecho de su cabeza, dejando una herida tan profunda y mellada como la que hendía el cráneo de Boiny.

-¿Dónde encontraste...?

-Un botiquín de emergencia en un pequeño armario junto a la puerta. Los parches de bacta caducaron hace un par de meses, pero aún conservarán potencia suficiente para mantenernos un tiempo enteros.

Cohl se pasó el dorso de la mano bajo la nariz, respirando luego trabajosa.

-Tu cabeza...

-Fracturada además de chamuscada. Pero me administré una buena cantidad de los mismos bloqueadores del dolor que te di a ti. Estuve a punto de tener una sobredosis, pero al menos ahora ya no de veo doble.

Cohl consiguió sentarse. Miró a su alrededor, viendo al hombre que había matado tumbado boca abajo en el suelo, en la postura en que había caído. Aparte de él, el lugar estaba vacío. Volvió a mirar a Boiny.

-¿Por qué no nos remataron?

-No se esperaban que pasara esto. Supongo que Havac se asustó. Cohl lo pensó un momento.

-No. Los Jedi nos buscan. Quiere que nos encuentren. Pero no es tan idiota como para creer que no diré nada sobre sus intenciones, movido por algún equivocado sentido del honor.

-Apuesto a que contaba con que no traicionarías a Lope y a los demás. Cohl asintió lentamente.

-Havac me caló bien. Pero lamentará no haberme matado mientras tuvo oportunidad.

-Se apoyó sobre la rodilla sana, no sin dificultad-. ¿Hay alguien más en el almacén?

-Sólo los agentes de aduanas maniatados del pasillo. La zona de carga está desierta.

-Ayúdame a levantarme –dijo, alargando un brazo hacia el rodiano. Hizo una mueca mientras Boiny tiraba de él y lo ponía en pie.

Tambaleándose, posó el pie izquierdo en el suelo y estuvo a punto de caerse.

-Voy a necesitar una muleta.

-Improvisaré algo.

Cohl se balanceó sobre la pierna buena. Pensó que el corazón le reventaría si volvía a mirar a Rella, pero aun así se obligó a bajar la mirada.

-Algunos de nosotros nacemos para ser traicionados –susurró-. Ya no puedo compensarte por esto. Rella. Pero dedicaré todas mis fuerzas a vengarte.

O O O

Apoyándose en la muleta que el rodiano había improvisado a partir de una tubería y un asa de plásticero envuelta en telas, Cohl siguió a su compañero por el pasillo. Los agentes de aduanas maniatados y vendados apenas fueron conscientes de su presencia cuando pasaron furtivamente ante ellos camino de la entrada del almacén. La inspectora de aduanas cuyo uniforme había usado Rella seguía inconsciente por la inyección de Boiny.

La zona delantera estaba inundada por el sonido de despegues y aterrizajes, pese a estar cerradas las puertas giratorias. Los hovertrineos seguían flotando a un metro del suelo cubierto de aserrín, y todo lo demás seguía estando tal y como lo recordaban.

Boiny estudió el lugar por un momento y después se dirigió al centro de la sala, a dos metros del trineo principal.

-Aquí pusieron una caja.

Cohl examinó las reveladoras marcas en el aserrín. -Demasiado grande para ser la de un arma.

Miraron a su alrededor y los dos localizaron el holoproector al mismo tiempo. Estaba en el tren de aterrizaje de uno de los trineos. Boiny lo cogió y lo puso sobre el trineo, encendiéndolo. Cohl se acercó cojeando hasta el aparato mientras éste empezaba a proyectar un ciclo de las imágenes almacenadas en su interior.

-El Palacio de Congresos –dijo, al ver las imágenes en 3D del majestuoso edificio con cúpula y el montículo sobre el que estaba edificado.

Boiny dejó que las imágenes reanudaran el ciclo, deteniendo el aparato cuando postró una vista alejada del montículo boscoso y de las cuatro anchas avenidas que conducían a él.

-Es lo que se ve desde la imagen anterior de los tejados –dijo Boiny haciendo retroceder las imágenes-. Havac debe planear un atentado a Valorum antes de que éste llegue a la Cumbre.

Cohl se mezo lo que le quedaba de barba, mientras meditaba en ello. Hizo un gesto hacia el holoproector.

-No se le ha olvidado llevarse esto. Quería que lo encontraran, como quería que nos encontraran a nosotros.

Boiny se agachó bruscamente bajo uno de los trineos.

-Aquí hay algo que seguro que no esperaba que encontrásemos -dijo al levantarse.

-¿Un tornillo bloqueador? -repuso el humano, estrechando los ojos ver el grueso cilindro metálico que le enseñaba su amigo.

-Pero de una variedad poco común -contestó, llevandoselo a la altura de los ojos-. Es muy semejante a los que disparamos contra los androides de seguridad del Ganancias, pero está alterado para un androide mucho más avanzado. Puede que un modelo de combate.

-Havac tiene un androide -dijo Cohl para sí mismo. Registró el suelo con la mirada-. ¿Sería eso lo que iba en la caja? ¿O sólo es un tornillo bloqueador como otros muchos?

-¿El Frente de la Nebulosa empleando androides? Eso no me cuadra -repuso Boiny escéptico. Volvió a examinar el tornillo-. Una cosa es segura, capitán. Este tornillo ha sido sacarlo de un androide. Puedo ver en él las marcas que le hizo una herramienta al sacarlo.

Cohl cogió el tornillo y cerró la mano a su alrededor.

-Avisé a Havac que alguien del Frente de la Nebulosa había informado al Departamento Judicial de nuestros planes de atacar el Ganancias. Imagina que hubiera decidido tomar precauciones extraordinarias para esta operación. Havac dijo que el Frente había atraído a los Jedi hasta Asmeru. Eso podría significar que el atentado de Coruscant contra la vida de Valorum sólo fue un truco pensado para desviar nuestra atención de Eriadu.

-Te sigo-dijo Boiny algo inseguro.

-Havac nos deja a nosotros y al holoproector para que las autoridades nos encuentren... -Sonrió malévolamente-. No estoy muy seguro de cómo planea hacerlo, pero creo que ya sé lo que piensa hacer.

-¿Capitán? -dijo el rodiano confuso.

Cohl se metió el tornillo bloqueador en el bolsillo del pecho y empezó a cojear en dirección al pasillo.

Boiny le siguió, haciendo un gesto en dirección al holoproector.

-¿No debería borrar la memoria de esa cosa?

Cohl negó con la cabeza.

-Escóndelo para que no lo encuentren a simple vista, tal y como hizo Havac. La única forma de que podamos llegar hasta él es asegurándonos de que todo el mundo sigue su pista.

O O O

Valorum, Sei Taria y el resto de la delegación de Coruscant esperaban la llegada de su caravana de hovervehículos ante la entrada principal de la residencia palaciega del teniente de gobernador Tarkin. Las túnicas elegantes y las capas con brocado volvían a ser la vestimenta de todos, excepto de un personal de seguridad casi tan numeroso como los diplomáticos.

-Confío en que su estancia con nosotros haya sido agradable -le decía Tarkin a Valorum.

-Muy agradable -replicó el Canciller Supremo-. Permítame ofrecerle la misma cortesía si alguna vez visita Coruscant.

-Espero que Coruscant llegue a convertirse algún día en un segundo hogar para mí -repuso Tarkin sonriendo sin enseñar los dientes-. De hecho, espero que acabe siéndolo todo el Núcleo, de Coruscant a Alderaan.

-Estoy seguro de que será así.

El capitán del destacamento de guardias del Senado se acercó con una lámina reciclable en la mano. De su hombro colgaba la más avanzada de las armas láser, en lugar del acostumbrado rifle ceremonial.

-Ya tenemos la ruta del hoverdesfile, Canciller Supremo. -¿Puedo echarle un vistazo? -preguntó Tarkin, El guardia miró a Valorum solicitando su permiso. -Deje que la vea.

-Algo tortuoso, quizá innecesariamente -repuso Tarkin examinando la lámina reciclable. Pero no habrá problemas para llegar a la Cumbre en la hora prevista. -Miró al largo paseo que conducía a la mansión-. El gobernador llegará en cualquier momento. Saldremos entonces.

Tarkin iba a añadir algo más, cuando un deslizador apareció a lo lejos, dirigiéndose hacia dónde se hallaban Valorum y él.

-¿Qué sucede ahora? -preguntó Tarkin cuando el vehículo biplaza llegó a la casa y se detuvo.

Adi Gallia y Saesee Tiin bajaron del vehículo flotante y se dirigieron al Canciller Supremo.

-Señor, hay problemas -dijo Tiin-. Se nos ha confirmado que unos asesinos contratados por el Frente de la Nebulosa han conseguido franquear las medidas de seguridad de Eriadu. Qui-Gon Jinn y otros Jedi están ya camino del espaciopuerto, con la esperanza de poder interceptarlos.

-El peligro ya no es una conjetura, Canciller Supremo -añadió Adi con urgencia.

La frente de Valorum se arrugó por la preocupación.

-Que los encuentren -dijo al fin-. No consentiré que se interrumpa la Cumbre.

Los dos Jedi asintieron.

-¿Consentirá ahora en que le escoltemos? -pregunto Tiin.

-No -dijo Valorum en tono neutro—. Hay que mantener las apariencias. Adi le miró con dureza.

-¿Aceptará al menos conectar el campo de fuerza de su vehículo?

-Insisto en ello -intervino Tarkin-. Eriadu tiene la obligación de asegurarse de que no le sucede daño alguno.

Valorum asintió, con algo de reticencia.

-Sólo hasta que lleguemos al Palacio de Congresos.

El rostro de Tarkin estaba enrojecido por una súbita ira cuando se volvió hacia los guardias de seguridad de Eriadu que tenía detrás.

-Encargaos de despejar las calles. Arrestad a todo el que dé motivos de sospecha. No os preocupéis por la legalidad. Dad todos los pasos que sean necesarios.

Los agentes de seguridad de Eriadu ya estaban en el edificio de aduanas para cuando llegaron Qui-Gon, Obi-Wan, Vergere y Ki-Adi-Mundi.

Un agente humano apuntaba con un escáner a varios hovertrineos aparcados en el interior, llevando todavía una docena de altos y estrechos cilindros de carga, cuyas escotillas abiertas revelaban estar vacíos. En otra parte del gran edificio interrogaban a un grupo de furiosos agentes de aduanas.

El humano uniformado que dirigía el destacamento de seguridad apareció por un pasillo poco iluminado. Tras él iban dos bípedos insectoides, de verdes escamas y caparazón quitinoso, con grandes ojos negros, cortos morros y bocas sin dientes.

Qui-Gon notó la sorpresa de su pádawan.

-Son verpines. En el pecho tienen órganos que les permiten comunicarse mediante ondas de radio. Pero también pueden hablar y entender el básico, con la ayuda de aparatos traductores. Sus agudos sentidos los hacen ideales para trabajos concienzudos.

-Verpines -dijo Obi-Wan, meneando la cabeza maravillado.

Al ver a los cuatro Jedi, el comandante se acercó a ellos, mientras la pareja de alienígenas se concentraba en estudiar el aserrín del suelo.

Qui-Gon se presentó, así como a sus compañeros.

-Tenemos dos humanos en el cuarto de atrás -dijo el comandante, tras dedicar a Vergere la misma mirada que Obi-Wan había dedicado a los rastreadores verpines-. Un macho y una hembra, los dos muertos por disparos láser realizados a corta distancia, pero de armas diferentes. El examen de carbono del suelo y las paredes indica un fuerte tiroteo. Las manchas de sangre indican que al menos uno de los combatientes que escaparon era un rodiano. Del botiquín médico faltan parches de bacta, sintocarne y quién sabe qué más. Estamos esperando los resultados del análisis de huellas de dedos y palmas.

-El compañero del capitán Cohl es rodiano -dijo Qui-Gon.

El comandante tomó nota de ello en su datapad, señalando luego al grupo de agentes de aduanas.

-Fueron cogidos por sorpresa por un mínimo de ocho atacantes fuertemente armados, la mayoría humanos, pero habiendo entre ellos un mínimo de cuatro niktos y una pareja de bith. Tras el ataque por sorpresa, los dejaron en el pasillo para que no pudieran proporcionar mucha información adicional. Pero la mujer de ahí es la inspectora al cargo de la nave de aduanas que secuestraron los terroristas. Ha identificado a la mujer muerta Como la capitana del carguero Núcleolliano que abordó. Sigue algo atontada por la inyección aturdidora que le administraron, pero dice que también vio un rodiano, y que cree recordar un gotal y una pareja de humanos machos. Todos ellos parecen haber dejado el almacén por una puerta trasera que da a la carretera de servicio del espaciopuerto. Estamos suponiendo que han usado deslizadores.

El comandante caminó hacia el centro del almacén y gesticuló hacia su alrededor.

-Todo lo que hay aquí está tal y como lo encontramos, exceptuando esa máquina que descubrimos bajo uno de los trineos.

Los Jedi siguieron la indicación del dedo hasta un holoproector portátil situado sobre una caja de mercancías.

-Cohl será muchas cosas, pero no descuidado -dijo Qui-Gon. -También lo hemos considerado como algo deliberado. Pero hasta los mejores profesionales cometen errores.

El comandante se dirigió hacia el holoproector. Estaba a punto de activarlo cuando le interrumpió uno de sus ayudantes.

-Comandante, los verpines dicen que hay huellas de una docena de hombres, varios de los cuales llegaron en esos cilindros de carga. En algún momento, la mayoría de ellos se reunió allí, alrededor de lo que parece ser una caja, quizá para observar las imágenes contenidas en el holoproector. Entre ellos se encontraba un gotal que también llegó en uno de los cilindros. Se ha encontrado vello en grandes cantidades tanto en el penúltimo cilindro como en esa parte del suelo.

-¿Una pelea? -preguntó el comandante.

-Podría ser, señor. Los gotal tienen tendencia a mudar cuando se asustan o se les pilla por sorpresa.

-¿Qué habría podido asustarlo?

-No sé decirle, señor.

-¿Alguna cosa más? -repuso el comandante, alzando la mirada de su datapad.

-Las huellas que bajan por el pasillo y vuelven aquí. Un grupo de ellas es de un rodiano. La sangre del cuarto de atrás explica que el rodiano caminara tambaleándose cuando volvió aquí. El que le acompañaba tampoco estaba en muy buena forma, a juzgar por el hecho de que se apoyaba en una muleta improvisada con un trozo de tubería. Por todo el lugar hay huellas de los dos cojeando. El rodiano cogió algo de debajo de uno de los hovertrineos, pero no sabemos lo que pudo ser. Puede que fuera el holoprojector. Todo apunta a que la pareja salió por la puerta de atrás, como los demás, pero que iban a pie, al menos hasta llegar a las cabinas de publitransporte de la esquina.

El comandante acabó de tomar notas y miró a Qui-Gon. -¿Le dice algo todo esto?

-El capitán Cohl, el rodiano y la mujer debieron ser traicionados en el cuarto de atrás.

-¿Traicionados? ¿Por Havac?

Qui-Gon asintió.

-¿Havac los dio por muertos a los tres?

-No, esperaba que encontrásemos vivos a Cohl y al rodiano.

-¿Por qué iba a arriesgarse a hacer eso? -preguntó el comandante.

-Porque quiere desviarnos de la verdadera pista -respondió el Jedi mirándole.

El comandante se rascó la cabeza pensativo. Obi-Wan llevó el holoprojector hasta ellos. -Veamos lo que encontramos aquí.

Capítulo 29

Lope miró por la pequeña puerta que llevaba a la azotea del piso franco del Frente de la Nebulosa en la parte sur de la ciudad. Una nave del servicio de seguridad hizo una pequeña pasada desde el sur, continuando en dirección al Palacio de Congresos.

-Son puntuales -le dijo a los cinco terroristas, humanos y alienígenas, que se agazapaban tras él en las escaleras-. Tenemos diez minutos.

El gotal se apretó para pasar junto a él y salió al tejado, sus cuernos anillados se agitaban mientras buscaban en el neblinoso aire algo fuera de lo corriente.

Cuando estaba a cinco metros de distancia, el gotal le hizo a Lope una señal de que todo estaba despejado y desapareció tras el primero de los muchos tejados con cúpulas que tendrían que cruzar antes de obtener una visión clara del Palacio de Congresos.

Lope y los demás salieron al exterior, rodeando la misma cúpula que ahora ocultaba al gotal. Lope llevaba una cuchilla vibratoria en una funda de la cadera, y un lanzacohetes en la muñeca. Los demás llevaban tanto armas de corto alcance como pistolas.

Al otro lado de la primera cúpula se veía un paisaje de tejados interconectados que asemejaba un terreno de colinas esféricas y laderas verticales entre estrechos barrancos y ríos. Torres octogonales, esbeltos minaretes y grupos de antenas se alzaban sobre las cúpulas como si fueran árboles aislados. Las diferentes cúpulas recordaban las asas de gigantescas cacerolas. Había edificios que culminaban en anchas bóvedas cilíndricas y en techos inclinados cubiertos de azulejos o tejas. En los pocos pisos que superaban la altura a la que estaban se veían casitas de pequeñas ventanas.

Con el gotal en vanguardia, empezaron a moverse con paso firme, recorriendo estrechos meandros, evitando cornisas inseguras y saltando a tejados adyacentes. Sus trajes miméticos les permitían confundirse con las tejas grises de los tejados, los ladrillos rojizos y las cúpulas manchadas por la lluvia ácida.

Escalaron un tejado muy alto y se dejaron caer en un hueco formado por un cuarteto de cúpulas contiguas. Después rodearon un enorme domo y se encontraron ante su primera visión sin estorbos del Palacio de Congresos. Al este del edificio había una cordillera de montañas envuelta en una bruma de partículas de plomo. Al norte un ancho río desembocaba en una esbelta cala marina.

Una azotea alargada llegaba hasta la última cúpula, bajo la cual se unían dos calles para convertirse en una ancha avenida que desembocaba en el monte del Palacio de Congresos.

Estaban a media azotea cuando de la calle les llegaron sonidos de una conmoción. Superando su miedo a las alturas, Lope se arrastró hasta el borde y miró hacia abajo por encima del muro de contención. Las tropas de seguridad estaban desviando el tráfico terrestre y dispersando a los transeúntes que se habían congregado allí para echar un vistazo a los dignatarios que pudieran pasar.

En un edificio al otro lado de la calle, la gente corría las cortinas o cerraba las persianas de las ventadas. Deslizadores que se movían lentamente emitían un mensaje en una docena de lenguajes amenazando con graves consecuencias a todo el que fuera sorprendido en los tejados o saqueando en las zonas restringidas que rodeaban el Palacio de Congresos.

Lope vio que un hoverdesfile se acercaba desde el sur e hizo señas a uno de los hombres para que se uniera a él. El convoy de diez vehículos movidos con repulsores estaba siendo escoltado por el mismo número de motojet, conducidas por policías con cascos.

El hombre de Havac enfocó los electrobinoculares en el quinto vehículo de la fila.

-Valorum -profirió en voz baja-. Le acompañan el gobernador y el teniente de gobernador de Eriadu.

Lope le pidió los electrobinoculares.

-Tu jefe debió atender a razones y dejar que matáramos aquí a Valorum -repuso, dando un golpecito al lanzacohetes que llevaba en la muñeca derecha-. Un disparo con esto y habríamos terminado el trabajo.

El hombre de Havac recuperó los electrobinoculares.

-En este momento, Havac también es tu jefe. Además, Valorum está protegido por un campo de fuerza. Ahora usa el comunicador para informar al equipo del Palacio de Congresos que el objetivo entrará por la puerta sur.

Lope se arrastró hasta donde le esperaban los demás, y sacó un pequeño comunicador de un bolsillo.

-Valorum está justo debajo de nosotros -explicó.

Activó el comunicador y tecleó el número que le había dado Havac, pero la única recompensa a sus esfuerzos fue una descarga de estática.

-Tendrías que llamar desde esas antenas -sugirió el gotal-. Prueba desde lo alto de la gran cúpula.

Lope asintió. Corrió agachado hasta la base de la cúpula e inició el ascenso. Estaba a punto de llevar a la adornada cima cuando oyó ruido de motores detrás de él. Miró por encima del hombro para ver cómo un trío de aerodeslizadores se dirigían rápidamente hacia él desde el Palacio de Congresos.

Se dejó resbalar por la cúpula y corrió para volver con los demás.

-Una hoverpatrulla se dirige hacia aquí.

La mujer contratada por Cohl miró el temporizador de su muñeca.

-Es demasiado pronto para la siguiente pasada.

Todo el mundo se agachó mientras los achatados vehículos pasaban por encima de ellos. Pero el trío de vehículos sólo recorrió una distancia muy corta antes de volver para una segunda pasada.

-Nos han localizado -dijo el gotal.

-Eso tiene remedio -repuso Lope armando el lanzacohetes.

Alzó el antebrazo derecho y lijó la mirilla en el vehículo que iba delante.

O O O

Toda la ciudad de Eriadu parecía igual desde el asiento para pasajeros del aerodeslizador. O, al menos, ésa era la opinión de Obi-Wan tras llevar una hora registrando la ciudad desde las alturas, buscando el tejado cuya imagen estaba en el holoprojector de Havac.

La ciudad estaba dividida en dos por un río fangoso y de lenta corriente, y era una confusión de cúpulas, patios interiores y precarias torres separadas por callejas estrechas y unas pocas avenidas amplias. Los habitáculos estaban contruidos al azar unos encima de otros, brotándoles un anexo aquí y un piso adicional allí, extendiéndose desde la bahía hasta la barricada de montañas situada a espaldas de la ciudad.

No era de extrañar que ninguno de los oficiales de seguridad hubiera sido capaz de identificar la extensión de tejados del holoprojector. Cuando un vistazo rápido a los mapas en 2D disponibles sólo consiguió complicar las cosas, se optó por trasladar copias de la imagen a los ordenadores de tres aerodeslizadores, con la esperanza de que una serie de vuelos sobre la ciudad pudiera permitir a los ordenadores relacionar la imagen con la de un tejado real. Pero todos los vuelos al norte y al este del Palacio de Congresos no habían proporcionado ninguna coincidencia válida.

Qui-Gon seguía creyendo que Havac había dejado el holoprojector para que fuera encontrado, pero no estaba dispuesto a correr el riesgo de que se lo olvidase en un verdadero descuido.

En ese momento, los tres aerodeslizadores estaban a dos kilómetros al sur del Palacio de Congresos. Qui-Gon y Obi-Wan eran pasajeros en el vehículo que iba en cabeza, seguidos por Ki-Adi-Mundi y Vergere en el segundo y dos judiciales en el tercero, mientras miraba a estribor de su vehículo. Qui-Gon creyó ver movimiento en uno de los tejados. Pero cuando intentó protegerse los ojos con el borde de la mano y volver a mirar, lo único que distinguió fue lo que parecía ser la neblina del calor en la base de la esbelta torre de ladrilló.

Buscó con la Fuerza.

En ese instante, el ordenador verificador del terreno del aerodeslizador empezó a pitar repetidamente indicando que había encontrado un equivalente a la imagen. La pantalla del ordenador mostró la imagen almacenada sobreimpuesta al tejado que tenían justo debajo de ellos. Qui-Gon pivotó en su asiento y vio que Ki-Adi-Mundi le hacía una señal con la que le indicaba que el ordenador del segundo aerodeslizador también había encontrado la equivalencia.

El agente de seguridad de Eriadu que manejaba los controles hizo dar media vuelta a la nave, dirigiéndose a la extensión de tejados cuando el indicador de peligro del vehículo añadió de pronto su voz al constante pitido del verificador de terreno.

-¡Nos atacan con misiles! -dijo el piloto asombrado.

Obi-Wan se asomó por el costado de la nave y señaló hacia abajo.

-¡Allí, Maestro!

Qui-Gon vio enseguida el pequeño cohete y se dio cuenta de que lo habían lanzado desde la base de la torre, justo dónde antes había detectado movimiento.

El piloto lanzó el aerodeslizador en una brusca barrena, dispuesto a realizar otra maniobra si no conseguían perder el misil, pero éste no se desvió de su rumbo original. Falló por poco la trasera del vehículo y explotó sobre ellos, lanzando una lluvia de metralla sobre el aerodeslizador, que se recuperó enseguida para dirigirse al origen del disparo.

-Hay movimiento abajo -dijo el piloto, mirando a los monitores-. Cuento seis figuras.

Obi-Wan se incorporó en el asiento.

-Yo no veo a nadie.

-Llevan trajes miméticos -dijo su Maestro. Se dirigió al piloto-. Busque un lugar donde desembarcar.

Otro cohete surcó el cielo, detonando entre el segundo y el tercer aerodeslizadores.

-Los objetivos se dirigen al sur -dijo el piloto.

Qui-Gon dejó que sus ojos vagaran por las cúpulas y azoteas. Tres humanos aparecieron por un momento a la vista en una estrecha hendidura entre dos Copulas, sólo para volver a desaparecer contra un fondo de tejas.

El piloto hizo descender a la nave por una bóveda, y los disparos no tardaron en silbar junto al fuselaje, rebotando erráticamente contra las curvadas paredes de la bóveda. Los dos Jedi encendieron los sables láser y saltaron por la borda. Tocaron las paredes de la bóveda y dieron una voltereta en el aire para llegar a la superficie plana de abajo. A corta distancia de ellos, Ki-Adi-Mundi, Vergere y los dos judiciales corrían por las azoteas.

Qui-Gon y Obi-Wan saltaron como un borrón de movimiento hacia el extremo de la azotea situada entre varias cúpulas, y corrieron por una estrecha cornisa sin un solo titubeo. Codo con codo, con

los disparos láser silbando entre ellos, saltaron sobre un patio interior y continuaron la persecución sin perder el paso.

Los terroristas se retiraban más y más en la sinuosa topografía. Qui-Gon se concentró en seguir a dos figuras fugazmente visibles, situándose delante de ellas de un salto. Esperó con el sable láser levantado a que su camino los llevara hasta él.

Su hoja verde siseó y zumbó al cortar el aire, desviando una docena de disparos láser, además de una pistola que le arrojaron. Al percibir la dirección en la que la pareja huía de él. Qui-Gon los derribó con un embate de la Fuerza. Los dos judiciales llegaron justo a tiempo de noquear a los terroristas antes de que sus trajes miméticos tuvieran oportunidad de realimentarse.

El Maestro Jedi sintió que había alguien detrás de él. Y dio media vuelta, pero no lo bastante rápido. Una cuchilla vibratoria de un metro de largo, sin duda sujeta por el puño de un atacante invisible, le cortó el lado derecho de la túnica marrón, fallando por poco las costillas. Qui-Gon dio un giro competo, cortando diagonalmente con el sable láser y partiendo en dos la cuchilla.

El terrorista corrió al centro del tejado, donde la pared de ladrillos de una pequeña casa le proporcionaba un mayor camuflaje y desenfundó una pistola láser. El Jedi corrió hacia él, esquivando los disparos y preparándose para luchar cuerpo a cuerpo con un humano de un tamaño similar al suyo.

Una salva de disparos pasó junto a su oreja izquierda cuando arrojó a su presa contra el tejado. Dos disparos más le rozaron el pelo. Saltó a su derecha y rodó buscando dónde ponerse a cubierto. Recurriendo a la Fuerza, hizo que una teja se soltara del tejado de la casa, lanzándola airando en el espacio para golpear al terrorista en la cabeza, derribándolo al instante.

Qui-Gon corrió hasta él y le arrancó el traje mimético de su cuerpo inerte. Una vez interrumpido el circuito, el traje se apagó y el portador se hizo visible.

Examinándolo, decidió que el terrorista permanecería inconsciente el tiempo suficiente para que lo encontraran los judiciales. A su izquierda vio a Vergere saltando de cúpula en cúpula como si llevara una mochila cohete. Cerca de ella iba Ki-Adi-Mundi pisándole los talones al gotal, cuyo traje mimético era incapaz de camuflar el rastro de vello que iba dejando a su paso.

Buscó a Obi-Wan y lo encontró en la base de una enorme cúpula, sobre el muro que cercaba un profundo patio interior. Se dirigió hacia él, cuando vio una forma indefinida bajando por la curvada pared de la cúpula y chocando con Obi-Wan, arrojándolo fuera del edificio.

Qui-Gon corrió hacia delante, manteniendo el sable láser a la altura de la cadera, alzando la hoja cuando llegó al lugar donde supuso que aterrizaría el terrorista.

Se oyó un grito de dolor, y un brazo derecho se hizo visible mientras volaba por encima del borde del tejado. Inutilizado, el traje mimético se apagó, revelando a una hembra humana que no paraba de gritar, caída de rodillas, con la mano izquierda aferrada a lo que le quedaba del cortado brazo derecho.

Qui-Gon corrió hacia el borde del muro, deseando que Obi-Wan hubiera encontrado un lugar blando en el que aterrizar. En vez de eso, un aerodeslizador se alzó desde el patio, con Obi-Wan agarrándose con una mano al estabilizador trasero de estribor.

El aerodeslizador depositó suavemente a Obi-Wan en el tejado donde estaba Qui-Gon. Cerca de allí, Ki-Adi-Mundi, Vergere, los dos judiciales y una pareja de agentes de seguridad de Eriadu terminaban de maniatar a los seis terroristas capturados.

Ni Havac ni Cohl estaban entre ellos.

-Eso fue toda una proeza, pádawan -dijo Qui-Gon.

-Supongo que habrías preferido verme colgando de los dientes, Maestro.

Qui-Gon le mostró una mirada perpleja.

-El acertijo que el Maestro Anoon Bondara presentó a sus estudiantes el día que hablamos con Luminara -explicó Obi-Wan-. Ese sobre el hombre que colgaba sobre una fosa traicionera sujetándose con los dientes al tren de aterrizaje de un deslizador.

-Ya lo recuerdo -dijo Qui-Gon, con repentino interés.

-Después de mucho pensar, decidí que el deslizador representaba a la Fuerza, y el foso los peligros que nos esperan si nos desviamos de nuestro camino.

-¿Y qué hay de los viajeros perdidos que pedían ayuda?

-Bueno, por un lado, cualquier viajero, por muy perdido que esté, debería saber que no se le deben hacer preguntas a un hombre que cuelga sobre un foso cogido por los dientes. Pero lo más importante es que los viajeros sólo son distracciones que el hombre debe ignorar si quiere seguir en la Fuerza.

-Distracciones -murmuró Qui-Gon.

Pensó en el atentado contra la vida de Valorum, en lo sucedido en Asmeru Y en las pruebas descubiertas en el almacén de aduanas.

Qui-Gon cogió a su discípulo por los hombros.

-Me has ayudado a ver algo que había eludido hasta ahora. -Miró a la media docena de terroristas-. Poco más podemos hacer aquí. Vamos, pádawan, el plan de Havac está en marcha.

-¿A dónde vamos, Maestro?

-A donde debíamos haber ido desde el principio.

Capítulo 30

La escena en el exterior de la entrada sur del Palacio de Congresos era caótica, rebotante de mirones, de personal de seguridad vigilándolo todo, y de reporteros buscando un primer plano con sus holocámaras y grabadoras. Cordones de policía acorazarla luchaban por impedir que la multitud se acercase demasiado, mientras vehículos que iban desde el más primitivo al más lujoso depositaban a los delegados bajo el toldo para vehículos que cubría la entrada. Los judiciales circulaban entre la multitud intentando no hacerse notar, pese a los audífonos que llevaban en los oídos y los sofisticarlos comunicadores de muñeca, mientras que los Caballeros Jedi se hacían notar demasiado con sus túnicas marrones y sus sables láser colgando del cinto.

-No veo posibilidades de entrar -le dijo Boiny a Cohl, al borde de la multitud-. Y en caso de llegar a la puerta, nunca podríamos hacer pasar nada a través de los escáneres de armas.

Los dos llevaban túnicas holgadas, sandalias y turbantes que ocultaban las heridas de sus cabezas. Cohl había encontrado una muleta auténtica hecha de una aleación muy ligera, pero estaba más débil que cuando abandonó el almacén de aduanas. Los dos se mantenían en pie gracias a parches de bacta e inyecciones constantes de bloqueadores del dolor.

Cohl estudió el Palacio de Congresos. Además de los guardias apostados en la entrada, había tiradores en las torres que se alzaban en las esquinas del enorme edificio.

-Vamos a examinar las otras entradas -dijo en voz baja, casi sin aliento.

Caminaron en zig-zag por entre la multitud. Las entradas norte y oeste estaban igualmente abarrotadas o caóticas, pero la entrada este no estaba tan atestada, ni tan bien guardada.

Esperando a ser admitidos al interior había, entre otros, ayudantes administrativos y traductores freelance, androides de servicio y de protocolo, un conjunto de músicos con cascos altos y uniformes chillones llevando tambores y trompetas, y grupos de diversas especies representando a la Liga de los Derechos de los Seres Inteligentes, y a la Asociación de los Mundos del Libre Comercio.

-Son visitantes para las gradas -comento Boiny.

-Estos son los nuestros -asintió Cohl con la barbilla, indicando que debían pasar debajo del cordón.

A medio camino, y anunciándose con un colorido estandarte, esperaba alrededor de un centenar de veteranos del Conflicto Hiperespacial Stark. Había sido un conflicto breve pero sangriento que tuvo lugar doce años antes y que se había librado en mundos donde el bacta era inexistente o demasiado costoso. Por tanto, la mayoría de los veteranos, tanto humanos como alienígenas, aún tenían espantosas cicatrices, parches de carne horriblemente agujereada o arrugada, y les faltaban colas o extremidades. Unos pocos de ellos, paralizados por los disparos disruptores o las detonaciones electromagnéticas, estaban confinados en sillas y trineos flotantes.

Fue este último grupo el que llamó la atención de Cohl.

-Creo que hemos encontrado nuestro billete de entrada -le dijo a Boiny.

El senador Palpatine se sentaba junto a Sate Pestage, Kinman Doriana y otros muchos, en el centro del arco de 180 grados de asientos que separaba la delegación de Coruscant de la Directiva de la Federación de Comercio, en la sección reservada al sistema Naboo.

Palpatine se había girado a la izquierda para ver tomar asiento a los siete miembros de la Directiva. Un contingente de androides de seguridad con rifles láser fijados en sus mochilas rectangulares, semejantes a esqueléticos centinelas de muerte, flanqueaba a los cuatro humanos, al sullustano, al gran y a los neimoidianos.

Palpatine estaba tan concentrado en ellos que no vio al senador Orn Free Taa, pese a que el hinchado twi'leko rutiano se acercó a él a bordo de una hoversilla con su cortejo de adjuntos y ayudantes siguiéndole como si fueran criados.

-Una escena impresionante -le dijo Taa a Palpatine, mirando a la resplandeciente sala mientras hacía descender su silla hasta el suelo-. Delegados de Sullust, Clak'dor, el sector Senex, Malastare, Falleen, Bothawi... Si hay hasta representantes de los mundos Hutt. -Hizo una pausa para descubrir que Palpatine miraba al palco de la Federación-. Ah, el objeto de la fascinación de todos.

-Seguramente -dijo Palpatine distraído.

-Qué propio de la Directiva traer androides, aunque supongo que hay poca diferencia en usar androides o usar Caballeros Jedi. Aun así, tengo entendido que la Directiva también insistió en tener un campo de fuerza.

-Sí, también me lo han dicho.

Taa miró a Palpatine durante un largo instante.

-Senador, permítame que le diga que le noto preocupado. Por fin. Palpatine se giró en la silla para mirar a Taa.

-De hecho, acaban de llegarme noticias inquietantes de mi sistema natal.

Parece ser que el rey Veruna ha abdicado.

Las enormes colas de la cabeza de Taa se agitaron.

-De... debo confesar, senador, que no sé si alegrarme o entristecerme por usted. En cualquier caso, ¿en dónde le deja eso a usted? ¿Corre algún peligro de que lo llamen de vuelta a su mundo?

-Eso aún está por decidir. Naboo tendrá un regente provisional hasta que puedan celebrarse elecciones.

-¿Quién será el que sustituya a Veruna'?

-Eso también está por decidir.

-¿Puedo atreverme a preguntarle quién le gustaría que fuera'? Palpatine se encogió de hombros.

-Alguien que estuviera interesado en abrir Naboo a la galaxia. Alguien menos... ¿cómo podría decirlo'? Menos tradicional que Veruna.

-¿O tal vez más fácil de manipular? -repuso el twi'leko con un brillo en los ojos.

Antes de que Palpatine pudiera responderle, una gran agitación llenó la sala. Las cabezas de todos se volvieron hacia la entrada sur. Enseguida apareció por ella el canciller supremo Valorum seguido de la delegación de Coruscant. La sala reaccionó con un aplauso prolongado pero sólo cordial.

-Ya llega -dijo Taa, mientras Valorum era escoltado asta su asiento-. Pero, ¿quién va con él? Reconozco al gobernador del sector pero no a ese hombre enjuto y con aspecto hambriento que lo acompaña.

-El teniente de gobernador Tarkin -respondió el senador de Naboo mientras aplaudía.

-Ah, sí... Tarkin. Está algo desfasado, ¿no cree? Muy militar y autoritario.

-El poder puede convertir al más tímido de los burócratas en un tigre manka furioso.

-Así es, así es. A propósito de eso, senador -añadió con tono de conspirador-. ¿Recuerda la información que le comenté hace poco, la referente a las posesiones de la familia Valorum en Eriadu?

-Vagamente. Era algo sobre una compañía de transporte, ¿verdad?

-Corno ya sabrá, ay muchos interesados en que su posición en el mercado mejore a consecuencia de la propuesta impositiva de Valorum, así como en las inversiones que seguramente harán mundos del Núcleo como Rallir y Kyat, siempre alertas y en busca de oportunidades.

-¿Qué tiene que ver todo eso con las posesiones de Valorum? -preguntó cortésmente Palpatine.

-Parece ser que esa compañía transportista a recibido hace poco una considerable inyección de capital, y que el Canciller Supremo aún no a informado adecuadamente de ello al Senado. Por supuesto, lo primero que hice fue preguntarme si él sería consciente de que alguien había hecho una inversión tan considerable en el negocio familiar, y quién había sitio dicho inversor.

-No sería propio del Canciller ocultar algo de esa naturaleza.

-Yo pensé lo mismo al principio. Supuse que, si podía determinar que los fondos provenían de inversores sin lazos directos con Valorum, entonces no habría tenido lugar ninguna infracción del protocolo o del procedimiento, al margen de lo que pudiera parecer desde fuera. Pero cuanto más intentaba establecer eso, más obstáculos, callejones sin salida y pistas ambiguas encontraba. Como usted mismo me sugirió, opté por comunicar el asunto al senador Antilles, que tenía la suficiente autoridad para investigar en lugares cuyo acceso se me denegaba.

-¿Ha hecho algún progreso el senador Antilles?

Taa bajó un poco más la voz.

-Lo que tengo que decirle no está a la altura de su revelación sobre el rey Veruna, pero, de hecho, he descubierto que Antilles a tenido éxito en rastrear esos fondos hasta lo que en un principio parecía un consorcio de cuentas, pero que al final ha resultado ser una Cuenta bancaria fraudulenta, creada expresamente para desviar fondos ilícitamente obtenidos a zonas de especial interés.

Palpatine se le quedó mirando.

-Supongo que por especial interés, se refiere a las de senadores que reciben sobornos de varias organizaciones, ya sean criminales o de cualquier otro tipo.

-Justamente.

-Pero sigue sin descubrir dónde se originaron esos fondos.

-Nos estarnos acercando, y cuanto más cerca estarnos, más potencialmente embarazosa resulta la situación para el Canciller Supremo.

-Le agradecería que me mantuviera informado.

-No haremos ningún anuncio sin consultarle antes -respondió el twi'leko con una sonrisa.

Palpatine y Taa se volvieron para ver a Valorum saludando a la multitud, que le respondió con una segunda salva de aplausos.

-Éste es el momento del Canciller Supremo -dijo Palpatine-. No lo ensucemos con cotilleos.

-Por favor, senador, acepte mis disculpas -dijo Taa molesto-. Nunca tuve intención de estropear este momento. Eso se lo dejó a la Federación de Comercio.

El virrey Nute Gunray se sentía como si todo el mundo lo mirase pese a ser Valorum quien tenía la atención unánime de la sala. En cambio, los ojos de Gunray no se separaban del androide de combate que le habían entregado momentos antes de que los miembros de la Directiva y él abandonaran sus aposentos temporales para dirigirse a la Cumbre.

Exceptuando unas cuantas marcas amarillas, era indistinguible de la docena de androides que proporcionaban protección a la Directiva, y estaba situado justo a la derecha de Gunray, encabezando el destacamento que había a ese lado de la Federación de Comercio.

Apenas se había puesto cómodo Gunray en sus aposentos de Eriadu cuando el Señor Sith se le había aparecido, fiel a su promesa, por medio del holoprojector que le había entregado unos meses antes. Aunque esa vez la imagen era tan clara, tan libre del habitual ruido y estática de sus comunicaciones, que Gunray casi pensó que Sidious se hallaba en Eriadu o en algún mundo vecino, en vez de permanecer escondido en esa guarida inimaginable desde la que realizaba su magia negra.

Unos desconocidos te visitarán para entregarte un androide adicional, le había dicho Sidious, un androide de combate. No deberás hacerles preguntas, ni siquiera cuál es el propósito del androide. Te limitarás a instruir al androide para que se una a los que has traído a Eriadu. Obedecerá todas tus órdenes.

Gunray estaba lleno de preguntas, pero se las arregló para contenerse cuando los desconocidos llegaron a sus habitaciones con el androide de combate metido en una caja. No había informado a Lott Dod del comunicado del Señor Sith, ni siquiera cuando éste le comentó casualmente que habría jurado que llegaron a Eriadu con sólo doce androides. Fue el único de toda la delegación en darse cuenta de ello.

El manifiesto de embarque podía confirmarlo, por supuesto. Pero la Federación gozaba de estatus diplomático y resultaba improbable que la aduana de Eriadu dijera alguna cosa cuando volvieran al espaciopuerto con un androide de más.

Era la segunda de las instrucciones del Señor Sith la que no dejaba de atormentarle, y la causante de su inquietud.

Incluso mientras veía al grupo de músicos que se reunía para tocar las fanfarrias que inaugurarían la Cumbre.

Sólo faltaban minutos.

Gunray tomó nota mental de dónde se había colocado Lott Dod.

Se secó discretamente el sudor que le perlaba el rostro e intentó calmarse.

Pero, aun así, siguió contando los minutos en silencio.

Capítulo 31

Cohl estaba en el asiento acolchado de la silla repulsora que Boiny le había conseguido quitándosela a un aturdido veterano del Conflicto Hiperespacial Stark y examinó la Sala de la Cumbre, donde la delegación de la Federación de Comercio disponía de una zona reservada, ante aquella en la que se encontraban el canciller supremo Valorum y los delegados de Coruscant. El bucanero tenía la visión desenfocada y reducida a un túnel, y el cuerpo castigado por el dolor pese a las inyecciones que Boiny le administraba con creciente frecuencia.

En esos momentos, el rodiano, que era y parecía ser su enfermero, estaba situado detrás de él y examinada con electrobinoculares el destacamento de trece androides de la Federación de Comercio.

-Sólo hay uno al que le falte el tornillo de contención -dijo Boiny cerca del oído izquierdo de su compañero-. El androide que tiene distintivos amarillos en la cabeza y el torso. A la derecha del neimoidiano, encabezando la fila de ese lado de su tribuna.

-Lo tenemos -dijo débilmente, llevándose los electrobinoculares a los ojos. A continuación pasó a buscar por la inmensa sala-. Havac debe estar en alguna parte, probablemente con un control remoto en la mano. Boiny miró a su alrededor.

-Puede que hayan programado al androide para reaccionar ante un suceso determinado, o a una hora concreta. Y en caso de que Havac tenga un control remoto, tampoco tiene por qué operarlo a la vista del robot. Podría estar en cualquier parte de la sala, o incluso fuera de ella.

Cohl negó con la cabeza.

-Havac es de los que necesitan ver cómo pasará todo. Lo ha planeado él. Es su espectáculo.

-No puede estar en la sección de delegados -comentó el rodiano, mientras seguía explorando una fila de asientos tras otra-. Y dudo que toque la trompeta...

De pronto. Cohl miró a su amigo por encima del hombro.

-¿Qué era Havac antes de dedicarse al terrorismo, antes de unirse al Frente de la Nebulosa?

-Una especie de holocreador, ¿no?

-Un holocreador de documentales. Un corresponsal de holomedia que trabajaba por su cuenta.

Los dos alzaron la mirada hacia las cabinas de los medios de comunicación que había arriba.

Qui-Gon y Obi-Wan fueron directamente desde los tejados a reunirse con Saesee Tiin y Adi Gallia en el Palacio de Congresos, justo en la entrada norte. Valorum estaba sentado a la derecha y encima de ellos, la Directiva de la Federación de Comercio a la izquierda. Los miembros de la delegación de Eriadu estaban delante de ellos y ya buscaban su sitio en las tribunas que se habían levantado en el centro de la sala. Bajo las tribunas, un grupo de tambores y trompetistas preparaban sus instrumentos.

La atmósfera estaba cargada de excitación.

-Los seis que capturamos mantienen que nunca han oído hablar de Cohl o de Havac -le explicaba Qui-Gon a los otros Jedi-, y que no saben nada de un intento de asesinato.

-¿Qué hacían entonces en ese tejado, armados y peligrosos, y disparándose con un lanzacohetes?

-Afirman ser una banda de ladrones que creyeron poder aprovechar el caos que rodea a la Cumbre para robar el Banco del Sector Seswenna.

-¿Les hablaste de la imagen del tejado que encontramos en el holoprojector'?

-No tenía sentido. Podían haber intentado atacar desde las azoteas el hoverdesfile del Canciller Supremo, pero creo que sólo estaban allí para distraernos. Es lo que han estado haciendo Cohl y Havac desde el principio, desde el incidente en el Senado Galáctico.

"Y en el caso de que los seis acabasen por admitir que fueron contratados por Cohl, seguirían afirmando que sólo pretendían cometer un robo. Ninguno de ellos llevaba documentos encima, así que no sabemos ni quiénes son ni de que mundos proceden. Los de seguridad están investigando sus caras y sus huellas de retina. pero si Cohl los ha reclutado en mundos lejanos, podrían pasar semanas antes de conseguir alguna identificación.

-Entonces no tenemos nada con lo que continuar -dijo Adi.

-Sólo que los demás asesinos de Havac están en alguna parte del edificio.

-No ha habido ningún incidente en las entradas -intervino Tiin-. No han arrestado a nadie.

-Eso no quiere decir nada -dijo Qui-Gon-. Para unos expertos como Cohl o Havac, entrar en este lugar es tan fácil copio hacerlo en una final de carreras de vainas. No tendrían dificultades para entrar.

Tiin apretó los finos labios.

-Lo único que podemos hacer es prepararnos para defender al Canciller Supremo.

-¿Permitirá que nos acerquemos más a él? -quiso saber Qui-Gon, mirando en dirección a Valorum.

-No -respondió Adi-. Ha dado órdenes explícitas de que no se interrumpa el protocolo, y de que no nos quiere a su lado. Quiere que los Jedi sean considerados imparciales en esta disputa comercial.

-A pesar de eso, no podemos cruzarnos de brazos a la espera de que suceda algo -se quejó Tiin-. Debemos separarnos y buscar por el lugar, encontrar el problema, antes de que el problema encuentre a Valorum.

Obi-Wan, que se había mantenido al margen durante toda la conversación, notó un brillo familiar en los ojos de su Maestro. Era como si fijara la mirada en alguna presencia invisible revelada por la Fuerza viva.

-¿Qué sucede. Maestro?

-Noto su presencia, pádawan.

-¿La de Havac?

-La de Cohl.

La pequeña y sucia cabina asignada al Holodiario Libre de Eriadu consistía en un par de sillas rígidas, una consola de control con monitores planos y cubiertos de polvo, unas plataformas de holoprojector y un gran ventanal que daba a la sida.

Havac miró por la ventana a la multitud que se sentaba mientras instalaba una holocámara en su base. Tras él se sentaban dos de sus compañeros humanos, armados con pistolas láser introducidas en el Palacio de Congresos varias semanas antes. Uno de ellos llevaba un comunicador de muñeca.

Cuando Havac enfocó la holocámara en los asientos de la Federación de Comercio, conectó un escáner al objetivo. Después apuntó el aparato, que parecía un micrófono direccional, hacia el grupo de trompetistas.

-¿Hay, noticias del grupo de exploradores? -preguntó por encima del hombro.

-Ni pío -replicó el hombre del comunicador-. Y hace diez minutos que Valorum está aquí. ¿Qué crees que ha pasado?

-La explicación más probable es que los han descubierto.

-¿Por qué dices eso?

-Porque llamé a las autoridades para informarles de dónde estaba el carguero de Cohl, y, me olvidé el holoprojector para que lo encontrarán —dijo Volviéndose para mirar a la pareja. Esperó a ver una sonrisa de comprensión, pero, al no ver ninguna, añadió-: Era la única manera de mantener a las autoridades ocupadas mientras nosotros nos encargábamos de esto.

-Entonces, también habrán encontrado a Cohl, o a su cadáver-dijo el del comunicador.

El otro hombre parecía dubitativo.

-Supongamos que los exploradores han sido capturados como dices, y que éstos deciden hacer un trato y contar lo que saben, les paguemos lo que les hayamos pagado.

-Sólo me conocen como Havac -respondió, encogiéndose de hombros con un gesto teatral-, y ningún Havac ha recibido un permiso de seguridad para asistir a la Cumbre. Las transferencias en créditos a los mercenarios de Cohl no les conducirán hasta nosotros. El piso franco estará vacío para cuando puedan informara las autoridades de su existencia. Y llevaremos mucho tiempo fuera de Eriadu para cuando alguien consiga reunir todas las piezas del rompecabezas.

El discurso de Havac estaba pensando para devolverles la confianza, pero no parecía haber tenido el efecto deseado. Más bien parecían aún más escépticos que antes.

-¿Está nuestro tirador en su sitio? -preguntó impaciente.

-En la pasarela, esperando a que de comienzo la música.

-¿Qué quieres que hagamos luego con él? -preguntó el del comunicador. Havac lo meditó un momento.

-Es un fuera de la ley, con una placa identificativa falsa y un láser, y cuando acaba de disparar contra los delegados, seréis héroes si lo matáis, o hacéis que se caiga de la pasarela.

-No hay que dejar cabos sueltos -dijo el mismo hombre. -Los menos posibles.

O O O

Apoyándose de nuevo en sus muletas de aleación, pero conservando la pequeña bandera sujeta a la pechera de su túnica que lo identificaba como un veterano del Conflicto Hiperespacial Stark. Cohl salió cojeando del turboascensor que les había llevado a Boiny y a él hasta el nivel principal del Palacio. Desde allí podrían subir a lo alto del edificio, a los pasillos del perímetro donde se hallaban las cabinas de seguridad y las destinadas a los medios de comunicación.

Se dirigían hacia el grupo de ascensores cuando una voz detrás de ellos les llamó.

-Capitán Cohl.

Cohl no se paró hasta que el desconocido no repitió la llamada. Entonces maniobró para darse la vuelta resignado. A diez metros de él se hallaba un Jedi alto, con barba y largos cabellos, sujetando un sable láser de hoja verde.

-Éste no es nuestro día -murmuró Boiny.

Cohl oyó el chasquido y el siseo característicos de otro sable láser y miró por encima del hombro. El segundo Jedi era un joven afeitado, con la delgada coleta de un pádawan.

-Estábamos impacientes por conocerle, desde lo de Dorvalla mayor.

Cohl y Boiny intercambiaron una mirada de resignada sorpresa.

-Erais los de la lanceta diplomática -dijo Cohl.

-Nos ha proporcionado una buena persecución, capitán.

Cohl bufó y negó con la cabeza.

-Pues ya nos han encontrado. Y pueden apartar sus palos de luz. Estamos desarmados.

Qui-Gon se limitó a apuntar el sable láser contra el suelo, mientras se acercaba a ellos.

-Le felicito por sobrevivir a la destrucción del Ganancias. El pirata se apoyó en sus muletas.

-Para lo que me ha servido eso. Jedi. Mi socio y yo estamos hechos pedazos.

Qui-Gon y Obi-Wan los estudiaron a través de la Fuerza, y vieron que no mentía. Tanto Boiny como él estaban gravemente heridos.

-¿Cómo se enteraron de la operación de Dorvalla?

-Por un miembro del Frente de la Nebulosa -dijo Qui-Gon-. Ahora está muerto.

-Así que había un delator. Supongo que Havac tenía razón al ser tan reservado respecto a esta operación.

-También estamos impacientes por conocer a Havac. Cohl le miró.

-Harían mejor destruyendo al androide que Havac ha infiltrado en la Cumbre,

-¿Un androide? -dijeron los dos Jedi al unísono.

-Un androide de combate. Está ahí dentro, entre los androides de la Directiva. Creemos que Havac planea matar a Valorum con el androide.

-Eso es imposible -dijo Qui-Gon-. Los androides de combate no pueden actuar sin el comando de un ordenador central.

-El de Havac es uno de los nuevos modelos mejorados de Baktoid -dijo Boiny-. Es un comandante. Es más capaz de pensar por su cuenta. Sólo necesita que se le programe una tarea, ya sea de viva voz o por control remoto, y es capaz de dirigir a los androides que estén a su lado.

Obi-Wan se quedó boquiabierto.

-¿Está diciendo que en vez de un asesino, hay doce en potencia?

-Trece más bien- replicó el rodiano

-Sigue sin poder iniciar nada por su cuenta -insistió Qui-Gon. -Ahí es donde entra Havac. Es el que tiene el control remoto. Qui-Gon dio un paso hacia Cohl.

-¿Dónde está'?

-Tengo una ligera idea.

-Dígame lo que sepa y deje que yo me ocupe del resto. Obi-Wan les escoltará para que reciban atención médica, y ponerlos bajo custodia.

-Si quiere a Havac, iremos juntos, por muy Jedi que sea -repuso Cohl, negando con la cabeza. Después inclinó la cabeza en dirección a Boiny-.

Además, somos los únicos que podemos identificarle.

Qui-Gon no tuvo ni que pensarlo. Miró a su discípulo. -Páawan, informa al Maestro Tiin y a los demás. Deprisa. -Pero, Maestro...

-Corre, páawan. Ya.

Obi-Wan asintió con labios apretados y giró sobre sus talones.

Qui-Gon contempló cómo su aprendiz salía corriendo, desactivó el sable láser y rodeó con un brazo el tembloroso hombro de Cohl.

-Apóyese en mí, capitán.

Capítulo 32

Cuando los diez tambores marcaron el compás, veinte trompetistas se llevaron los largos instrumentos a la boca y empezaron la primera de las tres prolongadas fanfarrias.

Para entonces. Obi-Wan había llegado ya hasta Tiin y el otro Jedi.

-Son los androides -empezó a decir con un chorreo de palabras.

Tiin le calmo y le hizo repetir todo lo que Cohl les había contado. A continuación, el iktotchi se volvió hacia Ki-Adi-Mundi. Vergere y los demás.

-Situaos lo más cerca de Valorum que os sea posible. Obi-Wan, Ki y yo nos pondremos junto al pabellón de la Federación de Comercio. Los demás, dispersaos para poder desviar los disparos láser. Sed discretos, pero manteneos alerta.

-Maestro Tiin, ¿crees que la Federación de Comercio sospecha lo que se alberga entre ellos'? -preguntó Obi-Wan mientras cruzaban la sala.

-No pueden sospecharlo. Sólo son agresivos en todo lo que se refiere a tratos comerciales. Si Havac ha infiltrado ese androide entre los demás, ha debido hacerlo sin que lo sepan los miembros de la Directiva.

-¿No deberíamos pedir a la delegación que haga salir a los androides, Maestro?

-La persona que esté vigilando puede decidir poner en marcha al androide. Y si eso sucede, parecerá que la amenaza somos nosotros y que los androides responden a ella disparando. Si hubiera tiempo haríamos que alguien abordase el carguero de la Federación para desconectar su ordenador central.

-¿Has luchado antes con esos androides, Maestro Tiin?

-Sólo sé que no tienen muy buena puntería, pádawan. Obi-Wan frunció el ceño mientras corría.

-No creo que eso importe con trece de ellos disparando a la vez.

Apenas habían recorrido la cuarta parte del pasillo que accedía a las cabinas de los medios, cuando Boiny localizó a Havac por el pequeño panel de acero transparente situado en lo alto de la puerta.

Qui-Gon pegó la espalda a la pared del pasillo, dejando que Cohl se sostuviera por sus propios medios.

-¿Cuántos hombres hay dentro? -preguntó al rodiano.

-Havac y puede que dos humanos más sentados a la derecha de la puerta. Qui-Gon hizo un gesto hacia la palanca de apertura de la puerta. -Prueba a ver.

Boiny posó una mano temblorosa en la palanca.

-Cerrada. -Miró hacia el panel de la pared-. Probablemente pueda interferir...

-Tengo un método más rápido -le interrumpió el Jedi.

Activó el sable láser e introdujo la brillante hoja en el mecanismo de la cerradura. El metal brilló rojo antes de empezar a fundirse, tiñendo el aire de un olor amargo. La puerta se abrió con un sonido chirriante.

Para entonces. Havac y sus compañeros ya estaban en pie con las pistolas en la mano. Una lluvia de disparos fue desviada por el arma de Qui-Gon, que éste mantenía erguida y movía a izquierda y derecha en gestos precisos. Los disparos desviados brillaron por toda la cabina, hiriendo dos de ellos a los hombres de Havac y derribándolos al suelo.

Un terror agudo hizo que Havac soltase la pistola. Cuando ésta caía. Qui-Gon usó la Fuerza para que el arma volara hasta él, guardándola luego en el cinto que le ceñía la túnica.

Havac se dejó caer en el asiento situado ante la consola, temblando de miedo y levantando las temblorosas manos por encima de la cabeza. Los dos piratas siguieron a Qui-Gon al interior de la cabina. Cohl calibró la situación y miró al Jedi.

-Me alegra no haber tenido que enfrentarme nunca a vosotros.

-Cohl -exclamó Havac con auténtico sombrero. -Ya lo sabe para la próxima vez, aficionado.

-¿Dónde está el control remoto del androide de combate? -le preguntó Qui-Gon a Havac.

Havac adoptó un aire de inocencia y perplejidad.

-¿Control remoto? No sé a qué se refiere.

Qui-Gon se acercó más a él.

-Ha infiltrado un androide entre los que trajo la Directiva de la Federación de Comercio. -Agarró a Havac y lo levantó de la silla, sosteniéndolo contra el ventanal de la cabina-. ¿Dónde está el control remoto?

Havac se aferró en vano a la mano del Jedi.

-¡Basta! ¡Bájeme y se lo diré!

Qui-Gon lo bajó hasta la silla.

-Lo tiene nuestro tirador -dijo, mordiéndose el labio.

-Sé a quién se refiere -comentó Cohl-. Es un francotirador.

-¿Dónde está? -continuó el Jedi mirando a Havac.

-En las pasarelas -farfulló, apartando la mirada.

Qui-Gon miró a Cohl, tomando una decisión.

-¿Está lo bastante bien como para quedarse con estos tres mientras su socio y yo buscamos a ese tirador?

Cohl se sentó en una de las sillas. -Creo que encontraré fuerzas para ello.

El Jedi le entregó la pistola de Havac. Empezó a decir algo, pero se contuvo y volvió a empezar, señalando a los dos hombres heridos.

-Enviaré a un equipo médico.

-No hay prisa -respondió Cohl.

Cuando Qui-Gon y Boiny desaparecieron por la puerta, Cohl miró ominosamente a Havac.

O O O

Los trompetistas hicieron una breve pausa e iniciaron la segunda fanfarria.

Los músicos llevaban ya una estrofa cuando un paje humano se acercó a la tribuna de la Federación de Comercio y preguntó por el virrey Gunray. El kuati de la delegación dirigió al paje al otro extremo de la curvada mesa de la Directiva.

Gunray contempló con aprensión palpable cómo se le acercaba el paje.

-Siento interrumpir, virrey -empezó a decir el paje en básico, subiendo la voz lo bastante como para ser oído por encima de las trompetas-, pero parece ser que hay algún problema con su lanzadera. El control del espaciopuerto de Eriadu necesita hablar enseguida con usted.

El gesto de irritación de Gunray alargó aún más su ya prominente mandíbula inferior.

-¿No puede esperar a que concluya la Cumbre?

-Le pido disculpas, virrey, pero es una cuestión de seguridad -contestó, negando con la cabeza-. Le aseguro que sólo le ocupará unos momentos de su tiempo.

El kuati, que había estado al tanto de la conversación, hizo girar su silla para mirar de frente a Gunray.

-Vaya a ocuparse de ese asunto. Si tiene usted suerte, no tendrá que soportar el discurso de apertura del canciller supremo Valorum.

Lott Dod se puso en pie cuando Gunray se disponía a irse.

-¿Debo quedarme en su ausencia, virrey?

Gunray lo pensó un momento, negando luego con la cabeza.

-Acompañeme. Usted es más hábil que yo a la hora de enfrentarse a las normativas y los tecnicismos. Pero, démonos prisa, senador. No quiero perderme la Cumbre más tiempo del necesario.

Capítulo 33

Qui-Gon y Boiny corrían a cien metros sobre el suelo de la sala de reuniones, por el laberinto de pasarelas, viguetas y ménsulas que iban de pared a pared en la parte superior del edificio.

El bramido marcial de las trompetas reverberaba en los curva dos muros, falseando el sonido. La luz del sol se tornaba de colores por la enorme cristalera del centro de la cúpula.

Las pasarelas que sobresalían de las paredes o estaban suspendidas del techo eran de suelo calado con barandillas tubulares y lo bastante anchas como para dejar pasar a un ser humano de tamaño normal. A intervalos regulares, sobre todo en la intersección de dos pasarelas, había plataformas que permitían al personal de mantenimiento ocuparse de las baterías de focos o altavoces.

Había innumerables lugares en los que podría esconderse un francotirador solitario armado con un control remoto o con un arma láser.

Qui-Gon y Boiny no tardaron mucho en encontrar al primer agente de seguridad. Éste les apuntó con una pistola cuando se acercaron a él y exigió saber qué asuntos los llevaban hasta allí.

El Jedi se lo explicó en las menores palabras posibles, al tiempo que lo examinaba mediante la Fuerza para asegurarse que de que su actitud de autoridad justificada era auténtica.

Desconcertado por la revelación, el agente conectó su comunicador y notificó a los agentes cercanos que volvieran a comprobar los documentos de todos los que estuvieran en los pasillos y plataformas, por mucho que sus placas identificativas los calificaran como técnicos o compañeros agentes. Al mismo tiempo, ordenó que se cerraran todas las entradas al pasillo circular que daba acceso a las cabinas.

Momentos después, un grupo adicional del personal de seguridad se unía a Qui-Gon. Boiny y el agente. Se dividieron en tres grupos para peinar las pasarelas.

Qui-Gon y Boiny se apartaron del perímetro para concentrarse en las pasarelas situadas sobre el suelo de la sala. Justo debajo de ellos estaban las dos líneas de trompetistas y tambores.

Llegaron a otro cruce y se separaron.

Buscando con sus sensaciones. Qui-Gon se movió con cuidado hacia la siguiente plataforma.

Un agente de seguridad apareció ante él, acunando un rifle láser entre los brazos.

-Me han informado mediante el comunicador -dijo-. En la siguiente plataforma hay dos técnicos. Sugiero que empecemos por ellos.

El agente se apartó para dejar pasar a Qui-Gon. Éste echó a correr, pero la Fuerza lo detuvo en seco.

Empezó a darse media vuelta.

-¡Jedi!- gritó alguien.

Qui-Gon terminó de girar y vio a Boiny corriendo hacia él. El agente de seguridad estaba entre ellos, con el rifle láser cruzado sobre el pecho.

-Ése es... -dijo Boiny señalando al agente...

Éste miró a Qui-Gon.

-Está conmigo -empezó a decir el Jedi.

El agente se agachó y disparó, acertando a Boiny en el centro del pecho y haciéndole retroceder por la pasarela. A continuación se volvió hacia Qui-Gon, sin dejar de disparar.

Qui-Gon sacó el sable láser, pero la andanada de disparos se había liberado con tal rapidez y precisión que apenas pudo desviarlos todos. Dos de ellos franquearon su arma, rozándole el brazo izquierdo y la pierna derecha.

Se tambaleó ligeramente.

Un trío de agentes atraído por los disparos apareció por el mismo lugar por el que había aparecido Boiny. El tirador sacó una segunda arma de una cartuchera del hombro y disparó contra los agentes, hiriendo a dos de ellos.

Qui-Gon desplazó el canto de su arrea para que desviase los disparos hacia ambos lados, en vez de hacia el tirador, por miedo a herir a alguno de los refuerzos. Pero los agentes ya devolvían el fuego, mostrando pocos miramientos por la situación de Qui-Gon.

El francotirador era increíblemente rápido con sus manos y con su cuerpo, al esquivar los disparos y lanzarse de un lado al otro de la estrecha pasarela, mientras su armadura corporal absorbía los pocos disparos que conseguían llegar hasta él.

Qui-Gon saltó hacia adelante, moviendo horizontalmente el sable láser y cortando los dos soportes verticales de la pasarela.

A continuación lo movió hacia abajo para cortar los puntales que sujetaban la plataforma.

De pronto, las dos secciones de la cortada pasarela se inclinaron, enviando el uno contra el otro al Jedi y al francotirador, y hacia la creciente separación entre los dos extremos de la plataforma.

Un chillido brotó de la garganta del tirador. Resbaló en el suelo y empezó a deslizarse por la abertura, disparando ambas armas contra Qui-Gon mientras caía.

En el breve silencio que insertaron los músicos entre la segunda y la última fanfarria, se oyó un rumor de voces asustadas.

Valorum se sentaba envarado en el centro de la tribuna dedicada a Coruscant, no muy seguro de qué había podido provocar esos gritos hasta que vio a Sei Taria, llevándose una mano a la boca, mientras señalaba al techo de la sala con la otra.

En el laberinto de pasarelas situado bajo la claraboya de la cúpula brillaban y se entrecruzaban disparos bajo la tintada luz. Otros rebotaban contra la hoja verde de un sable láser. Las chispas llovieron como una bendición sobre trompetistas y tambores.

Sei gritó.

Los Maestros Adi Gallia y Vergere avanzaron con las espadas extendidas. Entonces una figura se precipitó desde una de las pasarelas.

O O O

La Directiva contemplaba boquiabierta el tiroteo de los elevados saledizos. Al mismo tiempo, en el suelo, tres jedi y varios judiciales se movían rápida y subrepticamente en dirección a su tribuna.

El kuati examinó la distancia que separaba el suelo del techo. ¿Habría sido la Cumbre un truco para apresar a la Directiva?, se preguntó. ¿Tan osada sería la República como para atacarlos en público?

Los androides de seguridad habían pasado de su postura de firmes a otra de atención, con el cuerpo ligeramente agachado, los brazos doblados y la pierna izquierda extendida hacia atrás. Estaban programados para responder a una orden de cualquiera de los miembros de la Directiva, o al menos a retransmitir cualquier orden suya al ordenador central situado a bordo de la nave de la Federación, pero respondían sobre todo a los neimoidianos.

El asiento del kuati giró buscando al virrey Gunray, dándose cuenta de que aún no había regresado. Sin saber qué hacer, se volvió hacia uno de sus ayudantes.

-Activad el campo de fuerza.

El ruido de los disparos y los gritos del pánico llegaron hasta la cabina de Havac. Allí, Cohl, sentado en una silla y apuntando a su prisionero, oyó cómo se ponía en marcha la holocámara y que Havac desviaba la vista hacia ella.

-¿Tengo razón al suponer que pretende matarme? -preguntó Havac-.

Después de todo, matar es lo que mejor sabe hacer.

-Usted lo hace bastante bien para ser un principiante.

Havac lanzó un bufido desdeñoso.

-Estoy dispuesto a morir por mi causa, capitán.

-Puede que sea así, pero yo no pienso concederle ese privilegio. Va a morir por matar a Rella. Y además, su causa está perdida.

-¿Usted cree'? -repuso, volviendo a mirar a la cámara.

Cohl hizo un gesto hacia el ventanal de acero transparente.

-¿Oye esos disparos? El Jedi ha encontrado a su francotirador el que controla el androide. Valorum está fuera de peligro. En cualquier caso, tampoco era un plan muy inteligente, en vista de que Valorum pretende dismantelar la Federación de Comercio, igual que usted.

-Sigue sin ver la realidad -dijo Havac con una carcajada-. Está usted demasiado viejo para este juego. ¿Qué le hace pensar que íbamos a por Valorum?

Cohl dejó de sonreír.

Haciendo muecas por el dolor se obligó a levantarse de la silla y cojear hasta el ventanal. El tiroteo había provocado el caos en la sala. Los miembros de la Directiva de la Federación de Comercio estaban en pie tras su curvada mesa, rodeados de sus androides de seguridad, a salvo tras un rielante campo de fuerza.

Un grupo Jedi y algunos judiciales corrían hacia su tribuna.

Cohl se volvió hacia Havac con ojos llameantes.

-¡Va a por la Federación de Comercio!

Havac no pudo contener una sonrisa triunfal.

-Sólo era cuestión de obligarlos a activar el campo de fuerza. -Indicó la cámara y los demás aparatos que apuntaban hacia la sala-.

El escáner detectó su activación y la holocámara hará el resto.

-El control remoto -dijo Cohl, como sumido en una neblina.

Se lanzó contra la cámara, para encontrarse con Havac a medio camino. Chocaron el uno contra el otro y forcejearon hasta caer al suelo de la cabina. Rodaron hacia la puerta, cada uno luchando por dominar al otro, con la pistola láser entre ellos, agarrada por cuatro manos.

Cohl golpeó a Havac en el rostro usando el codo, arrojándolo a un lado y usando la inercia de su contrincante para ponerse encima de él, sujetándolo al suelo con las rodillas.

Havac se retorció, pero no soltó el láser, disparando un impacto contra el abdomen de Cohl. Éste cayó parcialmente hacia atrás, echándose luego hacia adelante, cargando todo su peso en el arma y desviándola hacia el pecho de su enemigo.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, apretó el gatillo por última vez.

Qui-Gon colgaba de la barandilla aferrándose a ella con una sola mano y miró al suelo de la sala.

Los trompetistas habían parado a media fanfarria y se dispersaban buscando refugio, abandonando sus instrumentos al correr. Por todas partes, los delegados dejaban sus asientos, pisándose literalmente unos a otros en un desesperado intento de escapar.

Valorum estaba en pie, pero completamente rodeado por guardias senatoriales y Caballeros Jedi.

Saesee Tiin, Ki-Adi-Mundi y Obi-Wan habían tomado posiciones ante la tribuna de la Federación de Comercio, con los sables láser levantados para desviar los disparos de los androides.

Pero los miembros de la Directiva habían levantado su campo de fuerza, por lo que ningún disparo podía entrar o salir de su translúcido escudo energético.

Los trece androides se llevaron una mano al hombro derecho, donde los rifles láser estaban sujetos a sus mochilas.

Los judiciales desataron una tormenta de disparos, que el campo de fuerza se limitó a absorber.

De pronto, todos los androides dieron un cuarto de vuelta a la vez.

Los miembros de la Directiva dieron órdenes y profirieron maldiciones y empezaron a apartarse de la curvada mesa.

Los androides dispararon.

Los Jedi y los judiciales miraron impotentes cómo los disparos destrozaban la mesa y las sillas para alcanzar el cuerpo de los miembros, acribillándolos y arrojándolos por toda la tribuna.

Los disparos cesaron tan bruscamente como empezaron.

Los androides se detuvieron un momento mientras sus armas se enfriaban, y a continuación las devolvieron a su sitio tras el hombro y recuperaron su antigua posición mirando a la sala.

Aturdido por lo que acababa de presenciar. Qui-Gon trepó hasta la temblorosa pasarela y se sentó en el inclinado suelo con las piernas cruzadas, mirando al vacío.

EL CIRCULO INTERNO

Capítulo 34

El Frente de la Nebulosa está prácticamente desbandado –le explicaba la agente del Departamento Judicial a Qui-Gon-. Los pocos que hemos conseguido encontrar afirmaban no saber nada de los planes que tenía Havac para Eriadu. Algunos ni siquiera lo conocían, y afirman que ese nombre se aplicaba de forma rutinaria a casi cualquier miembro de la facción militante del Frente. Y, en todo caso, la operación de Eriadu se preparó con mucho secreto, ya que los militantes estaban convencidos de tener a un informador entre sus filas.

-El informador pertenecía al ala moderada -le corrigió el Jedi-. Gracias a él conocí los planes de Cohl de atacar el carguero de la Federación de Comercio a su paso por Dorvalla y, cuando estuvimos en Asmeru, que Cohl preparaba una operación clandestina para Havac.

La judicial, una mujer delgada de cabellos castaños y gestos amables, tomó nota de los comentarios de Qui-Gon en un datapad de escritorio. Estaban solos en un cubículo situado en las cavernosas dependencias que tenía el Departamento Judicial en Coruscant. Había pasado casi un mes estándar desde los asesinatos.

La desactivación del campo que activaron los miembros de la Directiva de la Federación de Comercio, provocando sin saberlo su propio final, había requerido los esfuerzos de todo un equipo de técnicos usando varios disruptores de campo. Los dos neimoidianos que sobrevivieron a la masacre, el virrey Nute Gunray y el senador Lott Dod, no protestaron cuando usaron los mismos disruptores para dejar a los trece androides en un estado de sumisión garantizada. Sus privilegios diplomáticos les permitieron salir de Eriadu sin tener que responder a ninguna pregunta.

El canciller supremo Valorum ordenó al Departamento Judicial que efectuara de inmediato una investigación de lo sucedido, pero el responsable de la misma se había visto constantemente bloqueado por el teniente de gobernador Tarkin. Éste insistía en que, dado que Eriadu había fracasado en proporcionar la seguridad adecuada a la Cumbre, lo menos que podía hacer era investigar el caso con policías locales. Por un momento se temió que Tarkin intentara echarle la culpa a cualquier otro, temiendo posibles represalias por parte de la Federación. Pero, en vez de eso, se limitó a obstaculizar la investigación permitiendo la desaparición de pruebas y testigos. Constantemente ignorados, los judiciales habían acabado por abandonar Eriadu.

Qui-Gon había intentado mantenerse al tanto de los progresos en el caso, pero la encargada de la investigación que actuó de enlace con el grupo de Eriadu no había regresado a Coruscant hasta poco antes.

-Resultó que Havac era de Eriadu -continuó la agente judicial-. Su verdadero nombre era Eru Matalis, y era un holodocumentalista y periodista de los medios, con un largo historial de rencor hacia la Federación de Comercio. Consiguió convertirse en jefe de la célula que tenía el Frente en Eriadu, e ir ascendiendo hasta llegar a un puesto con mando dentro de la organización.

"El registro que efectuamos en el piso franco del Frente de la Nebulosa en la ciudad de Eriadu reveló que tenían contactos en todos los estamentos del gobierno y de la policía local, y que debía conocer tan bien como cualquiera las medidas de seguridad previstas para la Cumbre. Es obvio que Havac, o Matalis, usó sus contactos para conseguir placas de seguridad, uniformes y documentación para los asesinos contratados por Cohl, y puede que se las arreglara para esconder armas en el Palacio de Congresos mucho antes de que se celebrara la Cumbre en sí."

-La operación debió planearse apenas se anunció la Cumbre -dijo Qui-Gon-. O poco después del atentado contra el Canciller, aquí en Coruscant. No creo que lleguemos a saber nunca si ese atentado fue real o si sólo estaba pensado para apartarnos de lo que se preparaba en Eriadu.

-A no ser que Havac y Cohl aprendan a hablar desde la tumba.

-¿Qué hay de los asesinos que capturamos?

-Todos sostienen que el blanco era Valorum, hasta los dos que estaban en la cabina con Havac. Según ellos, la intención de Havac era hacer parecer que habían sido los androides de la Federación los que habían matado a Valorum en nombre de la Directiva. Algo que habría provocado el desmantelamiento de la Federación, objetivo buscado desde el principio por el Frente.

"Hemos estudiado la posibilidad de que hubiera algún error en la programación de los androides, y que el ataque contra la Directiva fuera consecuencia del mismo. Pero Baktoid nos ha proporcionado pruebas sobradas de que eso no pudo haber pasado."

-¿Y Baktoid no estaría apoyando a Havac?

-Niegan vehementemente cualquier implicación. De hecho, sus técnicos nos ayudaron a analizar al androide de combate, el llamado comandante. Y encontramos en él un mecanismo que permitía su control al margen de las órdenes del ordenador central, aunque sólo por un breve período de tiempo. La holocámara de Havac fue la que hizo actuar al androide, y los otros doce siguieron sus instrucciones. El ordenador central los desconectó en cuanto se dio cuenta de lo que sucedía en el Palacio de Congresos.

Qui-Gon meditó un momento en ello.

-Havac debió temer ayuda para hacer llegar al androide hasta la Federación.

-Sin duda -asintió la agente-. Pero la inmunidad diplomática nos ha impedido averiguar lo que deseamos saber. Por ejemplo, el espaciopuerto de Eriadu tiene constancia de que la Directiva sólo llegó con doce androides. Así que el decimotercero, el asesino, debió unirse al grupo mientras la delegación estaba en la superficie del planeta.

"Gunray, el nuevo virrey al mando de toda la Federación de Comercio, alega a través de sus abogados que alguien en la Directiva debió aceptar o introducir a ese androide. El senador Lott Dod afirma que cuando le comentó a Gunray la existencia de un androide de más, éste pareció tan desconcertado como él.

-¿Qué hay del mensaje que hizo salir de la Cumbre a Gunray y Dod?

-Por lo que sabemos, era auténtico. Detectaron una fuga de plasma en los motores de la lanzadera neimoidiana. La fuga fue detectada por los escáneres del espaciopuerto, y alguien llamó a los encargados de seguridad del Palacio de Congresos. El problema es que no hemos conseguido identificar al que llamó a seguridad. Gunray afirma que el comunicador que le entregó el paje estaba inactivo cuando lo cogió. El paje lo ha confirmado. Para cuando Gunray y Dod se encaminaron de vuelta a sus asientos, ya se había desatado la violencia y los agentes de seguridad les impidieron volver a entrar en la sala.

La judicial hizo una pausa y meneó la cabeza exasperada.

-Todo apunta a Havac.

Qui-Gon plegó las manos sobre el pecho y asintió, aunque poco convencido.

-Eso parece.

O O O

-Es un placer volver a verle, senador Palpatine -dijo la exquisita figura del holoprojector-. Espero impaciente el día en que nos veamos en persona.

-Yo también lo deseo, Su Majestad -dijo Palpatine, inclinando la cabeza en gesto de respeto.

La figura estaba sentada en un trono de respaldo redondo. Detrás de ella había una enorme ventana rematada en un arco, y enormes columnas de piedra a cada lado. Su voz grave era tan medida como

su postura: las palabras que brotaban de sus labios pintados carecían de inflexión. Temía una figura esbelta y un encantador rostro femenino. Se mostraba notablemente solemne para ser alguien tan joven. Era evidente que se tomaba sus responsabilidades con la mayor seriedad.

Su nombre de cuna era Padmé Naberrie, pero a partir de ese momento sería conocida como reina Amidala, la recién elegida gobernante de Naboo.

Palpatine recibía esta comunicación en su apartamento de la escarpada torre, en el número 500 de República, situada en uno de los barrios más antiguos y prestigiosos de Coruscant. Las paredes y el suelo eran tan rojos como el trono de Amidala, y había obras de arte adornando cada esquina y nicho del lugar.

El se imaginó su fantasmal imagen flotando sobre el holoprojector de las estancias que tenía el Consejo Asesor en el palacio de Theed, en Naboo.

-Senador, quiero informarle de algo que sólo se me ha revelado ahora, El rey Veruna ha muerto.

-¿Muerto, Majestad? -repuso Palpatine, frunciendo el ceño en aparente inquietud-. Naturalmente, estaba al tanto de que se había retirado a raíz de su abdicación. Pero tenía entendido que gozaba de buena salud.

-Gozaba de buena salud, senador -dijo Amidala con voz monótona-. Su muerte se ha estimado "accidental", pero está envuelta en misterio.

Pese a tener catorce años de edad, no era la monarca más joven que se elegía para el trono, pero desde luego sí una de las más convencionales en porte y vestimenta, iba enfundada de pies a cabeza en un vestido rojo de anchos hombros, cuyas amplias mangas estaban ribeteadas de piel de potolli. La estrecha pechera del vestido estaba bordada con costosos hilos. Su rostro pintado de blanco descansaba en un collarín que además de resaltar sus delicados rasgos formaba parte de una elaborada tiara que brillaba tras su cabeza. Tenía las uñas de los pulgares pintadas de blanco, y en cada mejilla portaba un estilizado lunar rojo. Una tradicional "cicatriz recordatoria" le dividía un labio inferior que, a diferencia de su compañero rojo mate, también estaba pintado de blanco. Tras ella había cinco doncellas, ataviadas con encapuchados vestidos rojos.

-Quisiera presentarle a nuestro nuevo jefe de seguridad, senador -dijo Amidala, haciendo un gesto hacia alguien que no estaba en la imagen-. El capitán Panaka.

En el holocampo entró un hombre afeitado, de piel marrón clara. Su expresión carecía de humor y vestía un justillo de cuero y una gorra de mando a juego. El nombramiento de Panaka debía ser reciente, aunque no nuevo en la corte pese a haber servido un tiempo a las órdenes de su predecesor, el capitán Magneta.

-Dado que el rey Veruna ha muerto en circunstancias sospechosas -dijo Amidala, el capitán Panaka ha considerado necesario crear una seguridad adicional para todos, incluido usted, senador.

Palpatine pareció sorprendido ante la idea, incluso divertido.

-No creo que eso sea necesario en Coruscant, Su Majestad. El único peligro que hay en este lugar proviene de tener que fraternizar con los demás senadores, e intentar mantenerse inmune a la avaricia que domina el Senado Galáctico.

La reina volvió al holocampo.

-¿Qué puede decirnos de los recientes problemas que ha habido entre la Federación de Comercio y el Frente de la Nebulosa, senador?

Palpatine negó desaprobador con la cabeza.

-Ese lamentable incidente sólo deja en evidencia lo poco efectiva que se ha vuelto la República a la hora de mediar en esos conflictos. Hay demasiados miembros del Senado anteponiendo sus propias necesidades a las de la República.

-¿Qué pasará con la propuesta del canciller Valorum de un impuesto a las rutas de libre comercio?

-Estoy seguro de que el Canciller Supremo seguirá adelante con su propuesta.

-¿Cómo votará usted, senador, si el asunto llega a votación?

-¿Cómo quiere que vote Su Majestad?

Amidala pensó antes de responder.

-Mi responsabilidad es para con el pueblo de Naboo. Me gustaría poder entablar buenas relaciones con el canciller Valorum, pero Naboo difícilmente puede implicarse en una disputa que enfrentará a la República con la Federación de Comercio. Aceptaré la decisión que usted tome en este asunto, senador.

Palpatine inclinó la cabeza.

-Entonces, sopesaré cuidadosamente el asunto, y votaré en función de lo que sea mejor para Naboo y para la República.

O O O

Valorum se paró ante los altos ventanales y contempló el paisaje de la ciudad.

-La última vez que nos encontramos aquí fue para discutir la petición de la Federación de Comercio de protección contra los terroristas -dijo- y la situación no ha hecho más que empeorar en los meses subsiguientes. Me siento perdido cuando pienso en los acontecimientos que nos han traído hasta este siniestro momento. Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que acabaríamos en esta situación, no le habría hecho caso por no considerarlo posible.

El senador Palpatine no dijo nada. Esperó a que Valorum dejase de mirar por el ventanal.

-En señal de respeto por lo sucedido en la Cumbre, he retrasado la presentación ante el Senado de mi propuesta impositiva. Pero me presionan para que decida la cuestión de una vez por todas, y me presionan tanto los que la desean como los que se oponen a ella. -Valorum giró sobre sus talones para mirar a Palpatine-. Puede que usted más que nadie sepa cómo respira la situación en el Senado. ¿Han despertado los asesinatos más simpatías por la Federación de Comercio, hasta el punto de impedirme conseguir el respaldo necesario al impuesto?

-Todo lo contrario -dijo Palpatine-. Lo sucedido en Eriadu sólo ha reforzado los temores de todos de que se avecinan tiempos violentos, y de que el conflicto que han librado la Federación de Comercio y el Frente de la Liberación no es más que un ejemplo de futuras tragedias venideras.

"Y, lo que es más, ahora que la Federación está controlada por los neimoidianos y su ansia de beneficios, lo más probable es que la tensión aumente en los sistemas fronterizos. Su plan de redistribuir en el Borde Exterior lo que se recaude es digno de elogio, y debería llevarse a cabo. Hay muchos mundos en crisis que se beneficiarán de un gesto así. Un mercado competitivo es lo que acabará por atemperar el control de la Federación de Comercio, sin necesidad de que la República intervenga más allá de ese impuesto."

-¿Y qué hay de la petición de la Federación de que se le autoricen nuevas defensas? Los neimoidianos seguirán queriendo aumentar su armamento, pese a no sufrir ya la amenaza del Frente de la Nebulosa.

-Cierto -repuso Palpatine pausadamente-. Sólo para darles gusto, al menos se debería considerar que dieran los pasos necesarios para salvaguardar sus naves. La desintegración del Frente de la Nebulosa no anula la posibilidad de nuevos actos terroristas efectuados por algún nuevo grupo.

Valorum miró a Palpatine.

-¿Tendremos el voto de Naboo?

Palpatine lanzó un suspiro lleno de significado.

-Desgraciadamente, la reina Amidala no está preparada para apoyar el impuesto, ya que Naboo sigue dependiendo de la Federación de Comercio para muchas de sus importaciones básicas. Es joven e inexperta en estas cuestiones, pero muy dispuesta a aprender. -Clavó la mirada en Valorum-. No obstante, yo seguiré haciendo todo lo que esté en mi mano para influir en los demás. Estoy seguro de que podremos reunir todos los votos que hagan falta.

Valorum sonrió agradecido.

-En vista de todo el apoyo que me ha demostrado, mi querido amigo, le doy mi palabra de que, en caso de surgir esa necesidad, haré todo lo que esté en mi mano por ayudar a Naboo.

-Gracias, Canciller Supremo. Como usted dice, le tomo la palabra.

Capítulo 35

Los pasillos públicos del Senado Galáctico estaban llenos a rebosar de corresponsales de la HoloRed, de bienquirientes y de los ciudadanos de Coruscant de mentalidad más cívica. Un rejuvenecido Valorum se movía lentamente por el pasillo principal, flanqueado por los guardias del Senado, intercambiando dignos asentimientos con los senadores e ignorando las preguntas que le hacían los reporteros.

-Canciller Supremo, ¿llegó a dudar por algún momento que se ratificase su propuesta de impuestos?
-preguntó un corresponsal twi'leko.

Sei Taria respondió por él.

-Ha sido una cuestión controvertida desde el principio, pero todos los implicados estaban seguros de que la propuesta seguiría adelante una vez se oyera a todas las partes.

Una atractiva hembra humana se abrió paso hasta el frente de la multitud. -¿De verdad cree que se ha oído a todas las partes, teniendo en cuenta lo sucedido en la Cumbre?

Sei Taria volvió a intervenir.

-Aunque la tragedia nos obligó a abreviar la Cumbre, ya avanzamos mucho terreno en Eriadu. Los que no pudieron hablar en Eriadu han tenido aquí tiempo sobrado para emitir su opinión una vez se reanudaron las conversaciones.

-¿Conversaciones o discusiones, Canciller Supremo?

Valorum le quitó importancia con un gesto de la mano.

-¿Cree usted que este impuesto es un duro golpe para los derechos de los sistemas fronterizos?

-Los sistemas fronterizos acabarán beneficiándose de esto –replicó Taria-. Como se beneficiaran los demás mundos, gracias a esta decisión histórica. Contrariamente a la opinión de muchos supuestos analistas políticos, la aprobación de esta moción demuestra a las claras que el Senado no se ha vuelto demasiado inoperante o apático a la hora de actuar por el bien común. Otro corresponsal humano se abrió paso hasta ellos. -¿Lo considera el momento culminante de su administración?
Taria levantó las manos.

-Más tarde emitiremos un comunicado oficial. Hasta entonces, no responderemos a ninguna pregunta más.

Lo corresponsales gruñeron, pero acabaron por callarse y apartarse a un lado, mientras el contingente de asesores y guardias de Valorum lo conducían hacia el turboascensor que lo llevaría a sus aposentos privados. Una vez allí, se quitó la capa, se sentó pesadamente y lanzó un prolongado suspiro.

-Gracias por su intervención -le dijo a Taria cuando los dos se quedaron a solas en el despacho.

Ella sonrió y se sentó delante de él.

-Deberíamos realizar un comunicado lo antes posible. ¿Quiere preparar ya un borrador?

Valorum frunció el ceño, se puso en pie y caminó hasta el centro del cuarto con las manos agarradas a su espalda. Taria activó la grabadora de su comunicador de muñeca.

-Hace ya demasiado tiempo que el Senado se ve obstaculizado por normativas y procedimientos -empezó a decir Valorum un momento después-. Pero hoy hemos conseguido superar nuestra inercia y dejar al margen los rencores y el interés, y agruparnos para dar un golpe en nombre de la República. Con este gesto reafirmamos nuestro mandato y reencontramos el camino correcto.

"Aunque nos sentimos muy honrados por haber presentado esta propuesta histórica, la victoria nunca habría sido posible sin el incansable esfuerzo de muchos delegados buenos e idealistas. No entraremos en la cuestión de cómo ha ido la votación, pero sí diremos que se tiene una deuda de gratitud con delegados como... Valorum se interrumpió al oír un pitido en la puerta del despacho. Cuando Sei Taria abrió la puerta, dos guardias del Senado escoltaron al interior de la habitación al senador Bail Antilles de Alderaan. El presidente del Comité de Actividades Internas llevaba en su diestra un documento de lámina reciclable de aspecto legal.

-Canciller Supremo, siento ser portador de malas noticias en un día que debería consagrarse a la celebración -dijo Antilles, entregando la lámina reciclable a Valorum-. Pero este documento es una notificación oficial por la que se le requiere a presentarse ante la Corte Suprema para responder a alegaciones de corrupción y enriquecimiento ilegal.

Valorum parpadeó estupefacto. No conseguía encontrar sentido a lo que acababa de oír. Debía tratarse de un error, o de una broma de muy mal gusto. El corazón le latió contra el esternón y se quedó sin aliento. Miró a la lámina reciclable que había aceptado y volvió a mirar a Antilles.

-Exijo saber lo que significa esto.

-Vuelvo a disculparme. Canciller Supremo -repuso Antilles, apretando los labios-. Pero esto es todo lo que se me permite decir en este momento.

Capítulo 36

Cuando finalmente Valorum apareció dos semanas después ante la Corte Suprema, lo hizo rodeado de abogados además de los guardias del Senado. Durante ese tiempo, su equipo legal había conseguido averiguar que la base de las alegaciones era una inversión en Transportes Valorum de Eriadu.

Aparte de eso, Valorum estaba a oscuras.

La Corte Suprema se reunió a puerta cerrada en el edificio de los Tribunales Galácticos de Justicia, una enorme construcción de arcos apuntados, altas torres decorativas y elaboradas estatuas, localizada en las llamadas Llanuras de Coruscant, no muy lejos del Templo Jedi.

Valorum y sus abogados se sentaban ante una larga mesa situada frente a la docena de figuras con toga que componían el Consejo Judicial. Bail Antilles y los miembros del Comité de Actividades Internas se sentaban perpendiculares a ellos.

El juez habló dirigiéndose a Valorum.

-Canciller Supremo, apreciamos que haya decidido presentarse ante nosotros sin necesidad de una citación escrita.

-Se nos ha dado a entender que ésta es una investigación informal -respondió uno de los abogados en lugar de Valorum.

-Esa presunción es correcta.

El juez miró a Antilles, el cual se levantó y habló desde su puesto en la mesa del Comité.

-Señorías. Canciller Supremo. Hace dos semanas, el Senado se reunió en sesión especial para votar una moción presentada por el canciller supremo Valorum de cara a imponer un impuesto en todos los transportes y demás actividades mercantiles en las que antaño eran conocidas como zonas de libre comercio de los sistemas fronterizos.

"Una enmienda a la propuesta exige que todo lo recaudado por la República sea redistribuido entre los sistemas fronterizos a fin de apoyar su beneficencia social y su progreso tecnológico. Hay muchas empresas con base en esos sistemas que ya se están beneficiando de dicha enmienda, gracias a una mayor afluencia de capital por parte de inversores del Núcleo. Una de esas empresas es Transportes y Envíos Valorum, de Eriadu, que ha recibido un enorme ingreso en sus arcas, para tratarse de una compañía que los últimos años estándar sólo ha tenido beneficios marginales."

El abogado de Valorum lo interrumpió.

-Con el debido respeto, senador Antilles, el Canciller Supremo no fue consciente de ese ingreso hasta la semana pasada. Y si bien es cierto que la compañía tiene el nombre de Valorum, y que el Canciller Supremo es miembro de su directiva, en ningún momento ha participado en las operaciones de la compañía, ni suele estar al tanto de todas y cada una de sus transacciones comerciales.

"Y lo que es más importante, señorías. ¿Desde cuándo viola la ley de la República que una empresa obtenga beneficio por méritos propios? El caso de Transportes Valorum no es más que una muestra más del buen juicio de los inversores al confiar en una empresa propiedad de una figura pública. El Canciller Supremo no ha solicitado activamente que se realice dicha inversión. Y lo que es más, y de acuerdo con la ley, el Canciller Supremo siempre ha hecho públicas sus finanzas, siendo intachable todo su historial impositivo y su declaración de propiedades."

Los doce jueces miraron a Antilles, que seguía frunciendo el ceño cuando el abogado dejó de hablar.

-Si se me permite continuar. El Comité de Actividades Internas no pone en duda ninguna de las afirmaciones que ha efectuado el representante legal del Canciller Supremo. De hecho, cuando este asunto se presentó a nuestra atención, procedimos en la suposición de que no había tenido lugar ninguna infracción del protocolo. No obstante...

Antilles dejó que la frase pendiera en el aire un largo instante antes de proseguir.

-Posteriores investigaciones nos han revelado que la contribución a Transportes Valorum no se originó en consorcio o empresa alguna, sino que provenía de una cuenta bancaria sin titular, y que se transportó a Eriadu mediante un banco de Coruscant de dudosa reputación. Y uso con justeza el término transportó, Señorías, pues la inversión se realizó en forma de bienes.

Los ahogados de Valorum se miraron desconcertados.

-¿De qué tipo? -preguntó el portavoz a Antilles.

-Lingotes de aurodium.

La sangre abandonó el rostro de Valorum, y el silencio se adueñó de la sala. Valorum y sus abogados conferenciaron un momento antes de que hablara el portavoz.

-Señorías, reconocerlos que esa inversión empieza a parecer, digamos que menos que legítima. Aun así, el senador Antilles todavía tiene que demostrar en qué manera está relacionada con el Canciller Supremo.

La expresión de Antilles traslucía a las claras que estaba esperando ese momento. Miró a Valorum mientras propinaba el golpe final.

-Lo que el Comité de Actividades Internas encuentra muy interesante, y cuestionable, es que el valor, y ya puestos la cantidad, de aurodium coincide con toda exactitud con el cargamento que la Federación de Comercio informó haber perdido hace varios meses a consecuencia de un ataque contra una de sus naves, la Ganancias, en el sistema Dorvalla.

Antilles se apartó de la mesa y se acercó al tribunal mientras conversaciones en voz baja llenaban toda la sala.

-Señorías, esto no es una acusación formal. El Comité sólo desea estar seguro de que el Canciller Supremo no tenía motivos ocultos para su moción impositiva, convirtiéndola en parte de un plan para enriquecerse con los sistemas fronterizos. El Comité también desea estar seguro de que el aurodium en cuestión sí fue robado del Ganancias, y que no fue transferido a Transportes Valorum para sellar una conspiración clandestina entre el Canciller Supremo y la Federación de Comercio.

O O O

El senador Palpatine era uno más del centenar de senadores invitados al lujoso ático de Orn Free Taa para una velada de excepcional comida y extravagantes bebidas. No obstante, lo que se había calificado de celebración tenía todas las trazas de ser un cóncave, y si bien los no enterados creían acudir para celebrar la aparente victoria de Valorum en el Senado, lo que en realidad se festejaba era su reciente caída en desgracia.

El anfitrión twi'leko de piel azul estaba en la más grande de las muchas terrazas del ático, dirigiéndose a un público de senadores que no se perdían ni la menor de sus palabras.

-Por supuesto, todos estamos al tanto de esas presuntas irregularidades, pero hubo que posponer cualquier mención a ese escándalo para asegurarnos de que se ratificaba la propuesta, lo cual no habría sucedido de debilitarse la posición de Valorum.

Taa meneó la cabeza y el grueso lekku.

-Al posponer la revelación de esas alegaciones, y apoyar a Valorum, hemos conseguido convertir lo que podría haberse percibido como una vulgar corrupción en algo que parece un nefasto complot que amenaza con socavar la estabilidad de la misma República.

-¿Y hay algo de cierto en las acusaciones? -preguntó el senador Tikkes de Quarren: sus tentáculos faciales se estremecían ante esa perspectiva.

Los enormes hombros de Taa se encogieron indiferentes.

-Por un lado está el aurodium, y por el otro la apariencia de engaño. ¿Qué más importa?

-Si eso es cierto, Valorum se ha convertido en un peligro para el bienestar general -remarcó Mot Not Rab.

-Yo digo que acabemos con él, antes de que vengan días peores -afirmó Tikkes con entusiasmo.

Hubo otros que asintieron manifestándose de acuerdo, murmurando entre ellos.

-Paciencia. Paciencia -aconsejó Taa con tono conciliador-. Con fundamento o sin él, esas alegaciones ya han herido de gravedad a Valorum. Sólo tenerlos que librarnos de los senadores que le apoyaron en el pasado permitiéndole mantenerse a flote pese a todos nuestros esfuerzos por hundirlo. Además, puede que siga siéndonos ventajoso mantenerlo seco y lejos del agua.

-¿De qué manera? -preguntó el senador de Rodia.

-Una vez erosionada su influencia, y con el Departamento Judicial desposeído de parte de su antigua autoridad, habrá que nombrar todo tipo de comisiones para debatir y decidir sobre cuestiones de las que él mismo se habría encargado. El poder de los tribunales aumentará, pero se tardará más que nunca en resolver los casos. Y Valorum seguirá pareciendo el culpable de ello.

-A no ser que se nombre a un vicecanciller fuerte -se le ocurrió puntualizar al rodiano.

-No debemos dejar que eso pase -dijo Taa con firmeza-. Necesitarlos un burócrata para vicecanciller. -Se inclinó hacia su círculo de conspiradores-. El senador Palpatine ha sugerido que haríamos bien en nombrar al chagrian, a Mas Amedda.

-Pero se dice que Amedda está a favor de la Federación de Comercio -dijo Tikkes incrédulo.

-Pues mucho mejor, mucho mejor. Lo que importa es que cuanto más fanático sea respecto a los procedimientos y normativas, más bloqueará la capacidad de actuación de Valorum.

-¿Con qué fin? -preguntó Mot Not Rab.

-El de acabar con Valorum, claro. Y cuando llegue ese momento, elegiremos a un líder que tenga fuego en las venas.

-Bail Antilles ya ha iniciado su campaña -comentó el rodiano -igual que Ainlee Teem de Malastare -añadió Tikkes.

Taa vio a Palpatine Junto a la puerta de la terraza, enfrascado en una conversación con los senadores de Fondor y de Eriadu.

-Yo propongo que pensemos en nominar a Palpatine -dijo, señalándolo discretamente.

Tikkes y los demás miraron al senador de Naboo.

-Palpatine nunca aceptaría la nominación -dijo el quarren-. Se considera un jugador de equipo.

Taa estrechó los ojos.

-Entonces habrá que convencerlo. Piensen en lo que representaría para los sistemas fronterizos que se eligiese Canciller Supremo a alguien que no es del Núcleo. Entonces sí que podría haber igualdad para todas las especies. Si alguien puede restaurar el orden, es él. Tiene la mezcla adecuada de generosidad y fuerza. Y no se dejen engañar por su aspecto, bajo esas anchas mangas se oculta una mano de hierro. Se preocupa profundamente por la integridad de la República, y hará todo lo que sea necesario para imponer la ley.

-Entonces no podremos manipularlo como a Valorum -repuso Tikkes dubitativo.

-Eso es lo mejor de todo -dijo Taa-. No nos hará falta porque piensa como nosotros.

Capítulo 37

En todos los años que hacía que conocía a Valorum, Adi Gallia nunca lo había visto tan abatido. Podía mostrarse a veces taciturno, e injustamente duro consigo mismo, pero las recientes acusaciones de corrupción le habían hundido en un oscuro pozo del que no parecía salir. Parecía haber envejecido un año en el mes transcurrido desde la última vez que lo había visto.

-El aurodiun fue la última puñalada que me propinó el Frente de la Nebulosa -le decía a ella-. Los terroristas estaban decididos a acabar conmigo, al tiempo que con la Directiva de la Federación de Comercio. Ésa tiene que ser la explicación. ¿Y sabe por qué no me dijeron nada los miembros de mi familia en Eriadu? Porque se molestaron cuando preferí aceptar la hospitalidad del teniente de gobernador Tarkin, el cual, según parece, siempre ha sido enemigo suyo. Yo sólo lo hice en gesto de cortesía para con el senador Palpatine, que ahora se siente culpable por el papel que ha jugado en este lamentable asunto.

Adi iba a replicar, pero el Canciller no le dio oportunidad.

-Y no dejo de preguntarme si no habrá algunos senadores implicados. Sobre todo aquellos que prefieren verme caído en desgracia antes que desprovisto del poder del cargo.

Adi había acudido a verlo en su despacho del Senado, que para entonces se había convertido en un centro de maledicencias e insinuaciones. Toda la atmósfera del Senado había cambiado, y Valorum se sentía responsable de ello.

-Sólo es cuestión de tiempo que lo exoneren -intentó tranquilizarle Adi.

-Hay muy pocos interesados en verme exonerado, y los medios de comunicación menos que nadie -respondió él, negando con la cabeza-. Y con Havac muerto, no hay manera de saber con certeza si la Federación de Comercio intentaba comprar o no mi influencia.

-De ser así, ¿por qué iba a esforzarse usted tanto en que se aprobasen los impuestos a las rutas comerciales? Ese impuesto es la prueba de su honradez.

La débil sonrisa de Valorum contradijo su aparente desesperación.

-Mis críticos tienen una explicación para ello. Yo compensaría el impuesto, haciendo que la recaudación destinada a los sistemas fronterizos acabase llegando a los amplios bolsillos de las togas neimoidianas. -Eso son sólo conjeturas. Acabarán por olvidarse. Valorum apenas la oía.

-No me importa lo que puedan decir de mí. Pero ahora están cuestionando todo lo que he conseguido hacer en el Senado. Quieren que responda ante Mas Amedda, que es tan estricto con las normativas que ya nunca podrá aprobarse ninguna ley nueva. Cada vez habrá más comisiones y comités para estudiarlas y, con ellas, más oportunidades para sobornos y corruptelas.

Valorum guardó silencio por un largo instante, negando con la cabeza.

-Tanto los asesinatos de Eriadu como este escándalo tendrán hondas repercusiones. Cada vez se me deja más claro que los Jedi no deben intervenir en disputas comerciales sin el consentimiento expreso del Senado. Pero, lo peor de todo, es el flaco servicio que le he hecho a la República. Los ciudadanos toman ejemplo de la cabeza visible del estado, incluso cuando ésta es poco más que un mascarón inútil.

"He buscado las causas de la corrupción y me he topado conmigo mismo. ¿Acaso he olvidado convenientemente todos los tratos que hice con seres maliciosos? ¿He olvidado convenientemente que yo también he sido corrompido?"

Apoyó los codos en el escritorio y se masajeó las sienes con la yema de los dedos, manteniendo la mirada baja.

-Anoche tuve un sueño terrible, y parecía reflejar mis presentes circunstancias tanto como ser una visión del futuro. En él, me encontraba asediado por fuerzas nebulosas, por espectros de alguna clase, y algo me buscaba en la negrura para aplastarme en su puño.

-Algo terrible, pero sólo era un sueño -dijo Adi-, no una visión. Valorum se las arregló para forzar la misma sonrisa con la que le miró. -Ojala tuviera más partidarios como usted y como el senador Palpatine. -Siempre es preferible un puñado de fieles partidarios a muchos falsos amigos -dijo Adi-. Quizá pueda encontrar algún consuelo en eso.

O O O

Los once Maestros escucharon a Adi en la torre del Sumo Consejo del Templo Jedi, mientras ésta les contaba su encuentro con Valorum. Yoda estaba en movimiento, como siempre, apoyándose al andar en su bastón de gimer, y Qui-Gon y Obi-Wan estaban presentes, debido al papel que habían tenido en aquellos acontecimientos.

-El Canciller Supremo tiene razón en una cosa -dijo Mace Windu-. El aurodium sólo pudo provenir de Havac. Cohl le entregaría los lingotes robados, y Havac creó esa cuenta bancaria para invertir el aurodium en Transportes Valorum.

-Pero, ¿por qué? -preguntó Yarael Poof.

-Havac aspiraría a terminar a la vez con el Canciller Supremo y con la Federación de Comercio, insinuando que estaban aliados.

-A Valorum, quizá -dijo Depa Billaba-. Pero los neimoidianos tienen ya a gran parte del Senado en nómina. La Federación de Comercio no se ha visto afectada por el escándalo.

-Cierto -aceptó Oppo Rancisis.

-En esos sucesos, poco hemos pensado -dijo Yoda-. De nosotros, ninguno.

Yaddle se volvió hacia Qui-Gon y Obi-Wan, que estaban fuera del círculo de los Maestros.

-Vosotros aquí volasteis, allí volasteis, pistas buscando... Si a escuchar a la Fuerza unificadora un momento os hubierais detenido, quizá venir esto habríais visto.

-Hice lo que tenía que hacer, Maestros -dijo Qui-Gon sin disculparse. Yoda dejó escapar un suspiro prolongado. -Culparte a ti no pretendemos, Qui-Gon. Pero a todos nos exasperas. Qui-Gon inclinó la cabeza en una reverencia.

-Este escándalo no ha sido sólo obra del Frente de la Nebulosa -dijo Adi-. El Canciller Supremo tiene otros enemigos, enemigos ocultos que conspiran contra él. Quieren ponerle en una situación en la que pueda cometer algún error grave y así derrocarlo del puesto o verse forzado a dimitir.

-Y ser sustituido por alguien como Bail Antilles o Ainlee Teem -murmuró Saesee Tiin.

-Ha sido demasiado confiado -asintió Windu.

-Demasiado ingenuo -comentó con dureza Even Piell. Yoda siguió caminando, y se detuvo.

-Ayudarlo debemos, en secreto si falta hace.

-Debemos escuchar la voluntad de la Fuerza en este asunto -dijo Windu-. Debemos abrirnos a nuevas formas de contrarrestar el traicionero vórtice a que se ha visto abocada la República. Quizá podamos ayudar a Valorum a anticiparse a sus enemigos antes de que éstos tengan la oportunidad de aprovechar estos sucesos contra él.

-Siente que se avecinan tiempos peligrosos -dijo Adi-. Como si se hubiera despertado alguna oscuridad que pretendiera propagarse por toda la galaxia.

Yaddle rompió el largo silencio. -Desequilibrándose la balanza está. Yoda la miró.

-Desequilibrándose, sí. ¿Pero de tiempos turbulentos a pacíficos, o malos tiempos a otros peores?

Windu juntó los dedos ante su rostro.

-¿Y cuál es la ruano desconocida que la está desequilibrando?

Capítulo 38

Darth Sidious visitó por holograma a Nute Gunray y sus consejeros en el puente del carguero Saak'ak de la Federación de Comercio, que en básico se traducía como *Acaparador*.

-Felicidades por su ascenso, virrey -dijo el Señor Sith, de modo que el escarnio sonara como un cumplido.

-Gracias, mi Señor -se apresuró Gunray a responder-. Cuando nos dijo que se ocuparía a nuestros competidores de la Directiva, nunca supusimos que usted haría...

-¿Qué yo haría qué, Gunray? Creía que yo actuaría con mayor sutileza, ¿no es así? Ya no hay nadie que se Interponga en su camino para adquirir un ejército o dirigir el futuro rumbo de la Federación de Comercio.

Hath Monchar, Rune Haako y el comandante Daultay Dofine miraron a Gunray con aprensión.

-No pretendía ofenderlo. Lord Sidious -tartamudeó.

El Señor Sith guardó silencio por unos instantes. Si hubieran podido verle los ojos, quizá habrían tenido alguna indicación de lo que pensaba.

-Pronto daré los pasos necesarios para eliminar a algunos de vuestros competidores -entonó un momento después-. Pero eso no debe preocupar ahora. En vez de eso, quiero que concentréis vuestros esfuerzos en familiarizaros con los recursos de los juguetes que acabáis de adquirir, esos androides de combate, esos cazas y esa nave de desembarco. ¿Están cumpliendo con el plazo previsto tanto Baktoid como Ingenierías Haor Chall?

-Así es, Lord Sidious -dijo Gunray-. Aunque a un precio exorbitante.

-No ponga a prueba mi paciencia hablando de créditos, virrey. Aquí hay en juego mucho más que la estabilidad de su cuenta financiera.

Gunray estaba a punto de temblar.

-¿Qué quiere que hagamos?

-Vamos a poner a prueba su nuevo ejército.

Gunray y Hath Monchar intercambiaron una mirada de temor. -¿A prueba?

Sidious pareció mirarlos durante un tiempo incómodamente largo. -Sospecho que no estaréis muy contentos con el impuesto que ha establecido el Senado sobre las rutas comerciales -dijo al fin. -El Senado no tiene ningún derecho.

-Por supuesto que no. Y qué mejor modo de mostrar vuestro descontento que efectuando un bloqueo comercial.

-Contra Eriadu-dijo ansioso Gunray-. Por lo sucedido...

-Eriadu reaccionaría con la fuerza, virrey. No queremos una guerra. Queremos un embargo.

-¿Qué mundo será entonces? -dijo Monchar.

-Sugiero que vayamos a por el mundo natal de quien más ha defendido la imposición de este impuesto: Naboo.

-¿Naboo? -dijo Haako con auténtica sorpresa.

-El senador Palpatine es muy hábil ocultando su verdadera naturaleza.

Pocos se dan cuenta de todo el daño que ha causado ya.

-Pero, ¿sería legal un bloqueo así? -preguntó Gunray-. Valorum no lo aceptará nunca.

-Tengo una sorpresa reservada para el pobre Valorum -prometió Sidious-. Y lo que es más, el escándalo que ha rodeado al Canciller Supremo ha hecho que muchos senadores reconsideren la ley de impuestos. Pocos se quejarán de un embargo comercial a un mundo tan lejano del Núcleo.

Monchar dio un paso adelante.

-¿Y qué pasa con los Jedi?

-Ya les han bloqueado cualquier intervención. –Pero, ¿y si intervienen? -dijo Gunray.

-No seremos sutiles al enfrentarnos a ellos.

Gunray inclinó la cabeza.

-Una vez más nos ponemos en sus manos.

Sidious sonrió débilmente.

-Como ya te dije una vez, virrey, la mejor manera de servir a tus fines es sirviéndome a mí.

FIN